

A PURO GOLPE

Violencias y malestares sociales en la juventud cancionense

Perla Orquídea Fragoso Lugo



A PURO GOLPE

Violencias y malestares sociales en la juventud cancanense



A PURO GOLPE

Violencias y malestares sociales en la juventud cancenense

Perla Orquídea Fragoso Lugo



Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas
Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica
Universidad Nacional Autónoma de México
Centro Peninsular en Humanidades y en Ciencias Sociales

364.36
F74

Fragoso Lugo, Perla Orquídea

A puro golpe. Violencias y malestares sociales en la juventud cancenense / Perla Orquídea Fragoso Lugo.-- 1a. Ed.--
Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, UNICACH : CEPHCIS-UNAM, 2016.

294 p. ; 17x23 cms.

ISBN: 978-607-8410-69-9

1. Violencia - juventud. 2. Problemas sociales. 3. Juventud urbana

ISBN: 978-607-8410-69-9

Primera edición: octubre de 2016

Impreso en México



D.R. © 2016 Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas
la Av. Sur Poniente 1460, Tuxtla Gutiérrez,
Chiapas, México, 29000



Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica
Calle Bugambilia 30, fracc. La Buena Esperanza
San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México, 29243
Tel. y Fax: 01 (967) 678 69 21, ext. 106
editorial.cesmeCA@unicach.mx



Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria. Del. Coyoacán,
C.P. 04510, México, D.F.



Centro Peninsular en Humanidades y en Ciencias Sociales
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s.n., col. Industrial,
Mérida, Yucatán, C.P. 97150
Tels. 01 (999) 9 22 84 46 al 48
Fax: ext. 109

Diseño de portada de Irma Cecilia Medina Villafuerte a partir de la obra de Henri Matisse, "La Danza", 1910.

ÍNDICE

Prólogo	9
Introducción. Entrar por la puerta trasera al paraíso caribeño	13
Capítulo 1	
Sobre el malestar social y la sociedad contemporánea: un marco de interpretación de las violencias	27
La emergencia del malestar social en la modernidad	29
La individualización como nueva institución social	34
Incertidumbre, transitoriedad y ambigüedad	45
Indiferencia social y experiencia radical de subjetividades desamparadas	52
Sobre las violencias y su continuum: un andamiaje vinculante entre los malestares sociales y las violencias cotidianas	61
Capítulo 2	
Cancún, paraíso tropical de cinco estrellas en el Caribe mexicano	71
Preámbulo sobre la ciudad neoliberal y la acumulación por desposesión	72
El nacimiento de una ciudad neoliberal y sus avatares como marca turística global	76
Observaciones antropológicas sobre Cancún	88
Etnografía de los pasos perdidos de dos jóvenes que habitan en Cancún	99
Capítulo 3	
Juventudes cancunenses: diversidad, identidad y distinción	116
Cancún: ciudad de jóvenes. Elementos poblacionales y demográficos	117
Primeras generaciones de nacidos en Cancún y migrantes tempranos: los "locales"	124
Migrantes temporales y recientes: "chapitas" y "chilangos"	127
Los otros ausentes: jóvenes turistas, spring breakers y gringos	130

La escucha y el relato de las experiencias de las violencias	133
Espacios, jóvenes, violencias y malestares múltiples	142
Reflexiones en torno de las relaciones interdisciplinarias en la experiencia de trabajo de campo	143
Capítulo 4	
Violencias y malestares sociales entrelazados. El <i>continuum</i> de las violencias en el cotidiano de los jóvenes	151
La incertidumbre, la transitoriedad y la ambigüedad del sistema: violencia estructural, simbólica y relaciones distantes	153
Instituciones frágiles y procesos de individualización. La abolición de la dimensión de “lo social” y las violencias cotidianas	174
El abismo del prójimo: violencia sexual y autoinfligida	198
Capítulo 5	
Historias de vida y etnografías de las violencias	209
“Llegaste al límite”: el intento de suicidio de Ulises	209
Individualización y normalización de las violencias: Armando, el joven hecho a sí mismo	226
“No todo lo borra el tiempo”: la historia de Ilse como vivencia radical de violencia sexual	235
De subjetividades e internamiento: los jóvenes de la Casa de Asistencia Temporal del DIF	253
Tres jóvenes cancuenses: diversidades convergentes en violencias conjuradas	260
Los nuevos anclajes institucionales: potenciadores de malestares y violencias	272
Consideraciones finales	281
Referencias bibliográficas	288

Los jóvenes no son lo que sabemos sobre ellos ni parecen responder a nuestras expectativas. Encarnan la metáfora de los nuevos tiempos (celeridad, fragmentación, velocidad, imagen, dispersión, simultaneidad) porque ellos han sido socializados en los códigos contemporáneos. Expresan hoy, más que en otros tiempos, la aparición de una alteridad que desconocemos. No podemos negarla, expulsarla o transformarla a nuestra imagen, pero debemos ponernos a disposición de escucharla. No están nunca en el lugar que les damos pero debemos abrir un espacio que los reciba.

Duschatzky, Martorell, Antelo y Zerbino (s.f.),
“Reflexiones en torno al debate sobre la violencia”

Yo creo que de grande sí la haría en un lugar como la policía o el ejército, porque lo que más se me ha quedado, lo que mejor he aprendido así en la vida, como dirían mis papás, ha sido a puro golpe.

Joven cancuense, 16 años



Prólogo

A Puro Golpe no es un libro sencillo de catalogar. El lector más ingenuo y apresurado podría decir que el tema central que aquí se aborda es el de la violencia en los jóvenes. Si aceptamos el valor de la síntesis diríamos que no está tan equivocado, pero el propósito que me planteé para este prólogo es, precisamente, advertirle al lector que tiene entre sus manos una obra que va mucho más allá de un ensayo sobre violencia juvenil.

Aquella primera opinión sería sólo parcialmente equivocada porque efectivamente este texto nos plantea una serie de aspectos y dimensiones claves para entender la esencia de la violencia contemporánea expresada entre los jóvenes —cualquiera sea la particularidad de la forma asumida—. El libro no desarrolla un análisis puntual de la violencia criminal, de los suicidios, de las adicciones, del abuso sexual, o de la violencia de género e intrafamiliar, ni tampoco de la violencia estructural; manifestaciones que en todos los casos tienen a los jóvenes como protagonistas centrales y que emergen con particular crudeza a lo largo de estas páginas. Sin embargo, las ideas, discusiones y evidencias que la autora plantea a lo largo de esta obra contribuyen a nuestra comprensión de esas y otras violencias contemporáneas. Perla Fragoso nos invita a adentrarnos en un análisis de las dimensiones sociales y culturales de la contemporaneidad mexicana que se asocian, en una interpretación plausible, con la expresión mínima, común y esencial de toda violencia como producción intencionada de daño a un otro —que puede ser también uno mismo—.

Es aquí donde *A Puro Golpe* trasciende el análisis de la violencia juvenil, o más bien inserta la experiencia de la violencia en la juventud, en un análisis de la contemporaneidad. En el transcurso de las últimas tres o cuatro décadas una serie de transformaciones seculares y estructurales —asociadas con la globalización, con la modernidad tardía o con ambas— inauguraron una nueva época en los patrones que rigen la vida social. México, y las sociedades latinoamericanas en general, no están al margen de estos procesos de cambio, sino que la contemporaneidad latinoamericana asume especificidades propias. Nuevos malestares sociales emergen en este contexto y tienen como protagonistas destacados

a las generaciones más jóvenes. En un esfuerzo por vincular la biografía con la historia o el individuo con la sociedad, Perla Fragoso nos conduce por una interpretación de la violencia contemporánea que tome en cuenta una atmósfera epocal caracterizada, entre otros aspectos, por estos malestares.

Es en este sentido que *A Puro Golpe* forma parte de una serie de estudios y publicaciones que están abriendo una nueva corriente de investigación en juventud. El aspecto clave y distintivo de esta corriente, con la que me identifico y creo haber contribuido a gestar, consiste en la focalización de las preocupaciones y problemas de investigación en la sociedad que habitan los jóvenes, y no en los jóvenes como entes encapsulados o la juventud como atributo esencial. Entender la experiencia de la juventud, y en particular los dilemas, tensiones y desafíos que enfrentan los individuos en esta etapa de sus vidas, implica desentrañar procesos seculares y estructurales, sociales, culturales, políticos y económicos, expresados en los jóvenes.

La violencia juvenil no es un problema de los jóvenes sino el resultado de configuraciones societales específicas. No es un problema que afecte, como víctimas o victimarios, a todos los jóvenes sino sólo a algunos de ellos, no obstante, es un rasgo destacado de toda la sociedad contemporánea mexicana y de muchos otros países. Los malestares sociales son el resultado de procesos sociales que entran en tensión en la experiencia de los individuos. Por eso, el retorno del actor o del sujeto, de la reflexividad o de la subjetividad, en la teoría social contemporánea no es producto de una moda o un cambio aleatorio de perspectiva; sino de una contemporaneidad que impone y cataliza las tensiones sociales en el individuo. Parafraseando a François Dubet, una sociología de la experiencia es una sociología de la experiencia subjetiva de lo social. Esta perspectiva, de manera más o menos consciente, está presente en esta obra.

Los malestares sociales no explican por qué ciertos jóvenes son violentos, tampoco por qué otros son víctimas o se autoprovocan un daño, los malestares sociales que identifica Perla Fragoso nos ayudan a entender una sociedad en la que la violencia, en este caso entre los jóvenes, adquiere centralidad social y cultural. Las respuestas pueden ser muchas y diferentes, pero una de ellas es la habilitación de la violencia en la experiencia social. En una contemporaneidad dominada por la incertidumbre, la fluidez y la individualización, pero también por los abismos de desigualdad social y económica, la adoración del consumo y el debilitamiento de la solidaridad social, la violencia emerge como una forma posible de vínculo con el otro y de reconocimiento de uno mismo. El debilitamiento del tejido social, del que tanto se habla en el México de hoy, no debería interpretarse como la precariedad o desaparición de lo social ni asociarse con el individualismo, sino como la creciente presencia de los hilos de la violencia en la reconstitución de ese tejido a partir del cual y sobre el cual se construyen relaciones y subjetividades. Como en todo proceso social, éste también tiene un efecto recursivo: la violencia expresada en los individuos como resultado de malestares sociales vuelve

a constituirse en una dimensión social que condiciona otras esferas de la experiencia de los individuos.

Cancún, la ciudad en la que se desarrolló la investigación que dio lugar a este libro, reúne de manera paradigmática, y tal vez exacerbada, algunas de las características —malestares— de la sociedad contemporánea antes mencionadas. En ese sentido se trata casi de un laboratorio en el que confluyen dimensiones asociadas a la globalización y la modernidad tardía, condicionadas por especificidades que responden a patrones locales y latinoamericanos. Pero en cualquier caso, Cancún representa y refleja un modelo de desarrollo simultáneamente local y global. *A Puro Golpe* nos deja una inquietante pero inevitable interrogante: ¿es este un modelo de desarrollo deseable?

Gonzalo A. Saraví
Ciudad de México, abril de 2016



Introducción. Entrar por la puerta trasera al paraíso caribeño

Para llegar a la ciudad de Cancún, situada en la costa noreste del estado de Quintana Roo, existen básicamente dos vías: la primera, la más común para los clientes del turismo masivo o exclusivo, es la aérea. Después del aterrizaje de su avión, los turistas nacionales y extranjeros son trasladados directamente desde el aeropuerto a la zona hotelera, ubicada a unos veinte minutos. La zona hotelera es una extensa franja de veintitrés kilómetros entre el mar Caribe y la laguna Nichupté, en la que se encuentra la infraestructura turística que ha hecho de Cancún un centro turístico de nivel internacional, certificado como tal por la Organización Mundial del Turismo. En la zona hotelera se ubican magníficos hoteles y departamentos de lujo, modernas discotecas, extensos clubes de golf, marinas, centros comerciales y hermosas playas de fina arena blanca frente al turquesa mar Caribe.

Así, en taxis y vagonetas, los turistas son transportados hasta sus hoteles sin tener que transitar por el área habitacional de Cancún, donde viven quienes trabajan en la industria turística. El diseño de la ciudad se pensó así para evitar a los viajeros este tránsito por el espacio urbano no turístico.

La segunda vía de acceso a Cancún es por carretera. Generalmente los turistas llegan desde Mérida por la autopista, o provienen de alguna otra parte de la Riviera Maya. En ambos casos, el acceso a la zona hotelera puede hacerse por el atajo que lleva directamente hacia ésta, o por el área habitacional de la ciudad, donde hay otro acceso. Para ello, los turistas no tienen que adentrarse mucho en la zona habitacional, sino que apenas transitan por sus orillas, donde se ubican altos y modernos edificios, el gran centro comercial Malecón Américas y un área arbolada y verde.

Sin embargo, para aquellos visitantes que llegan de Mérida desde la carretera libre Valladolid-Cancún, el panorama es distinto, ya que es necesario cruzar toda la ciudad de poniente a oriente para llegar a la zona hotelera. Este recorrido se hace a lo largo de la avenida López Portillo, que divide la ciudad en dos grandes zonas: hacia el sur se encuentra el área habitacional planificada, diseñada como parte del plano urbano del proyecto original de Cancún, pensada para los funcionarios y prestadores de servicios; hacia el norte están las llamadas “regiones”, colonias populares que se formaron a partir de los asentamientos no regulados de los trabajadores de la construcción que erigieron la zona hotelera.

El contraste entre ambas zonas es evidente: mientras que en el trazo urbano del área habitacional se aprecian la armonía de la propuesta modernista de las supermanzanas¹ y la conservación de espacios verdes, en las áridas regiones sobresalen las casas grises producto de la autoconstrucción. A lo largo de la avenida López Portillo se transita por una ciudad opaca y de cemento en la que el paisaje no anuncia la cercanía del mar. Los autobuses y combis de transporte público la recorren junto con los taxis, camiones de carga y autos particulares. A lo largo de su recorrido se pueden apreciar comercios locales modestos —restaurantitos, vulcanizadoras, ferreterías—, y otros más grandes —casas de empeño, gasolineras y tiendas de autoservicio—. El camellón que divide los sentidos de la larga avenida luce descuidado; en él se combinan el cemento, la tierra y unas pálidas palmeras. Las personas que caminan por las banquetas no tienen aspecto de turistas, su semblante no es despreocupado ni relajado, sino que avanzan acalorados rumbo al trabajo, a la casa o a las escuelas, cargando bolsas y bultos.

Quien entra por esta suerte de puerta trasera o de servicio a la ciudad de Cancún observa el espacio cotidiano de las personas que la habitan, de modo que la imagen de “paraíso caribeño” se difumina y, en su lugar, aparece un espacio urbano fragmentado por la desigualdad, en el que la lejanía con el mar y la zona hotelera es proporcional a la marginación y a la ausencia de infraestructura. Mi llegada a Cancún fue por esta puerta. Nunca antes había estado en la ciudad, de modo que mi primer contacto fue a través de su cara no planificada, aquella que no se construyó para ser mostrada al turismo, sino que es producto de las dinámicas sociales y de la historia de esta joven ciudad que, cuando llegué en 2008, tenía apenas 37 años de vida.

Justamente, mi interés por viajar a Cancún y asentarme ahí un año se centraba en conocer esas dinámicas sociales que prefiguraba, como efectivamente registré a lo largo del trabajo de campo, tensas y conflictivas, producto de una sociedad conformada por migrantes de otros entornos urbanos, pero también rurales, heterogénea en su constitución étnica y de clases sociales, polarizada entre espacios de lujo y abundancia destinados a los turistas, y espacios habitados por ciudadanos con un limitado derecho a la ciudad en aras del crecimiento macroeconómico derivado del turismo.

Mi propósito era explorar, desde una perspectiva antropológica, algunos fenómenos violentos propios de las conflictividades contemporáneas, aquellas gestadas en una etapa avanzada del capitalismo global. Para comprender las violencias modernas, producto de las tensiones particulares del tiempo histórico y de la sociedad que habitamos, me pareció

¹La organización del espacio urbano en “supermanzanas” es parte de la propuesta arquitectónica del funcionalismo moderno. Éstas se pensaron como bloques habitacionales y comerciales independientes, cada uno con sus propios servicios: comercios, escuelas, áreas verdes, etcétera. En el caso de Cancún, dichos bloques consideraban amplios senderos peatonales y zonas verdes en las que cualquier tipo de construcción estaba prohibida. El diseño urbano estaba pensado para, por un lado, evitar el crecimiento acelerado y anárquico de la ciudad y, por el otro, preservar áreas selváticas en medio de la urbe.

fundamental encontrar un espacio en el que se expresaran de manera paradigmática algunos de los rasgos más sobresalientes de la modernidad tardía: la globalización cultural y económica, la visible y contrastante desigualdad, la presencia de la diversidad étnica, la preeminencia del desarrollo urbano y económico en detrimento de la preservación de la naturaleza y la valoración positiva de una cultura de consumo y diversión, entre otros. Como el lector podrá descubrir a lo largo de esta obra, y de manera sorpresiva para quienes sólo conocen el lado paradisíaco de esta ciudad, Cancún se prefiguró como un espacio idóneo para trazar puentes entre las condiciones materiales de la producción de violencias y su dimensión subjetiva, es decir, las significaciones y sentidos de su experiencia para los sujetos.

Cancún es una de las ciudades más jóvenes del país. Actualmente, en 2016, tiene 45 años de existencia y posee uno de los crecimientos demográficos más acelerados y dinámicos del país. Con más de medio millón de habitantes —660 023 según el *Censo de Población y Vivienda* del INEGI (2010)— Cancún inició sus operaciones en 1974 como un centro turístico, un “centro integralmente planeado”, fruto de un proyecto impulsado por el Fondo Nacional de Fomento al Turismo (FONATUR), institución del Gobierno mexicano, y un grupo de empresarios. Cabecera del municipio de Benito Juárez, que concentra el 49.9% de la población de Quintana Roo, desde sus orígenes Cancún se constituyó como una ciudad de migrantes, con una población culturalmente diversa y “con estrategias de sobrevivencia ligadas a una mono-economía derivada directamente de la actividad turística” (Sierra, 2007: 33).

Como se verá más adelante, la dinámica que imprimen la migración y la diversidad cultural a la ciudad genera procesos de socialización muy peculiares en los que la fragilidad, la transitoriedad y la inestabilidad de las relaciones —que algunos autores identifican como propias de las sociedades tardomodernas— son sus características constitutivas. Los habitantes de Cancún están acostumbrados a recibir de manera constante a personas de distintos lugares de la República que, igual que ellas en alguna ocasión, buscan en este “paraíso caribeño” posibilidades de progreso económico.

Además de ser una ciudad con aceleradas transformaciones en las que se imbrican elementos locales y globales, un elemento más que favoreció la elección de Cancún como lugar para realizar el trabajo de campo fue que, dentro de la Tercera Encuesta Nacional sobre Inseguridad (ENSI-3) realizada por el Instituto Ciudadano de Estudios sobre Inseguridad, Cancún se eligió como parte de la muestra por considerarse una de las trece ciudades del país con mayores índices de violencia, sobre todo de género y en cuanto al elevado número de suicidios registrados, junto con otras como la ciudad de México, Tijuana, Ciudad Juárez, Monterrey, Chihuahua y Guadalajara. En este sentido, la pregunta ineludible que emergió en la investigación fue: ¿de qué modo la producción del espacio en la modernidad tardía genera estructuras y dinámicas sociales que favorecen la emergencia de violencias?

Las múltiples experiencias de violencias surgieron sin mucha dificultad cuando empecé a platicar con los habitantes de Cancún: taxistas, vendedores de periódicos, dependientas de tiendas, profesionistas y jóvenes. Todos ellos tenían historias, propias o de conocidos, en las que algún tipo de violencia estaba presente. Aunque mi interés no estaba centrado en la violencia criminal, sino en aquella que Nancy Scheper-Hughes llamó violencia cotidiana (1992),² ésta fue la que primero emergió en los relatos, en la mayoría de los cuales había jóvenes involucrados como víctimas, como victimarios, o en ambos papeles. El sector juvenil me interesaba de manera especial, pues es en los jóvenes donde se expresan con mayor fuerza las tensiones generadas por las pautas sociales y culturales de interacción y sociabilidad de la modernidad contemporánea, ya que ellos y ellas han crecido y se han construido como sujetos bajo sus parámetros. Además, los jóvenes en el mundo, y México no es la excepción, constituyen un grupo especialmente vulnerable a situaciones de violencia como víctimas y como victimarios por igual, y respecto a diferentes modalidades de violencias —homicidios, accidentes, adicciones, suicidios, violencia familiar, etcétera—. Como se puede leer en el más reciente *Informe mundial sobre la violencia y la salud* de la Organización Mundial de la Salud: “En casi todos los países, los adolescentes y los adultos jóvenes son tanto las principales víctimas como los principales perpetradores de esa violencia” (OMS, 2003: 27).

En 2000 se produjeron a nivel mundial unos 199 000 homicidios de jóvenes, 9.2 por 100 000 habitantes. En otras palabras, un promedio de 565 niños, adolescentes y adultos jóvenes de 10 a 29 años de edad mueren cada día como resultado de violencia interpersonal. Ahora bien, en los países de los cuales se dispone de datos de la OMS, las tasas más altas de homicidios se ubican en América Latina —por ejemplo, 84.4 por 100 000 en Colombia y 50.2 por 100 000 en El Salvador—. Con la excepción de Estados Unidos, donde la tasa es de 11.0 por 100 000, la mayor parte de los países con tasas de homicidios juveniles superiores a 10.0 por 100 000 son países en desarrollo o que experimentan agitados cambios sociales y económicos.

Centrarme en las juventudes me permitió abordar varias de las inquietudes que motivaron la investigación que emprendía: ¿cuál es la relación entre los malestares sociales³ y la reproducción de prácticas y actitudes violentas en la sociedad contemporánea?, ¿cómo se construye la subjetividad de un agente o de un sujeto de violencia?, ¿de qué manera incide la experiencia de las violencias en la construcción biográfica de estos

² Entendemos como “violencia cotidiana” aquella cuya presencia está naturalizada en el día a día de quienes la ejercen o la padecen, uni o bidireccionalmente, la invisibilizan e, incluso, la hacen socialmente legítima. Aunque puede tener su origen en el orden estructural o manifestarse en la dimensión interpersonal, la violencia cotidiana incluye la dimensión más fenomenológica de los “crímenes en épocas de paz”.

³ Estos malestares son percibidos y expresados por los individuos con una doble valencia: se asumen como propios y muy personales, pero al mismo tiempo son de todos, muy sociales.

sujetos?, ¿cómo influyen los valores, miedos, expectativas, deseos, ambiciones y otras emociones en el ejercicio y justificación de las violencias?, ¿en qué medida el contenido diferencial o compartido de estas emociones contribuye a normalizar o a censurar el uso de las violencias?, el ejercicio de las violencias o su padecimiento, socialmente hablando, ¿incluye o excluye?; ¿existe algún proceso de socialización que favorezca el desarrollo de la experiencia de violencias entre los sujetos?

No obstante, resulta relevante señalar que la determinación de la relación entre violencia y juventud como eje rector del presente trabajo no obedece al establecimiento de una asociación mecánica entre esta etapa del curso de vida, la juventud, con el dominio de una personalidad o actitud que se considera paradigmática, mecánica y sustantivamente violenta, personalidad o actitud que se cree, de manera errada, que tiende necesariamente a desaparecer en la edad adulta. La vinculación que aquí se hace entre las violencias y la juventud está basada en el interés por explorar cómo las experiencias de las violencias, más que una causa o un efecto, se constituyen en una expresión de malestares sociales en un contexto en el que fenómenos como el individualismo y la desincrustación de modelos tradicionales de socialización se acrecientan.

Una de las historias más impactantes que leí en un periódico local⁴ apenas un par de semanas después de haberme instalado en Cancún fue la de un joven trabajador de la construcción, de apenas 19 años, originario de Tabasco, que había muerto al caer del tercer piso de un edificio. El diario reportaba que ese joven, cuya pertenencia étnica no señalaba, vivía en una “cuartería” con otros muchachos que, como él, se dedicaban a la construcción. Entonces me enteré de que las llamadas “cuarterías” son edificios o vecindades con cierto número de cuartos en renta, de ahí su nombre. Generalmente éstos son insalubres y precarios —húmedos, oscuros, con piso de cemento, baños comunes—; algunos son compartidos por un número indeterminado de inquilinos para abaratar su costo. Todas las cuarterías se ubican en las regiones, en las zonas menos privilegiadas y más inseguras de la ciudad.

Lo interesante de la crónica de la muerte del joven era que el reportero sembraba una duda sobre la causa de su deceso, aparentemente producto de un accidente, pues en la autopsia practicada a su cuerpo se detectaron altos niveles de alcohol, de modo que una hipótesis era que el muchacho había resbalado y caído por su estado etílico cuando caminaba rumbo a su cuarto. Sin embargo, el reportero mencionaba que algunos vecinos habían visto al joven lanzarse desde lo alto, de modo que podía ser un suicidio, y otros testigos declararon que habían escuchado gritos de otros jóvenes, como si estuvieran en medio de una riña, antes de que el cuerpo cayera al vacío.

Lo que más llamó mi atención fue la viabilidad de las tres posibilidades como causas de la violenta y precoz muerte del joven: el accidente, el suicidio o el homicidio causado

⁴ *Por Esto!*, 12 de septiembre de 2008.

por una riña previa. El escenario de este infausto hecho y las condiciones de precariedad en las que el muchacho vivía hacían verosímil cualquiera de estas explicaciones. En los tres casos, la vulnerabilidad, como producto de la suma de una serie de desventajas sociales y de riesgos, se presentaba en la base de las condiciones que hicieron posible la muerte del joven.

Después de narrar lo ocurrido y de registrar las distintas versiones de los testigos en su nota, el reportero se lamentaba por la situación de “los jóvenes de hoy, quienes atrapados en las drogas y el alcohol suelen pelear por cualquier motivo”. Una vez culpada la víctima de su muerte, en la crónica se citaban unos pocos datos estadísticos que daban cuenta del incremento del consumo de drogas y alcohol en las regiones de Cancún, y, para cerrar su reporte, el periodista establecía una relación causal simplista entre este fenómeno y el aumento de suicidios en el estado de Quintana Roo.

Sin embargo, en el reportaje no había referencia alguna a las precarias condiciones laborales de los trabajadores de la construcción en Cancún ni al hecho de que muchos de ellos son jóvenes que se ven forzados a migrar por las escasas oportunidades de desarrollo económico en sus regiones de origen. Lejos de sus entornos de socialización primaria y de sus redes de apoyo familiares y sociales, las vulnerabilidades en la vida de estos jóvenes, incluyendo aquellas vinculadas con la experimentación de las violencias, aumentan en una ciudad en la que, por otra parte, la discriminación étnica y económica es un fenómeno muy presente.

La lectura de este reportaje me hizo reafirmar la importancia de incorporar, en la investigación que entonces comenzaba, el análisis de las condiciones materiales y sociales que producen las violencias, junto con aquellas de carácter más subjetivo e intersubjetivo que abonan a la comprensión de por qué los conflictos y tensiones sociales contemporáneos se resuelven o no a través del ejercicio de la violencia contra los otros, o incluso contra uno mismo. Además, y ésta fue una elección que se reafirmó con gran fuerza a lo largo del trabajo de campo, me interesaba abordar aquellas dimensiones expresivas de las violencias —como el dolor, el desamparo, la crueldad, el distanciamiento del prójimo—, presentes en estos fenómenos, que están muy relacionadas con sus representaciones y con las significaciones y sentidos de los procesos violentos.

Con esta determinación empecé a caminar por las calles de los distintos espacios de Cancún, desde aquellos lejanos al mar y a los privilegios, pasando por las calles de las supermanzanas, hasta las avenidas turísticas de la zona hotelera. En cada uno de estos espacios encontré malestares sociales compartidos, tensiones que en algunos casos derivaban en confrontaciones violentas físicas o simbólicas. En este sentido, también comprendí que no había espacios sociales limpios de violencias, y que éstas no son monopolio de los menos privilegiados, sino producto de interrelaciones sociales entre culturas, grupos y sujetos.

Aunque es posible afirmar que el ejercicio de las violencias es quizá uno de los hechos sociales más universales, es decir, que es transhistórico y transcultural, a lo largo

de la historia y en las diversas sociedades han variado tanto sus manifestaciones, como los discursos que las legitiman o las censuran y los espacios en los que son toleradas o prohibidas, así como la sensibilidad respecto a sus expresiones y el modo en que éstas son visibilizadas o se ocultan. En la actualidad, a pesar del llamado “proceso de civilización” enunciado por Norbert Elias, las violencias no dejan de aparecer como una constante de la dinámica social y, quizá en gran medida gracias a dicho “proceso civilizatorio”, la mayoría de los seres humanos estamos más conscientes y consternados por ellas que nunca antes.

Según el ya citado *Informe mundial sobre la violencia y la salud* (OMS, 2003), en el año 2000 aproximadamente 1.6 millones de personas murieron en el mundo como resultado de violencia colectiva, interpersonal o autoinfligida, lo que representa una tasa general ajustada por edad de 28.8 por cien mil habitantes. Casi la mitad de esas muertes fueron producto de suicidios, casi una tercera parte de homicidios, y alrededor de una quinta parte de conflictos armados. A pesar de que en el informe se subraya la importancia que tiene cuantificar las consecuencias mortales de las violencias para estimar la magnitud del problema, también se admite que estas cifras no dan cuenta cabal de “la carga verdadera de la violencia” en la sociedad, especialmente de la violencia no mortal.

El informe plantea como un desafío impostergable la identificación y análisis de los factores, “biológicos y culturales”, que pueden estar detrás del surgimiento y desarrollo de las violencias, con el propósito de pensar estrategias para “prevenir o evitar su aparición”. Sin embargo, en el propio documento se señala la dificultad que entraña conocer y comprender las circunstancias en las que éstas se manifiestan, puesto que los contextos de las violencias varían mucho de un entorno a otro, al igual que las formas que adoptan. En esta misma dirección, en el informe se anota que, pese a los cálculos de las pérdidas materiales y humanas a causa de las violencias, “es imposible calcular el costo humano en aflicción y dolor”. Por otra parte, la revisión del contenido del informe revela tendencias y porcentajes en el ejercicio de distintas formas de violencias, tasas de incidencia según el género, la edad y la nacionalidad, y alguna información sobre los factores de riesgo en las violencias de pareja, familiar, juvenil y colectiva, pero aporta muy poco sobre el conocimiento de la dimensión experiencial y subjetiva de quienes viven las violencias de manera cotidiana, e incluso es poco lo que se profundiza en las dimensiones socioculturales asociadas con la expansión de las violencias en las sociedades contemporáneas.

En esta obra, uno de los propósitos es presentar cómo la experiencia de las violencias, padecidas o ejercidas de manera cotidiana y constante, estructura la vida y la subjetividad de los individuos en la llamada sociedad tardomoderna. Diversos autores han reconocido en esta época una estructura diferente de aquella propia de la sociedad moderna, producto de variados procesos que iniciaron en el siglo XVI y culminaron en el XIX con el nacimiento y la consolidación del capitalismo y de la sociedad industrial y urbana. Por ejemplo, en su libro *La individualización*, Ulrich y Elisabeth Beck cuestionan no sólo el carácter de lo que llaman modernidad tardía —también nombrada modernidad posindustrial, modernidad

líquida o capitalismo flexible—, sino además los efectos seculares que ésta ha tenido en la vida social al propiciar procesos de individualización y desincrustación que entrañan el colapso de estructuras e instituciones tradicionales de la modernidad temprana, así como “la desintegración de formas sociales anteriormente existentes, como, por ejemplo, la creciente fragilidad de las categorías de clase y estatus social, roles de género, la familia, la vecindad, etc.” (Beck y Beck, 2003: 38).

Aunque es posible matizar el alcance de algunas de las transformaciones sugeridas por los Beck en la sociedad mexicana, lo cierto es que el estado de ánimo de la sociedad al que se refieren los autores, de incertidumbre y malestar, se presenta de manera generalizada en las sociedades del mundo, en las que la fragilidad de instituciones y formas de relacionarse tradicionales se experimenta cotidianamente y abre espacios de incertidumbre, presentándose como un sentimiento de malestar y miedo que se manifiesta de manera individual, pero que es un constructo social. A partir de estas consideraciones, en este libro se exploran las posibles asociaciones entre malestares sociales, subjetividad, y la experiencia de las violencias en los jóvenes cancenenses.

El análisis está centrado en la subjetividad de los jóvenes y su relación con los malestares sociales, en torno a cómo experimentan y significan las situaciones de violencia en su vida cotidiana, ya sea como víctimas o como agresores. Con el fin de abarcar las distintas posiciones de los sujetos involucrados en una situación de violencia, se trabajó con jóvenes que han ejercido violencia contra sí mismos —adicciones, autoflagelaciones e intentos de suicidio—, con aquellos que la han ejercido contra otros —entre pares, en la calle y las bandas, hacia sus familias o novias, presos por algún delito relacionado con una acción violenta— y con otros que la han recibido —que sufren violencia familiar o de pareja, por ejemplo—.

Para realizar el trabajo de campo se esbozaron dos estrategias metodológicas: la técnica etnográfica de observación participante y la realización de entrevistas semiestructuradas. La primera de éstas no fue propiamente pensada para la observación directa de los hechos de violencia, sino como un modo de vincularse y conocer los espacios donde los jóvenes desarrollan su vida cotidiana, así como a los sujetos con quienes conviven. La segunda se centra en conocer la experiencia subjetiva de la violencia y el modo en que los jóvenes dan cuenta de esa vivencia y estructuran su vida, pues éste es el interés principal de la investigación, y no el hecho violento en sí mismo. Las entrevistas semiestructuradas se pensaron para construir algunas trayectorias biográficas o cursos de vida de los jóvenes con base en sus relatos y experiencias de violencia, de modo que sus narraciones constituyeron la materia prima para el posterior análisis. Trazar los cursos de vida de los jóvenes se impuso como una necesidad para cumplir con una de las premisas analíticas y teóricas de esta investigación: establecer el vínculo que existe entre los eventos de la vida de cada sujeto y el contexto sociocultural en el que éstos se hallan insertos.

Así, el trabajo de campo se dirigió a la búsqueda de experiencias cotidianas de violencias, aquellas que se presentan, normalizadas o no, en el día a día de los jóvenes,

como formas de socialización, y menos de aquellas catalogadas como criminales o ilícitas. Por ello se buscó trabajar en distintos espacios que tuvieran en común el no ser identificados como lugares donde los jóvenes se encuentran y vinculan fundamentalmente por su relación con las violencias. La principal institución donde se desarrolló el trabajo de campo fue el DIF⁵ de Benito Juárez, municipio donde se ubica Cancún. Se trabajó de manera cotidiana, a lo largo de casi seis meses, en el área de Psicología, donde se realizaron diversas actividades, como la participación en entrevistas de diagnóstico individuales y en grupos de trabajo psicoterapéutico, encaminadas a conocer a los usuarios del servicio, para luego elegir los casos en que realizaría entrevistas a profundidad, con el fin de trazar algunas trayectorias biográficas mediante las cuales establecer el vínculo entre los eventos de la vida de cada joven, las experiencias de violencia y el contexto sociocultural en el que se hallan insertos.

De igual modo, se trabajó con jóvenes de la Universidad del Caribe (UNICARIBE) y la Universidad Tecnológica de Cancún (UTC). En la primera se hicieron dos grupos focales en los que los jóvenes y las violencias en Cancún fueron el tema central. En la UTC también se realizaron entrevistas semiestructuradas y a profundidad. El tercer espacio de trabajo fue una organización de la sociedad civil llamada Centro Humanista Integral de la Sexualidad para Adolescentes y Jóvenes (CHISPAS), único centro en el estado de Quintana Roo donde se realiza un trabajo especializado en salud sexual y reproductiva y en educación sobre sexualidad para adolescentes. Del trabajo en CHISPAS se derivaron tres entrevistas a profundidad. De igual modo, se realizaron algunas entrevistas a chicos y chicas que contacté a través de conocidos y que, pese a vivir alguna situación de violencia, no habían pasado por una institución ni habían sido marcados o señalados como víctimas o victimarios. Además de las entrevistas individuales, conversé de manera informal en repetidas ocasiones con algunos chicos, especialmente con los del DIF; en tres casos incluso tuve la oportunidad de convivir con los jóvenes fuera del espacio de la institución en ambientes en los que se movían de manera cotidiana, como el templo religioso, el supermercado y la fiesta. La convivencia fuera de la institución fue central para conocer cómo se desenvolvían en otros medios, de qué modo socializaban e incluso cómo era su relación con la familia y los amigos.

La escritura de un diario de campo donde tomaba nota de lo ocurrido durante las entrevistas y las terapias grupales en el DIF, así como durante los debates de los jóvenes en las universidades, también resultó muy importante. Además de las 57 entrevistas, realicé algunas más a otros que no habían experimentado violencia de manera directa, pero que por la zona en la que vivían o el trabajo que realizaban tenían contacto con ella.

⁵ El Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (SNDIF, conocido también como DIF) es el organismo público encargado de instrumentar, aplicar y dar dimensión a las políticas públicas en el ámbito de la asistencia social en México.

Estos jóvenes también me hablaron sobre su experiencia como habitantes de una ciudad con las peculiaridades de Cancún. El trabajo de campo, la sistematización, el análisis y la interpretación de la información, así como la investigación bibliográfica, dieron como resultado este libro cuyo contenido se describe a continuación.

En el capítulo 1, titulado “Sobre el malestar social y la sociedad contemporánea: un marco de interpretación de las violencias”, se presenta cómo diversos autores han hecho uso del término “malestar social” y los sentidos analíticos que le han dado. Al mismo tiempo, se dota a esta expresión de contenidos concretos al vincularse con diversos fenómenos propios de la sociedad moderna tardía, especialmente referidos a la juventud contemporánea, que se relacionarán también, de manera constante, con el ejercicio de las violencias: a) la individualización, b) la incertidumbre particularmente fortalecida por la ambigüedad y la transitoriedad como sustentos de las relaciones sociales, c) el desamparo de las subjetividades y d) la indiferencia social. Dichos fenómenos constituyen en sí mismos fuentes de un malestar individual que, no obstante, por su origen estructural, su extensión y sus consecuencias trascienden la dimensión del sujeto y se colocan en el plano social.

En este capítulo también se expone un marco conceptual de las violencias y sus vínculos con los malestares sociales. En primer lugar se propone que la violencia se presenta como un concepto omnipresente y omniabarcador y que, dada la multiplicidad de expresiones y situaciones en las que se da —violencia física, mental, estatal, política, económica, estructural, verbal, psicológica, etcétera—, resulta imposible definir su sustancia. Por lo anterior, en esta investigación se parte de negar la idea de que existe “una esencia de la violencia” y se sostiene que es necesario hablar de violencias, como formas diferenciadas según tipos y contextos, en lugar de “la violencia”. En este mismo sentido, en la presente investigación se conciben las violencias menos como actos únicos, que como hechos insertos en un proceso o un continuo, de modo tal que se explica y recupera el concepto de “*continuum* de la violencia” (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004) para explicarlas en función de sus conexiones con el espacio donde se producen, el agente de cualquier naturaleza que las ejerce, las circunstancias socioculturales en las que se presentan, y la historia personal, psicológica y social de quienes la padecen o la practican.

En el capítulo 2, titulado “Cancún, paraíso tropical de cinco estrellas en el Caribe mexicano”, se desarrolla una interpretación sobre las “ciudades neoliberales”, a partir de la propuesta de David Harvey (2009), en relación con la historia de la planeación, construcción y desarrollo urbano de Cancún. En dicho capítulo se subraya lo poco que se conoce sobre los procesos y fenómenos de las violencias que existen y que sostienen el espacio de confort y lujo que se proyecta a los turistas en esta ciudad. En dicha dirección se recupera la teoría de David Harvey sobre cómo la acumulación primitiva —que él rebautiza como “acumulación por desposesión”—, basada en “la violencia, el engaño, la opresión y el pillaje” (2006), ha servido como estrategia para superar las crisis recurrentes

del capitalismo, especialmente a través de la construcción y reconstrucción de las ciudades. El marco teórico de este capítulo permite pensar cómo la violencia estructural, generada y extendida por el capitalismo, favorece y engendra tanto una diversidad de violencias cotidianas, como una gama de violencias explosivas que debilitan y corroen los lazos sociales.

Este capítulo concluye con una etnografía de la ciudad que, con un enfoque mucho más cercano a las “retóricas del andar” de Michel de Certeau (1996), privilegia la mirada y los pasos —la forma en que transitan, se apropian, relacionan, desconocen y significan los espacios de su ciudad— de dos jóvenes cancanenses que guían a una antropóloga foránea por las regiones, plazas, avenidas, centros comerciales, calles y playas de Cancún. Esta breve etnografía funciona además como un preámbulo, al describirse el espacio en que se despliegan los malestares sociales y las expresiones de violencia presentes en la vida de los jóvenes cancanenses.

En el capítulo 3, titulado “Juventudes cancanenses: diversidad, identidad y distinción”, por un lado se da cuenta de la multiplicidad de juventudes que habitan en Cancún, así como de las identidades culturales que éstas producen y que, a su vez, generan elementos de distinción social. De igual modo se caracteriza a los grupos de jóvenes con los que se realizó el trabajo de campo, pues los espacios en los que éste se realizó —básicamente, aunque no sólo, institucionales— definen de manera singular los rasgos de los jóvenes cuyas historias y relatos se reproducen, analizan e interpretan en este libro.

Por otro lado, también se exponen cuáles fueron los principios y desarrollos metodológicos de la investigación y, finalmente, se reflexiona de forma breve sobre las condiciones implicadas en la realización del trabajo de campo en el contexto de una institución —en este caso el DIF del municipio de Benito Juárez—, en la que no sólo se convivió de manera cotidiana con los “otros” tradicionales, aquellos que representan a los sujetos de estudio, sino también con “otros disciplinares”, en este caso los psicólogos.

En el capítulo 4, titulado “Violencias y malestares sociales entretnejidos. El *continuum* de las violencias en el cotidiano de los jóvenes”, y en el 5, titulado “Historias de vida y etnografías de las violencias”, se plantean ciertas asociaciones concretas entre los nuevos malestares, tensiones y dilemas de la sociedad contemporánea, específicamente la cancanense, y las expresiones de violencia a través de las cuales son resueltas, manifestadas o enfrentadas por sus jóvenes habitantes. En el capítulo 4 se trabajó con los relatos y testimonios de cincuenta jóvenes con el objetivo de trazar los puentes que vinculan los malestares sociales presentes en sus vidas y las experiencias, que ellos mismos enuncian como violentas, en sus trayectorias biográficas. Con base en éstos, se proponen tres relaciones próximas entre malestares y violencias: 1) la incertidumbre, la transitoriedad y la ambigüedad del sistema: violencia estructural, simbólica y relaciones distantes; 2) instituciones frágiles y procesos de individualización: la abolición de la dimensión de lo social y las violencias cotidianas, y 3) el abismo del prójimo: violencia

sexual y autoinfligida. Aunque se admite que pueden establecerse otros puentes, esta propuesta se fundó en la frecuencia con la que dichas asociaciones aparecían en los relatos de los jóvenes.

En el capítulo 5, siguiendo la misma lógica, se presentan algunas historias de vida de manera detallada, tanto en la narración de los acontecimientos que conforman el *continuum* de las violencias, como en el análisis *emic*, es decir, de los significados que los propios jóvenes confieren a sus vivencias. La elección de los relatos de vida tuvo como intención ofrecer casos de violencias paradigmáticas entre la juventud que vive en Cancún. Así, se narra y analiza la historia de Ulises, un joven que intentó suicidarse; la de Armando, una suerte de “tipo ideal” del joven individualizado que, al mismo tiempo, ha normalizado las experiencias de violencias en su vida; la de Ilse, una joven que sufrió una experiencia radical de violencia sexual: una violación múltiple; la de Marina y otros adolescentes internados de manera temporal en una institución que los acoge mientras se define su situación jurídica o son reintegrados a sus familias y, finalmente, las de Ema, Mauricio e Iván, tres jóvenes que, en la producción de su subjetividad, comparten experiencias de malestares sociales y violencias comunes en su desarrollo. Las tres trayectorias biográficas dan cuenta de un esfuerzo explícito por parte de los jóvenes para conjurar la potencia de las violencias —y los malestares a ellas asociados— en la configuración de su subjetividad, de su presente y de su futuro.

Una vez revisados los discursos que los propios jóvenes construyen sobre sus experiencias de violencias, así como el modo en que éstas —vinculadas a los malestares sociales— desestructuran y estructuran sus vidas, en este mismo capítulo se abordan los nuevos anclajes institucionales —el mercado, el narco, los *mass media* y las religiones, entre otros— que, en algunos casos de la mano con las violencias, se han convertido en constructores de subjetividades juveniles en Cancún.

Finalmente, en las consideraciones finales se hace un recuento general de lo planteado a lo largo de la investigación, destacando sus principales hallazgos teóricos y empíricos, así como sus conexiones de sentido y las aportaciones reflexivas que este trabajo ofrece para pensar distintos problemas y fenómenos vinculados, en los tiempos de la modernidad tardía, en sus escalas macro y microsociales: el de las violencias, el de los jóvenes y el de la espacialización paradigmática de la economía capitalista en los espacios turísticos. Si bien la complejidad de los fenómenos de violencias presentes en nuestra sociedad hacen imposible la labor de pensar en caminos unívocos para trazar veredas hacia sociabilidades emancipadas de sus efectos negativos, en la parte final de este libro también se presentan aportaciones para un proceso de prevención y una suerte de desintoxicación de las violencias cotidianas en las vidas de los jóvenes.

En síntesis, en este libro se desarrolla un marco de interpretación de las violencias —normalizadas y no— en la vida cotidiana, con el objeto no sólo de nominarlas en su diversidad, sino también de rastrear el significado social de las mismas y las dinámicas

microsociales en las que se producen y reproducen. En esta dirección, es importante anotar que no se parte de una concepción criminológica de las violencias, que las ubica como un comportamiento necesariamente desviado o disfuncional; por el contrario, se entienden las acciones violentas como parte del repertorio humano de estrategias y comportamientos sociales que responden a la necesidad de conservar y hacer funcionar una lógica de estratificación, organización y dinámica social, así como una vía para expresar el malestar y el rencor social.

Sin embargo, aun tratándose del estudio de expresiones individuales del ejercicio de las violencias, no se asume que éstas constituyan acciones subjetivas, individualizadas o exclusivamente atribuibles a las decisiones del actor, sino que son resultado de la relación dinámica entre éstas y la estructura sociocultural. Se asume entonces como punto de partida que las experiencias y expresiones individualizadas de las violencias son parte de contextos socioculturales que estimulan y favorecen su emergencia, así como que existen asociaciones entre nuevos malestares, tensiones y dilemas de la sociedad contemporánea, y las crecientes expresiones de las violencias en sectores juveniles o, en otras palabras, que las crecientes manifestaciones de las violencias en las sociedades contemporáneas pueden interpretarse como expresiones individualizadas de nuevas tensiones y malestares sociales que impactan en la subjetividad de los sujetos.

Así pues, en la investigación que se ha traducido en este libro me propuse explicar y demostrar que existe una relación cercana entre el tipo de espacio social que se habita, los malestares socializados en las subjetividades que en él se construyen y las violencias producidas, reproducidas y socialmente legitimadas; todo lo anterior con el fin de explicar —vinculando lo macrosocial con lo microsocial— la presencia de las violencias en la sociedad tardomoderna, en la que se pensaba que éstas habrían desaparecido para dar paso a una civilidad casi total. Desde este marco de interpretación, el estudio de las subjetividades en las juventudes cancenenses resultó fundamental para establecer puentes entre la base objetiva que las sustenta, y los sentimientos, malestares y experiencias de violencias en este sector poblacional.

A partir de lo anterior, la hipótesis general, fortalecida en el desarrollo de la investigación, es que, en contra de lo que Freud (2007) y Elias suponían que era la tarea fundamental y permanente del malestar en la cultura, en la sociedad tardomoderna la experimentación de dichos malestares parece reforzar la ruptura del lazo social en lugar de su conservación, pues está íntimamente acompañada de la experiencia de las violencias. Así, frente al triunfo del proceso civilizatorio en el ámbito de una sensibilidad educada para rechazar las violencias, la preeminencia que el sistema da al individuo sobre el pacto social y el bien común genera tensiones que se resuelven en expresiones de violencia estructurales e interpersonales, de modo que la marca de esta sociedad es la de una incómoda transición a un lugar y un tiempo social desconocidos, transición marcada por la ausencia de pactos y normas claras y, por tanto, por el continuo estallido

de las violencias. Ya que las violencias no son algo externo a la sociedad y también crean significados, sentidos, dinámicas y subjetividades, su comprensión se hace más que relevante en su expresión más contemporánea, más propia de lo que nos hace mujeres y hombres que pugnamos por configurar en la utopía nuestro presente histórico.

Finalmente, me parece importante mencionar que cuando llegué a Cancún, en septiembre de 2008, aún no se mostraban con la perversidad actual las violencias espectaculares y explosivas relacionadas con el fortalecimiento y la extensión de uno de los poderes fácticos más poderosos de las últimas décadas en México, los cárteles del narcotráfico. Por el contrario, el discurso más extendido era que el país estaba logrando una transición calma y pacífica, a través de las urnas, hacia la democracia, especialmente si se comparaba con otros países de la región, como Guatemala y Colombia.

Aunque en sus orígenes y desarrollo la investigación presentada en esta obra no tuvo como fin centrarse en estas violencias un tanto coyunturales, su emergencia embrionaria durante el trabajo de campo y su presencia consolidada durante el periodo de escritura y de preparación para su publicación hizo obligatorio integrarla, aunque no de manera protagónica, en las pesquisas y reflexiones aquí incluidas.

Al respecto, pienso que la mayor aportación de este libro relacionada con lo anterior consiste en señalar que a dichas “narcoviencias” —contestadas con una violencia estatal igual de execrable— subyace la violencia sistémica que, a su vez, se expresa en una diversidad de violencias cotidianas y menos espectaculares, pero no menos graves, que constituyen su sustrato y que, a pesar de su pequeña visibilidad, sostienen y posibilitan la persistencia y la difusión de esta narcoviencia instituyente.

Capítulo 1

Sobre el malestar social y la sociedad contemporánea: un marco de interpretación de las violencias

*Hoy día hay un malestar social difuso
que arranca de la imposibilidad de vivir,
del hecho de querer vivir y no poder hacerlo.*
Santiago López Petit⁶

“Modernidad líquida” y “mundo desbocado” son dos de las metáforas más extendidas —la primera ideada por Zygmunt Bauman y la segunda popularizada por Anthony Giddens—⁷ para referirse a la era histórica contemporánea y a las sociedades que la constituyen. Ambas expresiones remiten a una imagen de lo incontenible, lo impreciso, de algo que se escabulle al querer asirlo o se escapa de manera intempestiva si se quiere definir o delimitar con precisión. En el contraste entre una primera modernidad “sólida” —en la que la voluntad de dominio y determinación sobre los mundos natural y social se desplegó como nunca— y el de una modernidad tardía —en la que lo contingente e indefinido parece ocupar un lugar central en la interpretación del propio mundo—, resalta no sólo una diferencia que se aprecia como objetiva en la realidad social, sino

⁶ Filósofo de la Universidad de Barcelona. Es uno de los impulsores de “Espai en Blanc”, una propuesta filosófica y política. Acaba de publicar el libro *La movilización global. Breve tratado para atacar la realidad*. La frase citada se toma de la entrevista, publicada en línea el 26 de octubre de 2009, en el diario español *Público*. Ver: <http://www.publico.es/culturas/263935/hoy/dia/malestar/social/difuso/arranca/imposibilidad/vivir>, o bien <http://blogs.publico.es/fueradelugar>.

⁷ Giddens señala que retomó la expresión “un mundo desbocado” del título de una de las Conferencias Reith pronunciadas por Edmund Leach. El sociólogo inglés señala que únicamente quitó el signo de interrogación que el antropólogo había colocado al final de la frase pues no lo consideraba necesario (Giddens, 2000: 9).

también la dificultad que entraña para los estudiosos de lo social conceptualizar y aclarar las nuevas dinámicas que en ella se han generado.

En este marco problemático, el término “malestar social” aparece cada vez con mayor frecuencia en los estudios sobre los fenómenos de la modernidad tardía, en los que se alude a una serie de “malestares” percibidos y expresados por los individuos con la doble valencia de ser propios, muy personales, y al mismo tiempo de todos, muy sociales. La unión de las palabras “malestar” y “social” en un solo término de hecho es un oxímoron —una *contradictio in terminis*— en el que se armonizan dos conceptos opuestos: uno tradicionalmente empleado por las ciencias médica y psicológica para referirse a un síntoma de una patología o crisis particular en un sujeto (intrapersonal) —generalmente se piensa en el malestar como una incomodidad física o anímica—, y otro que se emplea de manera convencional para referirse a la organización y las relaciones humanas inter y transpersonales.

Además de su fuerza para expresar una compleja relación y el reflejo de fenómenos entre los individuos y el entramado social, otra característica de este término y del uso que se le ha dado es su ambigüedad e imprecisión conceptual. En su vigésima edición, el Diccionario de la Real Academia de la Lengua define la palabra “malestar” de la siguiente manera: “(De *mal* y *estar*).1. m. Desazón, incomodidad indefinible”. Este carácter difuso da cuenta de al menos dos características de lo que puede ser un malestar: en primer lugar, del fuerte componente subjetivo que entra en juego para definir algo como una “incomodidad”; en segundo lugar, de que tal incomodidad alude sobre todo a una percepción sensible, ya sea emocional o física, que no se corresponde de manera necesaria con una concreción material contundente.

Ambos rasgos de la expresión “malestar social” han resultado, conceptual y metodológicamente, muy útiles para el desarrollo de esta investigación, ya que el término permite ser llenado de contenidos diversos desde la subjetividad y las vivencias de los jóvenes que participaron en esta investigación, para así trazar puentes entre la experiencia cotidiana de las violencias, los malestares percibidos subjetivamente que las propician o con las que se corresponden, y el entramado social que sostiene, favorece y reproduce o inhibe dichos puentes.

A lo largo del presente capítulo se indagará sobre cómo diversos autores han hecho uso del término y los sentidos analíticos que le han dado, pero al mismo tiempo se le dotará de contenidos concretos al vincularlo con distintos fenómenos propios de la sociedad moderna tardía. Una vez señalados los malestares sociales presentes en la sociedad tardomoderna, se ofrece una propuesta de andamiaje vinculante entre éstos y las violencias que los acompañan porque, en una dinámica de ida y vuelta recurrente, las violencias son potenciadas por los malestares, al tiempo que éstos las agudizan. Sin embargo, antes de iniciar esta tarea resulta necesario abordar brevemente las ideas sobre el origen del malestar social de uno de los más paradigmáticos críticos, junto a Marx y Nietzsche, de la cultura entendida como civilización y, de forma más concreta, como

civilización occidental moderna y capitalista: Sigmund Freud. Esto por dos razones: la primera, porque Freud es quizá el primer pensador que habló de malestar cultural y del modo en que, junto con la violencia, funda lo social; la segunda, porque lo hace de una manera que consigue trazar puentes directos entre el plano psíquico y el social con pretensiones universalizantes pero sin perder de vista los contextos históricos. Este análisis, a su vez, permitirá sentar las bases para explicar mejor lo que se entiende por modernidad tardía y por qué es relevante enunciar algunos de sus rasgos constitutivos, tanto en el plano estructural como en el secular, para abordar los vínculos entre malestares sociales y violencias.

La emergencia del malestar social en la modernidad

Para Freud el malestar es innato a la cultura ya que ésta representa el triunfo de la imposición, por la colectividad, del principio de realidad frente al principio del placer, “principio que rige las condiciones del aparato psíquico desde su mismo origen” (2007: 70). Esta explicación, que se basa en una narración mítica de estilo rousseauniano del mito de la firma del contrato social sobre los orígenes de la cultura y la vida social, la desarrolla básicamente en dos escritos: *Tótem y tabú* y *El malestar en la cultura*.

En el primero de ellos recrea el tiempo del “hombre primitivo”, quien no poseía aún cultura —entendida ésta básicamente como la regulación de las relaciones sociales—,⁸ cuando la voluntad del macho como jefe y padre de familia era ilimitada. La tiranía del progenitor, según Freud, llegó a su fin cuando los hijos, en alianza fraterna, lo asesinaron y lo devoraron, apropiándose así de su fuerza, y descubrieron que “una asociación puede ser más poderosa que el individuo aislado” (2007: 92). Vencido el individuo que monopolizaba el ejercicio del principio del placer, la colectividad de hijos se vio obligada a imponerse restricciones mutuas para consolidar un nuevo orden, lo que dio inicio a una fase totémica en la que la prohibición del incesto representó “quizá la más cruenta mutilación que haya sufrido la vida amorosa del hombre en el curso de los tiempos” (2007: 95).⁹

El desarrollo de la vida social, explica Freud, exigió aún más regulaciones en las relaciones interpersonales, de manera que se impusieron una serie de tabúes y leyes que

⁸ “[...] el término ‘cultura’ designa la suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales y que sirven a dos fines: proteger al hombre contra la Naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí” (Freud, 2007: 83).

⁹ Como se verá en el apartado referido a las violencias, para Freud la cultura desde su origen mismo —el Derecho regulador y represivo de la colectividad organizada— es una institución violenta, que a su vez regula las agresividades innatas de los individuos, de manera tal que el padre del psicoanálisis reconoce la violencia como parte constitutiva de los seres humanos, tanto como entes biológicos, como culturales.

establecieron más y mayores limitaciones para el hombre y la mujer, especialmente en el ámbito del ejercicio de la libido sexual. Con el aumento de las restricciones también incrementaron el número e intensidad de las frustraciones, que el psicoanalista austriaco caracteriza como fuentes del malestar y la hostilidad de todos los seres humanos frente a la cultura. En esta dirección, Freud ubica tres fuentes de displacer para los humanos, dos de ellas vinculadas a su constitución como especie biológica: la ineludible decadencia y aniquilación del cuerpo, y la potencia destructora del mundo exterior “capaz de encarnizarse en nosotros” (2007: 71). La tercera de estas fuentes es de orden cultural y se vincula a la estructuración misma de los sujetos como seres sociales y poseedores de psiquismo. Es ésta la fuente del gran malestar: las relaciones con los otros. Al respecto, Freud escribe: “El sufrimiento que emana de esta última fuente quizás nos sea más doloroso que cualquier otro; tendemos a considerarlo como una adición más o menos gratuita, pese a que bien podría ser un destino tan ineludible como el sufrimiento de distinto origen” (2007).

El bienestar de todos es, pues, la desgracia de uno. Para Freud, al menos en principio el malestar es algo bien definido: el displacer personal producido por la imposibilidad de ejercer la vida pulsional, la constante moderación o negación de la tendencia innata del individuo para realizar sus deseos y necesidades libidinales de manera indiscriminada; los miembros de la comunidad restringen sus posibilidades de satisfacción en aras de la imposición de un orden jurídico que no puede ser violado, al menos teóricamente, a favor de un individuo. Como se verá adelante con mayor detalle, Freud encuentra que una pulsión innata en el ser humano es el instinto de destrucción, y en gran medida la necesidad de regular esta tendencia agresiva en las personas es, a la vez, origen de la fundación cultural y nacimiento de la violencia,¹⁰ de tal modo que esta última se sitúa como una parte estructurante de los seres humanos como seres culturales.

Para contener la hostilidad de origen que amenaza al orden cultural, Freud explica que se generaron diversos mecanismos, el más sofisticado y efectivo de los cuales consistió en devolver dicha hostilidad al lugar de donde procedía, introyectándola en el individuo y dirigiéndola contra él mismo para convertirla en el *super-yo*, una conciencia —moral— que tiene como función ser la autoridad que regula las acciones del sujeto desde él mismo: “El *super-yo* tortura al pecaminoso *yo* con las mismas sensaciones de angustia y está al acecho de oportunidades para hacerlo castigar por el mundo exterior” (Freud, 2007: 116).

La hostilidad hacia la cultura no fue entonces conjurada, solamente fue moderada por un sentimiento de culpabilidad que tiene como base el miedo a una autoridad externa, pero sobre todo el castigo impuesto por la autoridad interna o *super-yo* frente al deseo de lo prohibido. El malestar en la cultura persiste así como culpa, como culpa primigenia

¹⁰ Al respecto es posible adelantar que la violencia como hecho cultural no es propiamente un malestar, sino un mecanismo regulador de lo social, inherente a este orden.

por el asesinato del protopadre, pero sobre todo como culpa surgida del conflicto entre el amor (*Eros*) por la vida en comunidad y el principio del placer que compele al yo a realizar su vida pulsional por encima de los otros. Según Freud, el progreso cultural es posible gracias a este sentimiento de culpabilidad, a esta severidad del *super-yo* en la vigilancia, el juicio y la censura de los deseos personales.

Al respecto, Freud agrega que la culpa puede ser percibida como angustia, pues no siempre es consciente:

Quizá convenga señalar aquí que el sentimiento de culpabilidad no es, en el fondo, sino una variante topográfica de la angustia [...así] se concibe fácilmente que el sentimiento de culpabilidad engendrado por la cultura no se perciba como tal, sino que permanezca inconsciente en gran parte o se exprese como un malestar, un descontento que se trata de atribuir a otras motivaciones (Freud, 2007: 125).

Freud apunta que, aunque todos los seres humanos sentimos culpa, en los neuróticos obsesivos la angustia “se impone a la consciencia con excesiva intensidad, dominando tanto el cuadro clínico, como la vida entera del enfermo” (2007).

Estas dos últimas citas tomadas de *El malestar en la cultura* resultan de gran interés para discernir la concepción de malestar según Freud. En primer lugar, es importante subrayar que el malestar al que se refiere el autor, a pesar de referirse a individuos concretos, es social por dos motivos: primero, surge con la comunidad misma, es decir, tiene su etiología en la sociabilidad; segundo, su contenido es histórico, ya que si bien la búsqueda del placer y la felicidad es estructural e innata en el individuo, tanto los órdenes normativos de lo pulsional, como las situaciones, prácticas, actos o conductas que provocan placer y displacer, varían cronotópicamente. De este modo, la angustia o el descontento indefinido que siente el sujeto, que para Freud es el sentimiento de culpabilidad por la tensión entre el deseo de placer y su represión, tiene motivaciones sociales que varían histórica y culturalmente. Así, Freud construye una suerte de estructura universal del malestar en la que vincula lo psíquico individual con lo social colectivo, de manera que lo primero sólo se explica cuando se dimensiona en el marco de lo segundo; pero a la vez el padre del psicoanálisis deja abierto el espacio de definición, determinado por las particularidades de cada sociedad, de las fuentes concretas de la frustración.

Del argumento desarrollado por Freud, es relevante subrayar el planteamiento que hace de un claro conflicto entre el individuo y la cultura —la sociedad—, responsable de un malestar que se expresa en el individuo pero que se origina más allá de él. Lo que Freud señala es que el orden social, y la cultura en particular, implican una extraña dualidad que ofrece felicidad y seguridad y, al mismo tiempo, represión y frustración. Pero, además, el malestar en la cultura que Freud describe puede interpretarse en clave individual, es decir, es un malestar que se mantiene latente en la sociedad y que se

expresa en, y sólo en, algunos individuos. Para entender la relación entre los malestares sociales y las violencias en la sociedad contemporánea, así como la variedad de los modos de experimentarla y vivirla por algunos jóvenes, este marco analítico constituye un primer marco de referencia.

En segundo lugar, a lo largo del texto Freud ensaya la posibilidad de realizar algunas analogías entre la evolución de la cultura y la del individuo. Unas páginas adelante del señalamiento de que los sujetos neuróticos viven el malestar —casi siempre sin conciencia— de una manera más manifiesta y excesiva que el resto de los individuos, el autor se pregunta: “¿acaso no estará justificado el diagnóstico de que muchas culturas —o épocas culturales, y quizá la humanidad entera— se habrían tornado ‘neuróticas’ bajo la presión de las ambiciones culturales?” (2007: 133).

Cuando Freud se cuestiona por qué la cultura —cuya finalidad es la protección del ser humano, tanto de la potencia destructiva de la naturaleza como de las tendencias agresivas de los otros individuos— produce un sentimiento de infelicidad y frustración entre sus miembros más que una sensación de bienestar, inicia una reflexión sobre la situación contemporánea de su contexto cultural. El padre del psicoanálisis reconoce el aparente progreso logrado por la humanidad en el conocimiento de las ciencias naturales aplicado al dominio de la naturaleza y al desarrollo de la tecnología, pero en lugar de mirar bienestar puro en éste, observa el surgimiento de nuevos males y fuentes de represión. Al respecto escribe: “¿acaso no es una positiva experiencia placentera, un innegable aumento de mi felicidad, si puedo escuchar a voluntad la voz de mi hijo que se encuentra a centenares de kilómetros de distancia?... [Sin embargo] Sin el ferrocarril que supera la distancia, nuestro hijo jamás habría abandonado la ciudad natal, y no necesitaríamos de teléfono para poder oír su voz” (2007: 82).

Por otra parte, Freud advierte que los ideales culturales forjados por una civilización que se concibe a sí misma como superior pueden ser los mayores causantes de infelicidad y frustración en los sujetos e, incluso, del aumento en el porcentaje de individuos que encuentran en la neurosis una escapatoria a lo insoportable que resultan las exigencias culturales.

En *El malestar en la cultura* Freud hace un ejercicio en el que los conflictos dinámicos que habitan en el interior del individuo se explican como un reflejo a pequeña escala del gran conflicto cultural, de la tensión entre lo que él llama “humanidad” y su creación originaria: la cultura. La perspectiva micro/macro de la que parte el autor —quien en este escrito socializa la psicología— se identifica con la desarrollada a lo largo de esta investigación en la que, por otra parte, una de las pretensiones centrales es encontrar y ligar lo propiamente social, en lo subjetivo y, paralelamente, explicar lo social desde la subjetividad.

Así, junto con Marx y Nietzsche, Freud realiza una crítica a la modernidad que más tarde sería continuada por una corriente de la tradición sociológica, y que hace referencia

a las consecuencias no deseadas de la modernidad, en la cual el malestar es nuevamente expresado como una tensión entre el individuo y la sociedad, encarnada en sujetos cuya infelicidad y frustración es producto del mismo progreso y desarrollo social. Estas tensiones anunciadas por Freud en plena modernidad se han acentuado y complejizado al transitar hacia una nueva faceta de la modernidad. Diversos teóricos han orientado sus reflexiones hacia algunos de estos aspectos propios de una modernidad tardía que, como se sostiene a lo largo de este análisis, se vinculan directamente con algunas manifestaciones contemporáneas de las experiencias de violencias entre los jóvenes.

La patrística sociológica, representada fundamentalmente por Émile Durkheim, Karl Marx y Max Weber, tuvo como afán delinear los rasgos propios de un nuevo sistema social sin precedentes en la historia de Occidente, caracterizado por la presencia de un sistema económico capitalista industrial y por el dominio del Estado como institución política, a lo que se denominó modernidad. Según estos pensadores, la modernidad representaba una ruptura radical con las instituciones tradicionales del Antiguo Régimen, seguida por nuevas formas de estructuras de organización, relaciones sociales y valores compartidos. Así, para Durkheim el desarrollo del capitalismo industrial iba de la mano de una creciente división del trabajo y del debilitamiento de la moralidad común —solidaridad mecánica—, suplida por un nuevo tipo de solidaridad: la solidaridad orgánica. Para Marx, la permanente división de la sociedad en clases y el constante desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas constituían el eje en torno al cual funcionaba la sociedad capitalista moderna. Weber, por su parte, señaló como rasgo determinante de la modernidad la preeminencia de la racionalidad —la búsqueda de la eficiencia, apoyada en la técnica— como una suerte de institución rectora de los órdenes en los que la vida social se estaba compartimentando: el político, el económico, el religioso y el cultural.

De manera similar, la teoría social contemporánea ha fijado su mirada en las transformaciones que la sociedad moderna —tal como la caracterizaron los primeros sociólogos— ha sufrido a partir de la segunda mitad del siglo XX, en el marco de revoluciones de distinto orden: tecnológico, informático, comunicacional, económico, político y cultural. En esta dirección, surgió un debate entre los científicos sociales que consideran que esos cambios son tan radicales que resulta mejor caracterizar a la sociedad actual como posmoderna —en el sentido de que hay diversas rupturas con valores y formas de relacionarse consideradas modernas—, y aquellos, como David Harvey, Zygmunt Bauman, Anthony Giddens y Ulrich Beck, que, en cambio, siguen hablando de la sociedad como moderna, aunque adjetivándola como flexible, segunda, reflexiva o tardía, pues consideran que diversos fenómenos que en ella se despliegan la distinguen de la primera fase de la modernidad. Este segundo grupo de estudiosos coincide en que dichos rasgos tienen como común denominador ser expresiones de una modernidad radicalizada que se expresa en una de las premisas más características del

capitalismo moderno: la “destrucción creativa” o, a decir de Bauman, una “sed de creación destructiva” derivada de la propia dinámica del capitalismo cuyas implicaciones en la vida social, como se verá adelante, son mayúsculas.

A nivel estructural se reconocen como atributos de la modernidad tardía fenómenos que históricamente se esbozaron desde la primera modernidad, pero cuya plenitud se ha dado en la segunda modernidad, de modo que, más que ruptura, se aprecia continuidad. Éstos son: la globalización, la prevalencia de una “economía intangible” mundial —mercado financiero—, el dominio total del capitalismo, ahora “flexible” (Harvey, 1998), como sistema económico después de la caída del comunismo soviético (Giddens, 2001; Beck y Beck, 2001), y una suerte de “arrasamiento del espacio por el tiempo” relacionado con el desarrollo tecnológico, informático y de las comunicaciones. Una síntesis apretada de las dos modernidades en un plano estructural resulta al pensar la primera modernidad como industrial, estatal y regida por una lógica de estructuras, y la segunda modernidad como flexible, financiera, global y en la que prevalece una lógica de flujos.

En un plano más secular, referido a la dimensión de las transformaciones en las relaciones sociales y la vida cotidiana de los sujetos —que es el que más compete a esta investigación—, los científicos sociales ubican como rasgos propios e interrelacionados de la modernidad tardía: a) la individualización, b) un tipo particular de riesgo e incertidumbre, c) la prevalencia de la transitoriedad y lo efímero, d) el desenclave de las instituciones modernas y e) la reflexividad, es decir, el hecho de que las prácticas sociales son examinadas constantemente y reformadas a la luz de nueva información sobre esas mismas prácticas (Giddens, 1993: 46; Beck y Beck, 2001; Bauman, 2009b).

A continuación se tratan con mayor detalle estos rasgos más seculares de la modernidad tardía, aunque de manera selectiva. Para ello se han retomado muchos de los términos ya mencionados y propuestos por los Beck, Bauman y otros autores, pero tratándolos como fenómenos que dan contenido a los malestares sociales que se revelaron en el trabajo de campo y que, a su vez, se vinculan con experiencias de violencias.

La individualización como nueva institución social

Si bien las corrientes de pensamiento filosófico, social, económico y político que impulsaron la modernidad encontraron en la defensa del individuo y del ejercicio de su libertad y autonomía una causa innegociable, su contenido se basó en el reconocimiento de un tipo específico de individuo: el sujeto político, es decir, el ciudadano. El afán de los precursores del mundo moderno era que el espacio público, el de las decisiones políticas, dejara de ser estamentario y se abriera a todo aquel que a título personal decidiera ejercer su libertad de opinión y elección. La eliminación paulatina de restricciones para formar parte de lo público fue señal del triunfo social de la ciudadanización en la mayor parte

del mundo. El fenómeno de la individualización, enunciado por primera vez por Ulrich y Elisabeth Beck, podría interpretarse como una radicalización de esta reivindicación del individuo, pero parecería que su fuente es más bien el mercado y que el espacio en el que se defiende su acción es también el de la vida privada, de modo que: “La ética de la realización y el triunfo individual es la corriente más poderosa de la sociedad moderna” (Beck y Beck, 2001: 234).

Estos autores señalan que la individualización se está convirtiendo en la estructura social de la segunda modernidad, de manera que no se despliega en la vida de los sujetos como producto de una decisión libre y voluntaria, sino como un mecanismo institucionalizado en lo social que, paradójicamente, los obliga a construirse a sí mismos en ausencia de modelos tradicionales. Este fenómeno, que los autores denominan “individualismo institucionalizado” —ya que las condiciones básicas de la sociedad propician e imponen la individualización vía, por ejemplo, el mercado de trabajo, la legislación laboral y social, la necesidad de movilidad y de formación, los fondos de pensiones, etcétera— obliga a las personas a ser las organizadoras de sus propias vidas, y cada vez en una mayor proporción (Giddens, 2002). Los Beck señalan:

[...] la modernidad, que nació con la reivindicación del poder personal por parte del sujeto, está cumpliendo su promesa. A medida que gana terreno la modernidad, Dios, la naturaleza y el sistema social están siendo paulatinamente sustituidos, a grandes y pequeños pasos, por el individuo, un individuo confundido, despistado, indefenso y sin saber qué hacer ni a qué santo encomendarse. Con la abolición de las antiguas coordenadas surge una cuestión que ha sido a la vez reprobada y aclamada, ridiculizada y sacralizada, y declarada culpable y muerta: la cuestión del individuo (Beck y Beck, 2003: 48).

Pero la individualización puede interpretarse además como un malestar social en sí mismo y a la vez como un disparador de otros malestares sociales, especialmente de la sensación de desamparo tan extendida entre la juventud. Tal como se lee en la cita previa de los autores, los individuos “liberados” de lo social no parecen capaces de autoconstruirse como faros y murallas de sí mismos, lo cual da lugar a una serie de tensiones irresueltas y, en cierta medida, sufridas o experimentadas por el individuo. Este nuevo rasgo de la sociedad contemporánea, esencial en la modernidad tardía, parece irremediabilmente asociado con nuevas formas de malestar que emergen, como en Freud, del choque o encuentro entre el individuo y un orden social particular.

La disolución de lo colectivo, en particular de la clase, y la experiencia individual de la desigualdad, fenómenos que los Beck asocian con la individualización, mantienen una relación directa con los nuevos malestares de la segunda modernidad. En el capítulo “Más allá del estatus y de la clase” de su libro *La individualización*, Ulrich Beck desarrolla

un planteamiento sugerido desde las primeras páginas del libro: que la difusión de la individualización ha favorecido el carácter no clasista de la desigualdad social y, por tanto, su radicalización individualizada, esto es, que lejos de desaparecer del horizonte social, las desigualdades se han distribuido e incorporado de una manera distinta, menos en sectores o clases y más en los cuerpos y las trayectorias de vida de los propios individuos.

Beck elabora esta formulación a partir de sus observaciones sobre el desarrollo del Estado de bienestar en la posguerra, en los países industrializados de Occidente. El sociólogo alemán sostiene que en estos “acomodados países” no sólo la burguesía, también el “asalariado libre”, fueron liberados de “las ataduras de la familia, del vecindario y de la ocupación” gracias a las políticas de protección social que estaban marcadamente dirigidas hacia los individuos, lo cual propició la disolución de los vínculos de clase y, de una manera más contundente, de “los entornos vitales asociados a las subculturas de la clase y el estatus” (Beck y Beck, 2003: 82).

El análisis de los supuestos marxistas y weberianos sobre la desigualdad social sirve a los Beck para referirse con mayor detalle al desdibujamiento de las identidades de clase. Los autores consideran que Marx detectó los procesos más tempranos de individualización en la primera modernidad al hablar de cómo el desarrollo del capitalismo industrial impulsó un doble proceso de emancipación y desarraigo respecto a las relaciones de producción y a las tradiciones de instituciones feudales. No obstante, Marx concedió mayor importancia a la experiencia colectiva de la depauperación como impulsora de la lucha de clases —cuya consecuencia más significativa sería la desalienación de la clase obrera— y no se interesó por estudiar “hasta el fondo esta variante de una sociedad de clases atrapada en el proceso de individualización” (Beck y Beck, 2003: 86). Los autores señalan que ello se debió en parte a que la individualización sólo puede darse con la superación de la depauperación material, que es justamente la condición para la formación de clases a la que se refirió Marx, de manera que “Marx siempre equiparó los procesos de individualización con la formación de clases” (Beck y Beck, 2003: 87).

Los Beck señalan que, por su parte, Weber ignoró las tendencias individualizadoras y colocó en el centro de su estudio la variedad de estilos de vida modernos. Para Weber, la conjunción y mezcla de las actitudes tradicionales vinculadas al estatus y las nuevas oportunidades del mercado dieron lugar a “posiciones de clase social” sustantivamente diferenciadas, de manera que esa continuidad y autoridad de tradiciones y subculturas cuya base era el estatus bloquearon las tendencias hacia la individualización.

Sin embargo, para los Beck, a partir de la segunda mitad del siglo XX la configuración social descrita por Weber empezó a desdibujarse y sus diversos elementos a desintegrarse, de manera que surgieron nuevas diferencias al interior de los grupos de estatus. En esta diferenciación interna, según los sociólogos alemanes, han intervenido factores como el acceso a la educación, la “reflexividad” de los vínculos sociales y, con ello, la posibilidad de

elegir y crear relaciones de proximidad —de vecindad, amistad e incluso familiares—, así como el desmoronamiento de la simbiosis entre ocupación y clase. Este último aspecto se explica por el debilitamiento de “la realidad corporativa de las clases sociales”. Al respecto, estos autores abundan:

Hablar de la clase de los trabajadores, o de la clase de los empleados, ya no parece algo tan obvio en los entornos vitales de las personas, de manera que las referencias básicas dejan de tener valor a la hora de dilucidar si el proletariado se está “aburguesando” o si se están “proletarizando” los empleados [...] El grupo de los que no dependen de un salario es cada vez menor, y el grupo de los que sí dependen de un salario es cada vez mayor. Pese a todas las diferencias hay cada vez rasgos más comunes —especialmente más riesgos comunes— entre los grupos definidos por los ingresos o la educación (Beck y Beck, 2003: 92).

Precisamente es la dimensión de los riesgos y su distribución lo que resulta ilustrativo para referirse a los malestares sociales. Después de que los Beck explican el proceso de difusión de la individualización a través del Estado de bienestar —que garantizó seguridad y protección a los sujetos de modo que éstos pudieran prescindir, empleando términos durkheimianos, de la solidaridad mecánica—, los autores subrayan que, si bien la “individualización de la desigualdad social” se generó en el contexto del Estado, en la modernidad tardía ha sido favorecida y acentuada por el mercado de trabajo a través de la exigencia de una serie de cualificaciones laborales y de la promoción de estrategias de competencia y movilidad constante.

En esta dirección, los Beck apuntan que la individualización produjo una dinámica doble en la que, al tiempo que los sujetos se liberaron de las ataduras corporativas, también quedaron más solos frente a los riesgos, oportunidades y contradicciones del mercado de trabajo. Para los sociólogos alemanes, el paulatino paso de una sociedad de clases hacia “una sociedad de empleados individualizada” —que es un horizonte previsto por él— implica también la pérdida de los rasgos distintivos de la identidad de clase y, por tanto, la probabilidad de que éstas se conviertan en fuerzas políticas. De este modo, las desigualdades no desaparecen, pero sí “se definen en términos de *individualización de los riesgos sociales*” (Beck y Beck, 2003: 96, cursivas añadidas).

Tanto las oportunidades, como los riesgos y las incertidumbres biográficas —anteriormente predefinidas en el marco de la familia, la comunidad o incluso los estados o clases asistenciales— han pasado ahora a los individuos. Así, escriben los Beck: “Para no fracasar, los individuos deben ser capaces de planificar a largo plazo, de adaptarse al cambio, de organizarse, improvisar, fijarse metas, reconocer los obstáculos, aceptar las derrotas e intentar nuevas salidas. Necesitan iniciativa, tenacidad, flexibilidad y paciencia ante los fracasos” (2003: 42). En este nuevo contexto

el fracaso es siempre percibido como personal y deja de ser una experiencia de clase en el marco de una “cultura de la pobreza”; es decir, la desigualdad, distribuida en las biografías individuales, no es vista como un problema social y sí, en cambio, como una incapacidad individual para alcanzar el éxito.

Esta percepción generalizada de la radical autorresponsabilidad de los individuos en la suerte de su vida genera de manera paralela el primero de los fenómenos, que en este apartado se subraya como uno de los principales generadores de malestar social:

[...] los problemas sociales se perciben cada vez más como disposiciones psicológicas: como inadecuaciones personales, sentimientos de culpa, ansiedades, conflictos y neurosis [...] Las crisis sociales aparecen como crisis individuales, que ya no son (o sólo de manera muy indirecta) percibidas en función de su raigambre en el ámbito social. Ésta es una de las explicaciones del actual resurgir del interés por la psicología (Beck y Beck, 2003: 96).

De hecho, el fenómeno descrito en la cita de los Beck puede tomarse como una definición que enuncia de manera implícita la categoría de malestar social inicialmente propuesta en la presente investigación. En esta dirección, los autores sugieren que nunca antes en la historia de la humanidad lo social se había expresado, y experimentado, de manera tan contundente en la dimensión de lo individual, de forma que las crisis, cuyos orígenes son sociales, se traducen en crisis individuales que no necesariamente se manifiestan en grandes explosiones colectivas o en movimientos organizados por corporaciones, clases o grupos, sino que lo hacen en el plano de las emociones y la psique, en el nivel del sujeto. Al mismo tiempo, el estudio y las posibles soluciones a estos malestares vistos como subjetivos no se buscan en las ciencias sociales, sino en la psicología e, incluso, en la psiquiatría.

A este rasgo de la individualización se suma otro más: dado que las crisis se manifiestan como personales, las soluciones también se procuran en la dimensión individual. Al respecto, los Beck escriben que la tendencia en las sociedades de la modernidad tardía es “buscar soluciones biográficas a contradicciones sistémicas” (2003: 31), de ahí el éxito, por ejemplo, de la literatura de autoayuda y de múltiples ofertas terapéuticas que ofrecen a los sujetos mejorar su autoestima, elevar sus potencialidades y encontrar en su propio desarrollo la solución a cualquier contratempo o fracaso, sin importar si su origen es estructural. En este contexto las desigualdades pueden incluso ser crecientes, pero no se viven más de manera colectiva.

Como apuntan los Beck, en esta dinámica: “La ideología del mercado neoliberal pone en práctica la atomización con toda su voluntad política” (2003: 72).¹¹ En *La sociedad*

¹¹ Lo anterior resulta importante porque en América Latina en general, y en México en

sitiada, Zygmunt Bauman también hace referencia a este tratamiento individualizado de los problemas sociales y desarrolla las consecuencias que este fenómeno tiene en una transformación de lo privado en público que, no obstante, reconvierte lo público en privado y banaliza la dimensión social del malestar individual. Esta reflexión la deriva del análisis de los *talk shows*, fenómeno mediático que se populariza en la década de los ochenta del siglo pasado. Al respecto, Bauman destaca “[...] la tendencia inherente de los *talk shows* a representar la vida humana, su tema y sustancia, como un conglomerado de problemas individuales que buscan una resolución individual que a su vez exige la utilización de recursos también individuales” (2007: 206).

El autor apunta que, aparentemente, en estos programas televisivos la experiencia del malestar interior se hace pública, sin embargo, el tratamiento que se le da no deja de ser el de un problema del individuo, ya que lo único que tienen en común los consumidores de estos programas es que “todos sufren en soledad”, sus problemas nunca se traducen en asuntos de orden público: “Simplemente, se los ha declarado públicamente de carácter privado, y han recibido confirmación pública de lo que son” (Bauman, 2007: 208).

En esta dirección, resulta interesante la mirada de Bauman al mundo contemporáneo pues ofrece una nueva definición de cultura que, a pesar de la distancia sustancial que guarda con las definiciones clásicas, conserva como elemento constitutivo e inherente ser generadora de malestar social. Sin embargo, a diferencia de lo postulado por Freud, en esta nueva concepción la responsabilidad de la generación de ese malestar no recae más en la entidad abstracta de la cultura misma o en la colectividad opresora, sino en los propios individuos, principales consumidores de dicha cultura, lo cual acentúa el carácter que se ha venido subrayando del malestar social contemporáneo percibido menos como algo social, y más como algo personal.

En *O mal-estar da pós-modernidade* (1997),¹² Bauman se sirve de la metáfora “fábrica de orden” para referirse a la concepción originaria y moderna de cultura, estrechamente ligada a una visión evolucionista de la historia de la humanidad, según la cual el ser humano ha resuelto sus necesidades de un modo cada vez más refinado, alejándose de un estado natural y alcanzando uno civilizado. En esta concepción, la cultura es entendida como un sistema coherente de normas, de prescripciones y de proscipciones, que posee

particular, la puerta de entrada de los procesos de individualización no parece haber sido un Estado de bienestar, sino el mercado neoliberal y sus mecanismos de reclutamiento y competencia laboral, además de la migración, también por él promovida junto con los modelos de consumo que ha impulsado.

¹² Existe una edición en español de esta obra: Zygmunt Bauman (2001), *La posmodernidad y sus descontentos*, Madrid, Ediciones Akal. Cito la edición brasileña pues fue a la que tuve acceso durante la escritura de este apartado.

una estructura que funciona gracias a un aparato central de valores y de artefactos materiales que, al perder su utilidad, están destinados a desaparecer. Bauman escribe:

É assim que tendemos a pensar na cultura até hoje: como um dispositivo de antialeatoriedade, um esforço para estabelecer e manter uma ordem; como numa guerra contínua contra a aleatoriedade e esse caos que a aleatoriedade ocasiona. Na luta eterna entre ordem e caos, o lugar da cultura é inequivocamente no lado da ordem (Bauman, 1997: 164).¹³

El sociólogo polaco señala que, no obstante, es cada vez más difícil pensar en la cultura de este modo, como una “fábrica de orden”, pues esta metáfora resulta poco efectiva para dar cuenta de una sociedad en la que se suscitan tantas crisis y conflictos que llamamos culturales y que, a la luz de la definición clásica de cultura, se traducen como erráticos. Así, aludiendo a la “crisis de los paradigmas” de Thomas Kuhn, Bauman apunta la necesidad de enunciar una nueva metáfora sobre lo que es la cultura, dado que la “fábrica de orden” ha perdido mucho de su capacidad cognoscitiva original. Con este propósito, recurre a la obra de Claude Lévi-Strauss, en la que dice que se encuentran las primeras señales de la inminente rebelión contra el ortodoxo paradigma de la cultura como “establecedora de orden”.

Bauman se guía por tres ideas lévi-straussianas que pueden sintetizarse de la siguiente forma: como ni la cultura ni la sociedad son totalidades cerradas, tampoco existe una estructura global de la cultura como un todo, sino procesos de estructuración continuos y perpetuos en diversas áreas y dimensiones de la práctica humana. Así, dado que “A cultura não é senão uma atividade perpétua e a “estrutura” não é senão a constante manipulação de possibilidades”¹⁴ (Bauman, 1997: 167), no hay necesidades ni sentidos preestablecidos que la cultura deba supuestamente satisfacer: “A cultura não serve a nenhum propósito, não é uma função de nada, não há nada que ela possa avaliar ‘objetivamente’ com seu sucesso ou ‘correção’, não há nada (exceto o seu impulso e dinâmica internos) que lhe possa explicar a presença”¹⁵ (Bauman, 1997: 167). A partir de esta concepción de las actividades culturales como endémicamente

¹³ “Es así como tendemos a pensar en la cultura hasta hoy: como un dispositivo de antialeatoriedad, un esfuerzo para establecer y mantener un orden; como en una guerra continua contra la aleatoriedad y ese caos que la aleatoriedad ocasiona. En la lucha eterna entre orden y caos, el lugar de la cultura está, inequívocamente, del lado del orden” (traducción propia).

¹⁴ “La cultura no es sino una actividad perpetua y la ‘estructura’ no es sino una constante manipulación de posibilidades” (traducción propia).

¹⁵ “La cultura no sirve a ningún propósito, no está en función de nada, no hay nada que ella pueda evaluar ‘objetivamente’ con su éxito o corrección, no hay nada (excepto su impulso y su dinámica internos) que pueda explicar su presencia” (traducción propia).

adaptables e imprevisibles, el sociólogo polaco encuentra un nuevo modelo de cultura en el ideal de la “cooperativa de consumidores”, cuyo referente histórico se ubica en 1844 en Rochdale, cuando la Sociedad de Pioneros Equitativos instaló su primera tienda que sería administrada por las mismas personas que la utilizaban, reclamando así una libertad —de la que habían sido despojados en su papel de productores— como consumidores.

Según Bauman, una cooperativa de consumidores presupone autogobierno, una combinación entre la acción organizada e intencional de sus integrantes y la espontaneidad en sus iniciativas, lo que se traduce en la existencia de un poder policéntrico y móvil. En dicha cooperativa no se distingue con facilidad, en la lógica de sus interacciones, al “autor” del “agente”, pues la expectativa es que cada miembro sea tanto lo uno, como lo otro. Pero su característica más relevante es que la parte que corresponde a cada integrante en el empeño común es calculada con base en las proporciones de su consumo, y no por su contribución productiva. Bauman apunta:

Quanto mais o membro consome, maior é o seu quinhão na riqueza comum da cooperativa. A distribuição e a apropriação, não a produção, são por tanto o eixo da atividade cooperativa. Os esforços para aumentar o consumo e obter consumidores em maior número (e mais ávidos) são a principal fonte da sua dinâmica (Bauman, 1997: 171).¹⁶

Así, en la cooperativa de consumidores la verdadera línea de producción es justamente la del consumo. Esta cuestión, apunta Bauman, es nodal al pensar en una nueva concepción de cultura, especialmente si se considera que todos los modelos ortodoxos de cultura estaban concentrados en el creador, en los productores de esa cultura. En la nueva dinámica cultural, en cambio, es justamente en los actos de consumo donde todo lo que es cultural adquiere sentido. En esta dirección, la elección es el atributo del consumidor, y la naturaleza cooperativa de la comunidad de consumidores implica libertad para elegir. Y es ahí donde surge el malestar en la cultura para Bauman: en la imposibilidad de satisfacer el deseo de consumo y libertad, “O ímpeto de consumo, exatamente como o impulso de liberdade, torna a própria satisfação impossível!”¹⁷ (Bauman, 1997: 175).

Si para Freud la cultura como ordenadora del mundo y garante de seguridad y bienestar común era la fuente del displacer individual en busca de mayor libertad, para

¹⁶ “Cuanto más el miembro consume, mayor es su parte de la riqueza común de la cooperativa. La distribución y la apropiación, no la producción, son por tanto el eje de la actividad cooperativa. Los esfuerzos para aumentar el consumo y obtener consumidores en mayor número (y más ávidos) son la principal fuente de su dinámica [...]” (traducción propia).

¹⁷ “El ímpetu de consumo, exactamente como el impulso de libertad, torna imposible la propia satisfacción” (traducción propia).

Bauman la cultura como dispensadora de placeres y posibilidades de elección también representa el origen de un malestar experimentado a nivel personal, el de la insatisfacción. Pero a diferencia de la cultura opresora freudiana, la cultura de elecciones propuesta por Bauman no parecería encarnar en sí misma la responsabilidad por el malestar individual, dado que se presenta como generosa dispensadora de libertad; en todo caso, es en el propio consumidor de cultura en el que recae la incapacidad para satisfacer su avidez electiva, lo que, por otro lado, representaría que la hostilidad deja de sentirse hacia la cultura y se dirige hacia el propio individuo. El sociólogo polaco no explica si existen mecanismos colectivos para regular esta experiencia desbordada de vida posmoderna, pero todo parecería indicar que, por el contrario, el sistema tiende a exacerbarla.

Giddens relaciona este desbordamiento de las posibilidades de elección con el aumento de las adicciones y las compulsiones como formas sustitutas de la tradición y el orden. Cuando habla de adicciones se refiere, más que al consumo compulsivo de alcohol y drogas, a la obsesión repetitiva por realizar cualquier actividad, de modo que se puede ser adicto al trabajo, a ver deportes, a practicar ejercicio, a la comida, al sexo, etcétera:

La adicción entra en juego cuando la elección, que debiera estar impulsada por la autonomía, es trastocada por la ansiedad. En la tradición el pasado estructura al presente a través de creencias y sentimientos colectivos compartidos. El adicto también es siervo del pasado, pero porque no puede romper con lo que al principio eran hábitos de vida libremente escogidos (Giddens, 2000: 59).

El adicto entonces es una suerte de consumidor compulsivo, y a la vez permanentemente insatisfecho, que busca curar su malestar, generado por la multiplicidad de opciones, en este hacer repetitivo y recurrente, como si éste le otorgara un sentido de tradición a su vida frente al extremo de la autonomía y la libertad electivas.

Sin embargo, como señala Bauman, este exceso de libertad y la realización contundente de la individualización, criterios actuales de felicidad, no se han extendido de manera equitativa, de modo que aparece en el escenario como malestar una vieja conocida —también enunciada por los Beck—: la desigualdad en la distribución de los bienes materiales y simbólicos de la sociedad. En este caso, los mayores bienes simbólicos son justo la libertad de elección y el derecho a la individualidad.

A liberdade de escolha, eu lhes digo, é de longe, na sociedade pós-moderna, o mais essencial entre os fatores de estratificação. Quanto mais liberdade de escolha se tem, mais alta posição alcançada na hierarquia social pós-moderna. As diferenças sociais pós-modernas são feitas com a amplitude e estreiteza da extensão de opções realistas (Bauman, 1997: 118-119).¹⁸

¹⁸ “La libertad de elección, afirmo, es por mucho, en la sociedad posmoderna, el más esencial entre los

De igual modo, señala Bauman, en la sociedad contemporánea se persigue un salario justo o cierta acumulación de riqueza con el objeto de cumplir la expectativa de tener una gama mayor de posibilidades de elección y, con ello, garantizar el ejercicio de lo que ya se considera un derecho: la individualidad, o puesto en otras palabras, la posibilidad de elegir quién soy y durante cuánto tiempo. Para dar cuenta de la polarización en la posesión de ambos bienes —libertad e individualidad—, Bauman emplea las figuras de los turistas y de los vagabundos, personajes en constante movimiento, como “as metáforas da vida contemporânea” (1997: 116).

Los turistas representan una movilidad en la que la libertad de elección es ejercida al máximo, según las necesidades y los sueños de los individuos. La posibilidad de moverse según sus deseos y ambiciones es interpretada como libertad, autonomía e independencia. En la vida del turista no existe un sentido único y global para el viaje que realiza; cada estación elegida debe ser la llave de su propio sentido. En sus paradas, el turista no construye, acampa; sus relaciones con el lugar y las personas son epidérmicas. Las motivaciones que los mueven son posibilidades de experimentar la diversidad y la novedad.

En el polo contrario se encuentran los vagabundos, quienes sin elegirlo han sido desarraigados. Para ellos, la libertad representaría no tener que moverse de un lado para otro constantemente, pero se ven obligados a hacerlo una vez que en ningún lugar son bienvenidos. Según Bauman, los vagabundos son los depósitos de los escombros que los turistas dejan en su camino de libertad; representan el *alter ego* de esa libertad que, mientras a otros les da, a ellos los priva, pues no es elegida. Así, escribe el sociólogo: “Os turistas viajam porque querem; os vagabundos, porque não têm nenhuma outra escolha” (1997: 118). En este sentido, Bauman aclara que, aunque son pocos los “turistas perfectos” o los “vagabundos incurables”, todos quienes habitamos la sociedad contemporánea ocupamos un lugar en la línea continua que trazan estos dos polos, y esa ubicación está dada justamente por la libertad de elección a lo largo de nuestra vida.

Así, se es turista o vagabundo en función de la posibilidad de decidir libremente, con una amplia base de posibilidades, sobre los itinerarios de la vida; el dilema de si la libertad del turista es efectiva se resuelve precisamente en la extensión de esa amplia base de posibilidades, que para el vagabundo es inexistente. En este sentido, Bauman subraya que el proceso de democratización de la individualización, que según los Beck avanza cada día más, entraña desigualdades en su ejercicio y en las posibilidades que los sujetos tienen para desarrollarse.

factores de estratificación. Cuanta más libertad de elección se tiene, mayor posición se alcanza en la jerarquía social posmoderna. Las diferencias sociales posmodernas están hechas con la amplitud y la estrechez de la extensión de opciones realistas” (traducción propia).

Por otra parte, Beck y Beck también mencionan que uno de los fenómenos generados por la individualización es el carácter no clasista de la desigualdad, tanto en el nivel de la expresión como en el de su percepción, ya que, por un lado, hay un debilitamiento efectivo de “la realidad corporativa de las clases sociales” (2003: 92) y, por el otro, los propios individuos asumen la responsabilidad de sus fracasos y cada vez con menos frecuencia los explican como parte de una estructura que implica condiciones sociales inequitativas. Siguiendo esta línea, resulta revelador que Bauman se refiera a la desigualdad de la sociedad posmoderna a través de dos figuras metafóricas, el turista y el vagabundo, y gradaciones de las mismas, en una línea continua, pues se descubre de manera clara cómo a nivel analítico este autor ha renunciado a hablar en términos de colectivos y considera más productivo hacerlo a través de estas figuras metafóricas, cuyas identidades son flexibles a lo largo del tiempo.

Las metáforas del turista y el vagabundo en el contexto de esta investigación resultan por demás interesantes dado que, de manera efectiva y casi estereotípica, la figura del turista es central en la ciudad estudiada. En esta dirección, fue revelador explorar los distintos lugares que ocupan en estos polos los habitantes de Cancún, en su mayoría migrantes.¹⁹ Lo anterior es importante para pensar cómo se perciben los jóvenes protagonistas de este libro y en qué medida ciertos malestares sociales afectan a los que consideraríamos “jóvenes vagabundos”, mientras que malestares de otro tipo estarían presentes entre los que llamaríamos “jóvenes turistas”, de manera que tanto el exceso de libertad y movilidad, como la desigualdad en su distribución, representarían potenciadores del malestar entre los “vagabundos” y los “turistas”.

Así pues, la teoría de la individualización formula una especie de continuidad con el argumento planteado décadas antes por Wrigth Mills respecto a la necesidad de buscar los puntos de convergencia entre los niveles biográfico y social para analizar de qué forma se encarnan en la vida de los sujetos los problemas públicos y estructurales. Este mirar lo social en lo individual es tanto un proceder metodológico, como un rasgo propio de las sociedades tardomodernas, en las que se ha generalizado, e institucionalizado, una percepción individualizada de lo colectivo.

Si Freud escribió *El malestar en la cultura* en un contexto histórico en el que el Estado autoritario y represor ahogaba al individuo y la propia sociedad parecía exigir ante todo la protección de un espíritu colectivo, autores como los Beck y Bauman derivan sus reflexiones de una era en que lo colectivo es valorado de manera negativa y el mercado, y la cultura por él creada, exigen el ejercicio radical de la individualidad.

Aunque la teoría de la individualización recupera de manera indirecta a Freud en tanto que hace evidente la importancia que cobra el estudio de las crisis individuales y revela

¹⁹ Dado que la migración puede representar una elección libre entre varias posibilidades y no tener siempre como motivación principal la necesidad económica.

cómo los deseos y las frustraciones de los sujetos dan cuenta de problemáticas sociales y estructurales más amplias y colectivas, subraya que este análisis no debe perder de vista que tales crisis, deseos y frustraciones son percibidas como restringidas y privadas. La contundencia de tal percepción es señalada por estos autores cuando se refieren a la forma en que la gente narra sus biografías. Beck y Beck apuntan que se ha extendido una “forma narrativa individualista” en la que “los acontecimientos de la vida no se adscriben principalmente a causas ‘ajenas’, sino a aspectos del individuo (decisiones, no-decisiones, omisiones, capacidades, incapacidades, logros, compromisos, derrotas)” (2003: 73).

Este estilo de narrativa individualista está presente en la mayoría de los jóvenes con los que conversé en campo, en cuyas historias se aprecia que la percepción que tienen de sus infortunios y éxitos se vincula muy poco con las condiciones estructurales en las que se desarrollan, de las que parecen ser poco conscientes y frente a las que no son críticos. Terminé este apartado con la cita de lo que escribió un joven cuando le pedí, junto a otros de sus compañeros, que en una hoja de papel narrara si alguna vez había experimentado algún tipo de violencia, cuál, cómo había sido y cómo se sentía al respecto. Este brevísimo escrito de apenas tres renglones resulta muy revelador por el modo en que el joven describe su experiencia de violencia autoinfligida —aunque no queda muy claro si se trata de una ideación o de un intento suicida—, así como la forma en que —sin dar mayores detalles de las situaciones que produjeron (o producen, nótese la incompatibilidad de los tiempos verbales) sus deseos de morir— termina asumiendo que “la vida es hermosa” y que él es la propia fuente de su malestar: “He vivido un tipo de violencia individual en que me sentía cansado, porque sentía que el mundo tenía peso hacia mí y la cual [sic] mi única solución es matarme. Sé que es algo estúpido porque el mundo no acaba, continúa. Y la vida es hermosa”.

Incertidumbre, transitoriedad y ambigüedad

Para David Harvey, la continuidad más clara entre la modernidad y una era por muchos proclamada posmoderna se hace evidente en la pervivencia del capitalismo como base material de ambas culturas, así como de la “destrucción creativa” intrínseca a la circulación del capital. Desde la interpretación del geógrafo inglés, la diferencia entre una primera y una segunda modernidad, más bien de grado, radica en la intensidad de la dinámica de un capitalismo al que denomina “posfordista” o “flexible”. Una de las teorías más importantes de su obra *La condición de la posmodernidad* (1998) es que el capitalismo moderno o fordista —caracterizado por una rígida estructura de producción en masa y una organización del trabajo estandarizada, reglamentada y altamente especializada— respondió a la crisis económica de la primera mitad de la década de los setenta con una transformación profunda en el régimen de acumulación al que Harvey llama flexible.

A diferencia del análisis hecho frente a la crisis de los años treinta —según el cual el origen de tal período crítico se encontraba en el subconsumo y la falta de demanda efectiva, por lo que el Estado y el capital adoptaron una política keynesiana—, el análisis de la crisis de principios de los setenta fue que el capital no tenía la suficiente flexibilidad ni a nivel geográfico, ni a nivel de mercado de trabajo, ni tecnológicamente, de modo que se pensó que la solución a la crisis pasaba por un incremento de la flexibilidad en estas áreas, lo que dio lugar a la liberación de los poderes del capital financiero como medio para transferir fondos y relocalizar la producción. Harvey explica que entonces el capital financiero asumió el papel que antes se había asignado al Estado, que parecía ser una institución demasiado rígida, lo que desplegó esta suerte de capitalismo flexible cuyas características básicas son el aumento de la exportación de capital, mucha mayor fluidez para la circulación de fondos a través del mundo, la insistencia en un cambio tecnológico muy rápido y la desregulación en el mercado laboral. El acento en la flexibilidad significó atacar instituciones que presuntamente carecían de ella, como los sindicatos y algunos aspectos, calificados como barreras burocráticas a la flexibilidad, del llamado Estado de bienestar (Harvey, 1998).

Así pues, Harvey reconoce que los rasgos del capital moderno se radicalizan en la era del capital flexible, impactando, en primera instancia, sobre la cultura laboral y luego sobre la sociedad entera. Al respecto señala que en la obra de Marx ya se encuentran descritos: “los procesos sociales del capitalismo que dan lugar al individualismo, la alienación, la fragmentación, lo efímero, la innovación, la destrucción creadora, el desarrollo especulativo, los desplazamientos impredecibles en los métodos de la producción y el consumo (deseos y necesidades), que generan una transformación en la experiencia del espacio y del tiempo”, así como aquellos que normalizan en la existencia de los obreros la incertidumbre e inestabilidad que la maquinaria genera en el empleo (Harvey, 1998: 132). Sin embargo, también subraya que en la transición al nuevo régimen de acumulación capitalista, caracterizado por procesos y mercados laborales más flexibles, movilidad geográfica y rápidos desplazamientos en las prácticas de consumo, se generan dinámicas que exacerban los procesos sociales del capitalismo moderno, y con ello la necesidad de socializar al trabajador, y a los individuos en general, respecto a las nuevas condiciones de producción. Harvey escribe:

La educación, el entrenamiento, la persuasión, la movilización de ciertos sentimientos sociales (la ética del trabajo, la lealtad a la compañía, el orgullo nacional o local) y tendencias psicológicas (la búsqueda de identidad a través del trabajo, la iniciativa individual o la solidaridad social), todo esto desempeña un papel y está íntimamente mezclado con la formación de las ideologías dominantes (1998: 146).

En el campo del mercado de trabajo, por ejemplo, la incapacidad del sistema capitalista para mantener en su funcionamiento una estabilidad mínima e integradora, exenta de crisis periódicas o movilidad constante, se interpreta como una incapacidad personal para ser ágil y flexible, abierto al cambio y a las fluctuaciones, a los riesgos y a los imprevistos, rasgos que se han normalizado en la actitud paradigmática del trabajador y el sujeto exitosos. En este sentido, en la cultura del capitalismo flexible se valora a quienes están dispuestos a asumir riesgos, a calcular el beneficio y la pérdida y a comprometerse activamente con el futuro, aceptando la transitoriedad de todo: el empleo, el salario, el lugar de residencia, e incluso la identidad o las relaciones familiares; de ahí la abundancia de aseguradoras y seguros, y la exigencia a los individuos de ser capaces de calcular los riesgos de sus decisiones en todos los ámbitos de su vida, aun los más íntimos. No obstante, en esta dinámica el riesgo contemporáneo pasa a ser incertidumbre ya que, como señala Anthony Giddens retomando un análisis de Frank Hyneman Knight, mientras que el riesgo puede calcularse, la incertidumbre no (2000: 101); no es posible, pues, una gestión de la incertidumbre y del malestar que ésta genera en los individuos.

Al respecto, Giddens distingue entre dos clases de riesgo: el tradicional, presente tanto en las culturas preindustriales como en las modernas, que proviene de la naturaleza externa —por ejemplo de un huracán, una mala cosecha o una plaga—, y aquel que denomina “riesgo manufacturado” y que tiene que ver:

[...] menos sobre lo que la naturaleza puede hacernos y más sobre lo que hemos hecho a la naturaleza [... No obstante] El riesgo manufacturado no concierne sólo a la naturaleza [...] Penetra también en otras áreas de la vida. Tomemos, por ejemplo, el matrimonio y la familia [...] Hace dos o tres generaciones, cuando la gente se casaba sabía lo que estaba haciendo. El matrimonio, ampliamente fijado por tradición y costumbre, estaba vinculado a un estado de naturaleza [...] Sin embargo, allí donde las maneras tradicionales se disuelven, cuando la gente se casa o forma relaciones hay un sentido importante en el que no saben lo que están haciendo, porque las instituciones del matrimonio y la familia han cambiado muchísimo. Aquí los individuos están tomando un impulso fresco, como pioneros. En tales situaciones es inevitable que empiecen a pensar cada vez más en términos de riesgo. Tienen que afrontar futuros personales mucho más abiertos que antes, con todas las oportunidades y peligros que esto conlleva (Giddens, 2000: 41-41).

La creación de sentidos colectivos se torna entonces menos viable, pues los referentes aluden menos a la tradición común que al proceso de reflexividad que cada sujeto pone en marcha en la construcción de su identidad social. Esto a su vez genera estados de ánimo sociales en los que el riesgo se experimenta como incertidumbre en la vida cotidiana, en la que también parecen desplegarse con mayor frecuencia las violencias.

Al respecto, Sennet señala que: “Lo que hoy tiene de particular la incertidumbre es que existe sin la amenaza de un desastre histórico; y en cambio, está integrada en las prácticas cotidianas de un capitalismo vigoroso” (2001: 30). Para este autor, los efectos trágicos del capitalismo flexible se manifiestan de manera clara en el carácter —aquel aspecto duradero de la experiencia emocional— de las personas, lo cual se traduce en estados de malestar, confusión y depresión prolongados. Para Sennet, entonces, el conflicto tiene como *locus* al individuo y la brecha que existe entre las exigencias del capitalismo flexible —o la “libertad precaria” a decir de los Beck— y las capacidades reales del sujeto para cubrirlas.

Como señala Bauman: “Tener recursos significa tener libertad, pero también —y eso es lo más importante— significa tener libertad de soportar las consecuencias de las malas elecciones” (2009c: 96), es decir, poder lidiar mejor con las consecuencias de la incertidumbre. En esta dinámica, en la que el conflicto se genera por la tensión entre las expectativas del sujeto y la realización efectiva de éstas —entre la individualización y el ritmo de la dinámica de destradicionalización—, la reflexividad en la construcción de las identidades en medio de la incertidumbre juega un papel central. En *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Giddens subraya que la modernidad contemporánea, a la que define como un “mundo repleto de riesgos manufacturados”, entraña un “nuevo sentido del yo”, un “nuevo sentido de la identidad”, diferente de aquel propio de cronotopos más tradicionales. Para Giddens, este nuevo sentido del yo surge como una respuesta adaptativa ante la angustia generada por el carácter movedizo, abierto e inestable de las relaciones personales y de “todas las circunstancias de la vida social en condiciones de modernidad” (2000: 34). En la configuración de este nuevo yo, la reflexividad, la “utilización regularizada del conocimiento de las circunstancias de la vida social en cuanto elemento constituyente de su organización y transformación”, no sólo es central, sino que además le confiere un carácter de individualización marcado.

En *¿Podremos vivir juntos?* Alain Touraine hace referencia a un proceso de “desmodernización” para hablar de la pérdida de vigencia de las instituciones modernas en la sociedad contemporánea, así como de la disolución del gran modelo ideológico promovido por la burguesía liberal moderna, según el cual el ejercicio de la libertad personal estaba fuertemente vinculado a la eficacia en la búsqueda del bien colectivo, de modo que la lógica de la economía estaba siempre unida a la lógica de la política. El sociólogo francés escribe: “Hace tiempo que no podemos creer en el triunfo final de un Estado de derecho capaz de mantener el equilibrio entre la industrialización del mundo y la libertad personal, entre el espacio público y la vida privada. La unión de la razón y la conciencia quedó desgarrada” (Touraine, 1997: 33). Para este autor, la “desinstitucionalización” —es decir, el debilitamiento de las normas codificadas y protegidas por mecanismos legales o sociales— genera “sociedades a las que algunos se complacen en calificar de tolerantes, palabras agradables de escuchar, pero cuyas normas

se borran, con lo que se favorece la coexistencia de varios tipos de organización social y conductas culturales en cada ámbito, lo que es a la vez liberador y angustiante”. Además del Estado, Touraine menciona la familia y la escuela como instituciones que han perdido eficacia en su papel de reguladoras y transmisoras de certezas sociales (1997: 45-46). El sociólogo francés escribe:

En una sociedad integrada, el sufrimiento por excelencia es el aislamiento o el rechazo padecido; en nuestra cultura desgarrada, es el hundimiento del Sujeto, la pérdida de subjetivación, porque ésta se deshace (o no está construida en absoluto) y nada se encarga ya de filtrar los efectos contradictorios del mercado y las comunidades o las pulsiones. Eso conduce al individuo a la depresión (Touraine, 1997: 74).

Como se verá en el siguiente subapartado, la incertidumbre que se genera en los individuos a raíz de esta destradicionalización —que sólo tiene como parangón un fenómeno de reanclaje en instituciones que refuerzan esta sensación de inseguridad y fluctuación, como el mercado— genera otros malestares, como el desamparo. Tal malestar, en sociedades como la cancanense, conformadas mayoritariamente por jóvenes y migrantes, se expresa con mayor potencia.

En esta misma dirección, dentro de las transformaciones seculares en la modernidad tardía, la transición hacia valores que reivindican la adaptabilidad a un mundo “en constante cambio” parece presentar de manera problemática el desarrollo de una nueva emotividad que, de haberse forjado como algo íntimo y controlado por el sujeto en la modernidad temprana, está transitando nuevamente a la admisión de su expresividad pública y a su exaltación como algo legítimo, al menos en ciertos espacios sociales. Cabe preguntarse en qué medida este fenómeno se vincula con la exacerbación de las violencias cotidianas en la vida de los sujetos, específicamente de los jóvenes en quienes, se supondría, resulta más evidente cualquier transformación en proceso.

Lo planteado hasta ahora por Harvey, Giddens, Sennet y Touraine respecto a la incertidumbre permite pensar cómo la imposibilidad de gestionarla y hacer algo con ella, para evitar la sensación de una angustia impotente, constituye uno de los malestares presentes en la sociedad tardomoderna fuertemente asociado con el desamparo. La oportunidad de escabullirse de los compromisos a largo plazo representa, a la vez, la pérdida de la solidaridad interpersonal para hacer frente a las consecuencias inesperadamente desastrosas de las decisiones tomadas por cada individuo.

Esta reflexión se refuerza con lo planteado por Zygmunt Bauman respecto al fenómeno del consumo en la modernidad tardía en su obra *La sociedad sitiada*, donde escribe:

La sociedad de consumo ha logrado algo que anteriormente habría sido inimaginable: reconcilió el principio del placer con el de realidad, poniendo, por así decirlo, al

ladrón, a cargo de la caja de seguridad [...] Lejos de tener que dominar y reprimir los deseos, hay que liberarlos y hacer que la gente los viva con libertad; más aún, hay que alentar a que se les dé rienda suelta, a ir más allá de todo límite. El “comportamiento impulsivo”, ese paradigma de la irracionalidad en el mundo de los productores [...] está llamado a ser el principal factor de cálculo racional en el universo de los consumidores, las tarjetas de crédito y la satisfacción instantánea [...] La modernidad descubrió que la condición de volatilidad que tiene como resultado la inseguridad perpetua de los actores puede ser transformada en el factor de normalización más confiable (Bauman, 2007: 130-231).

La pregunta es si esta fórmula respecto al consumo no se está instaurando también en el plano de la economía emocional en la llamada modernidad tardía, y de qué modo esto impacta en el estallido de violencias cotidianas en la vida social.

Estos cuestionamientos también pueden pensarse desde lo planteado por Bauman que se relaciona con una transformación en la función y el carácter social de la sexualidad moderna en el contexto de una cultura de consumo, y que da cuenta de cómo la incertidumbre contemporánea tiene como base los valores de la transitoriedad y la ambigüedad en las relaciones e instituciones sociales. En primer lugar, Bauman subraya el papel central del sexo en la edificación de las familias modernas, como las instituciones más efectivas del poder panóptico por su capacidad de penetración. El sociólogo polaco explica que, en una primera revolución sexual, el sexo se convirtió en el mayor material de construcción de las estructuras sociales durables y de las extensiones capilares del sistema global de la construcción del orden. En el ámbito de la familia —espacio cerrado en el que las mujeres y los niños podían ser cuidadosamente fiscalizados y cuidados—,²⁰ la actividad sexual se entendía como un deber conyugal para su reproducción, un deber que al mismo tiempo afianzaba lazos emocionales y relaciones de obligación en el seno matrimonial. El paso de la generación social del “productor-soldado” al cultivo del “acumulador de sensaciones” implicó una “segunda revolución sexual” que básicamente consistió en la desregulación del control y el constreñimiento de la actividad sexual de hombres y mujeres al ámbito conyugal, lo que propició el divorcio entre el sexo y la familia (Bauman, 2007: 184).²¹

Mientras que en la primera modernidad la actividad sexual implicaba un denso tejido de derechos adquiridos y deberes asumidos entre sus practicantes, en la

²⁰ Los presupuestos asumidos eran la predisposición natural de las mujeres hacia la histeria, de los niños hacia la masturbación y de los hombres hacia la poligamia, de modo que estos últimos podían transitar en espacios fuera de la familia y cumplían una función análoga a la del capataz de la fábrica o al sargento del ejército (Bauman, 2007: 182-183).

²¹ Semejante al divorcio entre la familia y el negocio, detectado por Max Weber como uno de los principales procesos constitutivos de los inicios de la modernización (Bauman, 2007: 184).

posmodernidad ésta se sitúa en el ámbito de la emancipación individual y de la colección de experiencias. La “sexualidad plástica”, “mero relacionamiento” o “amor confluyente” (Giddens, 1992) —conceptos todos acuñados por Giddens y retomados por Bauman— parten de que nada resulta del encuentro sexual que no sean el propio sexo y las sensaciones que acompañan el encuentro. Bauman apunta: “O sexo está sendo completamente purificado de todas as ‘poluições’ e ‘corpos estranhos’ tais como obrigações assumidas, laços protegidos, direitos adquiridos”.²²

Así, para el sociólogo polaco el sexo hedonista —al que diferencia del erótico y afectivo— no sólo se ha convertido en “um poderoso instrumento de desagregação da estrutura da família”, sino que también contribuye al debilitamiento de los lazos sociales, pues es una fuente de la “‘monadização’ do futuro colecionador de sensações e consumidor de impressões” (Bauman, 2007: 189). Esta redefinición del sexo empata perfectamente con la inserción de su función en una cultura del tipo cooperativa de consumidores, en la que cuerpos, sensaciones e identidades son ofrecidos y adquiridos sin intermediarios y libremente por los propios individuos.

Para Bauman, la separación radical entre el sexo y otras relaciones inter-humanas genera malestar en la medida en que el contacto de los cuerpos está dispensado de cualquier otro lazo a mediano o a largo plazo. Sin embargo, si bien reconoce su función como mecanismo de control, poco reflexiona sobre el sexo como instrumento de opresión de los hombres sobre las mujeres en el contexto de una sociedad moderna patriarcal, así como sobre la violencia que en su práctica se podía, y aún se puede, desplegar.

A pesar de esto, la situación que presenta Bauman parece elocuente para ilustrar el malestar de la incertidumbre y la transitoriedad, así como el de la ausencia de compromiso. En este sentido, Sennet señala que en el ámbito laboral también es posible encontrar ejemplos referidos a esa incapacidad cada vez más extendida de lo social de otorgar certezas. Al platicar con un anciano panadero de Nueva York que treinta años antes había sido su informante, éste le confesó lo complicado que le resultaba hablar con sus hijos jóvenes sobre el compromiso después de las transformaciones laborales que no promueven ni la solidaridad ni los objetivos a largo plazo. El panadero afirmó: “No puede imaginarse lo estúpido que me siento cuando les hablo a mis hijos del compromiso. Para ellos es una virtud abstracta; no la ven en ningún lado” (Sennet, 2001: 42).

Al leer unas líneas de *Modernidad líquida* este suceso viene a la memoria de manera casi automática. Bauman escribe: “En términos de Gerhard Schulze, se trata de un nuevo tipo de incertidumbre: no saber cuáles son los fines, en vez de la tradicional incertidumbre causada por el conocimiento de los medios” (2009: 67). El desconocimiento de los fines puede desembocar, como se verá a continuación, o en la indolencia frente a lo social —que entraña

²² “El sexo está siendo completamente purificado de todas las ‘contaminaciones’ y ‘cuerpos extraños’ tales como obligaciones asumidas, lazos protegidos y derechos adquiridos” (traducción propia).

la apatía desmovilizadora o el cinismo violento que ignora al otro—, o en la sensación de estar abandonado y haber sido expulsado del campo de lo social.

Indiferencia social y experiencia radical de subjetividades desamparadas

De manera muy breve pero reveladora, la cuestión del malestar social es abordada por el sociólogo norteamericano Wright Mills en su ya clásica obra *La imaginación sociológica*, escrita casi treinta años después de *El malestar en la cultura*, donde su interés por la relación entre lo privado y lo público, entre las inquietudes más íntimas del individuo y los diversos tipos de fenómenos y problemas sociohistóricos, lo llevan a preguntarse “[...] qué valores son preferidos, pero amenazados, y cuáles preferidos y apoyados por las tendencias características de nuestro tiempo” (2005: 30). Para Mills, el apoyo o la amenaza hacia esos valores puede dar cuenta de las contradicciones notorias de la estructura social y mostrar así aquellos espacios en los que lo privado y lo público coinciden como problemas.

Lejos de establecer una dicotomía entre un estado social de bienestar y otro de malestar, Mills elabora una clasificación tripartita en la que reconoce también la experiencia de la “indiferencia” —e incluso de la apatía como radicalización de ésta— como otra posibilidad de evaluación hacia los valores. El sociólogo apunta que, cuando los valores que estima la gente en general no se perciben como amenazados, impera un estado de “bienestar”. La amenaza hacia algunos de los valores estimados propicia crisis personales y sociales. El pánico se genera cuando la amenaza afecta a todos los valores estimados. Mills también reconoce la posibilidad de que la gente no estime ningún valor ni perciba amenaza alguna, lo cual se genera en un estado de “indiferencia” que, si afecta a todos los valores, se convierte en apatía. El malestar surge cuando, aun sin sentir estimación por algún valor, “se percibe agudamente una amenaza”. Mills agrega:

El nuestro es un tiempo de malestar e indiferencia, pero aún no formulados de manera que permitan el trabajo de la razón y el juego de la sensibilidad. En lugar de inquietudes —definidas en relación con valores y amenazas—, hay con frecuencia la calamidad de un malestar vago; en vez de problemas explícitos, muchas veces hay sólo el desalentado sentimiento de que nada marcha bien. No se ha dicho cuáles son los valores amenazados ni qué es lo que lo amenaza [...] Mucho menos han sido formulados como problemas de la ciencia social (Mills, 2005: 31).

Para este autor éste no es un problema menor, de hecho representa un problema doble. Si “La imaginación sociológica es la forma más fértil de la conciencia de sí mismo” (2005: 27), si a través de ella se hace posible que las inquietudes de la existencia individual cobren sentido al enlazarlas con las circunstancias sociales e históricas en las que se

hallan, ¿cómo podría el hombre contemporáneo dejar de ser una suerte de extraño de sí mismo si no es capaz de precisar hacia dónde está dirigida la amenaza que percibe?, y aún más, cuestiona cómo podría lograrlo si se ha abandonado el ejercicio de la imaginación sociológica y: “Muchos grandes problemas públicos, lo mismo que muchas inquietudes privadas, se definen como cuestiones ‘psiquiátricas’, con frecuencia, según parece, en un intento de evitar los grandes problemas de la sociedad moderna” (2005: 31-32).

En el marco de una sociología estadounidense que de manera general había ignorado o rechazado la teoría marxista, la crítica de Mills se dirigía a la producción misma de este pensamiento sociológico centrado en temas como los libros de historietas y el ocio en masa, en lugar del trabajo de los niños o la pobreza. Para el llamado “sociólogo radical” (Ritzer, 2002: 83), el inconveniente no residía tanto en los temas elegidos sino en la forma en la que se abordaban, ya que no eran tratados de manera problemática, al considerar estas inquietudes en función de las nuevas relaciones entre las instituciones en el marco más amplio de la estructura social.

Aunque Mills escribe *La imaginación sociológica* casi una década antes del inicio de la crisis del Estado de bienestar,²³ el sociólogo estadounidense advierte en su obra la gestación de “penetrantes transformaciones de la ‘naturaleza’ misma del hombre y las condiciones y finalidades de su vida” (2005: 32), que es necesario registrar y analizar para encontrar los contenidos propios del malestar y la indiferencia que, a decir del propio Mills, “forman actualmente el clima social y personal de la sociedad norteamericana contemporánea” (2005).

La preocupación de Mills es también moral ya que para él la ausencia de una definición de ciertos valores estimados por todos da cuenta de una revolución tal en los modos de sentir y de pensar que, de manera paradójica, difícilmente puede ser concebida por los individuos en su dimensión macro, de modo que al sentirse como las únicas víctimas de una suerte de desasosiego moral —la imposibilidad de comprender el sentido de sus vidas en relación con su propia época— se esfuerzan por seguir siendo “hombres totalmente privados”.

Lo planteado por Mills se vincula fuertemente con la destradicionalización a la que se refiere Touraine, ya que la indiferencia social da cuenta de cómo el individuo se fractura de lo social debido a la incapacidad del propio sistema para construir nuevas instituciones a las que los sujetos puedan anclar la construcción de su subjetividad. Como señalan Silvia Duschatzky y Cristina Corea en su libro *Chicos en Banda*, se da una suerte de “desubjetivación” —imposibilidad de instalar alguna condición subjetiva para hacer algo con lo real de alguna experiencia— en las vivencias de las personas,

²³ A partir de esta crisis se empezarían a generar dinámicas —primero estructurales y en el plano de la producción, y luego seculares— que más tarde los científicos sociales caracterizarían como propias de la modernidad tardía.

específicamente de los jóvenes, en la sociedad contemporánea (Duschatzky y Corea, 2006: 77). Giddens apunta que esta falta de significación se da con mayor intensidad actualmente porque la tradición y la costumbre habían permanecido arraigadas con mayor fuerza en ciertas instituciones —como la familia, la sexualidad y las divisiones entre los sexos— hasta hace poco, aun cuando estructuralmente fenómenos como la globalización habían destradicionalizado otras instituciones. Sin embargo, dice Giddens, el matrimonio y la familia se han convertido en “instituciones concha”: aunque se llaman igual, han cambiado en sus características básicas (2000: 72).

Estas transformaciones, así como la expansión de la indiferencia social, tienen como consecuencia central el desamparo en la construcción de subjetividades, como se verá a continuación en los planteamientos de Joel Birman, quien desde una perspectiva claramente psicoanalítica profundiza en las reflexiones sobre el malestar en la cultura.

Privilegiando la dimensión del sujeto y las interpretaciones freudiana y lacaniana, sin dejar de aludir con cierta frecuencia al ámbito social, Birman, psicoanalista brasileño, se ocupa de elaborar una sugerente reflexión sobre el “*mal-estar na atualidade*”. La propuesta de Birman resulta interesante para esta investigación justo por la atención que presta a la constitución de la subjetividad contemporánea y al modo en que el “mal-estar” —“contraponto de um suposto bem-estar” (1998: 15)— se instala en ella. Además, como se irá desarrollando, el desamparo de las subjetividades, como una condición del presente detectado por Birman, está relacionado con la indiferencia social extendida enunciada por Mills. Por otra parte, en la obra de Birman se plantea una interesante relación entre los supuestos constitutivos de la subjetividad contemporánea postulados por este autor, el mal-estar social que la embarga y una modalidad de violencia autoinfligida, como las toxicomanías.

Tanto en *Mal-estar na atualidade* (1998) como en *Arquivos do mal-estar e da resistencia* (2006), Birman señala que, al menos en Occidente, la modernidad representa el autocentramiento del sujeto en el yo y en la conciencia, fundamento del discurso metafísico y filosófico de Descartes y de Kant. Para este último, principal exponente del proyecto antropológico y antropocéntrico de la modernidad, el hombre, en su calidad de individuo, es encumbrado como la condición primordial de medida de todas las cosas. Al respecto Birman agrega:

A produção do indivíduo como valor, como elemento constitutivo do social, implicou também, ao longo dos séculos XVII e XVIII, a constituição original de uma teoria dos sentimentos e de uma estética. Nessa teoria dos sentimentos, o eu ocupa uma posição cardinal, residindo aí sua originalidade. Assim, são as extensões e as retrações do eu na cena do mundo que sempre estão em pauta nesses discursos sobre os sentimentos... Em resumo, podemos dizer que a construção da

individualidade assume uma direção eminentemente narcicística (Birman, 2006: 40).²⁴

Birman diferencia el proceso moderno de construcción de la subjetividad de otro, cronológicamente posterior, al que llama “modernismo”, cuyas características principales son, justamente, el cuestionamiento, la crítica y la limitación de los reinos del yo y de la razón, aunque, como se apuntará adelante, no necesariamente de la cultura narcisista. El psicoanalista brasileño señala como precursores de la ruptura modernista a Marx, Nietzsche y al propio Freud. El primero colocó como principal fuente de transformación y regulación social e histórica las fuerzas productivas y las relaciones de producción, de manera que la conciencia fue desplazada del yo hacia los “registros da economia e da política, sendo este [el descentramiento de la conciencia] representado pela luta de classes” (Birman, 2006: 43). Por su parte, escribe este autor, Nietzsche subrayó que en el proceso de producción de verdad las relaciones de fuerzas y poder entre los hombres son determinantes, por lo que se ubica en un plano secundario al yo y a la razón como fundamentos de tal verdad.

En esta gran revolución de la subjetividad moderna, la contribución de Freud fue crucial al “descubrir” y situar al inconsciente —reconociendo la importancia de la sexualidad y las pulsiones en la acción humana— en un nivel similar al de la conciencia. Al respecto el psicoanalista brasileño escribe:

Freud enunciou que a psicoanálise tinha representado a terceira ferida narcísica na história da humanidade, já que teria mostrado a falsa soberania do eu e da consciência, marcados pelo dinamismo das forças pulsionais e sobredeterminados pelos efeitos do inconsciente [...] a invenção do inconsciente teria desfeito a ilusão de que o eu e a consciência são soberanos e de que determinam as ações do indivíduo (Birman, 2006: 45).²⁵

²⁴ “La producción del individuo como valor, como elemento constitutivo de lo social, también implicó, a lo largo de los siglos XVII y XVIII, la constitución original de una teoría de los sentimientos y de una estética. En esta teoría de los sentimientos, el yo ocupa una posición cardinal, residiendo ahí su originalidad. Así, son las extensiones y las retracciones del yo en la escena del mundo las que siempre están en pauta en los discursos sobre los sentimientos. En resumen, podemos decir que la construcción de la individualidad asume una dirección eminentemente narcisista” (traducción propia).

²⁵ “Freud enunció que el psicoanálisis habría representado la tercera herida narcisista en la historia de la humanidad, ya que habría mostrado la falsa soberanía del yo y de la conciencia, marcada por el dinamismo de las fuerzas pulsionales y sobredeterminados por los efectos del inconsciente. La invención del inconsciente hubiera deshecho la ilusión de que el yo y la conciencia son soberanos y determinan las acciones del individuo” (traducción propia).

Este autor agrega que, a este movimiento modernista de descentramiento del yo, el discurso freudiano también sumó la categoría de “deseo”, pues dotó de una importancia inusitada a una especie de “sujeto-deseante” al lado del encumbrado “sujeto-pensante” moderno. Para Birman, el deseo —ese “algo que lhe [al sujeto] ultrapassa e lhe transcende, algo que ele quer capturar mas que ao mesmo tempo lhe é inapreensível”—²⁶ se convirtió en el nuevo motor de la subjetividad moderna: “[...] é o movimento deseante que possibilita ao sujeito, além do erotismo que perpassa a sua existência, um trabalho de criação sempre recomeçado”²⁷ (2006: 46). Así, Birman explica que la fascinación por la novedad y la actualización, fundada en la capacidad de soñar gracias al deseo, estuvo presente e impulsó los movimientos de las vanguardias artísticas y los proyectos de transformación social del siglo XX.

Para el psicoanálisis, explica Birman, el deseo no es entonces un atributo negativo, pues implica deconstruir al yo y a la conciencia —descentrar al sujeto de sí mismo— con el objeto de reinventarse. En el proceso de encuentro con el deseo, apunta, el sujeto establece contacto con el deseo de los otros y pueden gestarse revoluciones que persiguen la utopía, la posibilidad de transformarse a sí mismo y al mundo. Según el psicoanalista brasileño, fue justamente esta convicción —la posibilidad de reinención del sujeto y del mundo a través de la potencia deseante— la que se perdió en la posmodernidad.

Siguiendo a Larsch y a Debord, Birman apunta que la subjetividad contemporánea está inserta en una “cultura del narcisismo” —referida nuevamente al yo— y en una “sociedad del espectáculo” que reivindica el ejercicio cotidiano del exhibicionismo del propio yo, de manera que se ha perdido la conciencia crítica del modernismo y el mundo vuelve a estar centrado en la individualidad, su autorreferente predilecto que, si bien no imposibilita el despliegue de la intersubjetividad, lo limita a un nivel de superficialidad y contingencia. El psicoanalista brasileño escribe que, en este contexto, se radicaliza un elemento ya presente en la constitución de la subjetividad moderna, el mayor generador de mal-estar social: el desamparo (1998: 84-85).

Para explicar esta radicalización del desamparo Birman traza dos líneas paralelas entre la teoría psicoanalítica de Freud sobre el asesinato del padre, por un lado, y la teoría social weberiana y el pensamiento filosófico de Nietzsche, por el otro. Lo que tienen en común la explicación de un asesinato mítico y primigenio —luego simbólico— del padre, la postulación del desencantamiento del mundo y la declaración de la muerte de Dios, como rasgos de la modernidad, es que los tres presentan a un sujeto que no puede asirse sino de sí mismo para construirse.

²⁶ “[...] ese algo que le rebasa y le trasciende, algo que quiere capturar pero que al mismo tiempo le es inaprensible” (traducción propia).

²⁷ “[...] es el movimiento deseante el que possibilita al sujeto, además del erotismo que atraviesa su existencia, un trabajo de creación siempre recommenzado” (traducción propia).

El sentimiento de desamparo de las subjetividades es reforzado, según Birman, por las exigencias de continua transformación del orden social posmoderno, que se realizan de manera intensiva y extensiva, y que las obligan a remodelarse, de modo que:

Incrementa-se muito o potencial de incerteza do sujeito, já que este passa a ser exposto a maiores opções e escolhas. A insegurança e a angústia se multiplicam como consequência. Estas se transformam em sua qualidade, assumindo novas formas anteriormente inexistentes, além de seu aumento quantitativo. Em função disso, o desamparo do sujeito se incrementa bastante, revelando-se o tempo todo como uma ferida exposta e sangrenta. Em fim, o sujeito passa a se inscrever num mundo que lhe abre muitas possibilidades, mas que também lhe aponta muitas impossibilidades existenciais (Birman, 1998: 79).²⁸

Frente a este escenario de desamparo, Birman señala que la estrategia más común para el psiquismo es negarlo a través de la búsqueda de protección, búsqueda que, señala, la mayor parte de las veces termina en el establecimiento de un perverso “pacto sadomasoquista” donde la violencia hace acto de presencia con frecuencia. Esta relación —en la que un sujeto enajena su cuerpo y su psiquismo en búsqueda de protección— no sólo puede establecerse entre dos personas; las toxicomanías son un buen ejemplo de cómo los sujetos buscan en el consumo de drogas la no confrontación con el desamparo. En este sentido, Birman realiza una fuerte crítica al ejercicio contemporáneo del psicoanálisis, que suele aliarse con la medicina y la psiquiatría en la oferta de drogas “para apaziguar a desesperanza e os gritos de terror que solapam as subjetividades”. El psicoanalista brasileño añade:

Com a psicofarmacologia e as neurociências, a maciça medicalização do sofrimento no Ocidente, que caracterizou a modernidade, atinge níveis de barbárie. Além disso, as drogas pesadas circulam pela rede internacional de narcotráfico, oferecendo formas de excitabilidade e de gozo para as subjetividades paralizadas pela violência do desamparo [...] pela mediação de ambas alimenta-se a ilusão de que a dor do desamparo pode ser recusada pela transformação da alquimia dos humores (Birman, 2006: 53-54).²⁹

²⁸ “El potencial de incertidumbre del sujeto se incrementa mucho ya que éste pasa a ser expuesto a mayores opciones y elecciones. La inseguridad y la angustia se multiplican como consecuencia. Éstas se transforman en su cualidad, asumiendo formas anteriormente inexistentes, además de su aumento cuantitativo. En función de eso, el desamparo del sujeto se incrementa mucho, revelándose todo el tiempo como una herida expuesta y sangrienta. En fin, el sujeto pasa a inscribirse en un mundo que le abre muchas posibilidades, pero que también le señala muchas imposibilidades existenciales” (traducción propia).

²⁹ “Con la psicofarmacología y las neurociencias, la densificada medicalización del sufrimiento en

En el proceso de producción social de las toxicomanías —además de la medicalización psiquiátrica y el mercado de drogas—, Birman otorga un peso específico al narcisismo y a la cultura del espectáculo, que impelen a los individuos a estetizar su vida para luego exhibirla. Tanto las drogas psicofarmacológicas, que apaciguan angustias, como las “drogas pesadas”, a través de las cuales se persigue “la exaltación nirvánica del yo”, dejan listo al individuo para formar parte de la cultura narcisista. Según este autor, lo que caracteriza hoy a la psicopatología es la abundancia de cuadros clínicos fundados en el fracaso de la participación del sujeto en esta cultura: la depresión y el pánico dificultan al sujeto el ejercicio de la exhibición exaltada de su yo, de manera que recurre a las drogas para ser socialmente activo y exitoso. Birman afirma:

[...] na cultura da exaltação desmesurada do eu, não existe mais lugar para os deprimidos e os panicados. Estes são execrados, lançados no limbo da cena social, já que representam a impossibilidade de serem cidadãos da sociedade do espetáculo [...] A melancolia e o estilo sofredor de ser não estão mais na moda [...] a mundaneidade pós-moderna valoriza os carreiristas e oportunistas, que sabem utilizar os meios de se exibir e de capturar o olhar dos outros, independentemente de qualquer valor (Birman, 1998: 191).³⁰

De igual modo, las toxicomanías dan cuenta de otro fenómeno señalado por Birman y que resulta de interés en el abordaje de los malestares sociales y sus vínculos con las violencias. El psicoanalista brasileño subraya que “[...] o mal-estar contemporâneo se caracteriza principalmente como dor e não como sofrimento”, de manera que la marca propia de la subjetividad contemporánea es que no consigue transformar el dolor en sufrimiento. La diferencia entre uno y otro es que, en la experiencia del dolor, la subjetividad se cierra sobre sí misma sin dejar lugar alguno para el otro en su “mal-estar”, mientras que el sufrimiento representa la socialización del dolor, donde el otro está presente para la subjetividad sufriente.

Occidente, que caracterizó a la modernidad, alcanza niveles de barbarie. Además de eso, las drogas pesadas circulan por la red internacional del narcotráfico, ofreciendo formas de excitación y gozo para las subjetividades paralizadas por la violencia del desamparo [...] por la mediación de ambas se alimenta la ilusión de que el dolor del desamparo puede ser conjurada por la transformación de la alquimia de los humores” (traducción propia).

³⁰ “[...] en la cultura de la exaltación desmesurada del yo, no existe más lugar para los deprimidos y los apanicados. Éstos son execrados, lanzados al limbo de la escena social, ya que representan la imposibilidad de ser ciudadanos de la sociedad del espectáculo [...] La melancolia y el estilo sufridor de ser ya no están de moda [...] la mundanidad pos-moderna valora a los inescrupulosos y oportunistas, que saben utilizar los medios para exhibirse y capturar las miradas de los otros, independentemente de cualquier otro valor [...]” (traducción propia).

En la dimensión solipsista del dolor, en cambio, nunca aparece la alteridad; no hay, pues, interlocución con otros, sólo lamentos y pasividad. Birman escribe:

Daí a passividade que sempre domina o indivíduo quando algo dói, esperando que alguém tome uma atitude por ele. Se isso não ocorre, a dor pode mortificar o corpo do indivíduo, minando o somático e forjando vazio da auto-estima. Ou, então, a dor pode fomentar as compulsões e a violência, formas de descarga maquiado que dói (2006: 191).³¹

En este párrafo Birman hace referencia a la gestación del resentimiento, producto de esta incapacidad para hacer que el dolor devenga en sufrimiento, para crear mediaciones con el mundo. Dicho resentimiento puede resolverse en el ejercicio de la violencia hacia uno mismo —con el consumo de drogas, por ejemplo— o hacia los otros, de manera que, en este caso, la violencia se convertiría en una especie de mensaje malavenido del dolor, sería una suerte de reproducción del dolor propio en el otro.

Al pensar en su país, Brasil, Birman apunta que las expresiones de violencia entre las clases populares pueden explicarse por este mecanismo de explosión del dolor, transformado en resentimiento por el fracaso en su socialización. En esta dirección, el autor agrega que el malestar del desamparo se experimenta de manera más cruda en las sociedades en las que existe una distribución desigual del gozo, y no sólo porque la cultura contemporánea invita al consumo de los placeres a ultranza —lo que radicaliza la frustración de aquellos que no acceden a dichos placeres—, sino porque en la práctica del disfrute y en el ejercicio del deseo se encuentran dos elementos necesarios para la superación del desamparo en las subjetividades. Según lo propuesto por Birman, ésta sería una dimensión positiva de la crítica hecha por Bauman y Giddens al consumo exacerbado y desigualmente distribuido.

En este sentido, la crítica que Birman hace al psicoanálisis es clara, pues señala que en las últimas décadas se ha concentrado en tratar al psiquismo del sujeto como si éste tuviera como únicos fundamentos el orden simbólico y el lenguaje, olvidando que también tiene como referentes un cuerpo y un entorno social. Contrariando la postura trágica de Lacan sobre el psicoanálisis —pues aseguraba que lo único que le quedaba a la disciplina psicoanalítica era intentar la “gestão de seus efeitos [del desamparo] terríficas sobre a subjetividade”—, Birman considera que la oportunidad del progreso psicoanalítico en la “curación” del “mal-estar” de las subjetividades contemporáneas se

³¹ “De ahí la pasividad que siempre domina al individuo cuando algo le duele, esperando que alguien más actúe por él. Si eso no ocurre, el dolor puede mortificar el cuerpo del individuo, minando el soma y forjando el vacío de la autoestima. O, entonces, el dolor, puede fomentar las compulsiones de violencia, formas de descargar aquello que duele” (traducción propia).

encuentra en su incorporación de las nociones de deseo, cuerpo y sociabilidad (2006: 48). Esta última noción es clave en el presente análisis ya que permite trasladar una tensión aparentemente individual al espacio de lo social.

Para Birman resulta entonces central reiniciar un registro de la potencia deseante —es decir, de la potencia creativa y subversiva— de los sujetos, así como socializar el dolor individual y, con ello, trazar un puente entre las múltiples subjetividades desamparadas de modo que puedan, mediante la acción, imaginar espacios de encuentro para lidiar con las incertidumbres de un mundo que ya no es totalizante. En el intento por dilucidar a qué hacen referencia los malestares sociales —como término, pero sobre todo como experiencias con contenidos concretos—, la perspectiva de Birman permite pensar el vínculo reproductivo entre un estado psíquico y de ánimo socialmente generalizado y las violencias que predominan en ese contexto.

Es interesante observar cómo la cuestión del malestar en la cultura, esbozada y expuesta por primera vez por el padre del psicoanálisis, actualmente es recuperada por Birman con otro planteamiento “crítico” del y desde el psicoanálisis. No obstante, la reflexión sobre las implicaciones de esta tensa relación entre el individuo y la sociedad de la que forma parte no es una preocupación exclusiva del psicoanálisis. Como se ha visto en este apartado, el análisis de este fenómeno en la modernidad tardía ocupa un lugar importante en la obra de autores como Bauman, Harvey, Beck y Beck, Sennet, Touraine y Giddens, preocupados por caracterizar la fase contemporánea de la modernidad y el capitalismo, así como por ubicar los dilemas emergentes que se gestan en éstos.

Lo anterior se explica porque el malestar social es un fenómeno propio de la modernidad, enunciado por sus primeros “detractores” quienes, alejados de la visión del progreso como ideal de la civilización, fueron capaces de detectar las tensiones y contradicciones que éste entrañaba. Como se ha expuesto, este malestar genérico que surge del encuentro y el choque entre el individuo y la sociedad se agudiza en la llamada modernidad tardía, en la que se ha impuesto una fase flexible de acumulación del capital. De esta segunda modernidad resultan relevantes tres fenómenos para comenzar a entender el vínculo existente entre las violencias y los malestares sociales contemporáneos: la individualización como una nueva institución social; la incertidumbre provocada por la preeminencia de la transitoriedad junto con la ambigüedad en las relaciones sociales, y el desamparo de las subjetividades, en parte producto de la indiferencia social extendida entre los individuos. A continuación se propone un marco teórico de interpretación que vincula los malestares sociales y las violencias, que en los siguientes capítulos del libro se expresarán en las dinámicas sociales de los habitantes de Cancún, especialmente de los más jóvenes.

Sobre las violencias y su *continuum*: un andamiaje vinculante entre los malestares sociales y las violencias cotidianas

Si esta fuese una investigación filosófica, quizá interesaría determinar qué es y qué no es violencia, establecer lo propio de esta categoría en todo lugar y en todo tiempo, aquello que es común a las tipologías y modalidades que de ésta se pueden desprender. Sin embargo, la presente es una investigación antropológica y, como ocurrió con la antropología desde sus orígenes, está fundamentalmente preocupada por las relaciones, especialmente por una, la que se da entre los malestares sociales y las violencias en la sociedad contemporánea.

La pregunta por esta relación se funda en una inquietud por esclarecer cuáles son las tensiones y fuentes de conflicto social en la vida cotidiana de los habitantes de la modernidad tardía, que están acompañadas de violencias y de su potencial estallido. Según la teoría del “proceso civilizatorio”, uno de los mayores logros de la sociedad moderna sería la extinción de las violencias en los espacios cotidianos, ya sea públicos o íntimos, a través de tres vías: la institución del monopolio de la violencia física por parte de una autoridad central, el Estado; la prevalencia de un pacto social que ve en los actos de violencia un recurso indeseable para convivir y progresar, y el despliegue de un proceso civilizatorio de muy larga duración a través del cual la conducta de los individuos sería regulada y moldeada, favoreciendo y valorando como positivos los comportamientos y costumbres menos rudos y más finos, así como el autocontrol de las pasiones.

Norbert Elias, en su libro *El proceso de la civilización*, establece algunas de las interrelaciones entre las transformaciones en la estructuración de la sociedad y aquellas que se gestan en la constitución del comportamiento y los hábitos psíquicos del sujeto. Según este autor, a partir de la Baja Edad Media y del Renacimiento temprano inició un proceso cuyo fin principal fue el fortalecimiento del autocontrol individual: la búsqueda por convertir la coacción externa en una autocoacción individual a través del pensamiento racional y la conciencia moral. Elias señala que, junto con el sexual, el instinto agresivo fue uno de los blancos centrales del proceso civilizatorio:

Las pautas de belicosidad, su carácter y su fortaleza, no son completamente iguales en la actualidad en las distintas naciones de Occidente [...] En comparación con el furor bélico del guerrero abisinio —por supuesto impotente frente al aparato técnico del ejército civilizado— o con el furor de las diversas tribus de la época de las migraciones bárbaras, la belicosidad de las naciones más guerreras del mundo civilizado se nos antoja apagada [...] La agresividad de hoy se ve restringida y sujeta, gracias a una serie considerable de reglas y de convicciones que han acabado por convertirse en autoacciones. La agresividad se ha transformado, “refinado”, “civilizado”, como todas las demás formas de placer y

únicamente se manifiesta algo de su fuerza inmediata e irreprimible bien sea en los sueños bien en explosiones aisladas que solemos tratar como manifestaciones patológicas (Elias, 1987: 230).

Para Elias, el surgimiento de la Corte en los Estados absolutistas, así como de los privilegiados habitantes de la ciudad, los burgueses, representó el origen de un tipo de sociedad y de relaciones humanas con peculiaridades estructurales que exigió de la otrora nobleza guerrera y sus sirvientes la transformación de su comportamiento instintivo en uno “civilizado”. En este contexto adquirieron mayor valor la previsión y la regulación de los impulsos, las emociones y la sensibilidad. Como escribe Elias citando un documento de la época: “Un hombre que conoce la Corte es dueño de sus gestos, de sus ojos y de su expresión; es profundo e impenetrable; disimula sus malas intenciones, sonríe a sus enemigos, reprime su estado de ánimo, oculta sus pasiones, desmiente a su corazón y actúa contra sus sentimientos” (1987: 484).

Como se mencionó antes, Elias establece una relación entre la evolución de la estructura social y la evolución de la estructura psíquica de los individuos, y señala que, mientras en la Edad Media —o en cualquier otra sociedad que carece de una administración monopolizada de la violencia física— el aparato psíquico de autocontrol —el super-yo— dependía directamente de los actos de violencia corporal y su configuración era coherente con ese tipo de vida, en la sociedad occidental se estableció la centralización del monopolio de la violencia: “El aparato de control y de vigilancia en la sociedad se corresponde con el aparato de control que se constituye en el espíritu del individuo” (Elias, 1987: 458). Debido a la cada vez mayor dependencia funcional en la embrionaria sociedad moderna, en la que el individuo está más vinculado que antes a una cantidad mayor de personas, la posibilidad de satisfacer directamente sus inclinaciones e impulsos está más limitada que antes. Elias apunta que con el proceso civilizatorio se extendería la racionalización del comportamiento en Occidente, lo que implicó que en la “economía instintiva” los límites de sentimientos como la vergüenza y el desagrado se ampliaran.

Al igual que Freud, Elias menciona que para este momento histórico: “En cierto sentido, lo que sucede es que el campo de batalla se traslada al interior. El hombre tiene que resolver dentro de sí mismo una parte de las tensiones y de las pasiones que antiguamente se resolvían directamente en la lucha entre individuos” (1987: 459). Es decir, tanto para Freud como para Elias la cultura y la civilización producen malestar al imponerse frente al individuo, al limitar el libre albedrío en la expresión de sus pasiones. Es así como en la sociedad moderna, en la que se incrementan los mecanismos y aparatos de control, así como la interdependencia individual por la división funcional de la sociedad, los instintos agresivos de los sujetos, expresados en actos de violencias, se ven reducidos a malestares internos aunque socialmente compartidos. Una conclusión evolucionista lógica de este argumento sería entonces que, con el paso de los siglos, los actos de incivilidad,

principalmente los vinculados a las violencias, cederían significativamente en virulencia y número a las prácticas de civilidad.³²

Sin embargo, según lo revisado en la teoría freudiana, el malestar y la violencia son innatos a la cultura —de hecho tienen un origen común, como Freud señala en *Tótem y tabú*—, ambos son necesarios para fundar la sociedad y, en cierto sentido, para preservarla. La relación entre malestares y violencias es, pues, permanente, aunque el carácter de los mismos es históricamente cambiante ya que, como se mencionó antes, tanto los órdenes normativos de lo instintivo como la estructura social y los agentes que acaparan y legitiman el ejercicio de las violencias varían cronotópicamente. En la presente investigación interesa indagar cómo en la sociedad contemporánea los malestares sociales, más que exorcizar el despliegue de violencias diversas, están acompañados de —e incluso exponencian, ya sea como fuente o como secuela— estos actos “incíviles”.

Para llevar a cabo esta labor se parte de algunas bases y delimitaciones conceptuales que es necesario enunciar y explicar. La primera de estas premisas es de perspectiva disciplinaria e incluso de método: como ya se mencionó antes, no interesa determinar qué es la violencia, sino describir la variedad de violencias existentes en la modernidad tardía. Lo que se persigue no es encontrar el “númeno”, sino observar los fenómenos, de modo que no se hace referencia a una sustancia de la violencia, sino a las violencias en plural como una diversidad de expresiones o, parafraseando a Ferrándiz y Feixa, “modalidades significativas” (2004: 159). El estudio antropológico de las violencias y su presencia transhistórica y transcultural ha sido fundamental para cuestionar las conceptualizaciones sustancialistas de las mismas, aquellas que pretenden definir de manera universal lo que abarca y excluye, así como sus funciones, consecuencias y dinámicas. Un ejemplo concreto nos lo dan Ferrándiz y Feixa:

El estudio transcultural de la violencia no sólo permitió cuestionar las explicaciones biológicas de la agresividad humana, sino también reconocer que no toda violencia implica el uso de la fuerza, pues en muchas sociedades no occidentales se efectúa mucho daño físico de manera invisible (mediante prácticas como la brujería) [...] Pues aunque se tienda a definir el uso de la violencia como el uso agresivo de la fuerza física por parte de individuos o grupos en contra de otros, hay otras formas de agresividad no física (verbal, simbólica, moral) que pueden hacer más daño, y sobre todo que “la violencia no se limita al uso de la fuerza [...] sino más bien en la posibilidad o amenaza de usarla” (Velho, 1996 en Medeiros, 2003: 7) (Ferrándiz y Feixa, 2004: 160).

³² Autores como John Keane han criticado esta perspectiva al señalar que el proceso histórico europeo de construcción de lo “civil” no significó la eliminación de la violencia de la vida cotidiana, pues en realidad la violencia se desplazó hacia nuevos centros, hacia nuevas locaciones del sistema social y no desapareció del todo del horizonte interpersonal (Keane, 2000).

A partir de lo anterior, a lo largo de esta obra se habla en todo momento de violencias, así como de malestares, en el entendido de que los contenidos concretos de ambos conceptos varían con el tiempo, en el espacio, entre las culturas y aun en el seno de una misma sociedad según el sector social al que se pertenece. En este mismo sentido, se conciben las violencias menos como actos únicos que como un proceso o un continuo. El *continuum* de la violencia (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004) se refiere, en primer lugar, a que ningún acto de violencia está aislado de otros de distinta intensidad y tipo. Las violencias se reproducen a sí mismas, de modo que el extremo de su ejercicio está precedido por otras modalidades de actos violentos. Partir de la concepción de las violencias como un *continuum* implica entenderlas como un proceso que se explica en función de sus conexiones con el espacio donde las violencias son producidas, el agente —de cualquier naturaleza— que las ejerce, las circunstancias socioculturales en las que se presentan, y la historia personal, psicológica y social de quienes la padecen o la practican.

Ya que el análisis central de la investigación está enfocado en la subjetividad de los individuos y su relación con los malestares sociales, en torno a cómo experimentan y significan las situaciones de violencias en su vida cotidiana, resulta relevante referirse al concepto de “violencia cotidiana” (Scheper-Hughes, 1992) y a la importancia del análisis de las relaciones interpersonales para su estudio. Para ello citamos a Philippe Bourgois, pues sintetiza de manera muy clara a qué se refiere y cuáles son las ventajas descriptivas de dicho concepto:

El concepto de *violencia diaria* o *cotidiana* ha sido elocuentemente desarrollado por Nancy Scheper-Hughes con el objetivo de llamar la atención en un nivel más fenomenológico sobre los “crímenes en épocas de paz”, las “pequeñas guerras” y los “genocidios invisibles”, que afectan a los pobres de todo el mundo. Su uso del término, sin embargo, tiende a mezclar la violencia diaria con la estructural e institucional. Creo que es más útil limitar la noción a las prácticas y expresiones de agresión interpersonal rutinarias que sirven para normalizar la violencia a un nivel micro, como pueden ser el conflicto doméstico, delictivo y sexual, e incluso el abuso de sustancias alucinógenas. La importancia analítica del término está en impedir que se expliquen confrontaciones que se producen en el nivel individual con interpretaciones de corte psicológico o individualista que culpen a las víctimas. Mi definición más restringida está también diseñada para analizar cómo la violencia diaria puede crecer y cristalizar en una “cultura del terror” invocando a Taussing, en otras palabras, en un sentido común que normaliza la violencia tanto en la esfera pública como en la privada (Bourgois, 2005: 13-14).

A lo anterior cabe agregar que en esta investigación no sólo se considera a los sectores pobres y marginados como sujetos de la violencia cotidiana, pues el énfasis está colocado, como señala Bourgois, en las relaciones interpersonales que ocurren en el día a día y no

en la pertenencia a clase social alguna. Ahora bien, analizar la violencia en las relaciones microsociales no supone desconocer que éstas expresan formas colectivas de estructuras y relaciones implicadas en el nivel macrosocial. De hecho, la elección de este nivel como universo de estudio formó parte de una estrategia que —recuperando la propuesta foucaultiana de las microfísicas del poder (Foucault, 1979)—³³ considera que en el universo de lo microsociales se expresan estructuras colectivas y contenidos ideológicos, económicos y afectivos de lo macrosocial.

De este modo se buscó identificar, en el marco de las relaciones microsociales, posibles asociaciones con el nivel macrosocial que permitieran esclarecer las lógicas de producción y reproducción de las violencias, así como las estructuras mentales y materiales que las sostienen. Tal estudio, acotado a la experiencia de los jóvenes, pretende obtener algunas conclusiones generales sobre las lógicas que explican y justifican el ejercicio de las violencias en las sociedades tardomodernas latinoamericanas, que comparten una situación de discordancia entre el modelo ideal de un Estado que monopoliza el uso legítimo de la violencia y una sociedad en la que ésta parece estar profundamente enraizada y extendida en sus múltiples espacios. Como apunta Rossana Reguillo (2005: 316), la experiencia subjetiva de la vida cotidiana es un espacio estratégico para pensar lo social, y por tanto es necesario prestar atención a los espacios de socialización de los jóvenes —familia, escuela, barrios y centros de diversión— y el lugar que ocupan en la producción y reproducción de las violencias en sus vidas.

La relevancia del estudio de las lógicas de las violencias en el espacio de lo cotidiano, así como de la relación entre el malestar social y la experiencia subjetiva de las violencias, se basa en una premisa elocuentemente enunciada por Menéndez y Di Pardo: “[...] más allá de la intensidad y espectacularidad de determinadas violencias políticas que operan en momentos específicos, son la violencia normalizada en la vida cotidiana y la violencia estructural las que más inciden en la vida y muerte de los conjuntos sociales” (1998: 47), y las que mejor pueden dar cuenta de la calidad de los lazos sociales en una sociedad. Así, en esta obra parte importante de la mirada se centra en las formas de violencia interpersonal desplegadas en el seno de la sociedad contemporánea, que parecen manifestarse de manera más individualizada, pero que no por ello dejan de ser acciones sociales en sentido estricto.

En esta dirección, una de las hipótesis que aquí se plantea es que las experiencias y expresiones individualizadas de violencias son parte de contextos socioculturales que estimulan y favorecen su emergencia, así como que existen ciertas asociaciones entre

³³ Foucault señala en su obra *Microfísica del poder* que es desde lo concreto y lo cotidiano, desde las fuerzas que enlazan estos ámbitos de lo real, desde donde se debe iniciar el análisis del poder —o, en términos arendtianos, del poderío— y a partir de ahí habrá que prestar atención en un primer momento a su actuación.

nuevos malestares, tensiones y dilemas de la sociedad contemporánea con las crecientes expresiones de violencias en sectores juveniles o, en otras palabras, que las crecientes manifestaciones de violencias en la modernidad tardía pueden interpretarse como expresiones individualizadas de nuevas tensiones y malestares sociales que impactan sobre la subjetividad de los individuos.

No obstante, nunca se pierde de vista la relevancia del nivel macro, de manera que no sólo, pero sí especialmente, en el capítulo 2 se aborda la cuestión de la violencia estructural, así definida por primera vez por el pacifista noruego Johan Galtung, como una forma de violencia indirecta originada desde la propia estructura social por la injusticia y la desigualdad que ésta entraña y reproduce (2003).³⁴ En este mismo sentido, el filósofo Slavoj Žižek, en su libro *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, expresa cierta suspicacia frente al actual discurso condenatorio de las violencias:

La oposición a toda forma de violencia —desde la directa y física (asesinato en masa, terror) a la violencia ideológica (racismo, odio, discriminación sexual)— parece ser la principal preocupación de la actitud liberal tolerante que predomina hoy [...] ¿No hay algo sospechoso, sin duda sintomático, en este enfoque único centrado en la violencia subjetiva (la violencia de los agentes sociales, de los individuos malvados, de los aparatos disciplinados de represión o de las multitudes fanáticas)? ¿No es un intento desesperado de distraer nuestra atención del auténtico problema, tapando otras formas de violencia y, por tanto, participando activamente en ellas? (Žižek, 2009: 21).

Cuando el filósofo eslavo habla de “otras formas de violencia” se refiere a la violencia estructural o sistémica —que él denomina “objetiva”—, aquella inherente al sistema y que no sólo aparece como violencia física directa, sino también, y sobre todo, como “las más sutiles formas de coerción que imponen relaciones de dominación y explotación”. En la presente investigación se hace referencia a la necesidad de enmarcar las violencias subjetivas que se estudian en cualquier contexto particular, en el horizonte de un sistema, el capitalismo flexible contemporáneo, que entraña en sí mismo mecanismos que propician dinámicas sociales violentas, alineados con la constitución de la estructura urbana de las ciudades posmodernas. Como se verá más adelante, la violencia estructural

³⁴ El término violencia estructural es aplicable en aquellas situaciones en las que se produce un daño en la satisfacción de las necesidades humanas básicas —supervivencia, bienestar, identidad o libertad— como resultado de los procesos de estratificación social, por tanto; no hay necesidad de violencia directa. El término violencia estructural remite a la existencia de un conflicto entre dos o más grupos sociales —normalmente caracterizados en términos de género, etnia, clase nacionalidad, edad u otros— en el que el reparto, acceso o posibilidad de uso de los recursos es resuelto sistemáticamente a favor de alguna de las partes y en perjuicio de las demás debido a los mecanismos de estratificación social (Galtung, 2003).

está fuertemente vinculada a la simbólica, definida por Bourdieu como aquella que se ejerce a través de la imposición indirecta, y con la anuencia ignorada de quien la padece, por parte de los sujetos dominantes hacia los sujetos dominados, de una visión del mundo, de los roles sociales, de las categorías cognitivas y de las estructuras mentales (1995: 120).

Por otra parte, resulta fundamental apuntar que los contenidos concretos asignados a lo largo de la historia social y de las ideas al concepto de violencia responden a la dimensión política que ésta entraña. Ya que a partir del proceso civilizatorio, pero sobre todo en los últimos cincuenta años, las violencias remiten básicamente a procesos dañinos y destructivos para el lazo social, su origen y ejercicio suele ubicarse de manera inequívoca y exclusiva en aquellos sectores “inciviles” e “indeseables” del conjunto social. Esta estrategia es, como denuncia Zizek, parte del ocultamiento de la violencia estructural o de “cuello blanco”, así como un instrumento del discurso del orden dominante, según el cual las mujeres, los pobres, los pueblos primitivos, e incluso los jóvenes en su concepción de seres biológica y psicológicamente “inacabados” o en transición, son vistos como reductos de emocionalidad incontrolada y, por tanto, como los principales generadores —y no receptores— de las violencias. El término violencia adquiere entonces una connotación moral y prescriptiva, así como condenatoria.

A decir del filósofo Thomas Platt: “esta feliz combinación de un contenido descriptivo relativamente vago y una connotación moral y emocional negativa hace que la palabra ‘violencia’ sea ideal para el discurso polémico” (1992: 176). No obstante, para Platt el uso ampliado y no restringido del término violencia acarrea el riesgo de que la intensidad de su contenido se diluya. Por otra parte, señala que:

Hay mucho que decir en favor del significado ampliado de la noción de violencia en los últimos años. Ello ha sensibilizado en la práctica a muchas personas con respecto a la condición moralmente dudosa de muchas estructuras y prácticas sociales. No obstante, el carácter moralmente dudoso de estas estructuras y prácticas seguiría siéndolo, tanto si se las califica de violentas como si no. La violencia no es la única forma de comportamiento inmoral, ni siquiera la más común (Platt, 1992: 176-177).

En contraposición a lo planteado por Platt, es justamente en el carácter polémico, político y flexible de las violencias —y no de la violencia como una sustancia permanente— donde radica la posibilidad de comprender su persistencia variable en el entramado social, así como sus diversificadas funciones, dimensiones y contenidos transhistóricos y transculturales.

Como señala Elsa Blair (2004) siguiendo a Jacques Sémelin, no existe una teoría capaz de explicar todas las formas de violencia, y por ello es necesario recuperar el carácter relativo, en tanto histórico, de lo que se habla cuando se habla de violencias. En gran medida la mirada antropológica posibilita esta aproximación, pues su comprensión contemporánea de la cultura es también relativa, dinámica y antisustancialista; es decir,

para la antropología contemporánea la cultura —la vida material y los entramados simbólicos de las sociedades— es algo que se construye de manera permanente. En este sentido, escribe Blair:

[...] como la creatividad y el altruismo, la violencia es culturalmente construida y, como sucede con todos los productos culturales, es, en esencia, sólo un potencial que da forma y contenido a individuos específicos dentro del contexto de historias particulares (Nordstrom y Robbins) (Blair, 2005: 21).

Precisamente en los capítulos subsiguientes se referirán las historias particulares de sujetos específicos en los que se expresa la construcción cultural de las violencias y los malestares en la sociedad contemporánea, específicamente entre los jóvenes que viven en Cancún.

Antes de concluir con este andamiaje teórico que permite establecer los vínculos entre los malestares sociales y las violencias, resulta pertinente enunciar dos hipótesis más que tienen que ver, por un lado, con lo que podría definirse como particularidades de las violencias en la sociedad tardomoderna y, por el otro, con un debate que se tratará con mayor detalle más adelante, pero que vale la pena enunciar desde ahora, sobre las posibles dimensiones fundadoras, liberadoras, emancipadoras, creadoras o positivas de las violencias.

Respecto a estas cuestiones, diversos autores señalan (Duschatzky y Corea, 2006; Serrano, 2005; Jiménez, 2007) que, frente a la “violencia fundadora” —el nacimiento, la imposición del límite de un padre a su hijo, el acto de aprender—, existe una serie de violencias que expulsan al sujeto fuera del lazo social, exterminando dicho vínculo y anulando el reconocimiento del otro. Desde su perspectiva, éste es el tipo de violencias que deben desterrarse de lo social porque arrasan con él. En tal sentido, en su libro *The Body in Pain*, Elaine Scarry apunta que la consecuencia más profunda de la violencia no es el daño físico que provoca, sino su capacidad para “deshacer el mundo” (1987). No obstante que esta afirmación guarda cierta dosis de verdad, es importante formular otra pregunta, siguiendo y parafraseando a Serrano: ¿qué pasa cuando, en lugar de ser caos, la violencia se constituye como el orden que crea y da existencia a los sujetos, a la vez que determina las relaciones sociales? ¿Coexisten las dos dimensiones —la destructiva y la fundadora— de las violencias en la estructura de la sociedad contemporánea? (Serrano, 2005: 130). Según Jiménez, actualmente la violencia:

[...] parece ir más allá de la disyuntiva entre la creación y la conservación, la liberación y el sometimiento, el sufrimiento y el placer, la tristeza y la alegría, para disolverse en un desierto de cansancio, abulia, hartazgo, indolencia (en su sentido etimológico de dolor), donde no hay nada que restañar, se trata de una violencia

que se incubaba en el vaciamiento existencial permanente, que no busca ni liberar ni someter a los cuerpos y al espíritu, donde la muerte no espera para ser cadáver (Jiménez, 2007: 22-23).

A partir de la perspectiva de algunos autores, el sentido de la palabra violencia se funda más en su dimensión moral que en la descriptiva. El propio Platt apunta que, en dicho nivel moral, la violencia “denota el uso éticamente inaceptable de la fuerza física para dañar a otra persona” (1992: 20), de modo que la fuerza empleada de manera legítima escaparía a la esfera de los actos violentos. En una dirección similar, Luis Cardoso de Oliveira se pregunta si se puede hablar de violencia cuando no hay agresión moral. Para este antropólogo jurídico, la dimensión moral de la violencia justamente constituye “el centro de la agresión desde el punto de vista de los actores que la sufren”, de modo que no es posible concebir la violencia física sino como “una mera abstracción” [sic], con la ausencia de la agresión moral, que Cardoso traduce como insulto (2009).

Aunque ambas visiones son problemáticas ya que implican debates sobre el significado mismo de la legitimidad, así como suspicacias respecto a una lectura hecha exclusivamente desde la subjetividad de los individuos implicados en fenómenos violentos,³⁵ permiten pensar elementos de dichos fenómenos que en este trabajo interesan de manera especial, como el papel que juegan los sentimientos y la dignidad en la construcción del insulto (Cardoso de Oliveira, 2009: 161) y, por tanto, en la percepción de las violencias como tales, tanto a nivel social como individual.

Desde las premisas de este trabajo, no existe una caracterización única de la experiencia de las violencias en los jóvenes de la sociedad tardomoderna. Como se verá a lo largo de este texto, aparecieron múltiples y paradójicas formas de nombrarlas, enfrentarlas, asumirlas, rechazarlas, normalizarlas, incorporarlas o resistirlas. A pesar de ello, o quizá por ello, resulta complicado pensar en los extremos del *continuum*, donde en un lado se ubica una forma de violencia absolutamente emancipadora, y en el otro una totalmente desmovilizadora y destructiva. Sin embargo, sí es importante señalar que dichas experiencias parecen abonar menos a quienes la padecen, que al propio sistema que las favorece. Especialmente en el contexto actual nacional resulta peligroso pensar en las violencias como actos emancipadores. A lo largo de este libro se sostiene, por el contrario, que la experiencia de alguna violencia representa una más de las desventajas que se acumulan en la generación de la desigualdad social.

Por otra parte, lo que en estos momentos se presenta como hipótesis general —a la que en el desarrollo de la investigación se irán sumando argumentos— es que, en contra de lo que suponían Freud y Elias que era la tarea fundamental y permanente del malestar

³⁵ Si bien Oliveira reconoce que la construcción subjetiva siempre se da de manera intersubjetiva y, por tanto, social.

en la cultura, en la sociedad tardomoderna la experimentación de los malestares parece reforzar la ruptura del lazo social, en lugar de su conservación, pues está íntimamente acompañada de la experiencia de las violencias. Así, frente al triunfo del proceso civilizatorio en el ámbito de una sensibilidad educada para rechazar las violencias, la preeminencia que el sistema da al individuo sobre el pacto social y el bien común genera tensiones que se resuelven en expresiones de violencias estructurales e interpersonales, de modo que la marca de esta sociedad es la de una incómoda transición a un lugar y un tiempo social desconocidos, transición marcada por la ausencia de pactos y normas claras y, por tanto, por el continuo estallido de violencias.

Los planteamientos y las hipótesis expuestas a lo largo de este primer capítulo serán situados en la estructura urbana de una ciudad turística mexicana con poco más de cuarenta años de existencia, a lo largo de los cuales se ha posicionado como el destino de playa más visitado del país. Ciudad de migrantes, cosmopolita, dinámica, de servicios, imaginada como un paraíso, Cancún representa un espacio privilegiado para analizar los vínculos entre los emergentes malestares sociales y las violencias, y sus habitantes jóvenes, un sector en el que estas tensiones y sus expresiones menos contenidas permiten observar y analizar los rasgos de las violencias contemporáneas, así como el modo en que son experimentadas desde la subjetividad.

Capítulo 2

Cancún, paraíso tropical de cinco estrellas en el Caribe mexicano

*...las ciudades se han convertido en el vertedero
de problemas engendrados y gestados globalmente.
Zygmunt Bauman, Tiempos líquidos.*

A diferencia de sus pares contemporáneas en México y en el mundo —ciudades con una tradición histórica añeja, que en los siglos XIX y XX se transformaron de grandes poblados mercantiles en urbes industriales, luego devenidas en ciudades de servicios—, desde su origen Cancún se proyectó como una especie de “ciudad-simulada” (Soja, 1996), pensada más como un producto de consumo global que como un espacio de habitación cotidiano. En este sentido, no fueron las mentes de los “ingenieros sociales” progresistas, ni las de los utópicos modernistas, las que imaginaron y construyeron Cancún. La urbe comúnmente llamada “paraíso caribeño” nació de un proyecto político y económico coyuntural de desarrollo del Estado mexicano y de los intereses de un grupo de funcionarios llamados a sí mismos “banqueros”, en el contexto de un capitalismo que dejaba de ser exclusivamente fordista para convertirse en un sistema, empleando la categoría de David Harvey (1989), flexible.

Ciudad global y turística por ser un espacio de centralización del consumo mundial³⁶ —especialmente de descanso, recreación y placer—, Cancún puede definirse además como una “ciudad neoliberal”, una urbe que, como se explicará en los siguientes apartados, se construyó en una década en la que la urbanización representó una solución a la sobreacumulación del capital. Esta perspectiva interpretativa, que se ha recuperado de David Harvey y que subraya la función de la “acumulación por desposesión” en el

³⁶ Según Saskia Sassen, las ciudades globales constituyen “nuevas formas de la centralización territorial de la gestión de alto nivel y control de las operaciones [...]” y conforman “una red de ciudades principales, tanto en el norte como en el sur, que funcionan como centros para la coordinación, el control y el servicio del capital global” (1998: 3-4).

levantamiento de la ciudad, guiará la narrativa histórica de los orígenes de Cancún, así como los avatares de la misma y la descripción de su acelerada dinámica poblacional hasta nuestros días.

Finalmente, se hará una etnografía de la ciudad que, con un enfoque mucho más cercano a las “retóricas del andar” de Michel de Certeau, privilegiará la mirada y los pasos —la forma en que transitan, se apropian, relacionan, desconocen y significan los espacios de su ciudad— de dos jóvenes cancenenses que guían a una antropóloga foránea por las regiones, avenidas, centros comerciales, plazas, calles y playas de Cancún. Esta etnografía no tiene como objetivo único recuperar la percepción y subjetividad de sus jóvenes habitantes sobre la ciudad, también funciona como un preámbulo para referirse al espacio en que se despliegan los malestares sociales y las expresiones de violencia que a éstos se vinculan.

Preámbulo sobre la ciudad neoliberal y la acumulación por desposesión

La ciudad moderna tuvo como madre y padre la industrialización y el capitalismo. Para que su nacimiento fuera posible convergieron diversos procesos, uno de los más importantes, reconocido por Karl Polanyi (2003) como paradigmático para la “gran transformación” moderna, fue la mercantilización de la tierra. Ésta vino acompañada de: la expulsión violenta de las poblaciones campesinas; la prevalencia de la propiedad privada sobre otras formas de propiedad, como la comunal, la estatal y la colectiva; la conversión de la fuerza de trabajo en mercancía; la apropiación de bienes materiales y naturales a través del colonialismo y la monetarización de los impuestos; la trata de esclavos, y la usura. Para Karl Marx, todos estos fenómenos forman parte de un “modo de acumulación primitiva” u “originaria” en cuya base están la depredación, el fraude y la violencia.

Así pues, el florecimiento de las ciudades industriales tuvo como origen un gran impulso de la acumulación capitalista que entrañó una serie de procesos en los que aparecieron “la violencia, el engaño, la opresión y el pillaje” (Luxemburg, 1967: 351 citada en Harvey, 2006: 21). Según la teoría clásica liberal, después de esta primera etapa la acumulación del capital se realiza por reproducción ampliada en circunstancias en las que están garantizadas la paz, la propiedad y la justicia en el intercambio. No obstante, David Harvey —quien recupera a Rosa Luxemburg y Hannah Arendt— señala que la liberación del mercado no implica la autorregulación del mismo, y menos aún crea una sociedad armoniosa y equitativa en la que la prosperidad llega a todos. Por el contrario, escribe el economista inglés, genera brechas de desigualdad que se incrementan y, como pronosticaba Marx, conducen a crisis crónicas de sobreacumulación del capital (Harvey, 2006: 26).³⁷

³⁷ “Existe sobreacumulación [...] cuando excedentes de capital (acompañados a veces por excedentes

Para superar dichas crisis en las que la disposición de capital excede las oportunidades rentables de inversión, se reproducen las estrategias depredadoras de la llamada “acumulación primitiva” en el mundo. Harvey cita el análisis que Hannah Arendt realizó sobre el renacimiento del imperialismo en Gran Bretaña como respuesta a la depresión económica en las décadas de los sesenta y setenta del siglo XIX: “La burguesía se percató por primera vez de que el pecado original del simple robo, que siglos atrás había hecho posible la acumulación original del capital (Marx, 2000) y había impulsado la acumulación subsiguiente, tenía que repetirse de nuevo para evitar que el motor de la acumulación se acabara parando” (Arendt, 1968: 28 citada en Harvey, 2006: 25). Debido a la permanencia y vigencia de estos medios depredadores en el contexto actual, Harvey rebautiza la “acumulación originaria” como “acumulación por desposesión”, y escribe:

Todas las características de la acumulación primitiva mencionadas por Marx han seguido poderosamente presentes en la geografía histórica del capitalismo hasta hoy. Durante las tres últimas décadas se ha acelerado el desplazamiento de poblaciones campesinas y la formación de un proletariado sin tierra en países como México y la India; muchos recursos que antes eran de propiedad comunal, como el agua, están siendo privatizados (con frecuencia bajo la presión del Banco Mundial) y sometidos a la lógica de acumulación capitalista; desaparecen formas de producción y consumo alternativas (indígenas o incluso de pequeña producción, como en el caso de Estados Unidos); se privatizan industrias nacionalizadas; las granjas familiares se ven desplazadas por las grandes empresas agrícolas; y la esclavitud no ha desaparecido (en particular en el comercio sexual) (Harvey, 2006: 27).

Ante la pregunta “¿cómo contribuye a resolver el problema de la sobreacumulación la acumulación por desposesión?”, Harvey responde con un ejemplo referido a las continuas crisis de sobreacumulación desde 1973 y a su relación con el proyecto neoliberal de privatización universal. Así, habla de cómo la privatización en Gran Bretaña de viviendas sociales, telecomunicaciones, transportes e incluso el agua, ha despejado extensas zonas en las que se introduce el excedente de capital. Lo importante es liberar un conjunto de activos —incluida la tierra y la fuerza de trabajo— a un coste muy bajo para ser introducidos en el circuito privado de la acumulación del capital (2006: 29).

La acumulación por desposesión —y sus medios, como la privatización—, refuerzan lo que el economista austríaco Joseph Schumpeter dijo que era el principal talento del capitalismo: la “destrucción creativa” (Giddens y Hutton, 2001: 25). Tal como se apuntó en el primer capítulo, autores como Bauman y Giddens sostienen que la radicalización de dicho impulso dialéctico, que necesita destruir para crear, es uno de los principales

de fuerza de trabajo) permanecen ociosos sin que se vislumbren salidas rentables” (Harvey, 2006: 29).

rasgos de la segunda modernidad. Las consecuencias sociales de dicha radicalización se pueden encontrar también en ciudades que están surgiendo y reinventándose. En este sentido, otra de las respuestas de Harvey a la pregunta arriba formulada es que hay una solución espacial al problema de la sobreacumulación del capital: la urbanización.

El autor cita primero el caso de la reconfiguración de la estructura urbana de París a mediados del siglo XIX, obra que fue encargada por Napoleón Bonaparte a Haussmann: “La reconstrucción de París absorbió enormes cantidades de fuerza de trabajo y de capital [...] y, junto con la supresión autoritaria de las aspiraciones de la fuerza de trabajo parisina, se constituyó en un elemento central para la estabilidad social”. Ubica un ejemplo más en la década de los cuarenta en Estados Unidos, cuando el famoso arquitecto Robert Moses puso en marcha su reformulación urbanística en la región metropolitana de Nueva York, intervención que tuvo como ejes el sistema de autopistas y la suburbanización (Harvey, 2009: 47-48).

Según Harvey, esta estrategia se ha convertido en una solución recurrente a las continuas crisis de sobreacumulación, y se ha transformado en una especie de salvavidas permanente en la estabilización de la economía mundial. La urbanización de China a lo largo de los últimos veinte años es quizá el más claro ejemplo de ello: este país ha absorbido casi la mitad de la oferta de cemento del mundo desde el año 2000. Pero, escribe el propio Harvey, “China es tan sólo el epicentro de un proceso de urbanización [...] genuinamente mundializado, en parte debido a la sorprendente integración mundial de los mercados financieros que utilizan su flexibilidad para financiar, mediante deuda, proyectos urbanos desde Dubai hasta São Paulo y de Mumbai a Hong Kong y Londres” (2009: 51).

Uno de los períodos críticos de sobreacumulación más significativos del siglo XX abarcó los primeros años de la década de los setenta, cuando se generó una recesión inmobiliaria mundial sin precedentes. El excedente de capital no pudo ser absorbido por el mercado inmobiliario y, en 1973, estalló una crisis que inició en Estados Unidos y que, nuevamente, sólo pudo superarse a largo plazo con la inversión en infraestructura urbana en el pauperizado centro de Nueva York.³⁸ En este punto es importante llamar la atención sobre el hecho de que fue justo en esa década cuando inició la construcción de Cancún en territorio mexicano, impulsada sobre todo por el Estado nacional, pero mayoritariamente financiada con un préstamo concedido por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

La remodelación del centro urbano de Nueva York —abandonado después del *boom* de los suburbios, con una industria decaída y un ambiente urbano difícil e incluso

³⁸ Es también en esos años, 1972-1973, cuando Harvey (1998) ubica el inicio de la transición del capitalismo fordista hacia el capitalismo flexible. Estos procesos además están vinculados a la inflación mundial generada por la resolución de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) del incremento de los precios del petróleo crudo.

peligroso debido al recorte de los servicios municipales, que favoreció fenómenos como la “epidemia del *crack*” —se configuró como un modelo de intervención, “un credo de las estrategias de ajuste estructural pregonado por el Fondo Monetario Internacional”— para otras ciudades de entonces en adelante. Dicho patrón descansa en dos principios básicos: “Primero, en caso de conflicto entre el bienestar de una población y la tasa de retorno de las inversiones de los bancos, esta última debe privilegiarse [...] segundo [...] los gobiernos (de cualquier afiliación) deben dedicarse a la creación de un buen clima empresarial” (Harvey, 2007: 59).

El “rescate” urbano de Nueva York —que implicó la “gentrificación”³⁹ de Manhattan y la proyección turística de la ciudad que tenía como mayor atractivo la “industria cultural”— fue inicialmente impulsado por su élite político-económica, representada principalmente por los banqueros inversionistas, preocupada por restaurar y garantizar su poder en una crisis de sobreacumulación de capital. Harvey escribe que esta suerte de “revolución neoliberal” del urbanismo se ha extendido en el mundo y tiene como fenómenos paralelos la privatización, la disciplina de fuerza laboral y el abandono del Estado de sus responsabilidades sociales.

Resulta importante no perder de vista que tanto la acumulación por desposesión como la superación de la sobreacumulación de capital requieren de un fuerte respaldo de los poderes estatales para llevarse a cabo. En esta dirección, Harvey anota que en 1973 se agudizó la llamada acumulación por desposesión especialmente en los países que se abrieron al desarrollo capitalista y a formas capitalistas de mercado, como Corea del Sur, Taiwán y China. Para ello se requirió, además de un comercio más libre y financiación, “un planteamiento totalmente diferente del poder estatal”, cuya punta de lanza fue la privatización, de modo que los bienes públicos en poder del Estado fueron arrojados al mercado para que el excedente de capital pudiera ser invertido en éstos (Harvey, 2006: 35).

Así pues, en la construcción o reestructuración de las llamadas ciudades neoliberales, la intervención de las élites financieras y políticas, y el papel del Estado como facilitador de la inversión y el desarrollo del capital, son elementos centrales. El geógrafo inglés apunta:

La lucha contemporánea por absorber el capital sobreacumulado en una fase en que la construcción de la ciudad se hace de modo frenético contrasta drásticamente con un planeta donde proliferan barrios pobres (sólo obsérvese cómo crece la hilera de edificios en el horizonte de las ciudades de Shangai, Mumbai, São Paulo o la ciudad

³⁹ Aún no existe una traducción adecuada para referirse al término original en inglés *gentrification*, que hace referencia al proceso de transformación urbana en el que se reemplaza un sector de la población depauperado de los espacios céntricos y económicamente reevaluados, por otro de mayor poder adquisitivo.

de México) [...] Éstas son las ciudades neoliberales que el capital ha construido en su intento desesperado por absorber el excedente que el propio capital crea. En estas ciudades vemos “la plena libertad de aquellos cuyos ingresos, tiempo libre y seguridad no requieren de mejoría, y apenas un poco de libertad para la gente que intenta, quizás en vano, hacer uso de sus derechos democráticos para protegerse del poder de los propietarios” (Polanyi, 2003; Harvey, 2009: 61).

En este párrafo, Harvey cuestiona el resultado del proceso de urbanización como respuesta a la sobreacumulación del capital y las consecuencias sociales que ha tenido, especialmente al negar a varios sectores de “urbanitas” la posibilidad de ejercer su “derecho a la ciudad”, un derecho que no se refiera sólo a la posibilidad de habitarla, sino también a “transformarla según nuestros [sus] más caros anhelos” (2007). Siguiendo la argumentación de Harvey, la inédita ciudad de Cancún posee los rasgos propios de una ciudad neoliberal no sólo por la historia de sus orígenes y el rol que en su construcción jugaron el Estado, las élites nacionales, y en menor medida locales, y los organismos internacionales de financiamiento, también porque desde su planificación el “poder de los propietarios” ha dominado sobre el derecho de los ciudadanos, vistos éstos como una masa de empleados que, sin remedio alguno, viven próximos a la “ciudad-simulacro” del turismo: la zona hotelera de Cancún.

El nacimiento de una ciudad neoliberal y sus avatares como marca turística global

El turismo tiene todas las características de una industria propia del también llamado “nuevo capitalismo”. Como señala Gustavo Marín, es una economía de servicios con “[...] una extraordinaria capacidad de expansión geográfica, que define flujos de gente y recursos, nuevos espacios de consumo, pautas de desarrollo y formas diversas de integración económica” (2010: 18). Fue en los años setenta del siglo XX cuando el turismo empezó a ser promovido por los organismos internacionales como una fórmula de desarrollo para los llamados países del tercer mundo, de manera que los gobiernos adoptaron esta actividad como una estrategia para generar empleos, inversiones y divisas. Cancún se proyectó así como un polo de desarrollo que, aunque fracasó como tal, con el paso del tiempo tendría un fuerte impacto en todo Quintana Roo, hasta convertirse en menos de diez años en el centro turístico más importante de México.

A mediados de la década de los sesenta, en los prolegómenos del capitalismo flexible, el paradigma internacional del modelo económico prevaleciente, básicamente de corte keynesiano, estaba perdiendo fuerza. En este contexto, y desde la perspectiva de las cabezas del Banco de México y la Secretaría de Hacienda —Rodrigo Gómez, Ernesto Fernández Hurtado y Antonio Ortiz Mena, todos partidarios del desarrollo

estabilizador—, la hasta entonces funcional estrategia de sustitución de importaciones había dejado de constituir una opción de equilibrio sostenible para la economía nacional. A raíz de esto, decidieron realizar un estudio con el objeto de conocer las potencialidades económicas de las distintas industrias y actividades financieras del país, y el resultado fue que el turismo, especialmente el internacional, crecía con mayor rapidez que las exportaciones, que tradicionalmente habían sido uno de los principales motores de la economía del país; esto a pesar de que en México el único centro turístico explotado como tal a nivel internacional era el de las bahías de Acapulco, en la costa del Pacífico (Martí, 1985: 12).

A finales de 1968, después de una búsqueda por todo el litoral de México para localizar zonas potenciales para su explotación como destinos de playa, los técnicos del Banco de México habían elegido seis puntos “ideales” para albergar nuevos destinos turísticos. Su característica común era que todos presentaban problemas de difícil acceso vía terrestre y se encontraban semivirgenes. Dos estaban situados en el entonces territorio federal de Baja California Sur: el corredor de los Cabos y Loreto. Otros dos se localizaban en el estado de Oaxaca: Puerto Escondido y Huatulco. Un quinto punto se encontraba en el estado de Guerrero: Ixtapa.

El sexto de estos lugares aparentemente era el más inusitado: ubicado en la costa oriental del territorio de Quintana Roo —que no se convertiría en estado libre y soberano sino hasta 1974—, era el más alejado de la ciudad de México, se encontraba a dos mil kilómetros de distancia y era el peor comunicado del país: una muy delgada línea de playa de veinte kilómetros de largo con forma de 7, bañada por las aguas del mar Caribe de un lado y por la laguna Nichupté del otro. Aunque estaba conectada con la tierra, técnicamente se trataba de una isla, puesto que dos estrechos canales la separaban del continente. Dicha isla se llamaba Cancún —palabra de origen maya— y se caracterizaba por la calidad de sus playas, de una arena fina y blanca, y un mar de tonalidades azules y turquesas. La temperatura del agua, además, era templada y tendía a ser estable. Y dadas sus características topográficas, se pensó que los hoteles podrían alinearse uno tras otro, todos frente a la playa.

Entonces Cancún estaba prácticamente deshabitado. El asentamiento costero más cercano era Puerto Juárez, “una diminuta subdelegación política de Isla Mujeres que contaba con 117 habitantes”. En la isla de Cancún sólo vivían Emilio Maldonado y su familia, Antonio B. Hernández y Gabriel Garrido, cuidadores de cocales quienes, prácticamente aislados del mundo, se dedicaban a la pesca y a la recolección (Martí, 1985: 20-21).⁴⁰

⁴⁰ Quintana Roo, entonces territorio federal, históricamente había sido un espacio con una bajísima densidad poblacional. Rural y periférico, “patriarcal, muy lejano física y culturalmente del México Central”, un “enclave tropical forestal” donde se habían refugiado los mayas cruzoob rebeldes durante la Guerra de Castas en el siglo XIX, y al que el Estado mexicano nunca se había empeñado en “civilizar” y sí, en cambio, durante el porfirismo, lo convirtió en presidio político (Torres, 2000).

Fernando Martí, periodista y sempiterno cronista de Cancún, escribió una suerte de crónica apologética sobre la planificación y construcción de esta ciudad turística en su narración periodística “Cancún, fantasía de banqueros. La construcción de una ciudad turística a partir de cero”. La imagen que Martí recrea en esta obra es la de un grupo de funcionarios gubernamentales visionarios —“banqueros”, como él mismo los llama— que proyectaron la utopía de un paraíso turístico en el que nadie más que ellos, dentro del Estado y las élites empresariales, creía. Según Martí, la tenacidad de estos funcionarios hizo posible la construcción “a partir de cero” de Cancún; una suerte de panacea para el desarrollo regional, e incluso nacional, pues su ubicación en una zona marginada del país podría “aliviar la tensión social producida por la pauperización de los grupos campesinos” (1985: 16).

Poco crítica respecto a los intereses e implicaciones subyacentes en el proyecto Cancún, la crónica de Martí, no obstante, resulta reveladora por su narrativa detallada, en la que aparecen nombres, acciones e incluso anécdotas que esclarecen el proceso de planificación y construcción de la ciudad. Un ejemplo es la claridad con la que muestra cómo: “El Proyecto Cancún fue negociado políticamente de manera cupular, elitista y centralista. La negociación fue un proceso *top down*, de arriba hacia abajo, en las estructuras del poder federal y regional, financiado en su origen con fondos internacionales y del gobierno federal [...]” (Torres, 2000: 192).

En esta dirección, resulta interesante detenerse en el proceso de adquisición de las tierras para llevar a cabo la totalidad del desarrollo, aproximadamente unas once mil hectáreas. De éstas, dos mil fueron cedidas por el Gobierno federal, ya que eran terrenos nacionales; casi cinco mil eran parcelas del ejido de Isla Mujeres, de manera que fueron entregadas, parece que sin mayor resistencia, por los ejidatarios a los responsables del desarrollo.⁴¹

El resto del terreno era propiedad de particulares y mayoritariamente se ubicaba en la isla, por lo que su compra era indispensable. Antonio Enríquez Savignac, uno de los “buscadores de playas”, y el abogado Carlos Nader fueron los encargados de localizar al reducido número de propietarios en los archivos catastrales. Con el fin de evitar ajustarse a la ley de la oferta y la demanda ya que los terrenos se pagarían a precios comerciales, Carlos Nader se presentó a los propietarios como un hacendado interesado en comprar los predios y fue haciéndose con las parcelas aparentemente a título personal. La mayoría de los propietarios cayó en

⁴¹ Ni en la crónica de Martí ni en el resto de la bibliografía consultada hay información sobre la reacción de los ejidatarios, si es que la hubo, frente a este hecho. Tampoco se registra si hubo pago de indemnizaciones por la cesión de derechos de las parcelas del ejido. Podría incluso pensarse que en estas circunstancias hubo un proceso encubierto de privatización de las tierras ejidales cuando no era constitucional hacerlo, dado que la mayor parte de las tierras adquiridas por el Gobierno luego fueron vendidas a particulares. En la historia del nacimiento de Cancún, pues, no se da mayor relevancia al despojo de las tierras ejidales.

este engaño, que Martí califica de “ingenioso”, y vendieron, seguramente a precios bajos en función de las ganancias proyectadas. Sólo un par de ellos, una residente de la ciudad de México y un ingeniero extranjero que vivía en Mérida, se negaron rotundamente a vender en esos momentos y lo hicieron sólo años más tarde, cobrando por sus terrenos la plusvalía que para entonces se había generado (Martí, 1985: 29-30).

Una vez adquiridas las tierras necesarias para construir Cancún, y con los otros proyectos de los llamados Centros Turísticos Integralmente Planeados (CTIP) en marcha, el propio Banco de México impulsó la creación de un organismo llamado Fondo para la Promoción de la Infraestructura Turística (INFRATUR), cuyos objetivos principales eran tres: analizar y consolidar el crecimiento de los destinos turísticos ya existentes; otorgar créditos a largo plazo y a bajas tasas de interés para la construcción de nuevos cuartos hoteleros en todo el país, y desarrollar nuevos centros turísticos. También se creó el Fondo de Garantía y Fomento al Turismo (FOGATUR), que buscó la participación de los inversionistas privados en los CTIP. Seis años más tarde, en 1974, ambos organismos se integraron en el Fondo Nacional de Fomento al Turismo (FONATUR) (García de Fuentes, 1979: 21).

A principios de 1969, el entonces secretario de Hacienda, Antonio Ortiz Mena, y el presidente Gustavo Díaz Ordaz, habían aprobado el proyecto Cancún a pesar de los altos costos de inversión que generaría. Por ejemplo, parte del plan maestro consistía en engrosar la isla de Cancún entre doscientos cincuenta y trescientos metros con el fin de que se pudieran construir grandes hoteles a las orillas de las playas, así como el campo de golf Pok Ta Pok. La inversión inicial de treinta millones de pesos, que representaba el 42% del presupuesto de INFRATUR, apenas había alcanzado para diseñar el programa de control de fauna nociva —para el que se contrató a Donald Pletsh, especialista con reconocimiento mundial en la materia—, para iniciar el Estudio Ecológico de Prospección de la Laguna Nichupté encargado a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y para empezar el desmonte de la selva que cubría la isla y lo que sería el primer cuadro de la ciudad (Martí, 1985).

De hecho, el proyecto Cancún fue detenido temporalmente en 1970 por el nuevo presidente Luis Echeverría, quien al principio no consideró viable su construcción. Pero en septiembre de 1971, al ser aprobado el crédito de veintiún millones y medio de dólares solicitado por la Secretaría de Hacienda al BID para construir el CTIP Cancún, se reiniciaron los trabajos, las obras sanitarias y ambientales y las tareas de recuperación de los sitios arqueológicos cercanos, así como la construcción de una carretera que comunicaría la costa con el resto del estado de Quintana Roo.

El primer campamento se había instalado en enero de 1970, compuesto por un pequeño grupo de trabajadores contratados por la empresa Consorcio Caribe, creada ex profeso para iniciar la construcción de Cancún, ya que ninguna compañía existente se había interesado en hacerlo. Martí señala que: “La explicación [a esta falta de interés] era muy simple: las

condiciones de trabajo serían genuinamente infernales. En la zona no existían poblaciones en donde se pudiera reclutar personal, ni minas de materiales, ni talleres de mantenimiento para la maquinaria [...] cortés pero firmemente, todo mundo declinaba” (1985: 34).

Lo que escribe Martí es casi totalmente cierto, excepto en lo referente a la ausencia de mano de obra disponible. Como ya se ha mencionado, si bien Quintana Roo era un territorio escasamente poblado, nunca estuvo totalmente deshabitado: reductos mayas siempre hubo, pequeños pueblos como el de Isla Mujeres, también, y la explotación forestal y chiclera a finales del siglo XIX y principios del XX atrajo de manera continua mano de obra de otros lugares de la península de Yucatán. El propio Martí narra cómo este primer conjunto de trabajadores estuvo conformado por un grupo de chicleros que, acampados a unos kilómetros, aproximadamente donde hoy se ubica el aeropuerto de Cancún, estaban en “total desastre” debido a una mala recolección de chicle y a la falta de provisiones (1985: 36).

Como señala Ana García de Fuentes, el contexto económico regional en los años setenta definía esta zona como una “región deprimida” que dependía de la decaída monoproducción y exportación de henequén, así como de la explotación de chicle y maderas tropicales, especialmente en el centro y sur de Quintana Roo. Desde sus orígenes, las tres actividades estuvieron supeditadas a los intereses comerciales extranjeros y a las variaciones de la demanda externa. De este modo, cuando inició la construcción de Cancún el panorama económico de la región se caracterizaba por una “[...] gran desigualdad económica, bajos niveles de productividad, bajos niveles de ingresos, subempleo e incluso elevado índice de desempleo declarado” (García de Fuentes, 1979: 59), justo condiciones que favorecen la acumulación por desposesión ya que, como señala Harvey, ésta se hace posible gracias a la liberación, o preexistencia, de “un conjunto de activos (incluida la fuerza de trabajo) a un coste muy bajo” (2006: 29). Lo anterior también cuenta para la tierra y el modo en el que los desarrolladores del proyecto Cancún, el Estado y sus representantes, se hicieron con parte de éstas.

Por otro lado, las condiciones de vida de los trabajadores, como bien escribe Martí, resultaban “infernales”, a pesar de lo cual no se registró ningún intento por modificar el plan urbanístico original y considerar la edificación de una zona habitacional para ser ocupada por los constructores de Cancún. Desde su planificación, los obreros de la ciudad, los migrantes que cada año se desplazaban en cantidades mayores atraídos por el empleo, no fueron considerados como parte de aquella a pesar de ser los primeros habitantes de este espacio, seguramente porque nunca se previó que muchos de ellos se quedarían a vivir de forma permanente en Cancún, convirtiéndose en sus fundadores.⁴²

⁴² Aunque la fecha oficial de la fundación de Cancún se estipuló, a través de un decreto publicado en el *Diario Oficial de la Federación*, como el 10 de agosto de 1971, muchos habitantes de la ciudad reconocen y conmemoran como el día de fundación el 20 de abril de 1970. De hecho, todos los años desde 1988,

Lo que el plan urbanístico sí consideraba era la traza de dos zonas independientes y perfectamente diferenciadas: la zona turística que ocuparía el total de la isla de Cancún, en la que se ubicaban los grandes hoteles, las residencias de veraneo, el campo de golf, los centros de convenciones y toda la oferta de recreación turística —discotecas, marinas, centros de espectáculos, etcétera—. En la otra sección —denominada ciudad modelo, de servicios, o genéricamente ciudad de Cancún— viviría la población asentada de manera permanente, y se construirían escuelas, hospitales, mercados, iglesias, pequeños hoteles y demás infraestructura urbana (García de Fuentes, 1979: 85-90).

Se proyectó que a la zona turística, comúnmente llamada hotelera, se pudiera llegar directamente desde el aeropuerto internacional, ubicado a dieciséis kilómetros al suroeste del complejo hotelero, sin necesidad de cruzar por la zona habitacional de la ciudad, para así evitar al visitante cualquier contraste entre la “imagen de modernismo, confort y lujo” de la isla y la de la ciudad donde residía la población permanente (García de Fuentes, 1979: 86). Se previó además que en esta “ciudad-simulada” (Soja, 1996) las instalaciones eléctricas y telefónicas se mantuvieran ocultas para que no interfirieran con el paisaje, y se subdividió la franja de la isla en cuatro “zonas turísticas” destinadas respectivamente a hoteles de lujo, casas de veraneo y el campo de golf, lotes residenciales y hoteles de menor categoría. Uno de los mayores atractivos de todos los hoteles sería que contaría con acceso directo a la playa, de modo que los huéspedes no tendrían que cruzar la carretera para llegar hasta ella. Sin embargo, también se previno que en todas las zonas turísticas hubiera playas públicas.

En su libro *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real and Imagined Places*, Edward Soja propone el término *simcities* —que puede ser traducido como “ciudades simuladas”— para referirse a espacios urbanos —cuyos ejemplos más radicales son Las Vegas, Hollywood y Disneylandia— en los que prima la hiperrealidad, la producción de mundos perfectos y de fantasía. En estos espacios de “falsificaciones verdaderas” no sólo se persigue crear lugares “inexistentes en la realidad”, sino también estilos de vida, formas de habitar la urbe y una cultura de la cotidianidad en los que se infiltra la simulación y la preeminencia de lo aparente.

Así, la zona hotelera se construyó como una suerte de simulación urbana de un paraíso caribeño, que se promociona como un lugar en el que se conjugan “la magia del mundo maya, la belleza del mar turquesa y el confort y lujo de una ciudad moderna”.⁴³ En este sentido, el espacio urbano de la zona hotelera de Cancún, en donde se encuentran desde hermosas playas hasta elegantes centros comerciales, es un buen

el 20 de abril se conmemora como el Día de los Pioneros, así como el aniversario de la ciudad cuya edificación, “según consta en la memoria de los fundadores”, se inició en 1970 (Espinosa, 2010).

⁴³ Ver: <http://www.visitcancun.com>.

ejemplo de cómo la industria turística produce, como señala John Urry, mercancías de signo y espacio (Urry, 1990, 2000, 2004 en López Santillán y Marín, 2010: 8).⁴⁴

Por otra parte, en tierra firme, al norte de la isla, se proyectó para la ciudad de servicios un trazo urbano entonces novedoso conocido como “plato roto”. Con base en la propuesta de edificación de Brasilia, que se construyó a finales de los años cincuenta y se convirtió en la capital de Brasil en 1960, se planearon una serie de bloques habitacionales y comerciales independientes, cada uno con sus propios servicios: comercios, escuelas, áreas verdes, etcétera. Estos bloques, que en Brasilia fueron llamados *superquadras*, se rebautizaron en Cancún como “supermanzanas”, ya que no estaban trazadas según la tradicional cuadrícula regular, sino que cada avenida perimetral terminaba en un retorno cuyo objetivo era evitar que los vehículos circularan a altas velocidades. En el plan urbano también se consideraban amplios senderos peatonales y zonas verdes en las que se prohibía cualquier tipo de construcción (Martí, 1985: 28). El diseño urbano estaba así pensado para, por un lado, evitar el crecimiento acelerado y anárquico de la ciudad y, por el otro, para preservar áreas selváticas en medio de la urbe.

No obstante, la llamada ciudad de servicios estaba básicamente pensada para ser habitada por los futuros prestadores de servicios y funcionarios de Cancún, no por los constructores y sus familias, quienes con cada vez más frecuencia llegaban a instalarse junto con los trabajadores. Así, en 1973 vivían en Cancún seis mil personas en los campamentos instalados por INFRATUR, que muy poco tenían que ver con la planeación urbanística perfecta pensada para la zona habitacional de clase media, destinada a las viviendas de los prestadores de servicios.

La atracción de migrantes en busca de empleo era tan grande que se asentaron campamentos más allá de los límites de los terrenos de INFRATUR. Para entonces también se había formado, de manera espontánea, un mercado —el único lugar donde los habitantes de los campamentos podían abastecerse— en el cruce de la carretera a Mérida, en los linderos de la ciudad. Popularmente conocido como El Crucero, en este espacio se amontonaban los puestos de diversas mercancías, además de los expendios clandestinos de venta de alcohol y de prostitución encubierta. Como se verá más adelante, en el transitar cotidiano de los actuales habitantes de Cancún, El Crucero es un espacio en el que pervive y se reproduce la marca de la informalidad, la clandestinidad e, incluso, la violencia.

⁴⁴ Quizá el mejor ejemplo de hiperrealidad en la Riviera Maya, aunque no sea propiamente el espacio de una ciudad, es el de Xcaret, un “parque temático eco-arqueológico”, que se ubica a 75 kilómetros al sur de Cancún. En su página promocional en internet, este parque se anuncia así: “Xcaret se caracteriza por mostrar los aspectos naturales y culturales más representativos de México. Además de que se pueden realizar diversas actividades acuáticas en sus cenotes, ríos subterráneos, laguna y playa, pueden apreciarse tradiciones del pueblo maya y estampas del folclor mexicano”.

En el año 1973 se inauguró el aeropuerto internacional y empezaron a operar algunas compañías aéreas estadounidenses y las dos nacionales que en ese momento existían. Pero fue en septiembre de 1974 cuando se inauguró el primer hotel de Cancún: el Playa Blanca. En su primer año de operación, la oferta hotelera de este centro turístico fue de 332 habitaciones repartidas en tres hoteles: Caribe Cancún, Villas Tacul y el ya mencionado Playa Blanca. Ese mismo año, el recién creado fideicomiso, Fondo Nacional de Fomento al Turismo (FONATUR), que substituyó a INFRATUR, autorizó créditos por 260 700 000 dólares para financiar en el país la construcción de 8274 cuartos nuevos y 1605 remodelados. En Cancún, además de con los créditos otorgados, el FONATUR participó como inversionista en la construcción de varios hoteles, como el Villas del Presidente, los condominios Kin-Ha y el Hotel Aristos. “Los turistas comenzaban a llegar, en su mayoría excursionistas y mochileros, aunque también llegaban familias. El nombre de Cancún comenzaba a sonar en el ámbito turístico” (Martí, 1985: 49-50).

En el año 1974 también Quintana Roo se convirtió en un estado libre y soberano, dejando de ser un territorio que dependía de la federación. El estado fue dividido políticamente en siete municipios: Lázaro Cárdenas, Isla Mujeres, Benito Juárez, Cozumel, Felipe Carrillo Puerto, José María Morelos y Othón P. Blanco. Como señala Gustavo Marín, Cancún hizo necesaria la conformación de un municipio autónomo del de Isla Mujeres, Benito Juárez, que se convirtió en cabecera municipal, “como una manera de crear una institución rectora para encaminar el desarrollo del turismo”, pero cuya conformación también obedecía en parte —y como más tarde ocurrió con la creación de los municipios de Solidaridad (1993) y Tulum (2008), Bacalar (2011) y Puerto Morelos (2015) con el desarrollo de la Riviera Maya— a que el dominio territorial favoreciera los intereses de los políticos locales y la industria turística en expansión (Marín, 2010: 25).

Así, el 10 de abril de 1975 en el área central de la Supermanzana 22 —una suerte de plaza cívica central que más tarde se convertiría en el Parque de las Palapas, del que adelante se hablará—, Alfonso Alarcón Morali se convirtió en el primer presidente municipal constitucional de Benito Juárez (Macías y Pérez, 2009: 39).

La oferta hotelera de Cancún en su segundo año de vida turística fue de 1322 cuartos repartidos en quince hoteles; casi cien mil turistas fueron recibidos y llegaron 1013 vuelos. Para entonces Cancún ya tenía 8500 habitantes y se creó, en 1975, el Fideicomiso Puerto Juárez, cuyos fondos se destinaron al desarrollo de la zona urbana.

Este fideicomiso contó en un principio con 104 ha [...] destinadas básicamente a la trasmisión de lotes, construcción de viviendas de interés social, lotificación y urbanización. No obstante el proceso de crecimiento poblacional se mantenía en ascenso lo que propició que mucha de la nueva población de Cancún no fuera sujeta a aprobación de créditos para construcción o adquisición de viviendas. Esto derivó en un proceso de asentamientos irregulares y de invasiones (Romero Mayo en Macías y Pérez, 2009: 26).

Las primeras colonias que transitaron de campamentos a asentamientos regulares —como la Lombardo Toledano y la Donceles, ambas en el área de Puerto Juárez, así como las cuadras aledañas a El Crucero— eran insuficientes para recibir a los cada vez más numerosos trabajadores que llegaban a vivir a Cancún, quienes se “hacían de terrenos” en la zona norte de la ciudad, donde actualmente se ubican las llamadas regiones o colonias populares.

Durante el gobierno del presidente José López Portillo (1976-1982) Cancún recibió un impulso especialmente importante: se contrató un crédito de veinte millones de dólares en el Banco Interamericano de Desarrollo para desarrollar una segunda etapa de obras de infraestructura que incluía expansión de saneamiento, transporte, servicios eléctricos, atracciones turísticas, culturales y mejoras en los servicios comunitarios; arrancó la segunda etapa de la construcción del tramo aeropuerto-Cancún del bulevar Kukulcán, y tuvo lugar la Junta de Gobernadores del Banco Interamericano de Desarrollo.

En 1981, con el copatrocinio del Gobierno de Austria y en las instalaciones del hotel Sheraton, se celebró la Reunión Norte-Sur, cuyo objetivo era “la unión de fuerzas entre los países participantes para la creación de un Nuevo Orden Económico Internacional”, a la que asistieron Ronald Reagan, Margaret Thatcher y François Mitterrand. Al respecto, Martí escribe: “Su impacto en la ciudad fue mayúsculo, pues las medidas de seguridad de los diversos países modificaron los hábitos de desplazamiento de los habitantes por la ciudad, quienes quedaban admirados por la presencia de visitantes distinguidos” (1985: 62).

Sin embargo, aun entonces los habitantes de la ciudad tenían problemas cotidianos y básicos que resolver, lo que les hacía ignorar tan fastuosos eventos. El más evidente era el de la vivienda. El señor Alfonso Dzib Canché y doña Felipa de Jesús Pech cuentan que tras casi catorce años viviendo en Cancún no contaban con los servicios básicos de agua, luz y drenaje. Ambos llegaron a la ciudad a principios de los setenta, muy jóvenes, con sus familias, atraídas por el fértil campo de trabajo que se abría. Alfonso, originario de Chemax, Yucatán, trabajaba en la construcción, mientras que Felipa, que había nacido en el pueblo de Kantunil, cercano a Mérida, era camarista en un gran hotel, lugar donde ellos se conocieron.

Antes de casarse, a Alfonso le habían ofrecido un terreno regularizado en la colonia Lombardo Toledano, en Puerto Juárez, por un contacto familiar que tenía en el gobierno, pero no la aceptó pues en esa zona, dice, “había problemas de inundación, por eso no lo quise, porque nosotros formamos Cancún y el terreno lo conocíamos todo, sabíamos que se inundaba y era un problema”. De ese modo, Alfonso y Felipa se hicieron con su solar, como la gran mayoría de los fundadores de Cancún. En palabras del propio Alfonso: “Conforme llegaba la gente, decía, yo hasta ahí llega mi terreno, y la persona que llegó, así, tomaba y cercaba y ahí hacía su palapita y ya era su terreno”. Ellos se asentaron en una zona céntrica a unos metros de la zona habitacional de supermanzanas y entre dos avenidas principales, la López Portillo y la Chichén-Itzá.

A pesar de la privilegiada ubicación de su terreno —o quizá por eso, como una táctica del gobierno para que desistieran de quedarse— no tuvieron ninguna clase de servicio público durante poco más de una década. La pareja, mayahablantes de origen y convertidos en bilingües a lo largo de su vida en Cancún, comenta:

Lo que pasa es que este terreno donde estamos, éstos fueron terrenos invadidos, entonces el gobierno no nos dio a nosotros y nos amenazaba de sacarnos, porque era la entrada de Cancún y pues no les gustaba ver casitas de palitos y todo eso, y quería poner a gente rica, porque nosotros somos trabajadores nada más, porque nosotros no teníamos los medios económicos para construir unas casas buenas, bonitas, nos querían llevar a no sé dónde. Pero entonces nos quedamos aquí a través de las amenazas, y unos salieron y otros llegaron acá, pero sí tardó que llegara todo, todos los servicios. Nos unimos los vecinos hasta que por fin nos dejaron acá, pero tardó.

Alfonso y Felipa cuentan que, finalmente, después de más de una década de lucha vecinal más o menos organizada, el entonces Instituto de Vivienda de Quintana Roo (INVIQROO) regularizó los terrenos de la zona y paulatinamente llegaron los servicios, primero el agua, luego la luz. Pero trascurrirían varios años más para que la zona se urbanizara totalmente y se cubrieran servicios como el drenaje y la recolección de basura.

De manera independiente al proceso urbanístico del área residencial, la zona hotelera seguía una ruta próspera. En 1984 Cancún cumplió diez años de estar abierto al turismo; contaba con 57 hoteles y más de seis mil cuartos para hospedar a los casi 714 000 turistas que visitaron la ciudad en su décimo aniversario. Ese año, el aeropuerto recibió 10 059 vuelos. Para entonces, el 67.6% de los turistas provenía del extranjero, especialmente de Estados Unidos, y Cancún se consolidaba como un destino internacional prestigiado, de modo que dos años más tarde, en 1986, fue sede del concurso Miss Universo. Sin embargo, en septiembre de 1988, poco después de que el FONATUR donó a Quintana Roo el Centro de Convenciones Cancún, la ciudad fue víctima del huracán Gilberto y sufrió severos daños. Al respecto, Martí escribe:

Vientos de más de 320 km/h azotaron con furia la localidad, provocando marejadas que arrasaron casas, hundieron barcos, y estrellaron enormes buques cargueros, como el célebre Portachenera I, barco cubano que terminó incrustado en las ventanas de un conjunto residencial de la Zona Hotelera. Por una semana, las actividades turísticas se detuvieron al 100%, mientras empezaba el proceso de recuperación y limpieza de los hoteles y la ciudad, así como el restablecimiento de la energía eléctrica y el servicio de agua potable (Martí, 1985: 76).

Con la implementación por el FONATUR del Programa Especial de Reconstrucción de las Instalaciones Hoteleras y Servicios Conexos Dañados se consiguió rehabilitar el centro turístico con gran rapidez. Apenas un año después, “las playas del Caribe Mexicano recibieron una vez más a las concursantes de Miss Universo”.

A lo largo de la década de los noventa el FONATUR vendió casi la totalidad de los hoteles que administraba, como el Zazil-Há, el Playa Linda y el Club Med Cancún, así como el campo de golf Pok Ta Pok; paralelamente desincorporó los centros comerciales Coral Negro y El Parián, al igual que la Terminal Marítima Playa Linda. Durante esos años también se realizaron estudios ecológicos e hidrológicos para el tratamiento de aguas negras, y se desarrollaron programas de rescate de flora y fauna y de concientización ecológica. Además, se continuó con la urbanización del centro de la ciudad y se construyeron avenidas, como la prolongación Yaxchilán y el bulevar Kukulkán en su tercera etapa. Para finales de esa década Cancún tenía ya 124 hoteles y su capacidad en cuartos llegaba a 20 381. Lo visitaban 2 640 000 personas. Los 33 658 vuelos, de los cuales 9716 eran chárteres, convirtieron a su aeropuerto en el segundo en importancia del país después del de la ciudad de México. El éxito de Cancún impulsó la elaboración del proyecto turístico Costa Maya en Quintana Roo, que empezó a operar a principios de 2001, orientado a la práctica de deportes acuáticos y turismo de aventura y de sol y playa en todo el litoral del estado.

Entre el 10 y el 14 de septiembre de 2003 se celebró la Quinta Conferencia Ministerial de la Organización Mundial de Comercio (OMC), cuyo objetivo fue hacer un balance de la Ronda de Doha para el Desarrollo. Esa reunión fue ampliamente publicitada en el mundo, pues miles de manifestantes, bautizados por los *mass media* como globalifóbicos, de distintas procedencias y adscripciones, se manifestaron en la entrada a la zona hotelera, conocida también como Kilómetro 0. La organización del evento les prohibió entrar en el Centro de Convenciones mediante policías y barricadas apostados a lo largo del bulevar Kukulkán. En medio de enfrentamientos entre manifestantes y policías, en lo alto de una de estas barricadas, un agricultor de Corea del Sur, Lee Kyung Hae, se clavó una navaja en el corazón. Falleció más tarde en el hospital, lo que dio lugar a una vigilia de silencio de los activistas coreanos y simpatizantes de todo el mundo.

Un par de años más tarde, en octubre de 2005, Cancún resintió el impacto del huracán Wilma, el más potente de la historia registrada en el mar Caribe, clasificado como de categoría 5 *Saffir Simpson*, durante más de sesenta horas. Como el ojo del meteoro se instaló en la ciudad, los daños fueron incontables: prácticamente se perdieron las playas ganadas al mar en la zona hotelera, se destruyó completamente el tendido eléctrico de la ciudad y, como consecuencia, se inhabilitó el servicio de agua potable. La ciudad se mantuvo en penumbra total durante dos noches, lo que ocasionó pánico entre la gente, pues se establecieron toques de queda al anochecer. Sobre este hecho Carlos Macías escribe:

Por algunas horas —o días— la específica adscripción individual al segmentado mercado de trabajo local (chofer, mesero, empleado de comercio, vendedor de paquetes turísticos, policía, camarera, empleado público, albañil) perdió vigencia para toparse sólo con personas iguales entre sí [...] Estos habitantes presenciaban en la calle, pasmados, la desaparición momentánea de todos los símbolos intermedios que suelen organizar la vida social: la comunicación pública, la policía, la voz radiofónica del gobernante en momentos de emergencia, la presencia de los vigilantes corporativos en los almacenes [...] pero —ante todo— la certeza de habitar una ciudad que les pertenecía, que era de ellos (Macías y Pérez, 2009: 304).

Entonces ocurrió algo inesperado: se desató el saqueo hormiga y a gran escala en las plazas y en comercios como Elektra, Coppel y Chedraui. Los saqueadores eran jóvenes y adultos, de ambos sexos y de todas las clases sociales.⁴⁵ Aunque al principio corrió la voz sobre la presencia de bandas de la mara Salvatrucha, con el paso de las horas los habitantes de Cancún se percataron, atónitos, de que los saqueadores eran sus propios vecinos, de manera que el impulso rapaz no se explicaba por los ingresos o la escolaridad de las personas, sino que “operó más bien con la historia personal de cada cual. Esto es, influyó de modo determinante el nivel de identificación con la ciudad, la manera en que cada familia y cada persona había batallado en la difícil tarea de hacerse “parte de la ciudad” o, mejor, de hacer “suya” a la ciudad” (Macías y Pérez, 2009: 305).

A pesar del duro impacto del meteoro, y también del fenómeno social del saqueo, un importante sector de la comunidad cancenense, consciente de que la recuperación material de la ciudad era clave para que no se suscitara una crisis prolongada de ingresos, tuvo la iniciativa de empezar a limpiar y reconstruir la ciudad aun antes de la respuesta gubernamental. Los cancenenses y el ejército limpiaron la ciudad apenas se dejaron de sentir los vientos. La Comisión Federal de Electricidad restauró el servicio en Cancún en cuestión de dos semanas, utilizando la mayor parte de su personal a nivel nacional para tal efecto. Menos de un año después las playas erosionadas habían sido recuperadas en su totalidad. El Gobierno mexicano invirtió 235 millones de pesos en los trabajos de dragado de arena.

Wilma, un fenómeno catalogado como desastre natural, develó el panorama social, también desastroso, de una ciudad que, proyectada como un polo de desarrollo regional, desde su fundación ha reproducido —como lo señaló de manera temprana pero contundente Ana García de Fuentes— “aceleradamente las desigualdades, las distorsiones, el desequilibrio tanto sectorial como regional característico del país [...] una

⁴⁵ Numerosos testimonios recogidos a lo largo del trabajo de campo narran cómo señoras y señores, que manejaban camionetas o costosos carros de exclusivas marcas, días después del meteoro devolvían a las tiendas, no sin cierta pena, enseres domésticos, ropa deportiva y toda clase de artículos.

agudización de problemas tanto en el medio urbano como rural de la región, problemas tales como: explosión urbana, villas miseria, terciarización, baja productividad agrícola, irracionalidad y desperdicio en la explotación de los recursos, subempleo y desempleo crecientes, etcétera” (García de Fuentes, 1979: 103).

De hecho, otra de las explicaciones hipotéticas que se han dado para explicar el saqueo después de Wilma ha sido la frustración y el desencanto laboral, “es decir, en el choque entre la alta expectativa con la que acostumbran llegar los inmigrantes a trabajar a Cancún, y la cada vez menos capacidad de la ciudad (de su economía y su administración pública) para mantener el ritmo de absorción de fuerza de trabajo y el favorable nivel de movilidad que se experimentó en los dorados del balneario” (Macías y Pérez, 2009: 306) o, como expresaría don Alfonso Dzib Canché, habitante de Cancún: “El turismo es el mismo, lo que se multiplicó fueron los servicios y los trabajadores; por decir, ahora hay más restaurantes y taxis, y más gente va llegando. Cancún se echó a perder. Cancún no deja de ser bonito, pero la gente nueva que llega ya no es lo mismo; además, las ganancias de siempre son las de los de arriba”.

Actualmente, con cuarenta años de vida, Cancún y toda la Riviera Maya siguen recibiendo el mayor número de turistas extranjeros en territorio mexicano. Desde la visión de los empresarios e inversionistas nacionales y extranjeros, esta ciudad turística continúa siendo una mina de oro. En este sentido, el más reciente proyecto, actualmente en desarrollo, ejemplo claro de una empresa de acumulación por desposesión, es Puerto Cancún, iniciado por el Grupo Promotora Cancún Sunset Clubs, cuya pretensión es reposicionar la ciudad como un centro de desarrollo náutico-golfístico de calidad a nivel mundial.

Observaciones antropológicas sobre Cancún

Desde una perspectiva que comparten sus más tempranos planificadores con los actuales inversionistas, incluso con los turistas, Cancún es exclusivamente la ciudad de la zona hotelera, constituida por diferentes espacios de consumo, diversión y entretenimiento, como hoteles, centros comerciales, discotecas, bares y lugares para practicar actividades deportivas. Sin embargo, los habitantes de esta ciudad hotelera no son sus ciudadanos; sólo no permanecen en ella algunas semanas, incluso días. Su estancia es efímera y responde a un interés común, pero también transitorio, de diversión y ocio. Siguiendo esta dirección, la ciudad de Cancún no es un nicho ecológico, una entidad política o un espacio cultural, “sino una invención de empresarios, políticos y planificadores, que se dieron a la tarea de diseñar y emprender un proyecto económico a fin de aprovechar los recursos de un territorio”. En este sentido, Cancún puede describirse como Gustavo Marín define la Riviera Maya: “un producto turístico, un espacio promovido comercialmente para atraer capitales y desarrollar negocios

basados en el aprovechamiento de recursos, ideas e imágenes acerca de la exuberancia del Caribe y la fascinación por la cultura maya” (2010: 32). Se ofrece la posibilidad de estar cerca de la naturaleza y la tradición, pero con toda la comodidad, sofisticación y lujo que proporciona un destino de cinco estrellas. En este paisaje, “las teorías del desarrollo turístico, las instituciones municipales, las dependencias federales son instrumentos cuya función es lograr el control y la reproducción de dicha industria” (Marín, 2010: 32).

Como se hace evidente en los eventos que dan cuenta del nacimiento y los avatares de Cancún, aunque desde el inicio el proyecto urbano de la ciudad contempló la construcción de dos espacios, el de la zona hotelera y el habitacional, este último siempre resultó secundario, pues mientras que el primer campamento de trabajadores que construyeron los hoteles de Cancún se instaló en 1970, el Fideicomiso Puerto Juárez, cuyo objetivo era ubicar a los habitantes de los improvisados campamentos en los terrenos disponibles para vivir, sólo se generó cinco años después, en 1975. Así, Cancún fue una ciudad esencialmente planificada y construida para los turistas, para “los de afuera”.

Dado que la economía de la ciudad depende del turismo, el gobierno municipal y las instituciones federales están orientados principalmente a atender y propiciar el buen funcionamiento de los asuntos con él relacionados, de tal manera que reproducen una dinámica regida por el desarrollismo. Así, se busca atraer inversiones que beneficien a capitalistas que no necesariamente viven en la región, o siquiera en el país. Las grandes inquietudes de administradores públicos y privados son la planificación urbana y la infraestructura dedicada a los turistas y al mantenimiento de la imagen del lugar, mientras que la tendencia es “despreocuparse o postergar la atención a los daños ecológicos y las demandas sociales de los habitantes de Cancún. Este es un signo que parece ser común en este tipo de ciudades turísticas” (Marín, 2010: 37).

A pesar de que en los primeros años de su construcción se realizaron estudios ecológicos —encargados a prestigiados especialistas e instituciones científicas nacionales e internacionales, rasgo de una ciudad posmoderna planificada en el contexto de flujos globales de conocimiento—, con el paso de los años la cuestión ambiental fue de interés sólo en la medida en que representaba un problema para el desarrollo de nuevos proyectos de inversión, como la construcción, actualmente en curso, de un complejo habitacional y comercial de lujo y altamente exclusivo, llamado Puerto Cancún, en una zona ecológica antes protegida, en la que el matorral servía como barrera natural que resguardaba la ciudad del impacto de los huracanes a su entrada.

Este ejemplo, por otra parte, hace evidente la pérdida paulatina de poder del Estado mexicano en la administración de un proyecto que inicialmente encabezó y para el cual solicitó millonarios créditos a instancias internacionales como el BID. Como se señaló anteriormente, a lo largo de la década de los noventa el FONATUR vendió la mayoría de

los hoteles y complejos comerciales que administraba, por lo que quedó al margen de las ganancias generadas por el turismo en la ciudad o las recibe sólo de manera indirecta. El Estado dejó de ser un inversionista cardinal para convertirse en una especie de gerente asalariado, función central del Estado en la dinámica de acumulación por desposesión expuesta por Harvey.

De esta manera, el carácter de la ciudad se ha inclinado más hacia el de una marca comercial, bajo el slogan de “El Caribe Mexicano”. Cancún es un ejemplo paradigmático de un modo de concebir unidades de planeación, administración y comercialización a través del cual se produce el espacio social, donde la ciudad, la propia gente y la cultura se constituyen como parte de un producto turístico y como referencia esencial de una marca comercial exclusiva que, en sus esferas más redituables, controlan ciertos grupos de poder.

En otra dirección, cabe señalar que Cancún no sólo es producto de la confluencia de intereses, capitales y saberes nacionales e internacionales, lo es también del flujo de personas: migrantes rurales y urbanos, indígenas y mestizos de todas partes del país en busca de empleo, turistas extranjeros que pasan temporadas o se instalan de manera permanente una vez jubilados, forajidos de la ley que buscan refugio o comenzar una nueva vida en este paraíso prometido, o consumidores del comercio sexual, legal e ilegal, que encuentran en esta ciudad un espacio de impunidad para satisfacer sus deseos. Así, en pocos años Cancún dejó de ser una isla prácticamente desierta para convertirse en una ciudad cosmopolita, constituida por múltiples grupos sociales integrados a una estructura de clases cada vez más compleja.

Como ya se apuntó, dicho proceso es resultado de la intensificación de flujos de turistas y las consecuentes corrientes migratorias de pequeños empresarios y trabajadores que llegaron en busca de oportunidades para hacer negocios o conseguir empleo. En particular, la afluencia de trabajadores es un fenómeno regional muy importante, pues infinidad de pobladores mayas de comunidades del interior de la península de Yucatán y de otros estados del país han migrado desde sus comunidades de origen hacia los principales centros turísticos de la zona. Adicionalmente, gente de otras partes del país, y en menor medida extranjeros, se acomodaron en el comercio, en pequeños negocios de servicios o en distintos sectores de la economía local, por ejemplo, como comerciantes de artesanías, guías de turistas, taxistas o empleados de hoteles y restaurantes.

Según el *Conteo de población y vivienda* del INEGI (2010), la población de Cancún rebasa el medio millón de habitantes —660 023—,⁴⁶ de los cuales el 85% no tiene más de 29 años;

⁴⁶ Entre las cifras poblacionales del Instituto de Planeación Municipal de Benito Juárez (IMPLAN) y las del INEGI hay una diferencia de más de 200 000 habitantes. El titular del IMPLAN, Carlos Díaz Carvajal, indicó que en la proyección que elaboraron con datos del padrón catastral, de servicios de agua contratados para vivienda sin incluir tomas comerciales, además de los servicios de electricidad y el Factor de Ocupación de la Vivienda (FOV), determinaron que en 2010 el total de habitantes en el

es decir, además de ser una ciudad joven, es una ciudad de jóvenes. Por ejemplo, según datos de 2005, el rango de edad en el que se concentra el mayor número de trabajadores es de entre 20 y 24 años, con una cifra de 15 995 personas. Cabecera del municipio de Benito Juárez, que concentra el 51% de la población de Quintana Roo, la dinámica que imprimen la migración y la diversidad cultural a la ciudad genera procesos de socialización muy peculiares en los que la fragilidad, la transitoriedad y la inestabilidad de las relaciones, que algunos autores identifican como propias de las sociedades posmodernas, son sus características constitutivas.

Por otra parte, los contextos de origen de los migrantes son muy diversos y contrastantes; en este sentido, un aspecto interesante es la conjunción o, mejor dicho, la coexistencia y tensión constante, entre formas de vida urbanas y rurales. La perpetuación de ciertos estilos de vida rurales en el espacio urbano de Cancún genera tensiones muy peculiares que no se resuelven de manera cabal. Un ejemplo de ello es que las mujeres pueden acceder con mayor facilidad a empleos asalariados, de manera que, al convertirse en proveedoras, en muchos casos deciden separarse de sus parejas e incluso establecer nuevos vínculos afectivos y formar nuevas familias.

En este sentido, Cancún es una ciudad con aceleradas transformaciones en las que se imbrican elementos locales y globales. Como se presenta en la historia de la ciudad, el espacio de la zona hotelera es centro de eventos internacionales de todo tipo: desde el concurso Miss Universo, hasta encuentros político-económicos, como la Reunión Norte-Sur en los años ochenta o la Quinta Conferencia Ministerial de la Organización Mundial de Comercio en 2003. Este último acontecimiento, en el que hubo una significativa movilización de protesta, mayoritariamente de ciudadanos organizados de otras partes del país y del mundo, también da cuenta de que en ciertos momentos Cancún ha sido un espacio excepcional de disputa global entre posturas económicas y proyectos sociales antagónicos, sin por ello dejar de ser un lugar donde esas disputas se llevan a cabo de manera cotidiana.

Sin embargo, uno de los conflictos más significativos en este espacio urbano se basa en cómo sus habitantes pueden constituir una identidad compartida en medio de la diversidad. Como se ha mencionado de forma reiterada, Cancún es una ciudad de migrantes en busca del “sueño caribeño”. Desde sus orígenes, la ciudad se pobló con hombres que abandonaban el terruño con la promesa de regresar con las arcas llenas de dinero a su lugar de origen y con sus familias. La mayoría de las veces esta promesa se invirtió, y fueron las familias quienes se desplazaron para vivir en Cancún. A pesar de que muchas de estas familias hace ya veinte o treinta años que residen en la ciudad, y de que sus hijos e hijas han formado nuevas familias ahí, aún anhelan regresar a su lugar de

municipio era de 860 726, pero en el caso del *Censo de población y vivienda 2010* del INEGI se registraron 660 023 habitantes.

origen; lo planean y lo cancelan cada año, y por tanto dicen que no se sienten cancenenses, sino yucatecos, veracruzanos, tabasqueños, chiapanecos, etcétera. Así, en el imaginario de muchos pobladores de Cancún siempre está presente el retorno, que nunca se da.⁴⁷

A este problema se suma el de ser un espacio urbano que apenas empieza a construir lugares con significados comunes para quienes viven en Cancún, como el Parque de las Palapas, donde desde hace no más de cinco años se organizan eventos cívicos y de entretenimiento para las familias. La inexistencia de estos espacios construidos “desde abajo” y desde lo local, se agrava en una ciudad en la que los lugares instaurados por las cadenas comerciales transnacionales, como cafés, restaurantes, parques o cines, buscan imponerse como el lugar paradigmático de socialización y encuentro. En este sentido, Cancún puede describirse como lo hace Bauman en la siguiente cita: “[...] las ciudades contemporáneas son el escenario o el campo de batalla donde los poderes globales y los sentidos e identidades, obstinadamente locales, se encuentran, chocan, luchan y buscan un acuerdo satisfactorio, o al menos soportable” (Bauman, 2009a: 117).

En este marco, dos de los rasgos que se han promovido y fomentado como parte de la identidad local de los cancenenses —que, no obstante, coinciden con la ideología del capitalismo flexible— son su cualidad de pioneros y el coraje que poseen para enfrentar y sobreponerse a la adversidad. El primero de estos rasgos está vinculado a la migración, mientras que el segundo se gestó como resultado de la actitud emprendedora de los habitantes de Cancún frente a los daños provocados por los dos intensos huracanes que ha enfrentado en su corta vida. Así, tanto los empresarios, como los comerciantes, profesionistas o trabajadores de la industria turística, y aun los migrantes indígenas más humildes, se empiezan a reconocer como parte de una sociedad de emprendedores y “gente de trabajo” capaz de sobreponerse a cualquier adversidad.

Sin embargo, y pese a esta identidad que empieza a ser compartida, los distintos sectores de la población de Cancún no habitan el mismo espacio social y urbano, sus tránsitos y lugares de vivienda, recreación y consumo son muy distintos y se corresponden con una estructura urbana fuertemente diferenciada, resguardada por barreras simbólicas y físicas, y acentuada por el espacio del turismo y el habitacional. A pesar de esto, la estructura social y espacial de Cancún no se identifica necesariamente con el modelo propuesto para las ciudades globales por Saskia Sassen.

Según esta autora, dichas ciudades se han conformado como importantes productoras especializadas de servicios para la exportación. Por ejemplo, Nueva York y Londres son

⁴⁷ Este retorno se dificulta por diversas razones: los individuos sopesan las posibilidades de progreso y estabilidad económica en sus lugares de origen con aquellas que tienen en Cancún; las propias familias se convierten en una suerte de anclas para nuevos migrantes de la familia o de la región de origen; los patrones de consumo en la sociedad cancenense son muy elevados, como afirman los propios cancenenses —“aquí se gasta como se gana”—, de manera que es complicado generar ahorros para hacerse con un patrimonio en el lugar de origen, etcétera.

productoras y exportadoras de punta de servicios financieros, de contabilidad, publicidad, consultorías en gestión, servicios legales internacionales y otros servicios de negocios. Sassen señala que la organización económica de estas ciudades ha tenido repercusiones en sus reconfiguraciones espaciales y en su estructura social, en las que se manifiesta con fuerza un proceso de polarización debido a la concentración desproporcionada de puestos de trabajo de baja remuneración y a una masa de residentes de bajos ingresos, que representan la mano de obra que sustenta al otro extremo de la población: los trabajadores de elevados ingresos en la industria de servicios (Sassen, 2001: 285-287).

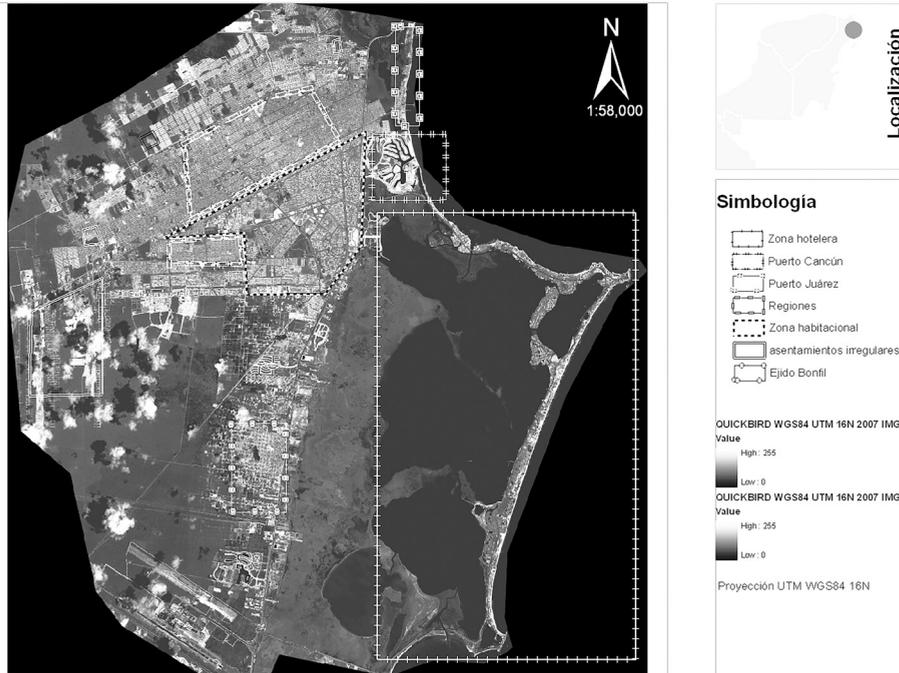
Si bien Cancún es una ciudad de servicios, su especialización en un servicio no exportable, como el turismo, así como su ubicación regional y la historia de su planeación, construcción y desarrollo, han generado una estructura social que se aprecia más compleja que el modelo polarizado de las sociedades globales estudiadas por Sassen. En Cancún la oferta laboral presenta un espectro amplio de empleos calificados, semicalificados y no calificados a los que pueden acceder sus habitantes, de manera que en un hotel trabajan tanto profesionistas —administradores, contadores, ingenieros o licenciados en turismo y hotelería, por ejemplo—, como técnicos profesionistas que apoyan en estas áreas y personal semicalificado y no calificado en el ámbito de la seguridad y los puestos de limpieza, jardinería, etcétera. Al mismo tiempo, la industria de la construcción demanda trabajadores de manera continua. Así, la tasa de ocupación en el año 2011 en Quintana Roo fue de 95.3, superior a la nacional, que fue de 94.4 (INEGI, 2011: 35). Lo anterior favorece una estructura social y espacial mucho más heterogénea en la que existen sectores con ingresos elevados y bajos, pero también medios, así como migrantes temporales que sólo participan en la economía y en la vida de la ciudad por períodos cortos.

A continuación se describen brevemente las distintas “ciudades” que conforman Cancún con objeto de tener una visión más amplia e integral de la ciudad:

1.- *Lazona hotelera o “ciudad resort”*: es la franja de litoral de veintitrés kilómetros, en medio del mar Caribe y la laguna Nichupté, en la que se realizan las actividades turísticas. En ella se ubican, además de los hoteles y condominios de tiempos compartidos, restaurantes, playas, campos de golf, marinas, discotecas, plazas comerciales y unas pocas casas habitación de empresarios y familias con elevadísimo poder adquisitivo. La zona hotelera constituye el Cancún turístico, aquella ciudad de descanso a la que arriban los turistas en busca del “paraíso”, en la que hay por igual letreros en español y en inglés, se aceptan dólares y pesos mexicanos para realizar compras, y se cuenta con transporte público eficiente y limpio. Este Cancún, además de por los turistas, sólo es frecuentado por los trabajadores de la industria turística, ya que las playas prácticamente son monopolio de los hoteles. Si no trabajan en la zona hotelera, los habitantes de las regiones y de la zona residencial no acuden con frecuencia a ésta; incluso hay personas que admiten no haberse parado por allí en años. Como ya se escribió antes, a la zona hotelera se puede llegar de

manera directa desde el aeropuerto internacional sin necesidad de cruzar por la ciudad residencial y mucho menos por las regiones, lo cual acentúa su carácter de distinción y exclusividad respecto al espacio de la ciudad habitacional.

Mapa 1. Las ciudades dentro de Cancún



Fuente: elaboró Lic. Jonathan Salazar Santos, 30 de octubre de 2012.

2. *La zona habitacional*: su primer cuadro, conocido como el centro de Cancún, fue planificado por el FONATUR. Se encuentra organizada en supermanzanas, un concepto urbano de los años setenta que tenía como base de organización espacial círculos de cuadras autosuficientes en servicios. Aquí se localizan la mayor parte de las instituciones políticas, educativas, culturales y de servicios. El primer cuadro de la zona residencial actualmente cuenta con todos los servicios urbanos y suele estar frecuentado por turistas que acuden al Wall-Mart a abastecerse o que buscan comprar artesanías mexicanas a buen precio en el Mercado 28. La zona residencial ha crecido exponencialmente en los últimos quince años hasta alcanzar un área antes deshabitada que corre paralela a la carretera libre a Mérida, Yucatán.

Foto 1. Zona habitacional céntrica, área de supermanzanas



Fuente: foto de Perla Fragoso.

3. *Las regiones*: la zona residencial de Cancún está atravesada de poniente a oriente por un eje vial: la avenida José López Portillo, que a su vez divide la ciudad de las supermanzanas, de la ciudad de las llamadas “regiones”, colonias populares que fueron los primeros asentamientos irregulares de Cancún y que luego se regularizaron y consiguieron servicios urbanos. Las regiones no tienen la misma estructura arquitectónica que las supermanzanas, sino que siguen patrones de asentamiento más ortogonales, están habitadas por sectores con menos recursos económicos que aquellos que habitan en las supermanzanas, y algunas de ellas tienen fama de ser conflictivas e incluso peligrosas. El contraste entre la ciudad *resort* y la ciudad de las regiones es inmenso; los habitantes de esta última no se perciben como integrantes del paradisíaco Cancún y no frecuentan cotidianamente la zona hotelera a menos que trabajen en ella.

Foto 2. Avenida López Portillo, Región 66



Fuente: foto de Perla Fragoso.

4. *Puerto Juárez*: aunque fue la primera “ciudad irregular” de Cancún, actualmente es una zona con poca densidad poblacional, puerta de comunicación entre la ciudad e Isla Mujeres, pues ahí se encuentran la mayoría de los muelles de embarque y desembarque de pasajeros y mercancías entre la isla y la ciudad.

5. *Puerto Cancún*: en la página web se define de la siguiente forma: “Expresión personal de estilo y clase en el Caribe mexicano. Un ambiente de lujo y comodidades en perfecta armonía con la belleza de Cancún”. Construido en los últimos seis años sobre 327 hectáreas, Puerto Cancún, cuyo concepto es el de “una comunidad turística y residencial integralmente planeada”, está construido en el último trecho de playa sin desarrollar en la zona hotelera, ubicado a tan sólo veinte minutos del aeropuerto internacional. Su estratégica ubicación en la zona hotelera, pero adyacente al centro de la ciudad, ofrece un fácil acceso a todas las necesidades cotidianas, como compras, entretenimiento, escuelas, etcétera. El desarrollo incluye áreas asignadas para la marina de megayates, un campo de golf, *resorts* cinco estrellas, condominios, un *resort village*, áreas comerciales, un parque de negocios, lotes unifamiliares y lotes residenciales.

Foto 3. Región 94



Fuente: foto de Perla Fragoso.

Su edificación se realizó en medio de protestas de grupos ecologistas que denunciaron el impacto ecológico negativo que representaría para la ciudad, para la gente que vive en los alrededores y para la flora y fauna de los manglares sobre los que se construyó. Por otra parte, el 28 de diciembre de 2006 fue detenido por el FBI y recluido en una cárcel de Chicago Michael Eugene Kelly, principal accionista del magno complejo, acusado de evasión de impuestos. A pesar de lo anterior, los gobiernos municipal y estatal otorgaron los permisos requeridos para llevar a cabo el multimillonario proyecto, en el cual también participan los grupos mexicanos GICSA y Hansa Urbana, entre otros.

6. *Ejido Bonfil*: se ubica en el área metropolitana de Cancún, sobre el kilómetro 8 de la carretera federal que va hacia la Riviera Maya. Esta población está conformada por colonos originarios del norte del país a quienes se les regalaron tierras ejidales con un doble propósito: el primero, contribuir al aumento demográfico de Quintana Roo para alcanzar la categoría de estado libre y soberano en 1974; el segundo, contar con un área de cultivo agrícola que sirviera como principal abastecedor de alimentos a Cancún. Este último objetivo nunca se cumplió, pues los ejidatarios se dedicaron poco a la agricultura y más al comercio. Sobre esto escribe Ligia Sierra: “Estas condiciones de pluralidad étnica, colonización y fomento de proyectos económicos enmarcaron el origen de un polo de desarrollo turístico, de origen más externo que interno, que buscaba básicamente la diversificación económica y respuestas a nivel nacional, regional y local [...] y las

consecuencias se verán en muchos de los temas sociales que todavía están pendientes” (Sierra, 2007: 57).

Foto 4. Puerto Cancún



Fuente: Internet.

El estereotipo de un habitante de Bonfil en Cancún es el de un norteño con pantalones de mezclilla, botas vaqueras y una camioneta de carga. Entre la población cancenense se asegura que una cantidad importante de bonfileños se dedica al narcotráfico y es de carácter duro y agresivo. Entre los jóvenes de Cancún la imagen del “bonfileño” representa prestigio, frente al estereotipo del “mayita”, como se conoce a los yucatecos, pobre y discriminado. Los jóvenes aspiran a parecerse más al bonfileño adinerado y prepotente.

7. *Asentamientos irregulares*: se ubican en la carretera libre a Mérida, en el área metropolitana de Cancún. Actualmente se reconocen quince asentamientos que carecen de toda clase de servicios y en los que la marginación y la pobreza resultan evidentes. Así pues, es notorio que Cancún es algo más que una ciudad-simulacro en la que, a lo largo de la costa y el mar, se suceden lujosos hoteles que emulan palacios mayas antiguos. También es una ciudad habitacional con dinámicas aceleradas a la que continúan arribando migrantes buscando un mejor presente.

Los distintos espacios de la ciudad fragmentada dan cuenta de que la geografía de esta “ciudad-simulada” propuesta por Soja no sólo se despliega en el espacio de la zona hotelera de manera física. En este sentido, la hiperrealidad es aún más fuerte dado que los llamados “locales”, los trabajadores que viven en Cancún, transitan de un espacio de confort y lujo, hiperreal dado que no habitan ahí ni les pertenece, a otros donde viven su cotidianidad y en los que la desigualdad se hace patente.

Foto 5. Región 76



Fuente: foto de Perla Fragosó.

Etnografía de los pasos perdidos de dos jóvenes que habitan en Cancún

La producción del espacio turístico —tal y como lo define Lefebvre (1999), como un proceso de formación y moldeo influido por elementos históricos y naturales, pero sobre todo por factores políticos— se caracteriza por un gran poder y participación del capital transnacional, que apoya sus estrategias de expansión y apropiación espacial a través de políticas e ideologías globales, como el desarrollo sustentable, el ecoturismo, la protección de áreas naturales, etcétera, y mediante la instrumentalización de estructuras, instituciones y políticas estatales.

Como se ha visto en la propuesta de las ciudades neoliberales de David Harvey, el desarrollo de ciudades turísticas como Cancún “[...] se asocia a una historia donde el ejercicio del poder vertical es recurrente y sistemático. El capital y el Estado, inversionistas y políticos a través de una compleja maquinaria legal e institucional,

se imponen sobre otros grupos de menor poder, sobre todo mediante procesos de apropiación territorial, acaparamiento de los negocios y el control de las instituciones públicas [acumulación por desposesión] orientadas a controlar recursos significativos en el ámbito del turismo” (Marín, 2010: 48), pero también en el de la producción social del espacio urbano.

No obstante, resulta importante señalar que, en este contexto de dominio de lo global sobre lo local, los propios habitantes de la ciudad producen y transitan espacios que ineludiblemente conforman y determinan el carácter de la misma. Finalmente, la experiencia humana se constituye y se recaba en torno a los lugares donde se trata de administrar la vida compartida, donde se conciben, absorben y negocian los sentidos de la vida. Por ello es que en las ciudades contemporáneas, incluso en las más “líquidas”, empleando un término de Bauman, aun los problemas engendrados y gestados globalmente encuentran soluciones locales, respuestas y acuerdos que se construyen en el tránsito cotidiano frente a las dinámicas gestadas por flujos externos.

En este último subapartado se presenta, siguiendo la propuesta de Michel de Certeau en su libro *La invención de lo cotidiano* —en el cual equipara el caminar con el acto de hablar, de expresar—, un ejercicio etnográfico que se centra en las enunciaciones peatonales de dos jóvenes que viven en Cancún. La premisa de estos andares se retoma de lo que escribe el propio De Certeau:

Es “abajo” [...] donde viven los practicantes de la ciudad. Como forma elemental de esta experiencia, son caminantes, *Wandersmänner*,⁴⁸ cuyo cuerpo obedece a los trazos gruesos y a los más finos [de la caligrafía] de un “texto” urbano que escriben sin poder leerlo (De Certeau, 1996: 105).

Enunciaciones peatonales de Brisa

Brisa tiene 15 años y pertenece a las primeras generaciones de nacidos en Cancún. Además de Chetumal y Mérida, en la que sólo ha estado un par de veces, no conoce otra ciudad. Desde su experiencia, no hay mejor lugar para vivir que Cancún, pues las capitales de Quintana Roo y Yucatán “son muy aburridas, hay muy poco para hacer”. Antes vivió en las regiones 226 y 211 y ahora vive en la región 100, en la parte norte de la ciudad, con su mamá, su padrastro y su hermana de 17 años. Casi no le gusta estar en su casa pues dice que su padrastro, apenas unos siete años mayor que ella, le molesta mucho. Pero no va a la escuela; la expulsaron de la secundaria por pelearse con una compañera, así que tiene mucho tiempo libre. Generalmente sale a la calle con su hermana y alguna amiga para “platicar, echar el chisme o ir al parque a ver a quién nos topamos”.

⁴⁸ Migrantes.

Nos encontramos en la entrada de su casa: la puerta parece provisional pues está mal colocada, es de metal un poco oxidado; desde los resquicios que hay entre ésta y la pared se alcanza a ver un patio de tierra y, al fondo, los cuartos de la casa. La construcción es mediana, toda de cemento, sin pintura. La calle, como todas las de esta región, está pavimentada. La piel de Brisa es morena clara y su cuerpo robusto. El gesto de su cara es gentil y, aunque su carácter se puede definir como fuerte, también demuestra nobleza. Está vestida con un pequeño short rosado y una escotada playera amarilla de algodón, con algunos brillos en forma de flor. Son las once de la mañana y ya hace mucho calor. Le pregunto si nos vamos a caminar con rumbo a la transitada avenida central, la López Portillo, para tomar el autobús que nos llevará a El Crucero.

Foto 6. El Crucero



Fuente: foto de Perla Fragoso.

En auto particular, de la región 100 a El Crucero el recorrido es de unos diez minutos, pero nosotras vamos en autobús público y haremos como treinta minutos. Recorremos en sentido opuesto la avenida que entronca con la carretera a Mérida. El paisaje es abigarrado y gris: a las orillas de la López Portillo hay muchos comercios de toda clase y los que transitan son los “locales”, los habitantes de Cancún. Estamos muy lejos de la zona turística. Las condiciones del transporte no son malas, aunque sí existen diferencias entre la calidad del servicio en los autobuses que no entran a la zona hotelera y aquellos que sí, pues estos últimos son unidades mejor conservadas, con aire acondicionado y mucho más limpias.

Foto 7. Plaza 2000 o Cancún 2000 y detalle de El Crucero



Fuente: foto de Perla Fragoso.

Brisa me ha invitado a que la acompañe a comprarse ropa. No sale mucho de su región, pero ahora que le pedí que me enseñara su ciudad, quiere aprovechar para hacer algunas compras. Me dice que primero iremos a Cancún 2000, una plaza comercial que está justo en El Crucero. Ahí, me explica, “hay muchas tienditas diferentes de ropa, también está Melody, que es la marca que más me gusta usar. Si no encontramos nada, pues nos damos una vuelta por El Parián, luego ahí también se encuentran cosas chingonas”. Ubicado a un costado de El Crucero, El Parián es un mercado, el más antiguo y popular de Cancún, donde se vende ropa, zapatos, enseres domésticos, juguetes, hamacas, bolsas, cosméticos y comida. En esta zona también se encuentra el escaso comercio informal que existe en Cancún.

Al descender del autobús, Brisa me da la mano y me advierte: “No nos vayamos a perder entre la gente, porque ya ve que por aquí hay muchos hombres, de esos chemos y chapitas⁴⁹ que nada más quieren molestar. Una vez perdí a mi hermana y, cuando la

⁴⁹ “Chemo” y “chapita” son dos nombres populares que adjetivan tanto un estereotipo como un

estaba buscando, vi que un hombre me estaba siguiendo y me estaba viendo feo, como si quisiera hacerme algo. Me asusté mucho, y como por aquí, atrás de El Parián, hay un montón de chavas que se venden, pues como que hay muchos hombres con ganas”.

Foto 8. Detalle de El Crucero



Fuente: foto de Perla Fragoso.

Efectivamente, al dar un vistazo a El Crucero observo que es un espacio en el que la presencia masculina es notable. En la plaza pública, justo en la intersección de la López

estigma: el primero sería un sinónimo de “cholo”, un hombre, generalmente joven, que viste con ropa holgada y gorra, que pasa su tiempo en la calle, no trabaja o estudia, toma mucho alcohol, se droga y muchas veces es violento. “Chapita” describe al migrante trabajador de la construcción, pobre e ignorante. Aunque este último nombre se empezó a usar en referencia a los migrantes chiapanecos, con el tiempo se extendió a todos los migrantes con las características arriba citadas. Sin embargo, a los migrantes yucatecos con características similares se les dice, también despectivamente, “mayitas”. Estas categorías se tratarán con más detalle en el capítulo 3.

Portillo y la Avenida Tulum, que lleva y atraviesa el centro de la ciudad, a un costado de Cancún 2000 hay una larga fila de hombres y algunas mujeres esperando que pase un autobús. En las bancas pintadas de verde, que están alrededor de un kiosco y a la orilla de varias jardineras, se ven sentados grupos de hombres, jóvenes y maduros, vestidos de manera sencilla y con mochilas en la espalda, algunos con maletas de herramientas en mano, conversando y tomando refrescos. Los solitarios están leyendo el periódico e, incluso, hay uno que otro dormitando en el kiosco. Por la hora, me explica Brisa, “son los que no consiguieron trabajo hoy”, ya que éste es el lugar donde tradicionalmente los migrantes esperan ser contratados por las empresas de construcción.

Foto 9. Detalle de El Crucero



Fuente: foto de Perla Fragoso.

Brisa y yo caminamos de la mano rápidamente hasta entrar a la plaza comercial Cancún 2000, un edificio de dos pisos, desangelado, con pocos locales abiertos y semivacío. Lo recorremos con cierta calma. Brisa observa los escaparates pero no encuentra nada que la convenza, así que decide que iremos a El Parián. Al salir del centro comercial me toma nuevamente de la mano y atravesamos la placita de El Crucero. Las miradas de los hombres reunidos en ese espacio se fijan en el cuerpo de Brisa, sobre todo en sus piernas descubiertas, pero no gritan nada, sólo observan lascivamente.

Es cerca de la una de la tarde y el calor es intenso. En El Parián Brisa compra unas sandalias y un short de mezclilla y me invita a un agua de coco. Terminadas las compras, le pregunto a dónde quiere ir. Me contesta:

Foto 10. El Parían



Fuente: foto de Perla Fragoso.

—No sé, al centro, si quieres; yo no voy mucho, pero podemos darnos una vuelta en la Plaza las Américas, que es otro centro comercial, pero más elegante.

—¿Quieres ir a comprar algo más? —la interrogo.

— No, ahí sí es más caro, pero podemos comer algo y para que conozcas, lo que pasa es que Cancún es pura plazas [comerciales] y playa, bueno, y también discos, pero yo no puedo entrar porque no tengo la edad, aunque a veces voy a las tardeadas, pero no por aquí, sino por mi casa o en las otras regiones.

— Y a la playa, ¿nunca vas?

— A veces sí, casi no, pero prefiero ir a las piscinas⁵⁰ que están por la entrada a Cancún. También hay una que me gusta en la [región] 507 porque ahí van todos mis amigos y es más divertido. Pero, bueno, si quiere vamos a la zona hotelera, para que le enseñe y conozca. Como casi no me gusta meterme al mar, vamos al mirador.

⁵⁰ Pequeños balnearios.

Tomamos un autobús que nos lleva hasta el centro. Conforme avanzamos a través de la avenida Tulum el paisaje empieza a ser el de una ciudad más verde y arbolada, con una estética más cuidada. Es también una avenida comercial. Pasamos por la terminal de autobuses. Un semáforo después, del lado izquierdo de la acera, Brisa me señala el edificio del Ayuntamiento de Benito Juárez, alargado y con el escudo redondo y tricolor del municipio. Las personas que caminan en las banquetas presentan una imagen más heterogénea, incluso se distinguen turistas, nacionales y extranjeros, que miran los escaparates de algunas tiendas de ropa exclusiva y souvenirs. Brisa me dice: “Llegamos. Tenemos que bajarnos aquí en el centro para tomar otro autobús que nos lleve a la zona hotelera”. Descendemos frente a un Chedraui, en una glorieta que tiene al centro un pintoresco conjunto de esculturas con forma de caracoles, estrellas y conchas marinas. Es “El Ceviche”, me aclara Brisa. “Aquí venimos a celebrar cuando gana México en el fut, y también la gente se reúne para las protestas y todo eso”. “¿Te gusta?”, le pregunto. “Está bien”, me responde.

Foto 11. El Ceviche



Fuente: foto de Perla Fragoso.

Tiempo después me enteré de que “El Ceviche” —esta suerte de Ángel de la Independencia cancenense ubicado en el boulevard Kukulcan-Cobá— es obra de la escultora neoyorquina radicada en México Lorraine Pinto, quien la concibió como una alegoría del Caribe, llamándola precisamente “Fantasía Caribeña”. Fue inaugurada

en 1994. En general, ninguno de los monumentos de la ciudad es conocido entre los habitantes de Cancún con su nombre original. El Monumento a la Historia de México es llamado “La Licuadora”, el Monumento José Martí fue rebautizado como “El Plátano”, y el Monumento a la Madre como “El Bolillo”. Estos hechos, aparentemente triviales y anecdóticos, expresan de manera elocuente la distancia entre la identidad que los habitantes de esta urbe le crean a su ciudad y las pretensiones de las élites gubernamentales al colocar dichos monumentos.

Brisa y yo subimos al autobús que llega hasta la zona hotelera. Desde el principio de nuestra travesía el contraste con el paisaje de la avenida López Portillo es evidente; en medio de la amplia carretera que recorreremos, la avenida Kukulcán, se observa un extenso camellón verde exuberantemente arbolado. A la entrada de la zona hotelera hay una glorieta adornada con una hermosa fuente en la que destacan seis esculturas de la Serpiente Emplumada. En el kilómetro cero de la zona hotelera se observa otro amplio camellón verde y el inicio de una ciclopista, en la que también corren y patinan, cual playa californiana, turistas y locales. Al avanzar unos metros más se empiezan a ver algunos hoteles, todos alineados del lado izquierdo, donde está el mar, que no se alcanza a apreciar desde el autobús pues, como me explica Brisa, “lo tapan los hoteles”. Al llegar al kilómetro 4 cruzamos un puente elevado y descubrimos un impresionante y hermoso paisaje: del lado izquierdo se observa la laguna Nichupté con sus nutritivos manglares y, del derecho, el mar turquesa tan propio de Cancún. “Debajo del puente se unen el mar y la laguna, cuando era chiquita venía aquí con mis papás a pescar, salían un buen de pescaditos, ahora ya no queda nada más que basura”, me platica Brisa, con un tono entre nostálgico e irónico.

Conforme avanza el autobús, por la avenida embellecida con palmeras aparecen cada vez más hoteles de gran tamaño y lujo. Pero Brisa mantiene su mirada del lado contrario, en la laguna y las “marinas” que ahí se ubican y ofrecen sus servicios a los turistas para practicar diversos deportes acuáticos. De pronto me señala hacia la izquierda y entusiasmada comenta: “Mire, ahí está Playa Tortugas, es la que más me gustaba antes, pero como ya casi no salgo a rolar por aquí, pues quién sabe si esté tan bonita como antes”.

Unos metros adelante observo con asombro un inmenso y lujoso edificio. Brisa lo nota y me dice: “Es el Riu, yo nunca he entrado”. A lo largo del camino la joven se esmera por explicarme los nombres de los negocios de marcas extranjeras por los que pasamos aunque, confiesa, nunca ha entrado a alguno. Avanzamos y yo miro atenta los letreros y señalamientos escritos en español e inglés, así como a los peatones de esta ciudad-simulada, la gran mayoría extranjeros vestidos de turistas felices. Cuando pasamos por un centro comercial que desde el exterior se adivina lujoso, Brisa explica: “¡Ah!, es La Isla, está bonito, una vez fui al cine y así, a dar la vuelta como dos veces, con mis amigas, ya sabe, nomás a echar relajo y porque desde ahí se ve la laguna. Ya falta menos para

llegar a El Mirador, queda junto al Hilton. Ese hotel lo hicieron como pirámide, bueno, dizque, ¿no?, al menos por fuera así se ve, por dentro quién sabe”.

Foto 12. El Mirador



Fuente: foto de Perla Fragoso.

Efectivamente, Brisa y yo descendemos del autobús después del Hilton. Atravesamos la avenida y ante nuestros ojos aparece un mar de diversas tonalidades verdeazules, de oleaje suave pero intenso. Brisa me explica que ésta, Playa Delfines, es una de las playas públicas más visitadas por los locales. Aunque el oleaje es un poco intenso, la vista es maravillosa. La playa está bajo el nivel de la avenida, de modo que es necesario descender por unas escaleras de cemento para llegar a ella. En los escalones están instalados vendedores de comida: fruta fresca, donas y *kibes*. En la playa, por ser sábado, hay varias familias de locales y muy pocos turistas, pues seguramente ellos están en las playas privadas de sus hoteles. Pero Brisa no quiere que bajemos a caminar a la playa; prefiere quedarse recargada en el mirador de blancas barandas mirando hacia el mar. Me dice: “Muchos venimos nomás a ver y a caminar, aunque no nos metemos al mar, como que mirar así ya está... pues sí, me gusta”.

Foto 13. El Mirador



Fuente: foto de Perla Fragoso.

Después de un rato nos da hambre y compramos unos *kibes* con mucha cebolla morada. Ya pasan de las cinco de la tarde y es hora de regresar. Brisa no quiere llegar muy tarde a su casa y el camino de regreso es de casi una hora. Quedó de verse con una amiga para salir a “echar chisme” y “dar la vuelta por el parque de la región”. Le pregunto qué disfruta más, si estar en la zona hotelera o en la región con sus amigos y me dice que las dos cosas, pero que casi nunca va a la zona hotelera, en cambio sale más por los alrededores de su casa, “[...] a las tardeadas o a las *parties*, al parque y así, por allá también te puedes divertir, pero también te da miedo muy de noche porque hay muchas bandas que luego se pelean y una queda en medio, y así”.

El recorrido de regreso nos muestra otra parte de la zona hotelera. Cuando pasamos por el área de las discotecas, Brisa pega su rostro curioso al vidrio del autobús y observa con atención a los jóvenes que ya empiezan a llegar, con atuendos nocturnos glamurosos y atrevidos.

—Nunca he entrado al Coco-Bogo. Dicen que es recaro, pero cuando cumpla 18 voy a ahorrar para venir, ¿usted ya lo conoce? —me interroga Brisa refiriéndose a la famosa Show & Disco, que se anuncia como la “Meca de las discotecas en Cancún. Algo fuera de la realidad”.

—No, tampoco la conozco.
Su cara dibuja una expresión de incredulidad.

Al llegar al centro de Cancún, ya fuera de la zona hotelera, descendemos del autobús en la avenida Tulum. Brisa me dice que ella regresa sola a su casa: “Usted no conoce todavía bien la [región] 100 y ya no es tan temprano, mejor me voy solita. Además, ¿para qué se da tanta vuelta por las regiones si vive en el centro? Yo que usted ni me paraba por allá”.

Enunciaciones peatonales de Víctor

A Víctor, de 16 años, lo encuentro sentado, casi recostado, en una banca de la amplia explanada del Parque de las Palapas, localizado en la Supermanzana 22, a unos metros de la avenida Tulum. Observa a los niños que salen de la escuela, quizá la más antigua de Cancún, ubicada justo detrás del escenario donde todos los fines de semana se presentan espectáculos culturales y populares. El elevado techo del escenario, con forma triangular, hace que Víctor levante la mirada al ángulo más alto y, entonces, se percate de que he llegado. Al igual que a Brisa, le pedí que me mostrara sus lugares favoritos en Cancún y aquellos por los que transita cotidianamente. Él vive unos días con su madre en la comunidad de Leona Vicario —la principal población rural del municipio de Benito Juárez, localizada a unos 45 kilómetros al suroeste de Cancún, rumbo a Mérida—, y otros con su padre, que es trabajador de la construcción, “a veces taxista”, según afirma el propio Víctor, y “renta unos cuartitos en la [región] 96”.

Foto 14. Las Palapas



Fuente: foto de Perla Fragoso.

El joven va y viene de un hogar a otro pues, aunque dejó de estudiar temporalmente, está muy integrado en las actividades de la Iglesia cristiana a la que asiste en Cancún, de manera que prefiere quedarse unos días en la ciudad para participar en los servicios y labores de su grupo. Además, en ocasiones le ayuda a su papá en el trabajo; “como chalán de albañil algo le gana”, me dice Víctor. Él y su familia son originarios de Coatzacoalcos, Veracruz. Llegaron a Cancún hace unos siete años, buscando trabajo. Víctor recuerda que Cancún le pareció:

[...] un lugar bonito, o sea, la parte de los hoteles y del mar estaba mejor que en Coatza, aunque ya por donde vivíamos, en la 105, bien a las afueras de Cancún, pues no había nada, las calles eran así de tierra y cada quien, cada familia, tenía una palapita, así nada más, para vivir. Un amigo que hice cuando llegué aquí —él era más grande, tenía como 25 años— me dijo que había vivido un tiempo en Estados Unidos, en California, y que le habían contado que acá era igualito que allá, pero que se había decepcionado pues las ciudades de allá eran otra cosa y, bueno, la parte de la playa sí se parecía un poco, pero por la 105 nada que ver, pues, con lo que es allá, en Estados Unidos.

Foto 15. Las Palapas



Fuente: foto de Perla Fragoso.

Un par de años después de haber llegado, los padres de Víctor se separaron. Él me platica:

A mi papá, que antes no tenía ese vicio, le dio por tomar mucho y a veces se iba con mujeres y no daba para el gasto. Una vez, cuando le pegó a mi mamá, ella decidió irse de la casa, pues además ya tenía un querido que le puso su casa en Leona, y se juntó con él. Mi hermana más chica y yo nos fuimos al poco con ella. Entonces mi papá se fue a rentar sus cuartos a la 96, que queda más cerca del centro y de todo.

Cuando le pregunto a Víctor si es verdad que esa región es peligrosa, ya que entre los habitantes de Cancún tiene fama de serlo, me contesta: “Pues es que hay muchas banditas, bueno, en todas las regiones hay, ¿no?, pero en la 96 antes se peleaban seguido y también a veces asaltaban. Aunque ya cuando vives ahí, y si no te metes con nadie o te topas con algún contrario [de alguna banda enemiga], pues no hay bronca, digo, también hay que saber por dónde y a qué hora se camina, ¿no?”.

Le pregunto si lo puedo acompañar a la 96 para que me la enseñe. Al principio duda, luego me responde: “Podemos ir más en la tarde. Después de verla pensaba ir a jugar fut con unos amigos por allá; si la ven conmigo no hay problema, pero eso sí, la acompaño de regreso acá a Las Palapas. Pero primero vamos a dar la vuelta por acá, por el centro, para que conozca, y ya luego la llevo a mi iglesia, no queda lejos de acá, está en la 59, cerquita de la López Portillo y la Ruta 4.⁵¹ Hoy hay un evento especial dedicado a la familia, quiero ir un ratito, me relaja mucho escuchar los cantos”.

Víctor me enseña los alrededores del Parque de las Palapas: la iglesia católica de Cristo Rey, una vieja construcción que alguna vez fue el primer cine de la ciudad y que ahora está abandonada, los carritos de madera donde se venden artesanías, el área de puestos de comida y las mesas que tienen como techo sombrillas o palapas, de ahí el nombre de esta plaza construida como un espacio de convivencia cívica. Luego caminamos hacia la avenida Cobá, transversal a la Tulum, para tomar el autobús que nos llevará a la región 59, a la iglesia de Víctor. Cuando salimos a la avenida Yaxchilán, me dice: “En esta calle es donde están todos los bares y discos para los que vivimos acá en Cancún. En las noches se pone bueno, claro, si hay dinero, si no, no. Cuando el turismo está bajo, aquí también se nota luego luego, porque se vacían los negocios de la Yaxchilán”. Le pregunto si él visita mucho esta zona y me contesta que no: “como soy cristiano ya me quité de la bebida, pero antes, a veces sí me gustaba venir, aunque prefería ir a las fiestas de las regiones, pero a veces terminaban en pleitos. Ahora prefiero ir a las piscinas a divertirme con los amigos y con unos primos que llegaron a vivir a Cancún”.

⁵¹ “Ruta 4” es el nombre con el que es conocida popularmente la avenida Francisco I. Madero, paralela a la López Portillo, que cruza la ciudad de este a oeste. Es una de las principales vialidades de la zona de regiones.

Después de unos veinte minutos de recorrido por la zona residencial de la clase media —en unos pocos kilómetros nos hemos encontrado una impresionante cantidad de plazas comerciales y toda la oferta de supermercados que pueda tener una ciudad, así como con los estadios de fútbol y beisbol—, descendemos del autobús sobre la López Portillo y la avenida Kabah. Caminamos unas seis cuadras y, al lado de una Megacomercial Mexicana, encontramos la iglesia cristiana a la que asiste Víctor. La iglesia es un salón amplio. En esta ocasión, el servicio religioso se lleva a cabo en el patio, donde se reúne un numeroso grupo de familias. Víctor saluda a lo lejos a una joven:

—Es mi hermanita.

—¿Tus papás no vienen?

—Mí papá de plano no. Mí mamá sí, fue la que nos trajo, pero hoy se quedó en Leona porque su esposo, que maneja un camión, regresó de un viaje.

Estamos como una hora y media en la celebración religiosa; Víctor me presenta a otros feligreses y me platica que al principio no le gustaba ir, pero que con el tiempo se acostumbró y, además, gracias a la influencia de otros jóvenes cristianos dejó de tomar, de drogarse y de “andar en malos pasos”. Antes de irnos nos ofrecen algo de comer: tostadas de tinga y refresco. Víctor me insiste para que acepte la comida.

Cuando salimos de la iglesia, el joven me propone ir a conocer su región, la 96, pero antes me pregunta si me gustaría ir a la playa, a la zona hotelera. Le pregunto si él va muy seguido y me responde que no: “casi nunca, a veces hasta se me olvida que ahí está, prefiero las piscinas, pero a lo mejor usted quería ir”. Le digo que no, que prefiero conocer donde él vive, pero aprovecho para preguntarle por qué no va a la playa:

—Pues es que ¿para qué? Es más divertido en las piscinas, con mis amigos y mi familia, bueno, a veces.

—¿A las playas de la zona hotelera no van tus amigos?

—Casi no.

—Y cuando llegan, entre los jóvenes como ustedes, que viven aquí, y los jóvenes turistas, ¿hay convivencia, se hablan, se interesan por conocerse o interactuar?

—Sólo cuando hay *spring breakers*, entonces sí hay mucha interacción en las playas

—contesta riéndose Víctor.

—Y ¿cuándo no hay *spring breakers*?

—Nada, nos ignoramos.

Le región 96 fue de las primeras en construirse en Cancún. Allí viven muchas familias de trabajadores que llegaron de forma temprana a la ciudad. Está en medio de dos avenidas

importantes: la Andrés Quintana Roo y la Nichupté. Su apariencia es tranquila. Las calles son amplias y trazadas de manera ortogonal; las casas son de tamaño mediano y grande y están bien conservadas. Víctor me platica: “¿Ve esa casota pintada como de terracota, la grande y bonita?” Le contesto que sí. “Ahí hay una ‘tiendita’, o sea, cómo le explico, un lugar donde venden droga. Antes también era un expendio clandestino de alcohol, pero yo creo que ya no les convino porque los borrachos se quedaban vagando por ahí y siempre llegaba la patrulla y había problemas. Además, la droga sí deja. Por acá, en la región, hay mucho ‘chemo’ que le entra a esas cosas, así como yo antes, pero ya las dejé”.

Después de caminar algunas cuadras, llegamos a un parque donde hay dos canchas de fútbol más enterradas que empastadas. Ya están los amigos de Víctor, quien me dice: “Nomás no les haga caso si empiezan de groseros, porque algunos son bien inmaduros, pero bueno, también es parte del ambiente este de bandas, no se los tome a mal, casi todos son buena gente”.

Foto 16. Región 96



Fuente: foto de Perla Fragoso.

Después de presentarme —todos los chicos saludan amablemente— Víctor se anima a jugar. Yo me quedo sentada en las gradas, un poco asoleada, observando entre la polvareda a las chicas que van a apoyar a sus novios y amigos, todas ellas jóvenes y bien arregladas, algunas fumando, otras conversando, pocas atentas al partido. Dos de ellas están con niños pequeños, no sé si sean sus hermanitos o sus hijos. Cuando me animo a platicar con ellas, Víctor me dice que nos vamos, no quiere que se haga más tarde para acompañarme de regreso al centro.

Como intuyo que quiere seguir jugando con sus amigos, le pido que sólo me acompañe a la parada, yo puedo tomar el autobús de regreso. Caminamos rumbo a la avenida donde lo abordaré. A lo lejos Víctor observa un grupo de jóvenes y, mecánicamente, se detiene, mira con atención y trata de identificarlos. Como no los reconoce me pide que nos vayamos por otra calle, “no vaya a ser”. Me explica que hay bandas muy territoriales en la región, “y es mejor ni pasar por donde se paran, porque desde que no nos hacen nada hasta que nos piden dinero o de plano buscan pelearse”. Así, damos media vuelta y tomamos otra calle para salir a la avenida.

Nos despedimos y yo me subo al autobús que me llevará de regreso al centro de la ciudad. En el camino, siguiendo mentalmente las rutas que recorrí acompañando a Brisa y a Víctor, me percaté de que en su andar, ambos, aunque ella de manera más evidente, escribieron un texto inédito en su cotidianidad ya que transitaban por rutas que no frecuentan con regularidad, de manera que su caminar expresó, sobre todo, el modo en que se imponen los límites simbólicos a la circulación de los habitantes de esta ciudad neoliberal en la que no sólo se desposee a los ciudadanos del plusvalor o excedente de su trabajo, sino, también, de su derecho a hacer suyo el espacio de una urbe simulada.

Capítulo 3

Juventudes cancenenses: diversidad, identidad y distinción

Es un consenso entre los estudiosos del tema que la juventud, una categoría empleada en las ciencias sociales para nombrar a los jóvenes como un sector social diferenciado, no da cuenta de la diversidad al interior del conjunto imaginado de sujetos y grupos que la constituyen. El término ha sido entonces colocado en plural, juventudes, para referirse a la variedad de culturas juveniles (Valenzuela, Reguillo), es decir, de modos heterogéneos de vivir, experimentar, representarse y establecer relaciones intergeneracionales, institucionales y políticas de los llamados jóvenes.

En el contexto de la modernidad tardía, en el que “las normas y valores sociales que establecen las expectativas, comportamientos, derechos y obligaciones vinculados con determinadas edades” (Saraví, 2009a: 27) son cada vez más difusos y plurales, los cursos de vida muestran una mayor heterogeneidad en las formas de ser joven, así como en las trayectorias diferenciadas —escolares, familiares, laborales— que construyen sus biografías. Todo lo anterior se encuentra más acentuado en sociedades como la de Cancún, en las que el alto índice de migración favorece una suerte de *melting pot*. En esta “sopa pluricultural” conviven jóvenes de distintos lugares de origen, algunos —aunque un tanto invisibilizados— de pueblos indígenas, especialmente mayas yucatecos y tsotsiles. Como se verá más adelante, en el imaginario colectivo la procedencia del joven migrante se vincula también, de manera prejuiciada, con personalidades culturales definidas, con las expectativas de éstos, con su nivel educativo y socioeconómico, e incluso con su valor social.

En el presente capítulo se da cuenta de parte de esta diversidad de juventudes que habitan en Cancún, así como de las distintas identidades culturales que éstas producen y que, a su vez, generan elementos de distinción social. De igual modo se caracterizará a los grupos de jóvenes con los que se realizó trabajo de campo, pues los espacios en los que se realizó, básicamente institucionales, definen de manera singular los rasgos de los jóvenes cuyas historias y relatos aquí se reproducen, analizan e interpretan. En esta dirección, también se reflexiona brevemente sobre las condiciones implicadas en la realización del trabajo de campo en el contexto de una institución —en este caso el

llamado Sistema Integral para la Familia (DIF), del municipio de Benito Juárez— en la que no sólo se convivió de manera cotidiana con los “otros” tradicionales, aquellos que representan a los sujetos de estudio, sino también con “otros disciplinares”, en este caso los psicólogos.

Cancún: ciudad de jóvenes. Elementos poblacionales y demográficos

Después de Baja California y Baja California Sur, Quintana Roo es el estado que a nivel nacional reporta la mayor tasa de crecimiento medio anual de población, del 3.1% en el periodo de 2000 a 2010. No obstante, la densidad de su población es de las menores —30 habitantes por kilómetro cuadrado—, muy por debajo de la nacional —57 habitantes por kilómetro cuadrado—. ⁵² La mayor concentración poblacional del estado se encuentra, como se muestra en la tabla 1, justamente donde se ubica Cancún, en el municipio de Benito Juárez, con el 49.9%. En el *Censo de población y vivienda 2010* (INEGI) se reportó que este municipio tiene una población total de 661 176 habitantes, de los cuales 660 023 viven en Cancún, es decir, casi el 90%. ⁵³

Ahora bien, del total de la población de Benito Juárez, 334 945 son hombres y 326 231 mujeres, de modo que la relación hombres/mujeres es de 103.2, tendencia contraria a la nacional, según la cual en todo el territorio de México hay más mujeres que hombres. Esto no es difícil de explicar dado que los primeros habitantes acampados para la edificación de la zona hotelera y de la ciudad fueron mayoritariamente hombres: trabajadores de la construcción, ingenieros y arquitectos. Las mujeres llegaron después, paulatinamente y en menor número, como compañeras e hijas de los trabajadores. Sin embargo, las cifras del censo de 2010 también indican que el índice de masculinidad, tanto en Quintana Roo como en Benito Juárez y Cancún, va a la baja, es decir, que cada vez es más cercano el número de habitantes mujeres al de hombres. Esta tendencia a la baja ha sido gradual desde 1930, cuando había un 56% de hombres y un 44% de mujeres. En el conteo de 2005 la población de sexo masculino constituyó el 50.6%, con apenas una diferencia de 1.4% entre ambos sexos.

⁵² Quintana Roo ocupa el lugar 26 a nivel nacional por su número de habitantes.

⁵³ Autoridades municipales aseguran que Benito Juárez tiene una población de no menos de 850 000 personas, de modo que la cifra menor establecida por el INEGI en el censo de 2010 afectará gravemente al municipio en el momento en que los gobiernos federal y estatal asignen recursos, pues lo hacen con base en el dato poblacional. Según el cálculo del gobierno municipal, con base en el padrón catastral, los contratos para tomas de agua, además de los servicios de electricidad y el Factor de Ocupación de la Vivienda (FOV), Benito Juárez superó desde hace mucho el medio millón de habitantes (*Unomásuno Quintana Roo*, 6 de septiembre de 2011).

Tabla 1. Jerarquización de los municipios de Quintana Roo de acuerdo con su número de habitantes, relación hombres/mujeres y edad mediana, 2010⁵⁴

Municipio	Población		Relación hombres/ mujeres (%)	Edad mediana
	Total	Porcentaje		
	1 325 578	100.00	103.2	25
Benito Juárez	661 176	49.9	102.7	25
Othón P. Blanco	224 553	18.4	99.4	25
Solidaridad	159 310	12.0	110.1	24
Cozumel	79 535	6.0	103.0	26
Felipe Carrillo Puerto	75 026	5.7	102.6	21
José María Morelos	36 179	2.7	104.7	21
Tulum	28 263	2.1	108.6	23
Lázaro Cárdenas	25 333	1.9	104.9	23
Isla Mujeres	16 203	1.2	106.5	25

Fuente: datos tomados de *Perspectiva estadística Quintana Roo*, INEGI, diciembre de 2011.

Otro de los índices reveladores en la demografía del estado, del municipio de Benito Juárez, y por tanto de Cancún, es el de migración. En el conteo poblacional de 2005, Quintana Roo encabezó el registro nacional relativo al Saldo Neto Migratorio (SNM),⁵⁵ el cual fue del 8.10%. Esto significa que a ningún otro estado arribó un porcentaje tan alto de personas como a Quintana Roo: 11.3%, en contraste con su porcentaje menor de emigración, apenas del 3.2%. En el último cuarto del siglo XX, como apunta Torres Maldonado, Quintana Roo pasó de ser un estado que históricamente no era habitable —territorio de indígenas rebeldes, presidio político porfirista e “infierno tropical” (Torres Maldonado, 2000)—⁵⁶ a un estado de gran atracción para la migración y con un muy

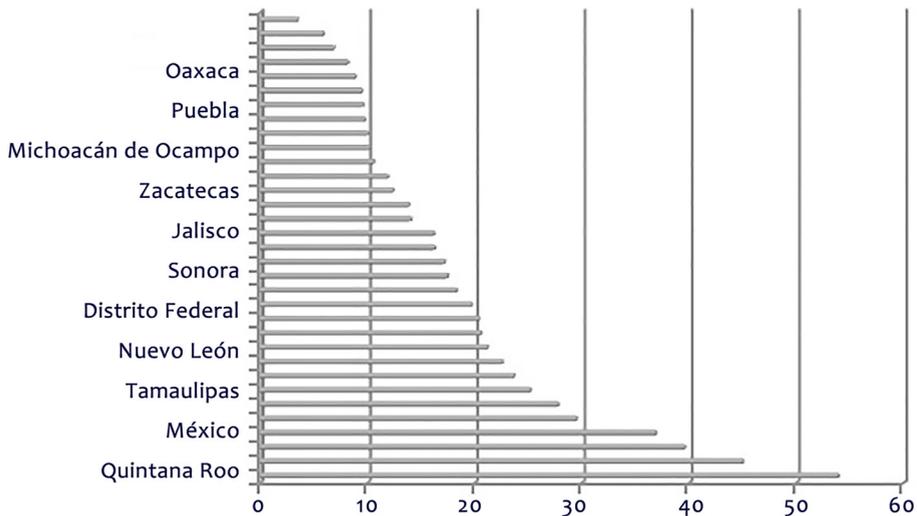
⁵⁴ En las tablas, estadísticas y gráficas referidas a los municipios de Quintana Roo que se presentan en este libro no se incluyen los más jóvenes del estado: Bacalar y Puerto Morelos, el primero declarado como tal en 2011 y el segundo apenas en noviembre de 2015. Esto debido a que ninguno de los dos existía cuando se generaron los datos estadísticos de las fuentes consultadas.

⁵⁵ El SNM es el porcentaje que representa la diferencia entre emigrantes —personas que cinco años antes de la fecha de levantamiento residían en la entidad y que a la fecha del registro residían en otra— e inmigrantes —personas que a la fecha de levantamiento residen en la entidad, pero que cinco años residían en otra—.

⁵⁶ Al respecto, Torres Maldonado escribe: “Al final de la segunda parte del siglo XIX, con motivo de la Guerra de Castas, este espacio regional fue convertido en uno de los lugares de refugio predilecto de los

escaso índice de expulsión. Lo anterior se hace aún más evidente cuando se revisa el porcentaje de los nacidos fuera de la entidad. Según el INEGI (2011), en 2010 el 54% de la población residente en Quintana Roo no había nacido en el estado.

Gráfica 1. Proporción de la población residente que no nació en Quintana Roo



Fuente: datos tomados de *Perspectiva estadística Quintana Roo* (2011).

La migración a la entidad está fuertemente vinculada al espectro de oportunidades laborales que genera la industria turística, cuyo epicentro en Cancún se ha extendido a lo largo de la llamada Riviera Maya, hasta Tulum. Inicialmente, la población atraída era mayoritariamente joven y masculina, pues la oferta de trabajo se concentraba en el ramo de la construcción, pero con el inicio de las operaciones de Cancún como centro turístico, también se requirió del empleo de mujeres, de modo que, como se ha señalado, con el paso de los años el índice de hombres ha disminuido. En cambio, la atracción de jóvenes hacia la ciudad no parece haber menguado. Como se lee en la tabla 1, la edad mediana de la población, tanto a nivel estatal como municipal, es de 25 años.

mayas rebeldes, los *cruzob*, que se levantaron en armas y han resistido política, cultural y militarmente los intentos de dominación española y mestiza desde el siglo XVI” (2000: 149). Por otra parte, Quintana Roo también funcionó como presidio político para los rebeldes insurgentes durante la dictadura porfirista. Finalmente, el estado es caracterizado por Torres Maldonado como un “infierno tropical” pues, como enclave marítimo y forestal, era reconocido por la proliferación de enfermedades, como dengue y paludismo.

En este sentido, como apunta Macías Richard, es posible ver que:

[...] en la amplia representación demográfica del municipio de Benito Juárez (reúne al 51% de los habitantes del estado),⁵⁷ advertimos la relevancia aún creciente de los segmentos más jóvenes (los ubicados entre 12 y 19 años crecieron en 5%), lo que confirma la tendencia histórica de la pirámide de edades con base aún robusta (INJUVE y Macías, 2006: 14).

Lo anterior se reforzó de modo que, para 2010, el mayor porcentaje de la franja de la pirámide poblacional, según la edad, lo representan los jóvenes de entre 20 y 29 años.

Tabla 2. Población juvenil por grupos de edad en el municipio de Benito Juárez (Cancún), 2000-2005

Grupos de edad	Censo 2000		Conteo 2005	
	Población	Porcentaje	Población	Porcentaje
De 12 a 14 años	21 924	14%	29 071	17%
De 15 a 19 años	39 810	25%	46 810	27%
De 20 a 24 años	48 032	30%	50 249	29%
De 25 a 29 años	50 082	31%	49 347	28%
Total de jóvenes: 12-19 años	159 848	100%	175 477	100%

Fuente: datos tomados de *Encuesta nacional de juventud 2005* (INJUVE y Macías, 2006).

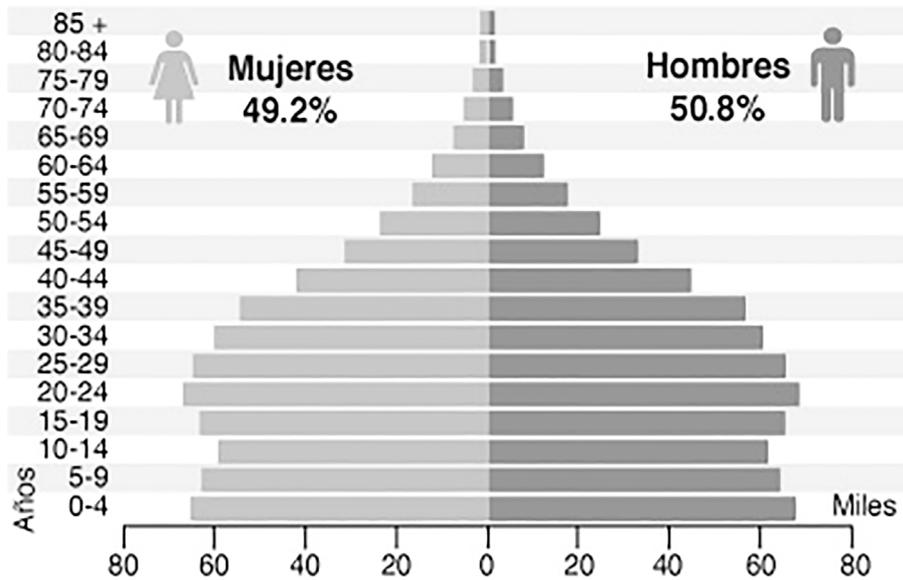
Acorde con la tendencia nacional actual —en México la edad media es de 26 años—, Quintana Roo, Benito Juárez y la ciudad de Cancún son espacios donde la franja de población joven es amplia. Al respecto, cabe señalar que, si bien la edad media en Benito Juárez no difiere sustancialmente de la nacional, el porcentaje de jóvenes entre 15 y 29 años es superior al del país. Mientras que en el municipio de Benito Juárez hay 195 017 jóvenes en esta franja etaria, que representan el 30% del total de la población municipal,⁵⁸ a nivel nacional hay 29 706 560 jóvenes, que representan el 26% de la misma (INEGI, 2010). Esto revela que la presencia de jóvenes en Cancún, y en la entidad en general, se explica no sólo por la tasa de crecimiento en función de los nacimientos y de las dinámicas poblacionales al interior del estado, sino también

⁵⁷ En el censo 2010 este porcentaje se modificó y pasó a ser del 49.9%, lo que no quita su carácter representativo al municipio.

⁵⁸ A nivel estatal, el porcentaje de jóvenes entre 15 y 19 años es del 29.8%, de manera que Quintana Roo se posiciona en el primer lugar nacional con mayor porcentaje de jóvenes en esta franja etaria.

por la migración, ya que sobre todo para los jóvenes de la región sureste del país —Veracruz, Tabasco, Campeche, Chiapas y Yucatán— Cancún representa una oportunidad laboral inexistente en sus lugares de origen. Mientras que la economía de Quintana Roo crece a un ritmo del 50% superior al promedio nacional, Benito Juárez y Solidaridad,⁵⁹ sus dos municipios más dinámicos, lo hacen al doble (INJUVE y Macías, 2016).

Gráfica 2. Habitantes por edad y sexo, Quintana Roo, 2010



Fuente: gráfica tomada del *Censo de población y vivienda 2010* (INEGI).

La demanda de mano de obra juvenil se concentra en los servicios, que representan el sector productivo más desarrollado en Cancún y en todo el estado.⁶⁰ Esta abundancia de empleo formal en el sector terciario invita a muchos jóvenes a migrar a “El Dorado caribeño”. No existen datos estadísticos que den cuenta, de manera específica para la población joven, de una jerarquía de los lugares de donde provienen, pero el INEGI (2011) registra que, en 2005, de cada cien personas que residían en Quintana Roo,

⁵⁹ En el municipio de Solidaridad se ubica Playa del Carmen.

⁶⁰ Los sectores primario y secundario apenas están desarrollados en la entidad. Según el *Sistema de Cuentas Nacionales del INEGI 2005*, en 2004 el sector terciario abarcaba el 93.6%, el secundario el 5.6%, y el primario apenas el 0.8%.

dieciocho provenían de Yucatán, diecisiete de Tabasco, trece de Veracruz, doce de Chiapas y once del Distrito Federal.

Tabla 3. Población juvenil por sexo según grupos de edad en Quintana Roo, 2000-2005

Grupos de edad	Censo 2000				Conteo 2005			
	Hombres	Mujeres	Total	Porcentaje	Hombres	Mujeres	Total	Porcentaje
De 12 a 14 años	26 658	25 960	52 618	16 %	31 956	31 293	63 249	17 %
De 15 a 19 años	45 244	43 621	88 876	27 %	51 828	50 214	102 042	28 %
De 20 a 24 años	47 989	46 763	94 752	29 %	52 041	51 336	103 377	28 %
De 25 a 29 años	45 804	44 946	90 750	28 %	48 401	48 802	97 203	27 %
Total de jóvenes: 12-19 años	165 700	161 290	326 990	100 %	184 226	181 645	365 871	100 %

Fuente: datos tomados de la *Encuesta nacional de juventud 2005* (INJUVE y Macías, 2006).

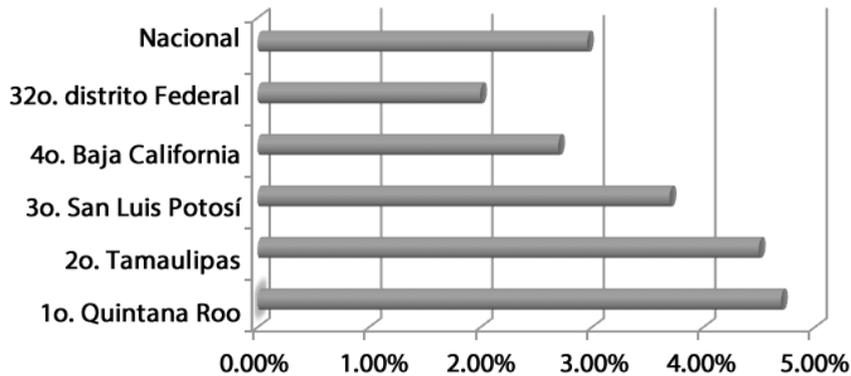
Los jóvenes con los que se hizo trabajo de campo son originarios de los estados mencionados, pero especialmente de Quintana Roo, Yucatán, Veracruz y el Distrito Federal. Al escuchar sus relatos y conocer sus historias, no fue difícil percatarse del peso sustantivo que tiene su lugar de origen en la forma en que son percibidos por otros jóvenes y por la sociedad cancenense en general. En menor medida, el lugar de origen también influye en sus trayectorias biográficas, ya que las representaciones sociales no se instalan en imaginarios inocuos. El acceso a las oportunidades laborales y de desarrollo, así como a ciertas redes sociales y espacios de vivienda, se vincula con dichos prejuicios, de modo que éstos se constituyen en elementos de distinción social.

Al mismo tiempo, y como se verá con mayor detalle en el capítulo 4, las dinámicas sociales generadas por tales estigmas producen relaciones de poder asimétricas, malestares sociales y conflictos que derivan en comportamientos discriminatorios y en enfrentamientos violentos, ya sea verbales o físicos, entre los jóvenes que, a pesar de compartir un espacio urbano y laboral común, habitan espacios sociales diferenciados e, incluso, radicalmente distintos.

En el capítulo 2 se presentó un mapa que a grandes rasgos ilustra la división espacial de Cancún en términos de diferenciación social y simbólica. Dicha fragmentación no

señala las barreras físicas en el tránsito de un lugar a otro, sino el elemento espacial de estratificación social expresado en el lugar de residencia, es decir, aquel espacio donde los habitantes de la ciudad llevan a cabo su vida cotidiana y más íntima. Aunque la ubicación de los sitios de trabajo implique trazar trayectorias de movilidad que llevan a los habitantes y a los jóvenes de Cancún a otras zonas de la ciudad, el espacio residencial da cuenta de manera evidente de la distinción social. Otro de estos elementos, como ya se ha mencionado, es el lugar de origen, que adquiere mayor relevancia en el marco de una sociedad joven e integrada en una proporción alta por migrantes.

Gráfica 3. Producto interno bruto por entidad federativa. Entidades con mayor tasa de crecimiento 2004-2005



Fuente: datos tomados del *Sistema de cuentas nacionales de México 2005* (INEGI).

A continuación se presentan tres bocetos de las juventudes que viven en Cancún o tienen una presencia transitoria pero genéricamente significativa en la ciudad según su origen. Enmarcarlas en tres grandes conjuntos resulta útil para señalar las diferencias, los prejuicios y los conflictos que existen entre los jóvenes nacidos en Cancún y los migrantes temporales o permanentes, pero resulta pertinente aclarar que al interior de estas agrupaciones también existe cierta diferenciación y heterogeneidad en las trayectorias e identidades de sus jóvenes. Por otra parte, esta clasificación no pretende ser totalizadora ni excluye la posibilidad de otros criterios de ordenamiento que muestren o visibilicen distintos conjuntos de jóvenes. En todo caso, con esta agrupación se trata de dar cuenta de los grupos que pudieron ser percibidos como predominantes a lo largo del trabajo y que, además, resultan analíticamente relevantes para los temas de investigación de este libro.

Primeras generaciones de nacidos en Cancún y migrantes tempranos: los “locales”

Del grupo de jóvenes con los que se hizo trabajo de campo, la mayoría de los nacidos en Cancún fueron los de menor edad, entre los 14 y los 17 años.⁶¹ Los orígenes de sus padres eran diversos, pero se concentraban básicamente en tres estados del sureste del país: Yucatán, Veracruz y Campeche. En prácticamente todos los casos, sus padres, de la misma entidad federativa de origen o de otra, se conocieron en Cancún en ámbitos laborales. Aunque los jóvenes conocen poco de la historia de migración de las familias de sus progenitores, así como del modo en que éstos se hicieron pareja, sus poco detallados relatos coinciden en que los padres, muy jóvenes, migraron con sus familias nucleares para emplearse en algún sector de la industria turística, donde se conocieron y, generalmente a temprana edad, formaron una familia.

A diferencia de los migrantes recientes, para los jóvenes nacidos en Cancún las calles de las regiones que habitan son espacios no sólo de tránsito, sino también de convivencia cotidiana y socialización. Sin otro referente que la ciudad donde nacieron, para estos jóvenes no hay mejor lugar para vivir que Cancún. La mayoría de los entrevistados tenía como referente urbano distinto a Cancún las ciudades de Mérida o de Chetumal y, en unos pocos casos, esta referencia ni siquiera existía, pues fuera de Cancún sólo conocían el pueblo de donde era originario alguno de sus padres. Frente a Cancún, estas ciudades eran descritas por los jóvenes como “aburridas” y en las que “no hay nada que hacer”. Los pueblos de Yucatán, Veracruz y Campeche recibían calificativos más benevolentes como “muy tranquilos” y “donde todo el mundo se conoce”. Algunos jóvenes incluso mencionaron que les gustaba ir a las fiestas patronales de los pueblos, pero que ni siquiera imaginaban la posibilidad de quedarse a vivir en ellos.

Como señala Carlos Macías, los nativos, “socializados primariamente en el lugar”, interactúan en la vida cotidiana de las regiones de una manera más constante, sin el recelo que tienen los migrantes al caminar o jugar en las calles. Para estos muchachos, los rasgos del espacio urbano de Cancún marcan la norma de cualquier otra ciudad. Así, el joven nativo de Cancún “sólo conoce y reconoce una manera (la local) de organizar las instituciones y los servicios públicos (el muchacho ha crecido con la ciudad)” (INJUVE y Macías, 2006: 30). No obstante, los jóvenes nativos también identifican características particulares de Cancún que ninguna otra ciudad tiene: el clima cálido, la oferta turística, una intensa vida nocturna, la abundancia de plazas comerciales, la inmigración constante o la creciente huella de la violencia en las calles de sus regiones.

Por otra parte, los jóvenes locales tienen un vocabulario propio, nutrido tanto de localismos yucatecos, como de extranjerismos anglos; así, es común escucharlos

⁶¹ Con excepción de un joven de 21 años.

decir que van a las *parties* (fiestas) y “se quitan”, es decir “se van”, en la madrugada. En este vocabulario también hay palabras de menosprecio por el otro prójimo, un otro cercano que comparte códigos culturales y al que, por tanto, se le puede ofender al asignarle un mote que reproduce el estereotipo del maya pobre y de origen rural: “mayita”. Esta palabra, a la vez sustantivo y adjetivo, es empleada con frecuencia por los jóvenes cuando buscan desdeñar a sus pares. Su uso da cuenta de la reproducción de la discriminación estructural en las relaciones interpersonales cotidianas que acompaña al paradójico fenómeno de exaltación de la civilización maya histórica realizado por la industria turística frente a los visitantes de Cancún.

El rasgo más característico de los jóvenes que nacieron en esta ciudad es que, pese a la diversidad de orígenes de sus padres, la constitución de su identidad es muy similar. Esto puede explicarse por la importancia de ciertas experiencias paradigmáticas vividas de manera común por los jóvenes en la conformación de sus subjetividades. En este sentido, como señala Arjun Appadurai, la producción de los “sujetos locales” en el contexto de la globalización se genera de forma marcada a través de rituales y “formas de corporizar y personificar lo local, así como de localizar los cuerpos dentro de las comunidades definidas social y espacialmente” (2001: 188). En el caso de los jóvenes nacidos en Cancún, estas “técnicas sociales de producción de los nativos” tienen como principales expresiones a las bandas y a una pulsión consumista exacerbada.⁶²

Como se verá con mayor detalle en el capítulo 4, la experiencia de pertenecer a una banda constituye una vivencia paradigmática en la conformación de la identidad juvenil entre los muchachos nacidos en Cancún. Esta experiencia es común tanto en hombres, como en mujeres. Las bandas representan un espacio de socialización privilegiado en el que los jóvenes despliegan múltiples actividades colectivas: van a fiestas, practican deportes, conversan e ingieren bebidas alcohólicas, y en algunos casos estupefacientes. Si bien la mayoría de las bandas no realiza actividades delictivas, sí practican rituales que producen y reproducen la violencia, sobre todo física. Los “refuegos” o “rocazos” —peleas callejeras entre dos o más bandas— son el ejemplo más elocuente de estos rituales que los jóvenes que nacieron en la ciudad o migraron a ella siendo muy pequeños han incorporado como vivencias normales y propias de su edad.

Lo mismo ocurre con el impulso consumista exacerbado, aunque éste es quizá un rasgo más generalizado entre la población mundial contemporánea. La necesidad de consumir entre los jóvenes nacidos en Cancún se alimenta diariamente en el propio espacio urbano, en el que abundan las plazas comerciales. Tanto en las zonas habitacionales más privilegiadas, como en las regiones, hay centros comerciales con

⁶² Sin embargo, es importante apuntar que ambos fenómenos, si bien son resultado de dinámicas características de una sociedad específica como la cancenense, también lo son de un contexto histórico y económico más amplio, especialmente la pulsión consumista.

perfiles para diferentes poderes adquisitivos, lugares donde se reúnen los jóvenes para pasear, comer y comprar. “Comprar mucha ropa para estar siempre *fashion*”, “tener los tenis más chingones” o “actualizar la versión de mi iPod” son preocupaciones que los jóvenes manifestaron de manera constante; de hecho, muchas de sus expectativas y motivaciones para trabajar estaban fundadas en la posibilidad de consumir.

Por otra parte, es importante señalar que, en un pequeño porcentaje, alguno de los padres de los jóvenes nativos con los que se realizó trabajo de campo era originario de Centroamérica, concretamente de Guatemala, El Salvador y Honduras. En todos los casos, el padre o la madre centroamericanos llegaron a Cancún huyendo de la guerra civil o de la pobreza en sus países. En esta ciudad conocieron a sus parejas mexicanas, se establecieron y formaron una familia. El contacto entre los jóvenes cancenenses y la familia centroamericana de sus padres es muy escaso. Sólo una de las chicas en esta situación había viajado a Honduras para conocer a sus abuelos maternos. La impresión de su viaje a este país fue que: “es muy pequeño, bonito, pero como que todo parecía muy pequeño y tranquilo, hasta aburrido, podría decir”. Al cuestionarles sobre su conocimiento de la gastronomía, geografía o costumbres de los países de origen de sus padres, los chicos no podían dar sino escasísimas referencias. De este modo, se deriva que en la crianza de estos jóvenes la influencia cultural del país centroamericano de origen de alguno de sus progenitores es mínima, y básicamente han crecido formados por las vivencias de su entorno inmediato.

Además de los jóvenes nacidos en Cancún están “los otros locales”, es decir, aquellos muchachos y muchachas que migraron durante su infancia y adolescencia temprana, entre los siete y los doce años. Estos jóvenes también crecieron en Cancún y sus biografías tienen muchos elementos comunes con aquellos que nacieron en la ciudad caribeña; sin embargo, también hay rasgos que, en general, los distinguen de los nativos y propician la construcción, en muchos casos, de una identidad y de una trayectoria de vida distintas. En primer lugar, la mayoría conserva lazos más fuertes con sus lugares de origen, pues guardan una memoria vivencial y directa de los mismos, y no sólo transmitida por los padres. Esto favorece que tengan una gama más amplia de referentes y de puntos de comparación para describir la ciudad que han hecho suya, integrando en sus vidas cotidianas prácticas y costumbres que tenían en sus lugares de origen, como actividades de socialización familiares y recreativas o hábitos gastronómicos.

En este sentido, los jóvenes migrantes tempranos también son más conscientes de lo que representó para sus padres, y para ellos mismos, emigrar a Cancún en busca de progreso económico y “un futuro mejor”, tanto material como en relación con la calidad de vida. Al respecto, una joven originaria del Distrito Federal que llegó a vivir a Cancún cuando tenía 11 años comenta:

Me fui enamorando de la forma de vida de aquí. La libertad que como niña tenía de andar en la calle todo el día y hasta tarde para jugar, sin preocupaciones. En el D.F. teníamos mucha psicosis, miedo de los asaltos porque nos tocó ver muchos. En cambio, en Cancún encontramos mucha estabilidad, fue muy bonito; mi mamá encontró cosas muy buenas en su trabajo, mucho reconocimiento. Aquí ella encontró una nueva pareja y, junto conmigo, se construyó una familia (mujer, 19 años, México D.F.).

Al mismo tiempo, estos chicos parecen incorporar de manera más efectiva a la construcción de su identidad cancanense los valores promovidos como propios de los pioneros, de los fundadores y constructores de la ciudad: el trabajo, el no dejarse vencer frente a las adversidades y la lucha por construirse futuros económicamente prósperos. Quizá por ello también suelen ser más críticos frente a las autoridades políticas, el desigual acceso a las oportunidades, especialmente laborales, y respecto a aquello de lo que adolece Cancún, especialmente en temas como educación y cultura. Así, un joven local de padres originarios de Mérida, que llegó a vivir a Cancún a los siete años, señaló:

En Mérida, aunque no hay mucho trabajo y se gana poco, hay más cultura, lugares a donde ir, cosa que aquí no hay. Por ejemplo, aquí, fines de semana, ¿a dónde va la gente? A la Gran Plaza, Plaza de las Américas, la zona hotelera, las discos, los antros... Entonces, no hay opciones de otro tipo, como más culturales. Ahora, Cancún tiene sus ventajas, especialmente que hay trabajo, pero ahí también la competencia es desigual, porque los que vienen de fuera están mejor preparados que los que estudiamos aquí, entonces, siempre les dan los puestos mejor pagados, más elevados, por decirlo así (hombre, 22 años, Cancún).

Algunos de los jóvenes locales que migraron tempranamente a Cancún son poco receptivos frente a los migrantes recientes y temporales, especialmente porque los ubican como “oportunistas” o como potencialmente nocivos para su sociedad, pues dicen que están sólo de paso y no les importa lo que ocurre ni los problemas de la ciudad. No obstante, esto no siempre es así, pues en muchos casos estos jóvenes también son quienes más valoran las posibles aportaciones que puedan hacer los nuevos migrantes a su contexto.

Migrantes temporales y recientes: “chapitas” y “chilangos”

En este grupo es pertinente hacer varias subdivisiones para ubicar al amplio número de jóvenes que lo constituyen y que pueden tener características muy distintas. En primer lugar están quienes tienen una presencia migratoria cíclica, o bien temporal,

en la ciudad. Entre ellos se encuentran, por un lado, los muchachos, mayoritariamente varones, que viajan a Cancún para emplearse en la construcción. Sus lugares de origen son sobre todo estados del sureste del país: Veracruz, Tabasco, Campeche, Yucatán, Chiapas e, incluso, otras regiones del propio Quintana Roo. Como suelen migrar sin sus familias y sólo se quedan por temporadas en Cancún, son los principales habitantes de las llamadas “cuarterías”, construcciones muy sencillas que albergan cierto número de habitaciones o cuartos —de ahí su nombre—, con un mobiliario mínimo —las camas suelen ser de cemento—, que están disponibles para renta y se usan casi exclusivamente para pernoctar. A estos jóvenes es común verlos en El Crucero, lugar donde todas las mañanas temprano los contratistas buscan trabajadores para las obras en construcción en distintos lugares de la ciudad.

De manera genérica e independientemente de su lugar de origen, estos muchachos son llamados “chapitas”, ya que Chiapas ha sido un importante proveedor de obreros de la construcción en Cancún. A los “chapitas” se les caracteriza como sucios, desaliñados, poco confiables, libidinosos, flojos y potencialmente peligrosos. Estos rasgos están fuertemente vinculados con su presencia en El Crucero, ya que cuando no son contratados suelen pasar ahí el día esperando a que algún particular los emplee, conversando en grupo, tomándose un refresco, viendo pasar a la gente, piropeando a las mujeres, e incluso durmiendo. Personajes protagónicos de la vida cotidiana en El Crucero, los “chapitas” constituyen un importante sector flotante de la población, marginados de la sociedad cancenense y representados de manera estereotipada y estigmatizada. Con estos jóvenes no se estableció contacto durante el trabajo de campo. Las referencias que de ellos se tiene las proporcionaron otras personas en pláticas informales.

Por otra parte están los jóvenes que deciden instalarse de manera temporal en Cancún para estudiar alguna licenciatura o carrera técnica relacionada con el turismo, como Hotelería, Gastronomía, Gestión y Desarrollo Turístico, Turismo Sustentable y Gestión Hotelera, Negocios Internacionales, Administración de Empresas Turísticas, Ingeniería en Gestión Empresarial, Comercio Internacional y Aduanas, etcétera. La oferta de las universidades públicas y privadas⁶³ en la ciudad está centrada en el ramo de la industria turística y las ingenierías, además de en otras carreras como Derecho, Educación, Psicología y Contabilidad. Para los jóvenes, estudiar en Cancún resulta atractivo no sólo por esta particular oferta concentrada en el turismo, sino porque ven en la ciudad el medio ideal para conseguir empleo de manera temprana en el área, así como para capacitarse y realizar sus prácticas.

⁶³ En la ciudad se ubican tres universidades públicas: la Universidad Tecnológica de Cancún (UTC), la Universidad del Caribe (UNICARIBE) y el Instituto Tecnológico de Cancún (ITC). La oferta de universidades privadas la constituyen la Universidad Anáhuac, la Universidad La Salle, TecMilenio, la UNIVER, la Universidad Maya de las Américas (UMA), la Escuela Superior de Leyes (ESL), la Universidad Humanitas, el Campo Escuela San José y la Universidad Interamericana para el Desarrollo (UNID).

Estos jóvenes no provienen sólo ni principalmente —como los llamados “chapitas”— del sureste, sino del centro del país y de Yucatán. Generalmente son de clase media y sus familias tienen los recursos necesarios para su manutención económica durante sus estudios en Cancún, pero la mayoría complementa dicho sustento con ingresos laborales propios. Aunque generalmente se trasladan solos a la ciudad, hay jóvenes que tienen algún familiar que migró antes y con el que suelen vivir, o al menos es un punto de apoyo. En el caso de los originarios de Yucatán, especialmente de Mérida, viajan con cierta constancia a su ciudad de procedencia o bien son visitados por sus padres, pero los originarios de estados más alejados suelen pasar temporadas más prolongadas e ininterrumpidas en Cancún. Sin embargo, estos chicos no acostumbran a establecer lazos fuertes con la ciudad y sus habitantes, pues expresan tener dificultades para identificarse con los valores y hábitos cancanenses y, por otro lado, asumen como temporal su estancia allí.

Además de los migrantes temporales y cíclicos, se encuentran los migrantes recientes, aquellos jóvenes que no rebasan los tres años de haberse establecido en Cancún. En general, estos chicos han migrado acompañando a su familia nuclear, específicamente a sus padres, quienes decidieron mudarse a Cancún buscando progreso económico y una mejor calidad de vida. La elección de esta ciudad caribeña la determinan diversos factores también vinculados al lugar de origen de los migrantes: se visualiza como un lugar de oportunidades, se imagina como un lugar seguro y tranquilo en relación con otras urbes donde se concentran los servicios, o se cuenta con familia previamente asentada y cuya experiencia ha sido positiva.

Aunque los estados de procedencia de estos inmigrantes son diversos, la mayoría de los jóvenes con los que se hizo el trabajo de campo y que formaban parte de este grupo eran originarios del centro del país, especialmente del Distrito Federal, el Estado de México y Puebla. En este sentido, dichos jóvenes son representados por el estereotipo del “chilango”, imagen que, en general, refuerza a través de una actitud que refleja la historia de privilegios centralistas en el país. A pesar de valorar su nuevo entorno urbano, algunos de estos chicos se integran a la sociedad local con un dejo de superioridad frente a los originarios y los migrantes de otras zonas del país, de modo que las relaciones que establecen con sus pares son más bien distantes e incluso tensas. Esto, como se verá con mayor detalle en el capítulo 4, se aprecia en el siguiente testimonio de un joven del Estado de México que se asentó en Cancún en 2006:

La gente de aquí es bien diferente a la de allá. En ese aspecto me gusta más allá por el tipo de gente, pero aquí por la tranquilidad, la seguridad, las oportunidades, por la comodidad, más que nada. O sea, la ciudad sí me gusta, pero no la gente que es originaria de aquí; es muy cerrada, digamos. Obviamente, Cancún es un lugar al que viene mucha gente de muchos estados. Con cerrada me refiero a que tienen sus propias ideas, no comparten más, no están abiertos a hablar. Ellos tienen sus ideas y ya de ahí no los sacas (hombre, 16 años, Estado de México).

A pesar de que los diferentes grupos de jóvenes migrantes temporales y recientes tienen expectativas y características socioeconómicas y culturales muy diferentes, todos comparten un rasgo: el establecimiento de relaciones distantes con los jóvenes nativos y locales. En general, los lazos que construyen son con pares que comparten su condición de migrantes, con los que dicen encontrar mayores elementos de identificación, mientras que sus relaciones con los locales, básicamente escolares y laborales, son tensas y en ocasiones implican agresiones mutuas, soterradas o explícitas. Este fenómeno puede tener distintas explicaciones además de la incompatibilidad de estilos de vida. Una de ellas radica en el corto proceso de adaptación por el que estos jóvenes han atravesado; otra, en el hecho de que tenían más edad cuando migraron que los jóvenes que migraron siendo niños, de modo que tanto la adaptación, como la inserción en las redes locales, pudo ser más lenta y trabajosa para ellos, quizá porque tenían mayor apego a las costumbres y a la socialización temprana desarrollada en sus lugares de origen. Lo destacable es que, cualquiera que sea la explicación, el distanciamiento es el elemento común y distintivo de las relaciones entre las juventudes diversas de Cancún, lo cual, como se verá más adelante, resulta significativo para reflexionar sobre los malestares sociales y las violencias en este espacio urbano y en este sector.

Los otros ausentes: los jóvenes turistas, *spring breakers* y gringos

Los jóvenes que viven Cancún están acostumbrados a la presencia constante de una otredad que, sin embargo, sólo conocen a la distancia y de manera superficial: la de los jóvenes turistas, quienes a lo largo del año visitan las playas y la zona hotelera de la ciudad. Los principales consumidores del mercado turístico en Cancún son los estadounidenses (Barómetro Turístico Cancún, 2008 y 2009; *Estudio de mercado permanente*, 2003-2004), quienes representan en promedio el 53% de los turistas cada año, seguidos por los mexicanos y los canadienses. Así, los turistas gringos son quienes tienen mayor presencia en Cancún.

Aunque los jóvenes estadounidenses viajan a la ciudad durante todo el año, a partir de la última semana de febrero y hasta la segunda quincena de abril, en la llamada “temporada de *spring break*”,⁶⁴ su presencia se multiplica de manera extraordinaria hasta alcanzar en promedio un número de entre veinte y treinta mil.⁶⁵ Para estos jóvenes estudiantes,

⁶⁴ Vacaciones de primavera: periodo vacacional en la educación media y media superior en países como Estados Unidos y Canadá.

⁶⁵ Según una nota del periódico *Reforma* de Cancún (29 de febrero de 2012), el director de Promoción de la Secretaría de Turismo de Quintana Roo, Juan Carlos Puga, declaró que en 2000 se reportó la cifra más elevada de *spring breakers* en la historia de Cancún, pues arribaron a la ciudad sesenta mil jóvenes estadounidenses entre los meses de febrero y abril.

popularmente conocidos como *spring breakers*, las playas de México⁶⁶ resultan atractivas no sólo por su belleza, por la cercanía con sus países de origen —Estados Unidos y Canadá— y porque económicamente son accesibles para ellos, sino además porque la edad mínima legal para consumir bebidas alcohólicas es menor a la de sus propios países —18 frente a 21 años—.

Para los *spring breakers*, el consumo de alcohol está acompañado de un ambiente de permisividad y excesos en los ámbitos festivo y sexual, lo cual es promovido y explotado por la industria turística de los destinos que visitan, y Cancún no es la excepción. Los hoteles ofrecen paquetes que incluyen “fiesta las 24 horas” y “bar abierto todo el día y la noche”. En las discotecas se promueven “noches salvajes con los mejores DJ, barra libre toda la noche y los más atrevidos espectáculos”. También hay cruceros nocturnos que promueven un “Caribbean Carnavale lleno de sensualidad y con bebidas sin límite”. En esta misma dirección, en la página web de una turoperadora se puede leer: “Cancún tiene también la magnífica cura para la resaca después de intensas noches. Si te hospedas en la zona hotelera, puedes calmar tu dolor de cabeza durmiendo sobre la suave arena blanca y refrescándote en la transparencia de las aguas del Caribe, sin abandonar la actitud que te dan un buen bronceado y los apropiados lentes de sol. Un *Bloody Mary*, un clavado en la alberca y estarás listo para una noche más de aventura y diversión”.⁶⁷

En un contexto de exacerbación de los sentidos en el que la experiencia del placer se convierte en el principal fin, los *spring breakers* son además atraídos por lo exótico. De manera especial, las chicas turistas buscan encuentros sexuales con los jóvenes locales y con los trabajadores de los hoteles, bares, discotecas y cruceros. No es difícil escuchar entre los muchachos que viven en Cancún múltiples historias sobre aventuras propias o ajenas con las gringas, algunas de las cuales terminan en relaciones sexuales. Muchos de los jóvenes cancenenses alguna vez han acudido a la zona hotelera en temporada de *spring break* con la expectativa de relacionarse con alguna chica, o simplemente de observar sus prácticas exhibicionistas, de destrampe y exceso. No obstante, las experiencias narradas no siempre son positivas; algunos jóvenes se quejan de la discriminación que sufren para ser admitidos en esta temporada en discos y bares, pues se da preferencia a los extranjeros. De igual modo, las jóvenes mujeres comentaron que prefieren evitar el encuentro con los gringos, pues en este contexto es fácil que las agredan sexualmente.

Cuando eres mujer no vas al antro cuando estás con los *spring breakers* porque son chavos que están completamente locos. Es muy fácil que te falten al respeto porque

⁶⁶ Cancún es uno de los destinos preferidos por los *spring breakers* en México, pero no el único. Cabo San Lucas, San Felipe, Rosarito, Acapulco, Mazatlán y Puerto Vallarta también son playas visitadas por estos jóvenes. En el mundo, Jamaica y Bahamas son los principales competidores de México.

⁶⁷ Ver: http://www.cancun-online.com/Spring_Break/.

no les importa a qué vienen. Entonces, suena muy feo, pero como mujer es un riesgo. Si vas lo haces acompañada, con tu novio, tus amigos y en una mesa aparte. Ahora, con los chavos es diferente, obviamente si es *spring break*, los chavos van, saben que van a encontrar con quién estar, especialmente extranjeras (mujer, 18 años, México D.F., vive hace once años en Cancún).

La percepción que los jóvenes cancenenses tienen de los *spring breakers* está muy vinculada con la paradigmática figura del turista enunciada por Zygmunt Bauman de la que se hace referencia en el capítulo I. Para el sociólogo polaco, el turista es una metáfora de un modo de vida contemporáneo que representa su polo más privilegiado. La libertad de elección efectiva entre múltiples posibilidades y la autonomía en su movilidad son los rasgos característicos de los turistas según Bauman (1997: 118). En las conversaciones con los jóvenes que habitan en Cancún, los adjetivos más recurrentes cuando se les pedía que hablaran de los *spring breakers* giraban en torno a la libertad, la opulencia, el exceso y el destrampe, como se puede apreciar en las siguientes frases tomadas de dichas pláticas: “Son gente de mucho dinero y pueden gastárselo en lo que quieran, para ellos es hasta barato aquí”; “Les gusta beber mucho, drogarse, encuerarse, están locos esos batos”; “las chavas son muy aventadas, les ganan a las de aquí”; “pues, como dicen, con dinero baila el perro, y eso es lo que tienen estos chavos gringos, dinero”; “antes se les veía hasta en la calle teniendo sexo, había muchos accidentes por cómo manejaban; ahora, la verdad ya está un poco más controlado, al menos en las calles, pero en los hoteles y discos sí sigue siendo un relajajo”.

No obstante, estas percepciones se basan en encuentros superficiales en los que, lejos de haber un conocimiento y reconocimiento de la otredad cultural, se refuerzan los prejuicios positivos y negativos entre ambos sectores. Fuera de las relaciones empleado/turista y de los fútiles encuentros sexuales, los jóvenes no entablan lazos sociales de ningún otro tipo, calidad o duración. Los chicos locales ni siquiera imaginan esta posibilidad, como se constata en la siguiente conversación con un joven cancenense de 19 años:

Perla: Los chavos de aquí no se llevan mucho con los turistas, ¿verdad?, con los jóvenes de su edad, así que tú digas que se puede hacer amistad o plática con ellos, o jugar en la playa, ¿o sí?

Joven: ¿Cómo?, no te entiendo.

P.: Ajá, que no convives con los chavos turistas de tu edad como lo haces con los chavos que son de acá.

J.: Por ejemplo, con los chavos que yo me llevaba nos íbamos hacia la zona hotelera, y ya estando allá nos íbamos al famoso Puente Calinda, el de la entrada, donde se juntan la laguna y el mar, ahí nos juntábamos nosotros. Y referente a lo que tú dices, quiero pensar eso, pues pasaban los gringos, ¿no?, y tenía amigos más chicos que yo,

mi hermano igual, y agarraban así como que, “oye, un dólar”, o sea “one dólar y me aviento del puente”, o sea de clavado. Y decían los gringos: “okey”, y ese dinero lo usábamos para comprar comida y seguir divirtiéndonos.

P.: Me refería más como a hacer amigos, que vas a la playa y hay un grupo de chavos gringos jugando fut y se juntan para jugar.

J.: ¡Ah! no, no. No convivíamos con otro tipo de personas, eso no se usa aquí, nada más nosotros y ya.

Como señala Bauman, el turista se caracteriza por “no pertenecer” al lugar que visita, “disponiendo de la libertad, por la cual paga, visita los espacios de los otros sin que tenga que compartir la responsabilidad moral por lo que observa” (2007: 65). En el caso de Cancún, la artificialidad del encuentro entre turistas y locales está aún más acentuada por el espacio simulado en el que ambos se encuentran, ya que los turistas no se instalan en el espacio cotidiano de los jóvenes de la ciudad, sino en uno explícitamente creado para el tiempo del ocio y la recreación. A pesar de que no se lleva a cabo propiamente un proceso de intercambio cultural, la presencia de los jóvenes turistas, y la abstracción sustancial que de ellos se hace, impacta sobre la subjetividad de los jóvenes cancenenses, de modo que se refuerzan prácticas y valores vinculados a la individualización, el consumo, los excesos y la transitoriedad. Aunque algunos de los jóvenes locales expresaron malestar frente a las prácticas de los *spring breakers*, otros también hicieron referencia a ellos con cierta admiración por su condición privilegiada y despreocupada.

El contacto que durante el trabajo de campo se tuvo con los jóvenes turistas, específicamente con los *spring breakers*, fue tan o aún más superficial que el que con ellos mantienen los jóvenes locales, a través de quienes fue posible conocer las transitorias e insustanciales relaciones que se entablan entre ambos sectores.

La escucha y el relato de las experiencias de las violencias

Como se ha apuntado antes, la preocupación central de la investigación que derivó en este libro consistió en indagar sobre cómo se vinculan los malestares sociales, aquellos problemas estructurales y sociales que son percibidos y expresados por los individuos como propios y muy personales, con la experiencia subjetiva de violencias padecidas o ejercidas de manera cotidiana y constante en la vida de los jóvenes en la sociedad contemporánea.

Para llevar a cabo esta tarea —parfraseando a Goffman, tratar de aprender algo sobre el mundo social de los jóvenes en cuyas vidas la violencia es o ha sido un sustrato, cómo ellos la han experimentado subjetivamente y de qué modo ésta ha estructurado sus vidas— me pareció importante realizar el trabajo de campo en espacios que de manera directa no se ocuparan de problemáticas vinculadas a los distintos tipos

de violencia de los que pretendía tratar: la ejercida contra otros, la padecida y la autoinfligida. Las bautizadas por Goffman “instituciones totales”, como las cárceles y los centros de rehabilitación, se presentaban como los lugares en los que con certeza encontraría la experiencia de violencia entre sus jóvenes residentes. Sin embargo, quería evitar trabajar con sujetos sobre quienes pesara un estigma social evidente y normalizado de “violentos” o “individuos fuera de la ley”, reproduciendo la asociación mecánica entre esta etapa del curso de la vida, la juventud, con el dominio de una personalidad o actitud que se considera paradigmática y sustantivamente violenta.

Por otro lado, me interesaba menos trabajar con experiencias de violencias socialmente catalogadas como criminales o ilícitas, y más con aquellas que se presentan en la vida cotidiana, normalizadas y no, como formas de sociabilidad y socialización. Esto me permitiría nominar la violencia en su diversidad y desde la subjetividad de quienes la viven, así como indagar sobre cuáles son las lógicas y las dinámicas microsociales en las que se produce y reproduce. Lo anterior exigía que los jóvenes con los que trabajara se movieran en distintos espacios sociales: la escuela, el trabajo, la casa familiar, la iglesia o el templo y lugares de esparcimiento o reunión con los amigos y, por tanto, que no estuvieran internados en un lugar controlado.

Mi pretensión era entonces encontrar un espacio más neutral, sin estigma previo, en el que los jóvenes se reunieran motivados por una causa que no fuera, necesaria ni principalmente, haber experimentado violencia. Mi intención era ir descubriendo esos espacios y experiencias de violencia paulatinamente conviviendo con los jóvenes en distintos contextos. En este sentido, se esbozaron dos estrategias metodológicas: la técnica etnográfica de observación participante y la realización de entrevistas semiestructuradas. La primera de éstas no fue propiamente pensada para la observación directa de los hechos de violencia, sino como un modo de vincularme y conocer los espacios donde los jóvenes desarrollaban su vida cotidiana, así como los sujetos con quienes convivían.

La segunda se concentraba en conocer la experiencia subjetiva de la violencia, el modo en que los jóvenes dan cuenta de esa vivencia y de cómo han estructurado su vida, pues mi interés se basaba en ésta y no en el hecho violento en sí mismo. Las narrativas de las experiencias de violencia constituirían, pues, un material invaluable para aproximarme, más que a la reconfiguración puntual de los hechos, al modo en que éstos fueron incorporados y significados por los jóvenes a sus vidas. Como escribe Blair recuperando a María Clemencia Ramírez:

Dado que la gente está confrontando el mundo contextual —experiencias de conflicto y violencia— y el mundo narrado —cómo se relata el evento—, la experiencia es mediada por significaciones culturales e interpretaciones. En este sentido es fundamental comprender la o las maneras en que se narra la experiencia vivida y, a la vez, cómo se construye la realidad mediante los relatos, pues estas

narrativas construidas culturalmente no sólo representan eventos, sino que cambian su configuración (Blair, 2005: 24).

Las entrevistas semiestructuradas me permitirían, además, construir algunas trayectorias biográficas de los jóvenes basadas en sus relatos y experiencias de violencia, de modo que las narraciones serían mi materia prima para el posterior análisis. Trazar las trayectorias biográficas de los jóvenes se imponía como una necesidad para cumplir con una de las premisas analíticas y teóricas de esta investigación: establecer el vínculo que existe entre los eventos de la vida de cada sujeto y el contexto sociocultural en el que éstos se hallan insertos. Como señala Saraví: “El curso de vida puede pensarse como un patrón sucesivo de eventos y roles asociados con la edad, el cual se encuentra inserto en un contexto sociohistórico particular y es acompañado por un proceso natural del desarrollo psicobiológico del individuo” (2009a: 27). Además de permitir encontrar cuál es la dimensión pública de los problemas personales, las trayectorias de vida permiten tener una perspectiva procesual y dinámica de las biografías. Esto facilita la detección, en las experiencias de vida, de algunas transformaciones sociales, así como la relación entre los malestares sociales emergentes y las nuevas expresiones de violencia. Al mismo tiempo, las trayectorias permiten descubrir los puntos de quiebre en las biografías de los jóvenes y cómo se vinculan con la experiencia de las violencias para relacionar múltiples dimensiones y temporalidades de este fenómeno.

Finalmente, el relato biográfico permite acceder a los marcos de sentido y experimentación de la realidad, es decir, a través de él se conocen tanto la “historia vivida”, como la “historia contada” de los jóvenes, esta última más referida a la subjetividad, al modo en que se siente e interpreta lo vivido (Saraví, 2009a: 17). En esta dirección resulta importante agregar que, sin embargo, la experiencia es discursiva y no puede existir previamente al discurso o fuera de éste; aún más, las modalidades y géneros de discurso disponibles en cada contexto constituyen un tipo de experiencia y no otro, no simplemente lo canalizan. La subjetividad, es decir, la experiencia que constituye al sujeto, no es previa ni independiente de los discursos: “los sujetos son el efecto del procesamiento discursivo de sus experiencias” (Ortega, 2008: 18). En esta misma dirección, Veena Das plantea que “en el relato sobre la experiencia subjetiva se hace posible encontrar alguna convergencia entre los aspectos político, cultural y subjetivo, entre las emociones y las cogniciones que impregnan y le dan sentido a la experiencia” (2008b: 218).

A partir de estas consideraciones inicié la búsqueda de espacios en Cancún que me permitieran desarrollar ambas estrategias metodológicas, lo cual no resultó sencillo. Generalmente se piensa que el ejercicio de la antropología urbana se realiza en un lugar conocido para el investigador, con unos “otros” no tan ajenos, sino más bien familiares, y que, por tanto, la labor de extrañamiento frente al espacio y los sujetos de estudio se hace más difícil. El trabajo de campo realizado en Cancún no tuvo estas características.

Originaria de la ciudad de México, era la primera vez que visitaba el afamado paraíso caribeño. Podía imaginar la vida en esta ciudad, pero su ritmo y sus rasgos más particulares me fueron revelados a lo largo del año que ahí viví. De igual modo, no tenía ningún contacto personal o red social, de manera que, en principio, las vías con las que contaba para llegar hasta los jóvenes eran fundamentalmente las instituciones.

Mi primer contacto fue con el Observatorio de Violencia Social y de Género del municipio de Benito Juárez, que está conformado por diversos organismos, como la Secretaría de Salud, la Secretaría de Educación y Cultura, el Instituto Quintanarroense de la Mujer, la Comisión Estatal de Derechos Humanos, el propio municipio de Benito Juárez, y asociaciones no gubernamentales como el Centro Integral de Apoyo a Mujeres, A.C., el Centro de Atención a Víctimas de Violencia y la Fundación de Apoyo Infantil Quintana Roo (IAP), así como instituciones de educación superior, como la Universidad la Salle, la Universidad Anáhuac y la Universidad del Caribe, que es además su sede. Mi acercamiento a este Observatorio tenía diversos propósitos: acceder a las investigaciones realizadas sobre violencia en Cancún, entrar en contacto con los investigadores que ahí trabajaban, acceder a las bases de datos generadas en éste y, finalmente, vincularme con las diversas organizaciones que lo integraban. Sin embargo, al momento de mi llegada el Observatorio no estaba desarrollando ninguna investigación vinculada a los jóvenes y dentro de su agenda este sector no ocupaba un lugar prioritario.

Durante los tres meses que estuve en el Observatorio, no obstante, pude establecer algunos contactos interesantes que me llevaron a reconsiderar el modo en el que estaba abordando la investigación y la necesidad de vincularme con instituciones que trabajaran de una manera más directa con personas vinculadas a experiencias de violencia. En primer lugar me entrevisté con María Concepción Lima Malvido, fundadora del Centro de Atención a Víctimas de Violencia Intrafamiliar (CAVI) de Cancún. El CAVI pertenece al DIF⁶⁸ municipal de Benito Juárez y fue creado en 2003 por iniciativa de María Concepción Lima, quien observó la necesidad de una instancia que atendiera, con ayuda psicológica y asesoría jurídica, a la gran cantidad de mujeres que sufrían de maltrato familiar y buscaban en el DIF una alternativa de atención y apoyo. Gracias al contacto con Concepción y con Irma, la psicóloga a cargo, empecé a asistir dos veces por semana a las reuniones terapéuticas grupales ofrecidas por el CAVI a mujeres que sufrían o habían sufrido maltrato por parte de sus parejas. Esta primera experiencia me introdujo al mundo de las violencias y malestares sociales de algunas mujeres cancenenses.

Al asistir con regularidad al DIF, me puse en contacto con la coordinadora del Programa de Atención a Menores y a Adolescentes en Situación de Riesgo (PAMAR),

⁶⁸ El Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (SNADIF), conocido también como DIF, es el organismo público encargado de instrumentar, aplicar y dar dimensión a las políticas públicas en el ámbito de la asistencia social en México.

Edna Jeanette López Villagrán. Dicho programa está dirigido a los adolescentes, trabaja en prevención y con problemáticas como el pandillerismo, la deserción escolar, la vulnerabilidad frente al alcohol y las drogas o el embarazo adolescente. Al frente del mismo encontré a una mujer inteligente, comprometida y receptiva con mi propuesta de colaborar y de realizar una investigación antropológica. Para mí, el escenario no podía ser mejor: tendría la posibilidad de conversar con los jóvenes que estaban integrados al programa, de trabajar al lado de los coordinadores de las actividades que realizaban con ellos —educativas y recreativas—, de visitar las casas de los chicos y de platicar con sus familias; incluso fui invitada a presentar propuestas de talleres cuya temática se vinculara al conflicto y a la violencia. Lamentablemente, dos semanas después de mi entrevista con la directora del programa, en pleno proceso de planeación y a punto de iniciar mi colaboración, dejó el cargo.

Entonces, por sugerencia de la maestra López Villagrán, busqué entrevistarme con la coordinadora del área de Psicología, donde atienden de manera constante a personas que solicitan orientación y atención psicológica por diversos problemas. El área de trabajo social del DIF canaliza a esta coordinación a los jóvenes que reportan alguna situación de riesgo, como pandillerismo, consumo de drogas, intento de suicidio, embarazo adolescente, etcétera. Después de escuchar mi interés por realizar el trabajo de campo en su área y de leer mi proyecto de investigación, la coordinadora aceptó que me integrara a la dinámica de trabajo de este espacio, pero con ciertas condiciones innegociables: tendría que usar una bata blanca como la del resto de los psicólogos, en principio sólo podría ser observadora y no realizar preguntas, y me presentarían como “alguien” que estaba haciendo su tesis de doctorado, pues consideraba riesgoso que los pacientes supieran que no era psicóloga, sino antropóloga, y podrían sentirse inhibidos y molestos.

Me resultó interesante integrarme a este espacio, pues tendría la posibilidad de escuchar las expresiones de los malestares percibidos no sólo por los jóvenes, sino también por el resto de la sociedad cancenense, es decir, por quienes conforman su entorno social. En el área de Psicología del DIF trabajé casi seis meses. A lo largo de ese tiempo realicé diversas actividades encaminadas a conocer a los usuarios del servicio, para luego elegir los casos en que realizaría entrevistas a profundidad con el fin de trazar algunas trayectorias biográficas mediante las cuales pudiera establecer el vínculo entre los eventos de la vida de cada joven, las experiencias de violencia y el contexto sociocultural en el que se hallaban insertos.

En primer lugar estuve presente —inicialmente como observadora y más tarde como coentrevistadora— en alrededor de doscientas “entrevistas de primera vez”, en las cuales se elaboran los expedientes clínicos⁶⁹ de la gente que acude en busca de atención psicológica.

⁶⁹ En los expedientes clínicos —tuve autorización para revisar y leer alrededor de cien— se

En éstas, a través de preguntas, las observaciones de los psicólogos y la aplicación de un “test de depresión”, se diagnostica cuál es la problemática de los pacientes y, en la mayoría de los casos, se les canaliza a un grupo de trabajo psicoterapéutico. En los casos que así lo requieren se trabaja además con terapia individual o atención psiquiátrica, la cual se ofrece en el Hospital General de Cancún.

A estas entrevistas acuden personas de ambos sexos y de todas las edades, desde niños de 7 años hasta ancianos, que son una minoría —según las estadísticas del área, apenas el 1%—, siendo la población infantil, de jóvenes y adultos la mayoritaria. Las problemáticas también son variadas. En los niños y adolescentes se vinculan de manera especial a la “mala conducta” escolar y a los conflictos paterno-filiales, además del maltrato físico, psicológico o sexual por algún familiar o conocido. En la población adolescente también hay un número importante de chicos y chicas con adicciones —drogas o alcohol— que huyen de sus casas, que están vinculados a pandillas o que sufren violencia familiar o de pareja.

Otro mal recurrente en esta población es la depresión, la mayoría de las veces debida al abandono de los padres. Las ideaciones suicidas también son frecuentes, y en mucho menor grado los intentos suicidas. También se reportan con frecuencia casos de abusos sexuales y violaciones en adolescentes de ambos sexos, aunque la mayoría de las veces las agredidas eran mujeres. Entre los jóvenes mayores de 18 años las problemáticas centrales son los conflictos de pareja, la violencia familiar —en la gran mayoría del hombre hacia la mujer o de los padres hacia los hijos— y la depresión. El estar como observadora en estas entrevistas, y en algunos casos incluso como participante al formular algunas preguntas, me resultó muy útil para tener un amplio panorama de las problemáticas y malestares sociales más comunes entre la población de Cancún y del municipio de Benito Juárez, así como para escuchar las voces de las diferentes partes de un conflicto —víctimas y victimarios—, para registrar el tipo de población que llega al DIF —de escasos recursos y clase media baja, o incluso media—, y para detectar constantes y variables en los diversos casos y problemáticas que ahí se exponen.

Otra de las actividades en las que estuve presente fue en el trabajo con grupos psicoterapéuticos como observadora y, en algunos casos, como participante dentro del grupo de psicólogos. La principal estrategia de atención en el DIF de Benito Juárez es precisamente el trabajo psicoterapéutico grupal. Existen diversos grupos enfocados a una población o problemática específica:

registraban los datos sociodemográficos de los pacientes, como edad, grado escolar, lugar de nacimiento, tiempo de residencia en Cancún, religión, escolaridad, ocupación, estado civil, estructura familiar, etcétera. De igual modo, se apuntaban los antecedentes patológicos familiares y personales, la conducta observada durante la entrevista, el motivo por el cual el paciente solicitaba la consulta y la impresión diagnóstica final emitida por el psicólogo.

1. Pacientes en edad escolar.
2. Padres de pacientes en edad escolar.
3. Padres de pacientes adolescentes.
4. Pacientes adolescentes.
5. Adolescentes embarazadas y madres adolescentes.
6. Pacientes geriátricos.
7. Parejas en conflicto y violencia intrafamiliar.
8. Pacientes con trastornos afectivos.
9. Pacientes en riesgo suicida.
10. Pacientes adolescentes de la Casa de Asistencia Temporal (CAT): jóvenes que están internados de manera temporal en esta institución, dentro del DIF, como resguardo por diversas situaciones: violación, estupro, violencia, vagancia, abandono, etcétera.

El trabajo grupal duraba dos horas y la frecuencia era de un día por semana. Cada grupo tenía dos horarios, uno matutino y otro vespertino, para que la gente tuviera la posibilidad de elegir a cuál asistir. De esta diversidad de grupos entré semanalmente al 3, 4, 7, 8, 9 y 10. En el caso del grupo de pacientes adolescentes, que integra a chicos y chicas de entre 12 y 18 años, asistí a los dos horarios. Estar en estas sesiones fue fundamental para profundizar en el conocimiento de los diversos casos que se registran en las entrevistas de primera vez, especialmente en el aspecto emocional y afectivo de los pacientes. De igual modo, me sirvió para conocer las dinámicas de interacción entre los jóvenes y cubrir una parte de la estrategia de observación participante, así como para generar confianza entre los que asistían a los grupos para luego proponerles entrevistas individuales. Por otra parte, en estas sesiones pude proponer el abordaje de algunas temáticas y la realización de ciertas dinámicas, como una dramatización sobre el conflicto, que me resultaron útiles para registrar cuáles son las situaciones, espacios y personas que los jóvenes ubican como conflictivos, cuáles son sus estrategias para afrontarlos, sus valores y percepciones, y sus discursos y prácticas respecto al ejercicio de la violencia.

Además de conocer los expedientes generados en las entrevistas de primera vez, pude realizar una extensa revisión de expedientes con dos objetivos fundamentales: en el caso de los chicos seleccionados para entrevista individual, revisé sus expedientes para registrar sus datos sociodemográficos y conocer los motivos por los que llegaron al DIF y a partir de ello formular algunas preguntas más precisas en la entrevista. El segundo fin consistió en registrar problemáticas constantes en la población joven de Cancún a partir de casos particulares de chicos y chicas que asistían a la entrevista de primera vez y no lo hacían posteriormente a los grupos, o bien participaban por periodos cortos y luego dejaban de ir.

Aunque las actividades antes mencionadas fueron fundamentales para conocer la dimensión social y estructural de la vida de los jóvenes cancenenses, las entrevistas individuales resultaron centrales para saber cómo entra en juego la subjetividad en la construcción de la experiencia de las violencias. En el DIF pude realizar 32 entrevistas a jóvenes cuyas edades fluctuaban entre los 14 y los 18 años, con excepción de dos casos: el de una mujer y el de un varón, ambos de 30 años.⁷⁰ Todas ellas tuvieron una duración de entre sesenta y noventa minutos. Con cinco de los jóvenes entrevistados pude platicar en más de una ocasión, de manera que las entrevistas fueron a profundidad y se elaboraron trayectorias de vida más detalladas y puntuales.

En este sentido, me gustaría realizar una puntualización relevante para esclarecer mi posición como antropóloga frente a los jóvenes, mis sujetos de estudio. Si bien las entrevistas semiestructuradas tuvieron una relevancia importante para obtener información cualitativa, la observación participante realizada en los grupos de trabajo, en la dinámica interna del área de Psicología y, en algunos casos, en otros espacios de la vida cotidiana de los jóvenes, enriquecieron de un modo invaluable esta labor de recolección, pero también reflexiva y analítica. Como apunta Philippe Bourgois: “Para reunir ‘datos precisos’, los etnógrafos violan los cánones de la investigación positivista. Nos involucramos de manera íntima con las personas que estudiamos” (2010: 43).

A pesar de que esta investigación no puede definirse como puramente etnográfica, sí tiene un componente importante de esta técnica tradicionalmente antropológica. Lo anterior, como se verá en el capítulo 5, en el fragmento de la entrevista transcrita realizada a la joven Ilse, explica por qué nunca me posicioné como una mera entrevistadora neutral, sino como una escucha activa y comprometida con las reacciones, emociones y situaciones que mis preguntas podían generar en los jóvenes.

Además de realizar trabajo de campo en el DIF, durante casi tres meses estuve trabajando con jóvenes de la Universidad Tecnológica de Cancún (UTC). En esta universidad se ofrecen carreras técnicas superiores y algunas licenciaturas, como Turismo, Gastronomía, Ingeniería en Sistemas, Mantenimiento Industrial y Administración de Negocios. Con la avenencia de la psicóloga de la UTC, expuse una presentación titulada “De la violencia y otros demonios. La violencia en la vida cotidiana de los jóvenes” a treinta grupos a lo largo de cuatro semanas. En esta exposición, en la que me presentaba como antropóloga y explicaba brevemente la investigación que estaba realizando, explicaba a los chicos la tipología de la violencia elaborada por la Organización Mundial de la Salud y los invitaba a reflexionar conmigo sobre qué es la violencia, por qué se generan

⁷⁰ Tres de estas entrevistas fueron con chicas internadas en la Casa de Asistencia Temporal (CAT) del DIF, a la que se hará referencia con mayor detalle en el capítulo 5. Ello resultó muy interesante, pues a partir de lo que me contaron pude registrar la experiencia de la violencia con una consecuencia tan radical como la reclusión en una institución, aunque sea de manera temporal.

situaciones de conflicto en las que se privilegia el uso de la violencia, a qué situaciones violentas han estado expuestos como jóvenes, etcétera. Al final les mostraba una serie de imágenes en las que aparecían jóvenes en situaciones de violencia y les pedía que en una hoja describieran una experiencia personal de violencia, cómo la habían enfrentado, cómo se habían sentido, si los había dejado marcados, etcétera. Esta hoja me la entregaban y, aunque el testimonio era anónimo, algunos se animaban a exponer su caso frente al grupo y se generaba cierto debate.

Finalmente, los invitaba a conversar conmigo de manera individual para realizar entrevistas a profundidad. En la UTC hice alrededor de quince entrevistas. Dos de los jóvenes entrevistados, una chica y un chico, acudieron en más de una ocasión, de manera que pude trazar su trayectoria de vida.

El tercer espacio de trabajo fue una ONG llamada Centro Humanista Integral de la Sexualidad para Adolescentes y Jóvenes (CHISPAS), único centro en el estado de Quintana Roo que realiza trabajo especializado en salud sexual y reproductiva y en educación sobre sexualidad para adolescentes. En CHISPAS existe un grupo de trabajo y discusión con jóvenes de la comunidad de lesbianas, gays, bisexuales y personas transgénero, en el que participé a lo largo de un mes escuchando diversas experiencias, algunas vinculadas a violencia, discriminación y rechazo. Del trabajo en CHISPAS se derivaron tres entrevistas a profundidad. Por su parte, en la Universidad del Caribe, institución pública de educación superior con prestigio en Cancún, coordiné dos grupos focales de discusión en torno a los temas de violencia en la vida de los jóvenes y de violencia en esta ciudad.

Por otra parte, resulta importante mencionar algunas cuestiones: la primera es que, a pesar de que la vía institucional para acercarme a los jóvenes fue central, también realicé aproximadamente diez entrevistas a chicos y chicas que contacté a través de conocidos y que, pese a vivir alguna situación de violencia, no habían pasado por una institución ni habían sido señalados por ésta como víctimas o victimarios. La segunda es que, además de las entrevistas individuales, conversé de manera informal con algunos de los chicos, especialmente con los del DIF; en tres casos incluso tuve la oportunidad de convivir con ellos fuera del espacio de la institución, en ambientes en los que se movían de manera cotidiana, como el templo, el supermercado y la fiesta. La convivencia fuera de la institución fue central para conocer cómo se desenvolvían en otros medios, de qué modo socializaban e incluso cómo era su relación con la familia y los amigos.

La escritura del diario de campo para tomar nota de lo ocurrido durante las entrevistas de primera vez y las terapias grupales en el DIF, así como los debates de los jóvenes en las universidades, también resultó muy importante. Además de las 57 entrevistas realizadas a jóvenes que habían tenido alguna experiencia de violencia, realicé algunas más a otros que no la habían sufrido de manera directa, pero que, por la zona en la que vivían o el trabajo que realizaban, tenían cierto contacto con ésta. Por ejemplo, entrevisté a un pasante de la licenciatura en Derecho que trabajaba en el Ministerio Público de Adolescentes y a un joven cristiano que vivía en una colonia especialmente conflictiva.

Finalmente, debo mencionar que realicé entrevistas a funcionarios y profesionistas que trabajaban en el área de atención a jóvenes vinculados con problemáticas de violencia, así como a maestros universitarios y representantes sociales. Algunos de los entrevistados fueron: la coordinadora del área de Psicología del DIF, la exdirectora del Programa de Atención a Menores y Adolescentes en Riesgo (PAMAR) del DIF, una médica perito del área de asuntos sexuales de la Procuraduría estatal, un policía municipal y la secretaria técnica de la Cámara de Hoteleros de Cancún, entre otros.

Espacios, jóvenes, violencias y malestares múltiples

La diversidad de los espacios donde se realizó trabajo de campo me permitió tener contacto con jóvenes que ocupaban distintos lugares sociales en Cancún. En el caso de los chicos y chicas del DIF, donde se trabajó con los participantes más jóvenes de esta investigación, la variedad de orígenes geográficos y sectores socioeconómicos estuvo acentuada por la preeminencia de chicos y chicas de los estratos más humildes. Aunque en este espacio institucional también se trabajó con jóvenes de clase media y mayores posibilidades para acceder a la educación, también fue en este contexto donde se encontraron los casos de mayores carencias económicas, educativas, de salud y afectivas. En general, los usuarios del servicio psicológico llegaban al DIF con una gran necesidad de contención emocional y con las experiencias más difíciles y traumáticas que escuché a lo largo del trabajo de campo. En este lugar, pues, fue donde detecté de modo más contundente las expresiones de los malestares sociales traducidas o vinculadas también con las más virulentas manifestaciones de violencias.

En el caso de los jóvenes, la primera vez acudían acompañados por un tercero —madre, padre, tutor, trabajadora social, abogada—, muchas veces en contra de su voluntad. Lo cierto es que, aquellos que eran constantes en su asistencia a los grupos de trabajo psicoterapéutico, muchas veces permanecían en él por convicción propia y lograban comprometerse con su terapia. De este modo se familiarizaban con las dinámicas de trabajo y con algunos conceptos de la terapéutica psicológica y, al mismo tiempo, iniciaban un proceso autorreflexivo, en ciertos casos de transformación.

En el caso de las universidades, en general los jóvenes entrevistados atravesaban por un periodo de sus vidas en el que la experiencia de violencia había sido superada en el tiempo y en el plano de lo traumático. Esto favorecía que contaran con un discurso más elaborado y refinado sobre las violencias que habían vivido, el modo en que les había afectado, los sentidos que le habían conferido e, incluso, las tácticas para conjurar su aparición en la vida futura. Sin embargo, en este contexto fue donde se detectó que el vínculo entre los malestares sociales y las expresiones de violencias se manifestaban en el ámbito más público —entre compañeros de escuela y trabajo, vecinos, migrantes, etcétera— que en el más privado, como el de la familia.

Finalmente, los testimonios de los jóvenes a quienes se contactó a través de amigos y conocidos casi siempre estuvieron más centrados en las apreciaciones sobre su contexto y las vivencias de los otros que sobre las propias. En ellos, el pudor a reconocer las violencias en sus vidas era mayor, aunque en algunos casos participaban de manera activa en la reproducción de ciertas violencias estructurales fundadas en la discriminación y la desigualdad. Sin embargo, en este grupo también hubo jóvenes que antes habían estado en alguna institución dedicada a atender violencias de diferentes tipos, lo cual les permitía reconocer y compartir sus experiencias.

Como puede apreciarse, la diversidad de espacios donde se investigó hizo posible ampliar el registro de vínculos entre los malestares sociales y las violencias en las vidas de los jóvenes habitantes de Cancún, así como los sentidos, explicaciones, justificaciones, condenas, emociones y secuelas que se ligan a los mismos.

Reflexiones en torno de las relaciones interdisciplinarias en la experiencia de trabajo de campo

Me parece pertinente concluir este capítulo con una breve reflexión sobre las implicaciones de realizar trabajo de campo en una institución como el DIF, pero sobre todo en el espacio propio de “otros disciplinares”, en donde el antropólogo representa una suerte de persona fuera de lugar, empeñada en pedir explicaciones, participar, saber y comprenderlo todo.

En el año 1955, el sociólogo canadiense Erving Goffman se internó voluntariamente durante un año en el Hospital Saint-Elizabeth de Washington, un inmenso psiquiátrico con más de siete mil camas. Aunque vestía como los pacientes, comía lo mismo y compartía dormitorio con ellos, gozaba de ciertos privilegios, pues podía recorrer todos los pabellones y entrevistarse ocasionalmente con el director, ya que Goffman no tenía un problema de carácter psiquiátrico, sino un interés sociológico: conocer la experiencia subjetiva de internamiento de los pacientes.

Mi interés por la experiencia subjetiva de la violencia en la vida cotidiana me colocó en una situación similar a la de Goffman, sólo que en mi caso la suerte de internamiento institucional que viví me permitió involucrarme no sólo con mi comunidad inventada de sujetos de estudio, los jóvenes que habitan en Cancún, sino también, y sobre todo, con una otredad distinta: la disciplinaria, representada por un grupo de especialistas en la ciencia hoy en día reconocida como la detentora del conocimiento experto en lo relacionado con lo mental, emocional y de la conducta humana: la psicología.

Durante casi seis meses, de lunes a viernes, de ocho de la mañana a dos de la tarde y una vez a la semana prácticamente todo el día, acudí a la Coordinación de Psicología del DIF municipal de Benito Juárez vistiendo una bata blanca. A lo largo de esos meses recibí y sellé carnets, estuve en un número infinito de terapias individuales y

psicoterapias grupales, asistí a los viernes de “sesión académica”, como le llamaban a la reunión de trabajo y entrenamiento psicológico, fui a un par de cursos sobre atención telefónica emergente en casos de crisis, participé en las sesiones informales en las que se comentaban los casos más críticos, desayuné, comí, cené y celebré con los psicólogos, pero también me sentí marginada. Me confronté y distancié de ellos varias veces, intentando reivindicar mi trabajo como antropóloga y mi postura frente a los usuarios del DIF, y cuestionando su práctica profesional, hasta que un día llegó más de una persona solicitando cita con la “psicóloga Perla”... y fue cuando caí en la cuenta de que, rodeada de batas blancas y a pesar de mis esfuerzos por diferenciarme de ellos, era percibida como parte de la comunidad de psicólogos.

Evidentemente esto potenció las suspicacias —éticas, metodológicas y epistemológicas— que tenía desde que inicié mi trabajo de campo en esta área. En el presente apartado desarrollaré algunas reflexiones sobre el modo en que se vio impactada la construcción de mi conocimiento etnográfico sobre las violencias y mi relación con los sujetos de estudio por mi vínculo con los psicólogos, así como por el modo en que experimenté un proceso de extrañamiento frente a una otredad disciplinaria.

Todo trabajo de campo exige seguir las reglas del espacio donde se realiza, sea éste una comunidad, un espacio religioso, un campo social o una institución. El uso de la bata blanca fue quizá la regla más desconcertante que tuve que acatar durante mi estancia en el DIF. Su uso, en parte, era un cuestionamiento simbólico a la presencia de un no psicólogo en el área de psicología, pero también en un espacio en el que dominaba una epistemología distinta, aquella que en las últimas décadas las instancias gubernamentales han privilegiado en la instrumentación de políticas públicas para explicar y prevenir la violencia o atender a víctimas y victimarios, la perspectiva de la violencia como un problema de salud pública, que debe ser estudiado y atendido por psicólogos, epidemiólogos, criminólogos y policías, pero no por científicos sociales.

No obstante, debo reconocer que en algún momento mi estrategia de supervivencia en un ambiente en el que la antropología resultaba inexplicable e invasiva consistió en adquirir una identidad disciplinaria diferente a la mía. Mi argumento de autoconvencimiento fue que, al ponerme en los zapatos de un psicólogo, podía aprender de ellos y de cómo, especialmente en un nivel metodológico, abordaban la subjetividad y trabajaban con las personas y sus experiencias de violencia. Por otra parte, como historiadora de formación consideré sensato otorgar un voto de confianza a lo que otras especialidades disciplinarias podían aportar a un estudio de carácter antropológico; después de todo, la antropología social desde sus orígenes se gestó muy cerca de otras ciencias, como la biología, la historia, la lingüística y la arqueología. Además, célebres antropólogas, como la norteamericana Margaret Mead o la mexicana Carmen Viqueira, originalmente psicólogas, escribieron interesantes obras de antropología en las que se debatían cuestiones de cultura y personalidad.

Así, mi diario de campo se empezó a llenar de términos que comúnmente escuchaba entre los psicólogos: sociópata, conciencia de enfermedad, enganche patológico, predisponentes, rasgos de personalidad, trastorno de ansiedad, recursos emocionales y aparato psíquico. En mi diario no sólo registraba los relatos de las personas que día a día escuchaba, también las explicaciones que los psicólogos me daban de los diferentes casos, así como los ejercicios que hacían con los “pacientes” para generar “catarsis” o “confrontarlos” con sus problemas. Sin perder de vista a mis principales sujetos de estudio, empecé a observar cómo se movían los psicólogos, el modo en que se dirigían a los usuarios, la modulación de su voz, el vocabulario que empleaban o las rivalidades que entre ellos existían. Procuraba preguntarles toda duda que tenía, y a los más cercanos les pedí de manera explícita que me enseñaran algunas técnicas con las que trabajaban.

Considero que la experiencia de asumir parcialmente una identidad disciplinaria distinta a la mía impactó sobre mi investigación etnográfica de dos formas: la primera está vinculada con la incorporación de la categoría “emoción” a mi estudio sobre las violencias, y la segunda tiene que ver con el modo en que había planeado observar y registrar las experiencias de violencia.

Respecto a la primera, en mis planteamientos previos, y basada en la lectura de distintas obras socioantropológicas, había pensado en la violencia como en una forma de socialización, un modo de resolución de conflictos vinculado a estrategias o mecanismos de dominio y control, incluso como una forma de regulación social, pero no había dado una real importancia a la base emocional que subyace a las distintas expresiones y padecimientos de violencia, no sólo en el nivel de las víctimas, también en el de los victimarios. Aunque podría parecer un camino evidente, hasta entonces no me había planteado pensar en las emociones como datos culturales que podían arrojar luz sobre el modo en que éstas justifican y explican las violencias, o bien como datos que hablan de las marcas subjetivas que una experiencia de este tipo puede producir. Esto, por otro lado, me ayudó a reformular y mejorar mi guía de entrevistas, que estaba muy inclinada a buscar que los jóvenes entrevistados racionalizaran sus comportamientos y reacciones al hablar de ellas, sin considerar que sería más interesante para mí que sus descripciones también incluyeran estados de ánimo, sentimientos y modos de expresión corporal.

Al comprender que la expresión emotiva puede indicar una manera personal, y por tanto social, de ver el mundo y estar afectado por él, también empecé a observar, escuchar y registrar las violencias de un modo distinto. Aunque las narrativas de los jóvenes constituían un material invaluable para mi trabajo, especialmente en los casos de violencia sexual, el despliegue de palabras que esperaba resultó escaso. En su lugar encontré muchas limitantes para que víctimas y victimarios representaran sus experiencias: silencios prolongados, narraciones interrumpidas, omisiones y expresiones emotivas y corporales, como risa, llanto, miradas esquivas, movimientos nerviosos, repetitivos o autoflagelantes... Como más tarde leería en un par de ensayos de la antropóloga

india Veena Das (1998, 2008a y 2008b), la capacidad de expresar a otros experiencias radicales de dolor, sufrimiento y violencia, encuentra límites en el habla cotidiana que, no obstante, se revelan y socializan en la expresión de emociones, en silencios o en ciertos comportamientos y decisiones.

De este modo, empecé a observar con mayor cuidado los cuerpos de los jóvenes al expresarse, los diferentes tipos de llanto o de risa, las anécdotas que me contaban y que aparentemente no tenían sentido o relación con mis preguntas, los dibujos que hacían o los momentos en que se involucraban con mayor entusiasmo en las actividades de las terapias grupales.

En la antropología contemporánea existen también otras propuestas que destacan la dimensión emocional de la vida social como un espacio que debe incluirse en el estudio de la otredad cultural. En esta dirección, una de las aproximaciones más audaces es la de Nancy Scheper-Hughes (1997), quien reflexiona sobre la tarea pendiente que tiene la antropología para plantear, junto al relativismo de la razón —cómo y por qué las culturas no occidentales piensan y razonan de modo diferente a como se hace en Occidente—, un relativismo moral que se preocupe no sólo por “[...] cómo los humanos ‘razonamos’ y pensamos, sino también de cómo actuamos los unos hacia los otros” (1997: 32). En este actuar hacia el otro está implícita una dimensión ética, pero también una estética, referida al orden de la sensibilidad y las emociones.

El interés por su trabajo, mi apropiación de su vocabulario disciplinar, así como mi disposición para ayudar en tareas como el llenado de expedientes y el sello de carnets, tuvo sus frutos: fui aceptada por la comunidad de psicólogos. Trascurrido un mes empecé a participar en las entrevistas de primera vez haciendo preguntas, a sugerir actividades y temas para tratar en el grupo de adolescentes, a participar en el grupo de pacientes en riesgo suicida, lo que al principio me había sido negado, a revisar expedientes clínicos, a hacer entrevistas individuales sin la supervisión de los psicólogos e, incluso, a entrevistar a los familiares de los jóvenes. En todas las entrevistas aclaraba que era antropóloga y les explicaba que estaba haciendo mi tesis y de qué trataba, especialmente para evitar que los jóvenes y sus familias generaran expectativas de esa entrevista y la entendieran como una forma de terapia. A pesar de ello descubrí que, incluso más que los propios jóvenes, los adultos que acudían al DIF, especialmente las mujeres, solicitaban hablar conmigo como psicóloga, me comentaban que les gustaba el modo en que los escuchaba y querían ayudarme en mi trabajo conversando.

Si bien debo reconocer que en este contexto vestir la bata al inicio me fue útil para contar con la confianza de las personas que acudían al DIF ya que normalizaba mi imagen con la de los psicólogos, con el paso del tiempo descubrí que mi posición de antropóloga declarada me proporcionó otras ventajas para conocer las experiencias de violencia entre los jóvenes, así como los espacios en los que se movían cotidianamente.

En el capítulo “Trabajo de campo y tradición empírica” de su libro *Antropología social*, Evans-Pritchard escribe que, a diferencia de los administradores y misioneros, el antropólogo no tiene estatuto legal o autoridad moral que defender, “no está entre los nativos para modificar su forma de vida, sino de manera más modesta, para estudiarla” (1978: 127-128), de manera que puede establecer una intimidad mayor con ellos, asemejárseles tanto como le sea posible y colocarse en su nivel. De hecho, una de las características disciplinarias más propias y defendidas por los antropólogos clásicos y contemporáneos es el afán por describir el funcionamiento de las sociedades o grupos sociales, sus instituciones y lógicas culturales, a partir de la sistematización del conocimiento de los propios nativos —sean éstos miembros de una comunidad real o imaginada, local, nacional o transnacional—, de modo que la generación de empatía es fundamental para lograrlo. Al respecto, el propio Evans-Pritchard escribió:

Puede considerarse que un antropólogo fracasó si, en el momento de despedirse de los habitantes de la región, no existe en ambas partes una profunda pena en la partida. Es evidente que sólo él puede establecer esta intimidad si logra convertirse en un miembro de la sociedad y vivir, pensar y sentir según su cultura, pues sólo él, y no ellos, puede efectuar la adaptación necesaria para que esto sea posible (Evans-Pritchard, 1978: 128).

Aun dentro del DIF, varios de los jóvenes notaban que yo no era una psicóloga, digamos, común, especialmente porque me interesaba por sus vidas más allá de la razón por la que habían llegado ahí. A veces les acompañaba a sus casas o trabajos y les preguntaba por sus gustos, intereses, malestares y sueños sin censurarlos. Aceptaba las invitaciones al templo religioso y a su colonia para verlos jugar al fútbol o llegaba con amigos a comer al restaurante donde trabajaban. Así, en las entrevistas que realicé, especialmente en aquellas en las que pude explicarles que era antropóloga, muchos de ellos me narraron sus vivencias sin buscar aprobación o temer reprobación, dejé de representar la figura de control y vigilancia del psicólogo, y me empezaron a ver como una persona que se interesaba en sus vidas, en saber cómo sentían, vivían y pensaban sin censurarlos.

Aunque los propios psicólogos reivindicaban la generación de empatía entre ellos y los “pacientes” para que el proceso terapéutico fuera efectivo, esta reivindicación estaba acotada a un espacio, el del consultorio o el salón de trabajo, y a una dimensión: la emocional. Los psicólogos siempre se colocaban como detentores de una ética, una cultura, una posición social y una racionalidad normativa superiores a las de sus “pacientes”, especialmente a las de los jóvenes y adolescentes. La coordinadora continuamente les recordaba que ejercían su profesión porque compartían un mundo emocional con sus “pacientes”, pero nunca se refirió al mundo social o cultural.

Así, después de un proceso de identificación nuevamente me distancié de los psicólogos; necesitaba diferenciarme de ellos para que mi investigación y mi relación con los jóvenes estuvieran marcadas por la distinción antropológica. Es cierto que dejé de sentir la necesidad de avalar mi presencia y que tuve más libertad para trabajar, preguntar, entrevistar e investigar, así como para dar mi opinión y hacer sugerencias, pero la mayoría de los psicólogos nunca se mostraron muy interesados en conocer el rumbo y contenido de mi investigación. En este sentido, mi pretensión mínima era modificar un poco la percepción que ellos tenían sobre los siempre llamados “pacientes”. ¿En qué medida lo logré? No tengo muchos indicios; quizá el más significativo fue que en una presentación institucional en el marco del proyecto para realizar la campaña municipal contra el suicidio la coordinadora comentó que la campaña en sí misma podría ser de gran utilidad, pero que en el ánimo de las personas también pesaba el contexto de la ciudad en la que vivían y, por tanto, se debían resolver varios problemas en tal dimensión.

En este sentido, en la historia de la antropología existen muchos ejemplos de cómo la intervención de los antropólogos ha contribuido a complejizar la imagen que otros tienen de los grupos sociales. Es paradigmático el caso de Gluckman y el equipo de antropólogos que participó en el Rhodes-Livingstone Institute, creado en 1938 por las autoridades coloniales de Gran Bretaña con el objetivo de contar con datos para hacer más eficiente y racional su administración.

En primer lugar, dieron mucha más importancia a la presencia del conflicto, latente o patente, en la vida social. En segundo lugar, caminaron hacia la superación de los estudios antropológicos centrados en un pueblo tribal. África había evolucionado mucho en cincuenta años de ocupación colonial y ya no era un territorio poblado por tribus consideradas salvajes. El desarrollo de las colonias, de sus ciudades, de sus explotaciones agrícolas controladas por europeos, y sobre todo de la minería, crearon una realidad nueva en la que miles de africanos abandonaron sus aldeas para instalarse en las ciudades como sirvientes, funcionarios, mineros, trabajadores portuarios o inmigrantes desarraigados atraídos por la promesa de una vida mejor. Basándose en ello, Gluckman insistió en que había que estudiar a los africanos no como miembros de tal o cual tribu —sin dejar de tener en cuenta este tipo de datos—, sino también como mineros, campesinos o inmigrantes. En este sentido, esperaba que los psicólogos fueran sensibles al contexto que compartían con los habitantes de Cancún, así como con su condición de migrantes que, en el caso de la mayoría de los psicólogos, también era compartida.

Por otra parte, y como mencioné antes, mi práctica etnográfica también recibió un impacto importante al verme entre batas blancas, pues constantemente surgía la necesidad de explicar qué era “lo social” de aquellas experiencias de violencia con las que trabajaba, y qué lo psicológico, aquello que, en principio, colocaba fuera de mi investigación. La búsqueda por intentar diferenciar los elementos de esos campos de conocimiento se ha resuelto en cierta medida con la lectura de la propuesta que, en *Reensamblar lo social*,

hace Bruno Latour, quien cuestiona el tradicional empeño de las ciencias sociales por demarcar un objeto propiamente social, cuando dicho afán podría estar centrado en la ampliación de ese objeto por “otra materia hecha de relaciones sociales”, de modo que la “sociología de lo social” se convierta en una “sociología de las asociaciones” (2008: 23-24). Según Latour, la característica más original de las ciencias sociales es su capacidad para “rastrear conexiones”, para establecer asociaciones “entre elementos heterogéneos”, dado que la importancia de esos vínculos está colocada justo en que constituyen “un tipo de relación entre cosas que no son sociales en sí mismas” (2008: 19).

Desde sus orígenes, la antropología intentó establecer estas conexiones al considerar que su objeto de estudio era la cultura como un todo; sin embargo, también construyó ese todo, al menos en su vertiente social, a los artificios y creaciones humanas. En este sentido, la propuesta de Latour consiste en trascender los ensamblados de lo social ya efectuados, e incorporar nuevos actores, hechos, objetos, grupos, contextos y tiempos que tradicionalmente no han sido caracterizados como sociales, sino como biológicos, naturales, tecnológicos, etcétera.

Así, una de las pretensiones de mi investigación ha sido ensamblar el mundo de las emociones y de la psique en una cadena de asociaciones que dote de sentido explicativo a los posibles lazos entre “malestares sociales” y las violencias como expresiones de los mismos, de modo que las fronteras entre el saber psicológico y el social-antropológico se desdibujen en la medida en que ambos saberes disciplinares conectados permitan explicar mejor el fenómeno de la violencia en la sociedad contemporánea. Por otra parte, este esfuerzo implica admitir que el conocimiento que se construye en la experiencia etnográfica tiene como coautores tanto a los sujetos con quienes trabajamos, como a los otros disciplinares con los que convivimos.

Por último, me gustaría hacer una reflexión sobre la experiencia de hacer campo en una institución, especialmente en el contexto mexicano. En sus orígenes y tradicionalmente, la antropología mexicana se ocupó del estudio de los grupos indígenas, de modo que el espacio donde se realizaba el trabajo de campo era el de la comunidad. Como historiadora de formación, la primera vez que me enfrenté a una experiencia de campo en la maestría busqué bibliografía para orientarme en una tarea que parecía complicada, trabajar en un contexto urbano, en la ciudad de México. Sin embargo, los textos que encontré, aunque útiles en cuestiones generales, no me daban muchas pistas de cómo moverme en un espacio diferente al de una comunidad pequeña.

En el caso de esta investigación busqué referentes bibliográficos que hablaran de experiencias de campo en contextos institucionales sin mucho éxito. Mi conclusión es que esta ausencia puede deberse a dos causas, ambas vinculadas al tipo de antropología que hacemos y escribimos en México: o bien en nuestro contexto nacional es más o menos inédito realizar trabajo de campo en instituciones, o a pesar de que se realiza no se han generado escritos en los que se reflexione al respecto. En el marco de mis

estudios doctorales realicé una estancia de ocho meses en la Universidade Estadual de Campinas y en el CEBRAP, un centro de investigación urbana en São Paulo. En ambos espacios descubrí que en Brasil, al menos en lo que respecta a la antropología urbana, la experiencia de hacer trabajo de campo en instituciones es mucho más frecuente, en parte porque es común que los programas municipales de atención social los planeen y lleven a cabo asociaciones ciudadanas contratadas por instancias públicas que forman parte del gobierno, al menos en el estado de São Paulo.

Las propias asociaciones civiles que tienen a su cargo programas de atención a las *moradores* o niños de la calle reciben sin muchos problemas a los antropólogos e, incluso, los integran a sus agendas de trabajo. Así, en general pude observar que la presencia de sociólogos y antropólogos en estos espacios no es recibida con temor, recelo ni desconocimiento del modo en que pueden colaborar en la resolución de las problemáticas sociales. De hecho, mi percepción es que parte de la formación de un antropólogo en tierras brasileñas consiste en tener alguna experiencia en proyectos de antropología aplicada o colaborativa. En este sentido, parecería que el Estado y la antropología tienen un acercamiento que hace ya varias décadas se ha perdido en México, donde la relación entre las asociaciones ciudadanas y el Estado parece ser más de confrontación que de colaboración.⁷¹

Por otra parte, los antropólogos que trabajan en Brasil lo hacen de manera más frecuente en equipos interdisciplinarios. Me pareció pertinente finalizar este capítulo con la presente reflexión porque se relaciona con la experiencia de hacer investigación etnográfica junto con otros especialistas no antropólogos, y con un proceso de construcción del conocimiento que inevitablemente pone en diálogo y confronta distintos saberes sobre la sociedad. La experiencia de internamiento del propio Goffman de la que inicié hablando, tan característica de un interaccionismo microsociológico, estaba inserta en un proyecto de investigación más amplio que consistía en la organización de un laboratorio de estudios socioambientales que el Instituto Nacional de Salud Mental encargó al sociólogo John Clausen.

Así, a la constante reflexión sobre el modo en que se construye conocimiento etnográfico teniendo como telón de fondo nuestras relaciones con los sujetos de estudio, creo fundamental sumar otras vinculadas a nuestras experiencias en campo, como el *locus* donde lo llevamos a cabo y los “otros disciplinarios” con los que convivimos y que impactan sobre la forma en que abordamos nuestras investigaciones.

⁷¹ Me parece interesante agregar que en Cancún sólo detecté una asociación civil cuyo foco de atención eran los jóvenes: CHISPAS.

Capítulo 4

Violencias y malestares sociales entrelazados: el continuum de las violencias en el cotidiano de los jóvenes

*...we try to apprehend this place where the story
and the history become part of each other.*

Fassin, Le Marcis y Lethata, *Life & Times of Magda. Telling a Story of Violence in South Africa*

Los estudios sociales modernos sobre la urbe se gestaron motivados por “la irrupción de formas espaciales inéditas”, en un “escenario que prefigura la ruptura de las viejas ciudades mercantiles y el crecimiento explosivo de las ciudades industriales” (Cajas, 2009: 60). Los fundadores de la Escuela de Chicago fueron testigos del proceso de urbanización capitalista y de cómo éste generaba un espacio de interacción social peculiar en el que la inmigración en grandes oleadas, la diversidad étnica y las nuevas relaciones laborales favorecieron una suerte de “desorganización social” y reestructuración de los lazos sociales entonces fracturados. Justamente los sociólogos de Chicago se ocuparon de los fenómenos relacionados con las consecuencias de dicha desorganización a nivel social, aun cuando se expresaban en los individuos: las llamadas conductas desviadas y delictivas que daban cuenta de la ruptura del contrato social tradicional.

A finales de los años treinta Louis Wirth, precursor de la Escuela, en su artículo “El urbanismo como forma de vida” sostenía que las relaciones en la vida del hombre ciudadano se distinguían por tres elementos: la superficialidad, el anonimato y la transitoriedad. Dada la heterogeneidad y la densidad poblacional, apuntaba Wirth, en el mundo urbano: “Característicamente nuestros contactos físicos son estrechos pero nuestros contactos sociales son distantes” (2005: 7-8). Al respecto el autor agregaba: “Bajo estas circunstancias, es de esperar que la desorganización personal, el trastorno mental, el suicidio, la delincuencia, el crimen, la corrupción y el desorden prevalezcan con más fuerza en la comunidad urbana que en la rural” (2005: 12). Desde la perspectiva de Wirth, una de las maneras de menguar esta condición anómica de los individuos urbanos se empezaba a desarrollar con la constitución de una multiplicidad de “organizaciones voluntarias

dirigidas a una gran cantidad de objetivos como necesidades e intereses humanos existen”, en las cuales se formaban nuevos lazos, ya que las maneras tradicionales de formarlos estaban desapareciendo.

En la segunda mitad del siglo XX surgió otra forma espacial inédita en la geografía mundial: la de las localidades y las ciudades turísticas. Como ya se ha tratado en el capítulo 2, el impulso que las organizaciones internacionales dieron al turismo, en el contexto de una economía que se configuraba globalizada, fue de gran relevancia. Así, ciudades manufactureras en decadencia, como Nueva York, fueron objeto de una enorme inversión con el fin de convertirlas no sólo en espacios de consumo, sino en espacios-mercancías. Con Nueva York se inauguró la producción de ciudades-marca, promovidas como destinos turísticos con un sello característico, en este caso a través de la creación de la industria cultural neoyorkina.

En México, la primera expresión del fenómeno de la ciudad neoliberal o ciudad-marca no fue la refuncionalización de un espacio ya existente, sino la construcción de uno: Cancún. Antes se ha abordado desde una perspectiva más estructural cómo se planeó, construyó y desarrolló esta ciudad de servicios turísticos, pensada como un paraíso caribeño. En este capítulo se dará cuenta de algunas de las nuevas formas de relaciones sociales y de vida construidas en este espacio, especialmente aquellas que se vinculan con los malestares sociales y las violencias experimentadas por los jóvenes. A lo largo de este capítulo intentaré sostener y demostrar, tal como lo he planteado desde el inicio del libro, que existe una relación cercana entre el tipo de espacio social que se habita, los malestares socializados en las subjetividades que en él se construyen y las violencias producidas, reproducidas y socialmente legitimadas.

En este sentido, se hace evidente la complejidad en la caracterización y abordaje de las violencias desde una perspectiva alejada de la cotidianidad de quienes la experimentan, ya que difícilmente pueden identificarse todas y cada una de sus manifestaciones y avatares de modo unívoco. En cambio, el trazo de los puentes que vinculan los malestares sociales presentes en las vidas de los jóvenes cancenenses y las experiencias que ellos mismos enuncian como violentas en sus trayectorias biográficas, ilustrarán de manera elocuente las distintas cualidades que pueden aparecer en lo que se percibe como violento.

Como ya se ha mencionado, las clasificaciones y tipologías de la violencia abundan. Prácticamente cualquier tratamiento del tema presenta algún intento o propuesta para reconocer, enunciar y organizar la diversidad de violencias existentes o percibidas, ya sea por los niveles, los espacios o ámbitos en los que ésta es ejercida —estructural, política, cotidiana, laboral, callejera, escolar, familiar, institucional—, a partir de las víctimas o victimarios que la ejercen o padecen —de género, juvenil, infantil, sistémica, interpersonal, autoinfligida, racista, colectiva, homofóbica, policial—, o por su función instrumental —simbólica, represiva, revolucionaria, utilitaria, expresiva, económica, delictiva, terapéutica, fundadora, disciplinaria, suicida—.

Aunque en el presente texto se hará uso de muchos de estos tipos clasificatorios de las violencias que dan cuenta de algunas de sus cualidades, resulta necesario recordar que, como se señaló en el capítulo I, se parte de una concepción de la violencia como un *continuum* (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004), es decir, más que como un acto o expresión aislada, como un proceso que no se explica sino en función de sus conexiones con el espacio donde es producida, el agente de cualquier naturaleza que la ejerce, las circunstancias socioculturales en las que se presenta, la historia personal, social e incluso psicológica de la víctima, su relación con otras violencias experimentadas, etcétera.

A partir de los testimonios de los más de sesenta jóvenes que participaron en esta investigación, a continuación se plantean ciertas asociaciones entre los nuevos malestares, tensiones y dilemas de la sociedad contemporánea, concretamente la cancenense, y las expresiones de violencia a través de las cuales son resueltas, manifestadas o enfrentadas por sus jóvenes habitantes. En este mismo sentido, se pretende dar respuesta a algunas de las preguntas formuladas al principio de la investigación, tales como: ¿cuál es la relación entre la forma en que un joven experimenta y significa una situación de violencia y la lógica de producción y reproducción de tal situación en su vida?, ¿cómo se construye la subjetividad de un agente o de un sujeto de violencia? y ¿de qué manera incide la experiencia de la violencia en la construcción biográfica de estos jóvenes?

Si el *continuum* de las violencias en las sociedades contemporáneas puede interpretarse como una serie de expresiones individualizadas en la resolución o canalización de nuevas tensiones y malestares sociales que impactan en la subjetividad de los individuos, es posible considerar la importancia que ésta tiene, no tanto en la destrucción del lazo social sino, más grave aún, en su reconstrucción y reconfiguración entre los individuos jóvenes.

De este modo, si para Wirth la superficialidad, el anonimato y la transitoriedad eran las características de la vida urbana moderna, la radicalización de estos rasgos y la suma de otros, como la incertidumbre, la ambigüedad, la indiferencia y la individualización, son los elementos que constituyen algo así como la naturaleza urbana de la modernidad tardía en los tiempos del capitalismo flexible. A continuación se abordan dichos procesos inscritos y encarnados en las biografías y los cuerpos de los jóvenes cancenenses.

La incertidumbre, la transitoriedad y la ambigüedad del sistema: violencia estructural, simbólica y relaciones distantes

La industria del turismo se sostiene, entre otras cosas, en su capacidad para ajustarse a los vaivenes de la economía; en su flexibilidad para acomodarse a la exacerbada demanda de las llamadas “temporadas altas” y a las exiguas reservaciones durante las “temporadas bajas”, movilizándolo y desmovilizándolo para ello de forma casi instantánea mano de obra; en su oferta de “contratos de placer, entretenimiento y confort” por cortos periodos de

tiempo, y en su habilidad para crear una imagen amigable ante el cliente, aunque en realidad persiga una relación puramente mercantil y transitoria. Esta dinámica es la que se impone en una ciudad que, como Cancún, nació para y por el turismo, un espacio en que el carácter de las relaciones es, casi por antonomasia, transitorio.

Aunque muchos de los primeros migrantes, es decir, los miles de obreros que construyeron la ciudad, se asentaron de manera permanente en ella con sus familias nucleares, e incluso a veces con una parte de las extensas, raramente rompieron con los lazos que los unían con sus lugares de origen, a los que viajaban y continúan viajando con la frecuencia que les permiten su economía y las distancias territoriales. Entre los pobladores de Cancún, sobre todo entre los mayores, difícilmente se escucha decir a alguien que desea morir en esta ciudad; por el contrario, los hombres y las mujeres que rebasan los 50 años con frecuencia comentan que con los ahorros de su vida quieren regresar a sus pueblos para llevar una vida más tranquila y alejarse de un espacio urbano que se percibe cada vez más violento. No obstante, el proyecto de retorno a los lugares de origen con frecuencia se posterga por diferentes razones: las familias buscan trabajar un poco más para continuar ahorrando pues saben que en ningún otro lado encontrarán la oferta laboral de Cancún, las familias nacientes formadas por sus hijos se convierten en una suerte de ancla, o bien nunca consiguen ahorrar lo suficiente para construir un patrimonio que les permita regresar a sus comunidades, entre otras razones porque los patrones de consumo en la sociedad cancenense son muy elevados, tal como afirman los propios cancenenses al señalar que “aquí se gasta como se gana”.

No obstante, la identificación con Cancún es menor a la que estos primeros moradores tienen con los lugares de los que provienen, ya que la urbe turística fue pensada por ellos como un lugar de tránsito al que iban a trabajar por una temporada y en el que no se establecerían de manera permanente. Esto no ocurre con los jóvenes nacidos en Cancún, para quienes la realidad de su ciudad natal es la única que conciben. Sin embargo, esta percepción sí es compartida con otro grupo, el de los jóvenes migrantes que decidieron vivir sólo de manera temporal en Cancún. Para estos jóvenes, su paso por la ciudad es una especie de tránsito estratégico, planeado como una alternativa de estudio y formación profesional, pero no como un proyecto de vida o de residencia permanente.

Yo nada más vine a Cancún a estudiar, porque aquí estaba la carrera que quería en una universidad pública [Hotelería y Turismo en la Universidad Tecnológica de Cancún], además es un buen lugar para hacer las prácticas y contar con experiencia. De hecho, un tío vive aquí y trabaja en un hotel. Entonces, él me ha contactado con la gente de mi área. Pero cuando termine la carrera, ya nada más son tres de los cuatro años, mi idea es irme a Canadá a estudiar gastronomía, y realmente donde quiero vivir y trabajar es en España, tengo amigos allá. Es pasajero aquí, nada más

para darme un impulso y seguir. Es bonito para visitar y estar un rato acá, pero yo pienso que no para vivir. ¿Por qué? Pues, por poner un ejemplo, vino un primo de Los Ángeles y fuimos a dejar a unas amigas a un fraccionamiento, eran como las dos de la mañana y le dije a mi primo que tomáramos un taxi, pero él quería caminar y unos tipos intentaron asaltarnos, pero pasó una patrulla y ya no se pudo. Eso en Coatzacoalcos [lugar de origen del entrevistado] no pasa, es más tranquilo, yo he caminado por allá a las cuatro, cinco de la mañana, y nada, hay menos malicia que aquí en Cancún.

La visión de este joven estudiante de 20 años, de clase media y con aspiraciones profesionales, coincide con la de una compañera suya en la propia UTC originaria de un pueblito de Veracruz, de un estrato social más modesto, estudiante de Gastronomía. Al ser cuestionada sobre su futuro en la ciudad, respondió:

No me gustaría quedarme a vivir en Cancún porque pienso tener un hijo, y para educar a un hijo es un lugar muy feo, porque a lo mejor te la pasas trabajando todo el día y no lo ves. O sea, yo no quiero ser millonaria, como mis amigos, que quieren ser chef de un crucero o así. No quiero darle mi trabajo a otros para que sean ricos, yo quiero tener tiempo y dinero para mi familia. Entonces he pensado, pues no sé si regresar a Veracruz, yo creo que sí, pero no a mi pueblo, y poner un negocio de comida o repostería.

Respuestas similares dieron otros jóvenes estudiantes provenientes sobre todo de Yucatán y Veracruz. La mayoría de ellos migraron solos, aunque algunos contaban con un pariente más o menos cercano que vivía en Cancún, con el propósito de estudiar alguna licenciatura vinculada a la industria turística para luego regresar a sus lugares de origen o trabajar en alguna otra ciudad del país. En estos jóvenes se percibe como una constante: por un lado, la resistencia a adoptar ciertas prácticas y costumbres de sus pares nacidos en Cancún —o que llegaron con sus familias siendo muy pequeños— y, por el otro, el desconcierto en distintos grados frente a las conductas cotidianas y el modo de vida de sus congéneres.

Ya me acostumbré a vivir aquí, no me costó mucho trabajo, yo creo que porque ya conocía antes, había venido varias veces de vacaciones y a visitar a una amiga. No me fue difícil hacer amigos en Cancún, pero sí tienen una manera de pensar diferente a la que yo estoy acostumbrada, como que son más liberales, más de que para ellos no hay nada nuevo y así. En cambio, mis amigos de Mérida son de cierta manera, sí son liberales y de mente abierta, pero sí hay cosas que pasan, o sea, que se restringen y no hacen. Por ejemplo, aquí hablan muy abiertamente de drogas, así de que mi vecino

vende y donde quieras ¿no? En cambio en Mérida es muy tapado eso, y pues generalmente mis amistades nunca han consumido, o uno que otro y fue así muy rápido, una vez y ya, en cambio aquí sí son más de que ahí traigo, o traía, o cosas así. No es que haya mucha diferencia entre los chavos de Mérida y Cancún, siempre va a haber de todo, buena onda y patanes. A lo mejor nada más que aquí son más fiesteros, más disco, disco y sólo disco, en cambio allá haces otras cosas, como ir al cine, a caminar al centro, a la plaza y así.

A pesar de las diferencias que encuentran en las formas de vida en Cancún en comparación con la de sus lugares de origen, los jóvenes migrantes consiguen adaptarse a la cotidianidad de la ciudad. Sin embargo, el conflicto y la confrontación no están ausentes y, como lo muestran los siguientes testimonios, impactan por igual tanto a los jóvenes migrantes como a los que han nacido o crecido en Cancún y que son llamados “locales” u “originarios” de la ciudad. Ambos grupos también perciben en la heterogeneidad y la distinción poblacional una fuente de conflicto y confrontación.

Sí, extraño mucho a mis amigos de Mérida y a mi mamá. Precisamente por como son aquí siento que se me hace más difícil confiar [...] de hecho son más liberales y, no sé, no tienen esa mentalidad de que la familia primero y los amigos, y siempre estar a espaldas del otro, cuidarlo, y en Mérida siempre hablamos de que “ven a mi casa a conocer a mi familia”, y hay fiesta con familia y te vuelves amigo de toda la familia, ¿no?, y aquí no. Y, pues eso sí, como que me da miedo porque yo me pregunto qué valores tienen, qué manera de pensar, entonces como que yo sí me limito (mujer, 19 años, Mérida, UTC, estudiante de Hotelería).

Lo que me gusta de Cancún es la pluriculturalidad, la naturaleza y la cultura. Aunque, bueno, también parte de lo que no me gusta es la misma pluricultura, o sea, que llega gente de allá, de aquí y de todas partes, y traen sus ideologías y empiezan a cambiar la cultura de otros, y empieza a haber más vandalismo, más inseguridad. Lo que me preocupa mucho es la expansión. Vienen mucho del sureste, o sea, son tabasqueños, chiapanecos, campechanos, pero también he conocido gente del norte, de Monterrey, pero sí, mayormente son de Tabasco [...] no me gusta generalizar, pero hay veces que los tabasqueños tienen un carácter muy explosivo y son muy grilleros, pero a veces no son el verdadero problema, el problema es cuando estás dentro de una sociedad y hay que hacer juntas y todo eso. Pero, cuando se trata de vandalismo y todo eso, yo me he tomado que son más del centro de la República, del D.F., son chilangos. No me gusta generalizar, pero viendo a las personas que conozco, así es (hombre, 19 años, Yucatán, vive en Cancún desde los 4 años, UTC).

La estigmatización recíproca entre los jóvenes migrantes y los locales puede permanecer latente, pero también generar ambientes de franca confrontación violenta en diversos grados en ciertas ocasiones.

Los conflictos son el pan de cada día en el restaurante, es diario. Obviamente, cada quien tiene diferentes humores, diferente forma de pensar, diferente carácter y diferente educación, entonces es algo que choca diario. El ambiente del restaurante es muy estresante, es muy ajetreado [...] Como soy mesero, tienes que estar en diálogo constante con la gente y con tus compañeros de trabajo que vienen de todos lados del país y que muchas veces te van a ofender o agredir, porque ellos están en lo mismo de que son muy diferentes (hombre, 17 años, Estado de México, estudiante de bachillerato y mesero).

Tal como se observa en los párrafos anteriores, la percepción general de los jóvenes respecto a la diversidad de procedencias e idiosincrasias, que uno de ellos define como “pluriculturalidad”, es tirante y volcada a situar en el “otro-par” el principio de todo mal: el vandalismo, la ociosidad, el libertinaje, la indiferencia y la mezquindad. A pesar de que habitan en un mismo espacio físico, los jóvenes no comparten un espacio de identificación en el que el bienestar propio sea concebido como el bienestar común, por el contrario, el malestar de todos parece ser lo único compartido.

En el capítulo I se hizo referencia a los términos “desmodernización” y “desinstitucionalización” que Alan Touraine (1997) emplea para referirse tanto al debilitamiento, como a la pérdida de vigencia de las instituciones y normas sociales en la sociedad contemporánea. En esta dirección, Touraine explica que las sociedades en las que coexisten varias conductas culturales generan un entorno de sensaciones ambiguas en el que se experimentan por igual la angustia y la libertad. Eufemísticamente calificadas como “tolerantes”, un rasgo de este tipo de sociedades parece ser la ausencia de la integración entre lo diverso, es decir, su incapacidad para hacerse de una identidad propia recuperando elementos significativos de esa diversidad. En el caso de Cancún, los reanclajes identitarios comunes aún son escasos e insuficientes, especialmente para integrar con cierta rapidez a los nuevos migrantes.⁷² Así, por ejemplo, uno de los jóvenes

⁷² La Asociación Civil Pioneros de Cancún se creó en la década de los noventa con el fin de “conservar y fomentar las raíces de la fundación de Cancún, así como divulgar los hechos históricos relevantes, buscando una identidad cancanense que se dificulta debido a la diversidad de culturas y personas que habitan en la ciudad”. Los miembros fundadores de la asociación forman parte de la élite de los primeros migrantes llegados a la ciudad: ingenieros, arquitectos, empresarios, administradores de hoteles. Las actividades que realizan son básicamente eventos cívicos y sociales, como el Desfile de la Identidad. Su principal órgano de difusión es la revista de publicación mensual *Pioneros, Pasado y Presente de Quintana Roo*, fundada por Francisco Verdades Ortiz. Aunque esta asociación tiene cierto

arriba citados afirma, de manera políticamente correcta, que aquello que le gusta de Cancún es la pluriculturalidad, para de inmediato aclarar que la encuentra más bien problemática, ya que resulta muy complicado que aquellos que llegan “de allá, de aquí y de todas partes” consigan conciliar sus diferencias en la convivencia del día a día.

Anteriormente también se abordó el planteamiento de Bauman sobre el turista y el vagabundo como figuras metafóricas de la sociedad contemporánea, que refieren a los extremos de dos polos: por un lado, el de la libertad de movimiento y elección expresada al máximo y, por el otro, el del desarraigo obligado, el de la movilidad —casi expulsión— forzada y no elegida (Bauman, 1997: 116). Los jóvenes que habitan y transitan por Cancún ocupan distintos espacios en esta línea continua que existe entre turistas y vagabundos: en uno de los extremos están los *spring breakers*, mientras que en el otro se ubican los migrantes rurales e indígenas que, frente a la falta de desarrollo en sus comunidades de origen, se ven obligados a migrar temporal y pendularmente a urbes como Cancún.

En este *continuum* están presentes los chicos que encuentran en esta ciudad un espacio de crecimiento y deciden instalarse en ella mientras dura su proceso formativo profesional, para luego hacer una nueva elección y continuar su camino. Su estancia en Cancún no es más que una posibilidad que les permite proseguir un itinerario que van eligiendo. Pero también están los jóvenes que fueron llevados por sus familias en la búsqueda de mejores condiciones de vida y tienen como puerto final de llegada y establecimiento Cancún. Su permanencia en esta ciudad no responde tanto a una elección como a una necesidad.

Las tensiones generadas por estas diferencias en las posibilidades objetivas de elección, tan subrayadas por los jóvenes, se manifiestan en distintos espacios de sus vidas cotidianas, como el escolar y el laboral. En este último, como se aprecia en el testimonio arriba citado, la confrontación frontal, que desencadena “ofensas y agresiones” entre compañeros, se hace manifiesta en la competencia por el trabajo. Por otro lado, las dinámicas de sociabilidad en el ámbito laboral no sólo están regidas por la necesidad de convivencia entre diferentes, sino también por la dificultad, impuesta por las propias políticas de trabajo, de establecer vínculos constantes y duraderos entre los propios trabajadores, mayoritariamente jóvenes. En este sentido, uno de los entrevistados manifestó su malestar frente a una experiencia de trabajo en la que la movilidad era una condición ineludible.

Mis papás se molestaron porque renuncié supuestamente a un buen trabajo, según ellos, que para mí estaba “del nabo”. Entonces, supuestamente ellos tenían la visión

prestigio entre los habitantes de Cancún y muchas de sus iniciativas tienen buena recepción social, no cuenta con un programa amplio de integración social entre los diferentes sectores y migrantes de la ciudad. Como ya se apuntó, las iniciativas que promueve son básicamente sociales.

de que era un buen trabajo e iba a salir adelante, o sea, me tocaban 360 pesos semanales. Es un ambiente chido porque son puros chavos, pero cuando te van cambiando de tienda, ahí ya no te gusta, te cambian cada mes. Entonces yo ya llevaba un año ocho meses, y yo estoy acostumbrado a que entro a un lugar y ahí me gusta quedarme, no me gusta que me estén cambiando de lugar; o sea, me hago amigo fácilmente, pero si me van a cambiar a otro lugar, ya no me gusta (hombre, 17 años, México D.F., DIF).

Otra cosa que no me gusta de Cancún se puede decir que es la inestabilidad, en cierta forma, porque mucha gente llega y se va, o sea, vienen y trabajan un rato y *bye*, se van, no es como en el D.F., que conoces personas de toda la vida. No, aquí llegan y se van, se mueven a otro lado, entonces hay bastantes personas así como inestables, que se mueven mucho, pero de ahí en fuera todo bien. Hay veces que te llevas bien con unas personas y de repente ifum!, se van. Entonces empiezas otra vez de cero, o sea, tu núcleo de gente de repente todos se van (hombre, 16 años, Estado de México).

En lo narrado por estos jóvenes se encuentra una valoración de la estabilidad de las relaciones y un malestar por la imposibilidad de establecerla. La movilidad propia de una ciudad de migrantes es acentuada por las imposiciones de una dinámica laboral en la que imperan la flexibilidad y otros rasgos que suelen acompañarla, como la transitoriedad, la incertidumbre, el riesgo o la exigencia para “empezar de cero” y reinventarse. Ya que el mercado laboral flexible no crea espacios comunes donde establecer relaciones duraderas, los jóvenes buscan lazos permanentes en diferentes espacios. En la convivencia con sus pares, los jóvenes también vislumbran una posibilidad de reanclaje y de construcción de lazos en los que la fiabilidad y la confianza estén presentes, pero nuevamente se encuentran con la dificultad de hacerlo en un contexto en el que muchos de los lugares donde “ocurre la vida” son de carácter transitorio, como las fiestas nocturnas, comúnmente conocidas en el argot juvenil como *parties*.

La verdad, aquí en Cancún, encontrar un amigo, una amistad sincera, es muy difícil. En el mundo de la fiesta, así lo llamo, te puedes encontrar gente que siempre va a estar ahí, pero de eso a que lo llamemos que sean tus amigos, eso es muy aparte. La gente aquí no sabe realmente lo que es una amistad ¿no? Una amistad como tal es difícil, pero sí puedes llegar a llevarte bien con la gente (mujer, 17 años, México D.F.).

Pues sí, tengo muchos amigos y amigas también. [¿Cuándo tienes algún problema acudes con ellos?] No, bueno, lo que pasa es que son amigos que uno conoce en las

parties y así, de reventar, para pasar bien el rato, pues, de cuates. Con ellos te diviertes, tomas, pero tanto así como compartir problemas o encontrar un respaldo, pues no, eso sería con un amigo o amiga de verdad, creo que sí tengo una, es que las mujeres te escuchan más (hombre, 18 años, Cancún).

Aquí en Cancún no es que la gente sea liberal, sino que hay mucho libertinaje. Como viven en un mundo, bueno, yo lo catalogo así, es un mundo muy superficial aquí, o sea, todo es estatus, todo es ganarte un lugar en la sociedad, es un mundo muy superficial el de los chavos. Para mí la superficialidad es que viven en un mundo bastante falso, de que se sienten muy importantes por tener dinero o amigos o estatus, pero no es cierto, es más la conveniencia. De hecho, la clase social más superficial es la clase media y la alta. Hay chavitos de 15 años que ya tienen un mundo en la cabeza de pura superficialidad y estatus. Sí me desenvuelvo entre ellos aunque guardo mi distancia, no comparto bastantes ideas con ellos, no confío en ellos y difícilmente los podría considerar como amigos de verdad (hombre, 16 años, Estado de México, contacto personal).

Frente a la dificultad de hacer “amigos de verdad”, los jóvenes encuentran condiciones que favorecen relaciones de tipo transitorio y superficial, tanto en su día a día como en momentos que, cíclicamente, irrumpen en la vida de esta ciudad turística, como es la temporada de *spring breakers*.

Pues es muy común aquí ir a las *parties* y encontrarse con chamacos para pasar el rato, así, platicar, bailar, a veces hasta darse unos besos y ya. A veces nunca los vuelves a ver, otras sí pero ya no te hablas con él de nuevo, o lo ves con otra chamaca o él a ti, o sea, es muy, cómo decirlo, cambiable (mujer, 15 años, Cancún).

La gente de aquí que trabaja en la zona hotelera sí maneja el inglés, pues me ha tocado ver que a las chavas del gabacho les gustan los chavos de aquí; ya sabes que los *spring breakers* vienen a reventarse, entonces las chavas de allá buscan mucho chavos de aquí. ¿Por qué?, no sé, porque la verdad los de aquí no son muy agradados, pero si saben inglés, pues sí tienen ese contacto más superficial, como más sexual, ¿no?, pero es pasajero (hombre, 16 años, Veracruz).

Es que hubo algo entre una compañera y yo, pero no fue, nada más éramos amigos, andábamos en el salón pero nada más, como amigos con derechos, y ahorita ya ni le hablo yo ni ella me habla. Estamos en el salón y ni nos volteamos a ver (hombre, 20 años, Veracruz, estudiante de Hotelería y Turismo, UTC).

Además de la fugacidad de estas relaciones, otro rasgo que aparece en las formas de vincularse entre los jóvenes cancenenses es la ambigüedad, que también puede ser interpretada como ambivalencia. Zygmunt Bauman escribe respecto a ésta: “La ambivalencia, la posibilidad de referir un objeto o suceso a más de una categoría, es un desorden en la especificidad del lenguaje: un fracaso de la función denotativa (separadora) que el lenguaje debiera desempeñar. El síntoma principal es el malestar profundo que sentimos al no ser capaces de interpretar correctamente alguna situación ni de elegir entre situaciones alternativas” (2005: 19).

Si la ambigüedad es la imposibilidad de clasificar o nombrar inequívocamente algo, ésta aparece con regularidad cuando se presentan fenómenos inéditos que no caben en ningún cajón categorial. Para Bauman, la modernidad fue “una era de combate encarnizado y despiadado contra la ambivalencia” (2005: 19), pues uno de sus principales afanes consistió en la ordenación de lo social para su correcta administración. En la modernidad tardía, en su *nomos* diluido, emergen situaciones y formas de relacionarse que no es posible catalogar con el vocabulario conocido, sólo se nombran a partir de lo que no son, empleando categorías preexistentes.

Pablo no es mi novio, pero andamos de la mano porque él me cae bien, pero casi no lo conozco ni me gusta. Yo me acerqué a él, él es muy callado. Me llamó la atención porque es sureño, o sea, de una banda que es de puros cholos. Yo soy de otra que se llama MLK, o sea, Morros Locos Clandestinos. Pero sólo somos como amigos lejanos aun que andemos de la mano. Ni siquiera es un *free* (mujer, 16 años, Cancún, DIF).

Tradicionalmente el contacto físico, como andar de la mano, es revelador de un lazo íntimo, de confianza o, al menos, implica el reconocimiento de un vínculo específico. Sin embargo, en lo arriba expresado por la muchacha esta práctica no permite clasificar el ambiguo lazo que une a los dos jóvenes que van de la mano y, mucho menos, enunciar si hay algún tipo de compromiso entre ambos. Como se mencionó anteriormente, parafraseando a Bauman, parece que en la sociedad contemporánea, tan elocuentemente manifiesta en Cancún, el contacto de los cuerpos está dispensado de cualquier otro lazo a mediano o largo plazo, de modo que el sexo es cada vez menos un pegamento en la estructuración de relaciones perdurables y se constituye como parte de la incesante actividad de consumo y “acumulación de sensaciones” (Bauman, 2007).

Parte del propio espacio urbano de Cancún entraña esa ambivalencia: la zona hotelera, ya que se presenta como una “falsificación verdadera”, una hiperrealidad propia de las “ciudades simulacro” descritas por Edward Soja. En estos espacios no sólo se persigue crear lugares inexistentes en la realidad, sino también estilos de vida, formas de habitar y una cultura de la cotidianidad en los que se infiltra la simulación y la preeminencia de lo aparente. Para los jóvenes cancenenses la zona hotelera

representa además un espacio de confort y lujo próximo espacialmente, pero lejano como posibilidad objetiva de su disfrute.

Esteban llegó al DIF solicitando apoyo psicológico. Tiene 27 años y es originario de Campeche. Hace once años llegó a vivir a Cancún acompañando a su familia nuclear, pues uno de sus hermanos encontró un buen trabajo. Se dedica a dar terapias de rehabilitación física y deportiva. Cuando el psicólogo le preguntó por qué había solicitado apoyo, él respondió: “Pues es que constantemente siento deseos de morir. Más o menos cada cuatro meses me dan unas ganas muy fuertes de tomar pastillas para matarme”. Esteban dice que estos deseos están motivados por sus repetidas decepciones amorosas y las traiciones de los amigos: “Actualmente la gente es muy interesada, materialmente hablando, y pues como que no se compromete cuando se trata de las emociones”.

A los 10 años Esteban fue violado por un amigo de la familia. En la adolescencia, un primo también lo obligó, después de propinarle una golpiza, a mantener relaciones sexuales con él. La última violación que sufrió fue multitudinaria: cuando tenía 17 años, cuatro o cinco individuos, no recuerda bien, lo violaron una noche cuando regresaba de una fiesta. Él piensa que lo siguieron desde el antro donde salió y aprovecharon cuando cruzaba un lote baldío, “en medio del monte”.⁷³

Aunque hasta los 25 años se asumía como heterosexual, e incluso vivió cinco años con una chica, cuando cumplió 24 empezó a experimentar en ambientes homosexuales y, un año más tarde, empezó un noviazgo con un joven tres años mayor que él.

Actualmente Esteban vive en pareja con un chico de su misma edad. Sin embargo, dice ser muy infeliz y está temeroso de que su novio, a quien caracteriza como “poco fiel”, lo pueda contagiar de VIH. Más allá de ese miedo, el mayor conflicto de Esteban está vinculado con la tensión entre sus expectativas de estabilidad emocional y la realidad que ha vivido en sus relaciones de pareja. Lo acongoja profundamente la dificultad con la que se ha encontrado para establecer lo que llama “una relación comprometida”. Esteban dice: “Estoy harto de los *free* o de las relaciones abiertas como la que ahorita tengo, a la fuerza, porque la verdad es que yo ni ando con nadie más, pero mi novio sí. Él no se entrega como yo. Y no es que él sea frívolo como la mayoría de la gente, pero en ese punto del compromiso no nos podemos entender: yo quiero estabilidad, tranquilidad, y él todavía busca

⁷³ En el contexto del habla de los habitantes de Cancún, y de la península de Yucatán en general, el término “monte” no alude a una elevación de la tierra. Puede traducirse como un área cubierta de espesa vegetación selvática. Los lindes de la ciudad, o las áreas baldías urbanas envueltas en vegetación, son llamadas “monte”.

aventura. Por eso a veces creo que no vale la pena seguir y me vienen las ideas de tomarme algo, me deprimó mucho. Ya una vez fui con un psiquiatra, pero nada más me sedaba y no se resolvía nada en el fondo, y después de un rato me sentía igual”.

En esta misma dirección, la indefinición o ambigüedad no sólo está presente en el plano amoroso, el de la sexualidad o el del espacio urbano, sino que atraviesa otras dimensiones, prácticas, percepciones y sujetos presentes en la vida de los jóvenes entrevistados. Así, por ejemplo, pueden sentir un afecto sincero por su familia y al mismo tiempo establecer una convivencia mediada por la agresividad constante. Como se lee a continuación, esta práctica de “agarrarse para ver quién puede más” parece una suerte de entrenamiento hogareño que estas jóvenes nacidas en Cancún tienen que realizar para una exitosa socialización callejera en la que el valor individual se gana a golpes.

Mi hermana y yo nos peleamos mucho, nos agarramos a mordidas, pellizcos, manotazos y seguido nos dejamos marcas. Yo no uso toda la fuerza que tengo porque me da miedo lastimarla más fuerte, aunque seguido nos agarramos para ver quién puede más. O sea, aunque la quiero, hay que demostrar quién puede más. Eso lo he visto en la calle. Cuando dicen que uno es más que el otro, pues se dicen que “se dan un tiro” y ya ven cuál es. Cuando yo me he peleado ha sido por eso, porque no me gusta que me digan que soy chincha [cobarde], y aunque yo no provocho las peleas, pues sí me piden “el tiro”, se los doy (mujer, 14 años, Cancún, DIF).

La ambigüedad también aparece en la percepción de ciertas figuras tradicionalmente consideradas como autoridades. Por un lado, los jóvenes tienen una idea formada de lo que dichas figuras deberían representar —confianza, protección, cariño—; por otro, esta imagen ideal se confronta con las acciones efectivas de tales personas, incompatibles con lo que de ellas esperan los jóvenes, de modo que su sentir y pensar sobre dichas figuras resulta ambivalente. Esta ambigüedad dificulta la construcción de una subjetividad estructurada y, en cambio, favorece la de una más bien rugosa, indefinida o, retomando a Saraví y Makowski (2011), “perforada” (*perforated subjectivity*).

No sé, desde que mi papá comenzó a golpear a mi mamá ya se cayó la confianza. Puede decirse que sí cambió la forma en que veía a mi papá, pero no me había dado cuenta hasta ahorita. Antes yo lo veía como un protector, bueno, hasta ahora yo lo sigo viendo como un héroe, alguien que me ayuda, ¿no?, pero en algunas ocasiones también me da coraje, digo, ¿por qué golpear a mi mamá? Pero otras pienso, no pues, qué bueno, me siento bien porque él nunca ha dejado de trabajar, lo ha dado todo por mí. A pesar de sus errores, nunca ha dejado de trabajar, pero para ayudarnos a nosotros (hombre, 23 años, Yucatán).

Una vez me levantó la preventiva [Policía Preventiva Municipal]. Eran como las ocho o las nueve de la noche y yo estaba platicando en la banqueta con otros amigos, cuando llegaron los policías y nos dijeron que ya era muy tarde para que estuviéramos en la calle. Entonces, una policía mujer me jaló y me empujó para subirme a la camioneta. Yo le preguntaba por qué me llevaban si no estaba haciendo nada, y ella nada más me decía: “cállate ya, chamaca”. [¿Entonces la policía te agredió?] No, o sea, porque fue una mujer. Sí nos estaban empujando y hablando con gritos y groserías, pero eso es normal cuando te levantan, o sea, no es que me gustara que me hicieran eso, o que esté bien que así sea, pero la cosa es así. [Minutos después, al cuestionarla sobre su posible profesión en el futuro, responde] Mmm... pues me gustaría ser secretaria o policía, son las profesiones que más me llaman la atención, pero creo que más la de policía porque andan en sus camionetas y todo. Me gustaría andar rolando como ellas le hacen, como se siente que tú eres la ley, ¿no? [Pero hace rato me dijiste que no te gustó cómo te trató una policía, ¿tú serías igual o diferente a ella?] Mmmm, pues por eso, de nuevo, sería como los policías son, a veces bien buena onda, a veces no, mala onda.

Como se observa en los testimonios anteriores, en ámbitos privados y públicos de la vida de los jóvenes se manifiesta una visión y un sentir ambivalente e incierto frente a las otrora incontestables figuras de autoridad. Este sentimiento dual de respeto y rechazo, confianza y miedo, admiración e impugnación, también se aprecia respecto a las violencias presentes en sus vidas. Como se lee en el último testimonio, por un lado las violencias son sufridas, padecidas e indeseables, pero al mismo tiempo parecen admirarse y son consideradas por ellos como necesarias, como prácticas insustituibles para mantener el orden social del mundo.

De igual manera, estos pares de tensiones se presentan en la forma en que muchachos y muchachas experimentan su movilidad en la ciudad. En las imágenes diferenciadas de los espacios de Cancún que presentan los jóvenes prevalece una visión de la ciudad que incluye un lado bueno y uno malo. Los sentimientos de inseguridad y miedo para moverse en ciertos lugares y a ciertas horas parecen estar muy presentes. La incertidumbre favorecida por la imposibilidad de homogeneizar el espacio en un *locus* de seguridad aparece junto con las violencias, ya sea como una posibilidad latente o como una vivencia efectiva.

Vivo en la [colonia] Lombardo Toledano, en la segunda entrada. Entre donde vivo y la zona hotelera hay demasiada diferencia. Para empezar, el tipo de ambiente que hay. En la Lombardo es tranquilo, lo único malo es que en la noche ya se vuelve más peligroso; en cambio, en la zona hotelera en la noche es peligroso, pero hay policías. En la zona hotelera, así salgas de trabajar a las dos o tres de la madrugada, de todas

maneras hay más seguridad que en El Crucero y el centro, que ya es demasiado peligroso en las tardes, más en las noches; todo el mundo sabe que ahí te debes cuidar más de asaltos, gente abusiva, yo creo que las mujeres hasta de violaciones, digo, nunca se sabe (hombre, 17 años, México D.F., DIF).

Creo que una de las cosas que me gustan de esta ciudad es que vayan rápido, o sea, que no están así como lentos y se tardan las horas. También me gusta que la gente se cuida mucho aquí; bueno, yo veo que hay gente en el parque caminando o que está corriendo, haciendo deporte y así. Lo que no me gusta es que hay mucha delincuencia, mucha violencia. Por ejemplo, en mi salón han asaltado a tres compañeros en poco tiempo; uno llegó sangrando de la cabeza y yo así como que no puede ser, es que fue en la mañana, viniendo a la escuela, que eso le pasó. Yo siento que aquí hay más violencia, que no me da confianza de salir sola en la noche. En cambio en Mérida sí, yo salía a las 10 de la noche y mi mamá me dejaba irme con mis amigas sin problema (mujer, 19 años, Mérida, UTC, estudiante de Hotelería).

En este sentido —y siguiendo a Rosana Reguillo (2006), que recupera la propuesta sobre las topologías de Michel Foucault (1966)—, Cancún representa a la vez una utopía y una heterotopía, un “otro lugar”, es decir, un espacio anhelado e idealizado pero, al mismo tiempo, aquel espacio donde “el peligro” y “el mal”, expresados en la violencia y la inseguridad, están presentes. Mientras que los turistas visitantes sólo experimentan el escenario montado de la utopía, los habitantes de la ciudad, y particularmente los jóvenes que la viven y recorren, reconocen en la totalidad de la urbe los espacios utópicos y los heterotópicos que, no obstante, no pueden evitar. Estos últimos son, en general, los más cercanos a ellos.

Por otra parte, en los lugares de violencia e inseguridad se generan dinámicas sociales y relaciones que reproducen la incertidumbre y las tensiones de esta ciudad de migrantes y estereotipos estigmatizantes. Quizá uno de los más marcados, junto con el de la personalidad “buena” o “mala” de los migrantes según su origen, es el de las regiones y sus bandas, algo así como la personificación de la intimidación y el ejercicio de la violencia cotidiana en el espacio público por antonomasia: el de las calles donde se habita.

Me gusta ir a la plaza a comer con mis amigos o al cine. Ahorita vivo cerca de Cancún Mall y por eso a veces me dejan salir mis papás ahí, a veces con chavos o amigos, a veces no. O sea, Cancún es una ciudad donde puedes tal vez divertirte, pero también da miedo porque pasan muchas cosas, pues hay vándalos en la región donde vivo, en la 232. Cerca de mi casa hay como cuatro bandas pero no se llevan. Antes, como mi prima pertenecía a una banda, yo también cotorreaba con ellos, como que veía que era un grupo de jóvenes y yo

también me quería acoplar. Pero luego los fui conociendo y esa gente se droga, toma, se quedan bien borrachos y pues no me gusta. Además, como dice mi mamá que la gente dice: “Dime con quién andas y te diré quién eres”. Entonces, aunque yo no tome ni nada, si me ven con ellos van a pensar que yo también lo hago (mujer, 16 años, Cancún, DIF).

Cuando llegamos a vivir a Cancún llegamos a la Ruta 4 [una avenida de las regiones], en un cuartucho que parecía vecindad de lo peor, horrible. Había drogadictos, borrachos, sexoservidoras. Por eso yo me molestaba, ¿por qué me habían traído a un lugar así, si en Veracruz yo estaba bien? (mujer, 25 años, Veracruz, UTC, estudiante de Gastronomía).

Hay gente que puede hacer parecer que Cancún es bastante violenta. Hay gente que viene, por ejemplo, de Chiapas, o digamos Veracruz, que usa como refugio la ciudad. Por ejemplo, si hicieron algo malo en su estado, es gente con sangre muy fría y por cualquier cosa agreden a la gente. Entonces, vienen huyendo de las autoridades de allá y aquí también vienen a fomentar la violencia. Eso es, digamos, una cosa mínima, pero lo más grave es esto del incremento de los narcos que a cada rato sale en los periódicos amarillistas. El problema es que Cancún ya empieza a ser tomado por los narcos y la droga (hombre, 17 años, México D.F.).

Como se lee en lo expresado por los jóvenes, Cancún no sólo se percibe como un lugar en el que las utopías y las heterotopías coexisten, sino como una urbe que empieza a transitar de ser un paraíso calmo y pacífico, a un lugar violento, en el que aparecen los personajes que en el México contemporáneo constituyen el mayor símbolo encarnado de lo violento: los narcotraficantes. Junto con el problema del consumo de las drogas, cuestión que se abordará con mayor detalle adelante, su distribución despliega un horizonte intimidatorio. Durante la última década, en la visión de los cancenenses las bandas de adolescentes y jóvenes, y los criminales menores que usan Cancún como refugio, han sido desplazados por los enfrentamientos entre grupos de narcos. Quienes dominan el territorio de la ciudad son Los Zetas. La primera vez que tuve una referencia de su presencia no fue a través de los periódicos o las noticias, sino de los propios jóvenes, quienes con cierta frecuencia aludían a que conocían a algún pariente o amigo que trabajaba para ese cártel.

El 3 de febrero de 2009, año en que se hizo la mayor parte del trabajo de campo, asesinaron al general en retiro Enrique Tello Quiñónez, quien había sido nombrado asesor de Seguridad Pública del municipio de Benito Juárez apenas unos días antes. Su cuerpo fue hallado sin vida junto con su asistente, otro militar, y su chofer, en la carretera libre a Mérida. Las tres víctimas tenían atadas las manos y huellas de tortura. La Procuraduría de Justicia estatal atribuyó las ejecuciones al crimen organizado. Durante

las semanas del mes de febrero que siguieron a estos hechos, en las avenidas principales de la zona habitacional de Cancún hubo vistosos retenes a cargo de las Fuerzas Especiales Policiales de Apoyo (FEPA). Hombres vestidos con uniforme, pasamontañas, gorras y lentes oscuros, portando chalecos antibalas y armas largas, detenían a los automovilistas sospechosos.

En un encabezado del periódico *Novedades* de Quintana Roo, del día 4 de febrero, se leía: “Consternación y miedo en SP (Seguridad Pública)”. Los sentimientos de consternación y miedo no eran exclusivos del medio policiaco: se habían extendido entre los habitantes de Cancún, especialmente con la llegada de las FEPA y sus hombres de rostro oculto. Durante esas semanas aciagas, varios miembros de la comunidad colombiana en Cancún me comentaron que los retenes policiacos les recordaban tiempos pasados en su país de origen. El modo en que el narcotráfico afecta de una manera más profunda a la de por sí incierta vida de algunos jóvenes en Cancún está vinculado tanto con “la erosión de la institucionalidad del estado nacional, como [...con] la difusión de una racionalidad del valor dinero desligada de la producción”, en la que el dinero se consigue a costa de la vida de los otros o de la propia, y no tanto a través del trabajo (Perea, 2007: 118). Lo anterior aparecerá dibujado más adelante, en la historia de vida de Mariana, una joven cuyo padre trabaja para Los Zetas.

El primer semestre de 2009 fue complicado para los cancenenses. No sólo prevalecía la tensión del reciente asesinato de Quiñónez y la rumoreada complicidad del presidente municipal en su ejecución,⁷⁴ sino que en abril se declaró en todo el país una alerta por la declarada pandemia de gripe A (H1N1), conocida popularmente como “influenza”. El 29 de abril la OMS elevó el nivel de alerta mundial al quinto de seis. En el mundo entero se ubicó México como el país donde se había gestado la nueva cepa viral. Las consecuencias se sintieron de manera casi inmediata en Cancún: las cancelaciones de reservaciones en hoteles y vuelos no cesaron y, de igual modo, los cruceros no permitieron el desembarco de los turistas en Cozumel. El nivel de ocupación durante los meses de abril y mayo disminuyó del 77.2% al 50%, y en junio cayó hasta el 35%, un porcentaje aún menor que después del huracán Wilma.⁷⁵ La sombra del desempleo cubrió Cancún.

El malestar era generalizado. Los habitantes de la ciudad estaban acostumbrados a lidiar con determinados periodos de bonanza y escasez, pero la crisis económica generada por el miedo de nacionales y extranjeros a contagiarse del virus de influenza fue inesperada, de manera que la situación económica de muchos de los trabajadores directos e indirectos de la industria turística se precarizó. Esta situación perduró tres largos

⁷⁴ En marzo de 2009 se detuvo a Boris del Valle Alonzo, uno de los más cercanos asesores de seguridad pública del alcalde, Gregorio Sánchez, acusado de lavar dinero y realizar movimientos financieros a favor de Los Zetas.

⁷⁵ Periódico *El Semanario*, 18 de junio de 2009.

meses, durante los cuales el sentimiento de enojo cedía cada vez más al de desesperación e incertidumbre. En el DIF, en los grupos de terapia grupal se realizó un trabajo especial de contención, pues las preocupaciones económicas de muchos de los padres de familia se reflejaban en los jóvenes. Durante ese periodo se intensificó un temor latente entre los habitantes de la ciudad: la finitud del recurso turístico que ésta representa. Al respecto, algunos jóvenes me comentaron:

Sí me gusta vivir en Cancún, pero hay cosas así como que, por el trabajo, pues que te asusta un poco, de que dicen que ya no va a haber trabajo, y que dicen que el turismo está decayendo o que ya hay mucha competencia o así; y ahora más con esto que pasó de la influenza (hombre, 20 años, Cancún, Unicaribe).

Mi papá dice que el turismo sigue siendo el mismo, lo que se multiplicó fueron los servicios, cada vez hay más taxis y restaurantes, y bares, y así. Entonces pienso si esto del turismo me va a dejar para vivir como le ha dejado a mi familia, no sé... me gusta estudiar esto, pero la pregunta es: ¿qué tanto futuro hay aquí en Cancún? (hombre, 21 años, UTC, estudiante de Hotelería y Turismo).

En mi familia se quejan mucho de que antes la gente venía a trabajar porque había trabajo, y ahora que ya no hay tanto, dicen que vienen a quitarnos a los que sí trabajamos. Mi mamá trabaja de recamarera en un hotel y mi papá en su taxi, pero, sobre todo en lo de los taxis, cada vez hay más y la competencia está bien fuerte, sobre todo cuando pasan cosas como los huracanes o los rumores de enfermedades, pues los turistas también dejan de venir (mujer, 17 años, DIF).

Junto a su preocupación por el limitado acceso al trabajo en el contexto de una industria turística que se percibe como azarosa y con un futuro incierto, algunos jóvenes de Cancún logran percibir el desigual acceso a las oportunidades laborales e, incluso, enuncian de manera crítica la posición de desventaja que ocupan frente a sus pares recién migrados y que se han formado profesionalmente fuera de Cancún.

Los jóvenes aquí pueden progresar pero sólo si están bien preparados. Es muy precaria la educación. Mira, Cancún es padre, es una ciudad joven. Gente que yo he visto que viene de otros estados, gente preparada, o sea, es gente que prospera, más que nada porque están más preparados, ¿no? Por ejemplo, en los otros centros de la República, por ejemplo en Yucatán, la UADY es una buena universidad, jóvenes que vienen de allá y vienen bien preparados tienen más posibilidades que los que estudiamos aquí. Aquí, por ejemplo, ¿qué más hay de carreras? Turismo, Contabilidad, más que nada carreras que son enfocadas al turismo. Aquí por

ejemplo, en Derecho, sí ves cuestiones legales, pero creo que está muy *light* (hombre, 22 años, Mérida-Cancún, estudiante de Derecho).

En la escuela tuve bastantes conflictos de agresiones físicas y verbales con los de aquí, y cuando pasa eso te das cuenta que su problema es que no eres originario de aquí, pero sin embargo Cancún se mueve por bastantes personas de fuera. Realmente los que mueven aquí no son ellos, aunque en parte se entiende, porque lo que sí he visto mucho en el restaurante es que un 50%, 60% de los que trabajan en la cocina, limpieza, mantenimiento, intendencia, etcétera, son de aquí, en cambio la gente, por ejemplo que lleva la gerencia de un restaurante o un puesto más alto, es de fuera, entonces nos odian más los de aquí (hombre, 17 años, México D.F.).

Lo que más me preocupa es mi futuro, ¿qué va a ser de mí?, ¿qué voy a hacer?, ¿cómo va a ser mi vida? Si me ve salir ahorita, va a decir que no me importó esto, pero ya llegando a mi casa, ya que estoy solo, sí me pongo a reflexionar. Me preocupa que no me pueda ir bien, con eso de que ahorita todo está subiendo demasiado rápido, por ejemplo, el camión ya subió a 5.50 pesos y eso nos perjudica tanto. Me tengo que poner las pilas para aprender rápido el inglés y subir rápido. La prepa de plano no la pienso terminar, igual y luego, ya con un trabajo en la zona hotelera, la acabo, pero lo que más me preocupa por ahora es el inglés, pues a uno le va mejor sabiendo inglés. Aunque no tengas una carrera, si sabes inglés yo he visto que uno la hace más que estudiando, por ejemplo, para algo que luego no va a ver ni en qué trabajar, por lo menos aquí, que todo es turismo (hombre, 17 años, México D.F., DIF).

La precariedad laboral, que engloba el desempleo cíclico, el subempleo y el empleo temporal, es una forma de exclusión social, o al menos de una inclusión también precaria y temporal, especialmente en una ciudad como Cancún, cuyo mayor atractivo para la migración, y elemento que dota de cierta identidad, es justamente el empleo. Es éste un fenómeno de violencia sistémica que deviene en simbólica, pues el ejercicio de esta violencia anónima, que prescinde de la fuerza física para imponer y reproducir el dominio del sistema, es invisible y dulcificada desde la ideología del neoliberalismo, que promueve la flexibilidad, los cortos plazos y la capacidad de adaptación constante. Como escribe Zizek: “La violencia social-simbólica en su grado más puro aparece como su opuesto, como la espontaneidad del medio en que vivimos o del aire que respiramos” (2009: 51), y en la “ciudad-simulacro” la única tradición conocida es justamente la de los pioneros que, frente a las contingencias de cualquier tipo, han conseguido ser flexibles y lidiar con la incertidumbre.

Sin embargo, como aparece en algunas entrevistas, aunque “la desigualdad social como fenómeno macro por momentos es naturalizada, en el nivel micro se deja transparentar

generando un profundo malestar social” (Saraví, 2009a: 270) traducido en incertidumbre. La pregunta que emerge casi de manera automática es: ¿cómo se desarrolla una gestión de la incertidumbre en un medio como Cancún, en el que ésta es inherente a la ciudad misma?

Como ya se ha visto, el trabajo no resuelve esta situación, sino que, por el contrario, la fomenta. En las conversaciones con los jóvenes, la escuela sólo aparece en algunos casos como espacio que da alguna certeza para el futuro, pero dicha certeza, o bien se ubica fuera de Cancún, o se enuncia como algo, por contradictorio que parezca, dudoso, incierto. En el plano escolar la seguridad es sólo temporal, no es un augurio de éxito en el futuro. Parte de esta incertidumbre se funda en la ausencia de sentido de la educación formal para los jóvenes, ya que no se percibe como parte de un proyecto de vida o como una vía de movilidad social para forjarse cierto futuro. En cambio, las experiencias escolares están marcadas por un estado de ánimo que también podría traducirse como un malestar social: el aburrimiento.

Perla: Vas a la escuela, ¿verdad?, ¿en qué año vas?

Elena: Ajá, sí, en segundo semestre de prepa.

P.: En el primer año.

E.: Ajá, bueno, antes iba en cuarto pero dejé de estudiar un año.

P.: ¿Por qué dejaste de estudiar?, ¿te dejé de llamar la atención o tuviste algún problema?

E.: Porque... nada más ya estaba aburrida.

P.: Y ahorita ¿en qué escuela estás estudiando?

E.: En el CONALEP.

P.: Ahí llevan especialidades, ¿qué especialidad llevas?

E.: Mecatrónica.

P.: ¿Y sí te gusta o fue casi por accidente que llegaste ahí?

E.: Pues no me gusta, es que nada más había tres: aeronáutica, tubería y mecatrónica. En tubería no me gustó, aeronáutica tampoco, mecatrónica pues. Ya ahí me quedé.

P.: ¿Y sí piensas terminarlo?

E.: No creo.

P.: ¿No estás segura?

E.: No, pues es que está muy aburrido y como que no, no le veo caso, no me gustaría seguir.

La pérdida de interés por el estudio se relaciona de manera cercana con el hecho de que éste no tiene una finalidad valorada ni existen grandes expectativas en él. Como apunta Gonzalo Saraví: “El aburrimiento y el desastre expresarían la intrascendencia que en la percepción de estos jóvenes tiene la escuela en su vida o, cuando menos, su escepticismo al respecto [...] mientras que el aburrimiento expresa el sinsentido desde la pasividad, el

desastre lo hace por medio de la acción, del hacer” (2009b: 52-52). Así como el trabajo ha dejado de ser una institución que otorga identidad de clase, aún más en un contexto de mercantilización marcado, la escuela no parece ya impactar sobre la subjetividad de los jóvenes y su conformación de una identidad como estudiantes.

En este sentido, la familia aparece como la otra gran institución de formación y contención moderna que, no obstante, en Cancún también se presenta como un espacio transitorio, incierto y ambiguo que refuerza la construcción de una “subjetividad perforada”, en la que cada vez está menos presente “lo social” en los individuos. La ausencia de los progenitores, las familias nucleares fragmentadas y dispersas, la prevalencia de familias compuestas, el maltrato físico y psicológico, la incapacidad para establecer canales de comunicación, las figuras de autoridad diluidas o el alcoholismo, son elementos que hacen de la familia un espacio donde se refuerza el carácter incierto y ambiguo de la vida social, especialmente porque se vivencia de manera cotidiana. En este contexto nuevamente aparecen diversas formas de violencia, principalmente intergeneracional.

Dicen que yo soy problemático, que no sé qué, entonces me tienen como una bolita de ping pong, primero con mi papá, después con mi tía, después con mi abuelita. Bueno, un desastre. Ahorita estoy con mi abuelita por lo mismo (hombre, 17 años, México D.F., DIF).

Con mis hermanos me llevo bien aunque casi no los veo porque, bueno, yo vivo con mi tía. Mi hermana vive con mi papá, mi hermanito vive con mi mamá porque se fue a Veracruz porque su mamá está a punto de morir, entonces se fue por un tiempo aunque ya llevan allá casi dos años. Desde entonces no nos hemos podido ver (hombre, 16 años, México D.F., DIF).

Me llevo muy mal con mi padrastro. En una ocasión estaba platicando con mis amigos en la calle y mi padrastro nos vio. Como ellos son chavos de banda, le fue con el chisme a mi mamá y le dijo cosas como que yo me dejaba tocar por todos y andaba de loca y era una cualquiera. Entonces, cuando llegué a mi casa mi mamá me regañó y me dijo que no podía salir con ellos por lo que le había contado su esposo. Yo le empecé a gritar al señor, a decirle que era un metiche y me salí de la casa. Como mis amigos me vieron llorar les platiqué qué tenía. Ellos se molestaron y cuando mi padrastro salió y lo vieron así de lejos, le empezaron a arrojar piedras por cómo me había gritado y los chismes que me inventó. Entonces me fue peor cuando regresé a mi casa (mujer, 15 años, Cancún, DIF).

Para los propios habitantes de Cancún el éxito laboral que se puede alcanzar en la ciudad no tiene parangón en el ámbito familiar. En el imaginario colectivo, el fracaso matrimonial

y las rupturas familiares constituyen una suerte de precio con el que se paga el crecimiento o la estabilidad económica. La mayoría de los jóvenes con los que se hizo trabajo de campo viven en familias compuestas, generalmente integradas por uno de los progenitores, hermanos y hermanastros. En casi todos los casos estas familias se constituyeron en Cancún producto de una ruptura de la familia con la que se migró. En las narraciones de los jóvenes con frecuencia aparece que el padre o la madre habían vivido con más de una pareja sentimental. La convivencia en las familias compuestas generalmente la describen como favorecedora de ambientes conflictivos e inestables, especialmente entre los hijos y sus madrastras y padrastros.

Mi familia es, o fue, disfuncional, porque mi papá es alcohólico. Entonces, cuando tú llegas a un lugar nuevo, pues obviamente cada nuevo día o cada nuevo proyecto que emprendes es una oportunidad de recrearte, pero cuando te das cuenta de que muchas cosas no te ayudan, obviamente desistes, y fue realmente lo que nos pasó. Cuando yo entré a la escuela al llegar aquí, en bachilleres, platicando con mis compañeros del grupo nada más yo tenía a mis papás juntos, que no eran divorciados o que no tenía hermanos de fuera. Mis amigos me platicaban que se iban con su papá un día, con su mamá otro, y entonces yo pensaba cómo en Cancún es muy fácil desbaratar un matrimonio y familias enteras. Obviamente no es el lugar, pero sí son las situaciones que pasan mucho en este lugar (mujer, 25 años, Veracruz, UTC, estudiante de Gastronomía).

A ver, yo ahorita vivo con mi mamá y mi padrastro y uno de sus hijos; me acabo de cambiar con ellos. Antes estaba con abuelita, con mi papá y mi hermana mayor, pero él se acaba de juntar con otra señora, y esa señora trajo a sus dos hijos y eso no me gustó. Por eso le dije a mi mamá que quería regresarme con ella, porque ella ya tiene más tiempo viviendo con su esposo y lo conozco mejor, igual a su hijo (mujer, 17 años, DIF).

A lo largo de este apartado se ha intentado mostrar, citando a Harvey, cómo “la incertidumbre e inestabilidad que la maquinaria genera en el empleo y, por lo tanto, en las condiciones de existencia de los operarios, se vuelve normal” (1998: 126), así como el modo en que los fenómenos de incertidumbre y transitoriedad se vinculan —ya como motivo, ya como derivación o como fenómeno paralelo— con experiencias de violencias que transforman y estructuran la subjetividad de los jóvenes más que cualquier otra institución. Además del trabajo, se ha expuesto cómo otras instituciones clave, como la escuela, la familia y las relaciones entre pares —particularmente entre los propios jóvenes, como el noviazgo y la amistad—, así como el conjunto de relaciones con otros sectores, están imbuidas de esta incertidumbre, inestabilidad, e incluso ambigüedad, que pueden

ser fuente de angustia, tensiones y conflictos que se resuelven en situaciones de violencias. Al igual que estos rasgos de la modernidad tardía están presentes en dichas instituciones, en el espacio social y estructural su presencia se extiende a una dimensión subjetiva.⁷⁶

Resulta interesante concluir este apartado reflexionando sobre el grado en que la incertidumbre, lo transitorio y lo ambiguo han penetrado en la propia identidad y en el proyecto de vida de los jóvenes con los que se hizo trabajo de campo. En un ejercicio con un grupo de unos veinte jóvenes de entre 12 y 19 años que asistían a terapia grupal en el DIF, se les preguntó cuáles eran sus sueños, entendidos éstos como sus metas a largo plazo, aquello que deseaban para el futuro, lo que les motivaba a actuar en el presente. La mayoría de ellos enunciaron deseos a corto plazo, como conocer a un artista pop o de reguetón, ir a un concierto o comprar alguna mercancía: los tenis más caros, una moto, un iPod. Cinco de ellos, curiosamente tres varones, dijeron que deseaban formar una familia, tener esposa o esposo e hijos, una casa, un empleo seguro. Ninguno de ellos mencionó la posibilidad de estudiar una licenciatura.

Al cuestionarles sobre el futuro a largo plazo, los jóvenes, mujeres y hombres, se voltearon a ver con cara de no tener idea de lo que se les preguntaba. Al leer unas líneas de *Modernidad líquida*, este suceso viene a la mente de manera casi automática. Bauman escribe: “En términos de Gerhard Schulze, se trata de un nuevo tipo de incertidumbre: no saber cuáles son los fines, en vez de la tradicional incertidumbre causada por el conocimiento de los medios” (2009c: 67). Esta incertidumbre, que en la juventud cancenense es más una imposición que una elección, en ciertos contextos, como el japonés, es reivindicada y se ha tornado en un estilo de vida elegido y ejercido voluntariamente:

Gran parte de la actual generación de japoneses jóvenes cultos han adoptado la cultura *furita*, una mezcla de *free* en inglés y *arbeit* en alemán. Los *furita* rehúyen de los empleos estables, aparentemente “seguros”, que conllevan una “carrera”. La voluntad de evitar la humillación del desengaño, teniendo en cuenta la aparente seguridad de esos empleos, así como una justificada desconfianza en la longevidad de las posiciones de la vida que se publicitan como de “largo plazo”, son dos factores que pueden combinarse para colaborar con la difusión del estilo de vida *furita*. Rechazan la inversión a largo plazo, ya sea en bienes materiales o en compañeros para la vida (Bauman, 2009b: 192).

⁷⁶ Si bien la familia no es la única institución que ha perdido fuerza en la constitución de las subjetividades juveniles, es la más mencionada por los jóvenes como un espacio de conflicto. Esto se puede explicar a través de dos procesos: por un lado, en México la familia se ha constituido históricamente como el espacio de contención más importante y efectivo frente a la debilidad de otras instituciones, como el trabajo y la escuela; por otro, hay un desfase en el proceso de individualización del que da cuenta Beck en Europa, pues en México éste tiene menos fuerza y se acompaña de la precarización, ya que estructuralmente las condiciones del “tipo ideal de la individualización” no existen.

Instituciones frágiles y procesos de individualización. La abolición de la dimensión de “lo social” y las violencias cotidianas

Al igual que los grandes teóricos de la modernidad tardía, diversas investigaciones empíricas realizadas sobre juventud, especialmente en contextos latinoamericanos, apuntan a la desinstitucionalización como un fenómeno social que ha impactado tanto sobre las condiciones objetivas de vida de los jóvenes, como sobre la construcción de su subjetividad. Dichas investigaciones coinciden en que el declive de las instituciones tradicionales modernas ha propiciado una suerte de “desubjetivación” (Duschatzky y Corea, 2002), “subjetividad perforada” (Saraví y Makowski, 2011) o “precariedad subjetiva” (Reguillo, 2008), cuya principal característica es la disolución de “lo social” en los sujetos. A su vez, los autores coinciden en que esta difuminación de la presencia de la sociedad en los individuos ha favorecido la emergencia de una nueva “institución del yo”, es decir, de procesos de individualización frente a la ausencia de parámetros socioculturales colectivos.

Los jóvenes de Cancún encarnan la experiencia de los fenómenos antes descritos. Como se verá a lo largo de este apartado, todos ellos habitan en una sociedad en la que el desvanecimiento del *nomos* moderno fundado en una racionalidad productiva y política los obliga a constituirse como sujetos en medio de aguas fluctuantes. Las experiencias de violencia de los jóvenes cancenenses son motivo de la porosidad de sus subjetividades y, a la vez, de prácticas y rutinas que se cuelan con mayor facilidad en su vida cotidiana debido a que las instituciones encargadas de su regulación social —el Estado, la escuela, la familia— son cada vez más endebles. A pesar de que entre los propios jóvenes pervive una expectativa de regulación y ordenamiento por parte de dichas instituciones, éstas se muestran reiteradamente incapaces o desinteresadas en hacerlo e, incluso, favorecen esa desregulación normativa.

Pienso que en la escuela, aquí en Cancún, es más violento que allá [en el D.F.]. Por ejemplo, cuando los chavos se pelean, allá mandan llamar a los papás, a la policía y lo arreglan. Acá, en cambio, nada más la policía los agarra y los sueltan a una cuadra y no pasó nada (mujer, 15 años, México D.F., DIF).

Con mis cuates salimos a las plazas, bueno, ya no tanto porque ya nos conocen los policías. Bueno, salimos a las plazas y echamos desmadre, gritamos, hacemos tonterías y hasta nos llaman la atención, pero también se les olvida rápido. Un día sobornamos a un policía para que nos dejara entrar gratis al cine, o sea, juntamos entre todos como 150 pesos y ya con eso nos dejó entrar. Si hubiéramos pagado boletos era más dinero; con lo que nos sobró pudimos comprar palomitas (hombre, 17 años, México D.F., DIF).

La desinstitucionalización no implica propiamente la desaparición de las instituciones modernas, sino la pérdida de su efectividad en la reproducción de los modelos sociales tradicionales y, por otro lado, el desplazamiento de los modelos por ellas promovidos hacia patrones individualizados de comportamiento y coexistencia social. Giddens señala que la destradicionalización inicialmente se dio en las instituciones públicas, en especial del gobierno y la economía, de modo que en los ámbitos de la vida cotidiana subsistió el modo tradicional de hacer las cosas: “[...] la familia, la sexualidad y las divisiones entre los sexos continuaron saturadas de tradición y costumbre” (Giddens, 2000: 55). Para el sociólogo inglés, la globalización ha sido clave para que las instituciones de la vida cotidiana se destradicionalicen.

En este sentido, instituciones como la familia perviven, pero modificadas de manera profunda. Al respecto, Giddens escribe: “El matrimonio y la familia se han convertido en [...] instituciones concha: se llaman igual, pero han cambiado en sus características básicas [...] La pareja vino al centro de la vida familiar al menguar el papel económico de la familia y convertirse el amor, o el amor más la atracción sexual, en la base de los lazos matrimoniales” (2000: 72). El autor señala que, en esta nueva organización familiar, los hijos han dejado de ser un “beneficio económico” para convertirse en una “carga económica”, así como en parte de una relación íntima, desinteresada y amorosa en la que, idealmente, prevalece una “democracia de las emociones”, donde se valoran la igualdad y la libertad de sus miembros (2000: 73-76).

En Cancún, el fenómeno descrito por Giddens se desarrolla de manera peculiar. En esta sociedad caribeña, dado que los contextos de origen de los migrantes son muy diversos y contrastantes, se ha producido una conjunción —o mejor dicho, la coexistencia y tensión constante— entre modos de vida urbanos y rurales, una suerte de forma de vida “rururbana”⁷⁷ como eje social. La perpetuación de ciertos estilos de vida rurales en el espacio de la ciudad genera tensiones muy peculiares que no se resuelven de manera cabal. El modo de vida rural, volcado a la tradición, está constituido por costumbres, valores e idiosincrasias en las que están presentes rasgos como la inequidad de género legitimada, modelos de organización familiar patriarcales y autoritarios, y una acentuada subordinación de las mujeres al interior del hogar, aspectos que hoy contribuyen a normalizar o tolerar ciertas prácticas, como el abuso sexual y la violencia, especialmente de los varones hacia las mujeres. No obstante, este modo de vida tradicional también se ve en parte modificado. Un ejemplo de ello es que en Cancún las mujeres pueden acceder con mayor facilidad a empleos asalariados, de manera que, al convertirse en proveedoras,

⁷⁷ Es necesario aclarar que lo que aquí se identifica como esta forma de vida “rururbana” no se equipara a la llamada “nueva ruralidad”, ya que se refiere a prácticas y dimensiones sociales y culturales que coexisten en el espacio urbano, más que a cambios en la estructura socioeconómica de los espacios y comunidades rurales.

en muchos casos deciden separarse de sus parejas, denunciar legalmente la existencia de violencia familiar e incluso establecer nuevos vínculos afectivos y formar otra familia. De este modo, la familia en Cancún puede definirse como una institución en tensa transición y recomposición que, por tanto, no puede ofrecer parámetros normativos y certezas estructurantes a sus miembros más jóvenes.

Cuando mis papás se empezaron a separar fue cuando caí más en la droga. Lógicamente, nadie me jalaba la cuerda, me dejaban salir, hacer lo que quería, no se daban cuenta. Por los mismos problemas, iba yo a fiestas, diversión, y poco a poco fui entrando (hombre, 23 años, Yucatán).

Mis papás no están juntos, se separaron cuando mi hermana y yo estábamos muy chiquitas, yo ya no me acuerdo de nada de cuando vivíamos juntos. Desde chiquita que se separaron, he ido de un lado a otro, unas veces con mi mamá, otras con mi papá, iba y venía. Cuando estaba bien con mi mamá, con mi mamá, cuando estaba bien con mi papá, con mi papá. Una época también viví en Belice con unos parientes de mi mamá, pero no me gustó. Se me hizo muy aburrido, era como un pueblo. Decidí vivir con mi papá ahora porque, si le pido permiso, él sí me deja salir, en cambio mi mamá nunca me dejaba, pues me juntaba por allá con unos chavos de bandita y eso no le gustaba (mujer, 14 años, Cancún, DIF).

A pesar de esto, la *Encuesta nacional de juventud 2005* registra que los jóvenes que viven en el municipio de Benito Juárez⁷⁸ ubican la familia como la institución que más confianza les inspira —en una escala del 1 al 10, el 82% de los encuestados calificaron entre 9 y 10 su nivel de confianza hacia la familia— y, a nivel estatal, consideran que es la que mayor importancia tiene en su vida —89.4% de los encuestados contestaron que era “muy importante”— (INJUVE y Macías, 2006: 24 y 30). En esta dirección, Macías Richard señala: “Si en el país los jóvenes ubican a la familia, por mucho, como la institución que más confianza les inspira, en Quintana Roo tal ubicación central aparece aún más acentuada” (INJUVE y Macías, 2006: 31). Paradójicamente, en las entrevistas realizadas a los jóvenes el espacio familiar cotidiano es comúnmente representado de manera tensa y colmado de situaciones de riesgo, en las que diferentes violencias aparecen junto a la ausencia de estabilidad y un ambiente tranquilo y seguro.

En el D.F. mi papá ya se había calmado, pero cuando vinimos acá poco a poco fue cambiando. Por lo mismo de cómo es la gente aquí, empezó a tomar más, se puso

⁷⁸ La población de Cancún representa el 49.9% de la población total del estado de Quintana Roo y el 89.3% de la población total del municipio de Benito Juárez (INEGI, 2011b).

más violento, luego supimos que andaba con otras mujeres y así, y mis papás se peleaban más, siempre andaba tratando de pegarle más a mi mamá y, así, la empujaba. También le inventaba cosas a mi mamá y le reprochaba. Mi papá hacía que mi mamá aceptara que había hecho cosas, si no, no se calmaba. A mí me hace ponerme mal, me pone enojada y triste, así como querer algo y no poder, por mi mamá, porque me da miedo que le haga algo, porque se pone loco. La verdad es que sí quedo como traumada porque, cuando mi papá llegaba tarde, a las doce, doce y media, una... era pleito seguro. Ya ni nos cambiábamos por si había problemas y nos íbamos a la casa de mi tía. Entonces, cuando llegaba tocaba el claxon y hasta brincábamos. Y pues así, si es en el día que llega temprano y escuchamos el claxon, también brincamos, era un ruido que ya nos alteraba; o a veces, cuando está platicando y de repente se le alza la voz, pero platicando normal, empieza a latir fuerte mi corazón. Me duele que él sea así porque yo sé que no soy una zorra ni nada de eso, como él dice, pero que te lo diga tu papá... Pero no es tampoco que no lo quiera, en el fondo lo quiero y por eso me duele, a pesar de todo lo que ha hecho, todo lo que ha dicho, el tiempo que lleva todo borracho, a veces le pegaba a mi mamá, o cuando era niña que hacía una travesura y me pegaba superhorrible (mujer, 18 años, México D.F., DIF).

Mi papá es alcohólico y es irresponsable. La única diferencia entre Cancún y donde vivíamos antes es que aquí sí tenía trabajo y en Veracruz no. Una cosa que sí cambió aquí un tiempo fue lo económico, eso sí mejoró, pero mi papá siempre ha sido de pensamiento negativo y arcaico, porque cree que cuando uno crece debe pagarle todo lo que te dio (mujer, 25 años, Veracruz, UTC).

Me sentía triste porque mi mamá nos había dejado solitos por irse con su nuevo esposo. En ese tiempo mi hermano también se drogaba y siempre me daba miedo que se fuera a salir en la noche. A veces le decía a mi mamá: “Te pasas por dejarnos solitos”. Ella me decía: “No, no los voy a llevar conmigo, ahí quédense a esperar a su papá; si quieren váyanse a comer a la casa, si no, muéranse de hambre”, nos decía. A mí me daba igual porque comía en la escuela, y le decía a mi hermanita: “Come bien en la escuela porque cuando lleguemos nomás a hacer tarea”. A veces cooperábamos entre amigas para comer, a veces me iba a la casa de alguna de ellas para comer (mujer, 16 años, Veracruz, DIF).

La fragilidad de las figuras adultas en la vida de los jóvenes se hace presente de manera constante en sus narraciones. Algunos describen a sus padres como víctimas de su ambiente de trabajo y narran que, a raíz de su inserción laboral en el área del turismo, especialmente como meseros o como parte del servicio en bares y discotecas, empezaron a consumir alcohol y drogas para tolerar las largas jornadas laborales, hasta convertirse en hábitos en sus días de descanso. Diversas experiencias de violencia de los chicos se

enmarcan en el consumo de alguna sustancia adictiva por parte de su padre, su madre o ambos. En este sentido, la frontera entre el mundo adulto —que generalmente se concibe como el de la norma, la autoridad y el orden— y el juvenil se diluyen. Para varios de los jóvenes entrevistados, la imagen del adulto encarnada en sus padres es más la del “destrampe” y la permisividad que la del orden. Así, la transición hacia la adultez entre los jóvenes parece tener como objetivo central la autosuficiencia económica para acceder al mundo adulto del “destrampe”.

Como señalan Duschatzky y Corea: “La maternidad y la paternidad aparecen desinvertidos de aquel sentido heredero de la tradición cultural. Padre, madre, hijo ya no se perfilan como significantes de una relación intergeneracional basada en el principio de autoridad, sino que parece tratarse de lugares simbólicamente destituidos” (2002: 75), es decir, de figuras que han perdido credibilidad y eficacia en sus posibilidades de producir subjetividad, de constituir un sujeto alrededor de normas y valores que rijan la vida social.

Al llegar a Cancún mis padres se volvieron alcohólicos; mi papá por su trabajo, mi mamá, yo creo que por acompañarlo en su vicio, o sea, cómo le explico, como por no dejarlo solo. [¿En qué trabajaba tu papá?] Él trabajó siempre de noche, en restaurantes y bares, generalmente de mesero. Ellos están todo el tiempo expuestos, por el horario. Y eso también hace que sea cansado. Entonces, es fácil que le entren al alcohol, incluso a las drogas, no sé qué sea peor, pero el alcohol hizo que mis padres dejaran de serlo (hombre, 22 años, Estado de México).

Cuando mi papá dejó a mi mamá ella empezó a salir más y a beber también. Se iba a las fiestas en la noche con sus amigas. [¿Sabes por qué tu papá dejó a tu mamá?] Pues yo creo que porque no se llevaban bien. Además, mi papá tampoco era muy buena persona, o sea, con ella. Que yo sepa, él también bebía y andaba con otra mujer. Había muchos pleitos, no podían resolver sus problemas y menos los nuestros, o sea, los de sus hijos (mujer, 16 años, Tabasco, DIF).

El declive de las figuras paternas como referentes de autoridad legítima y ejemplar no sólo se funda en su imposibilidad para construir contextos familiares seguros, refugios estables o fuentes de capital social certeros, también se debe a su incapacidad para proveer a los jóvenes de normas, modelos, parámetros y directrices de conducta frente a las vicisitudes de la vida, e incluso de recursos para configurar tanto la dimensión del yo, como la del otro. En algunos casos, incluso las figuras paternas representan la violación misma de una ley simbólica imprescindible para el establecimiento de límites. Lo anterior resulta fundamental para comprender que, en muchos casos, las violencias no son percibidas por los jóvenes porque no existe el registro de un límite violado ni, como se verá más adelante, la conformación de un semejante igual al yo.

Vivo con mi mamá y mi padrastro. Ya no veo a mi papá porque mi hermanita [de 13 años] tuvo un problema muy fuerte con él. Como se llevaba muy mal con mi mamá se fue a vivir con él, nada más como tres meses, y ya estando ahí no hacía tareas. La iban a expulsar de la secundaria donde está y mi papá intentó abusar de mi hermanita, y eso a mi mamá no le gustó y le dijo a mi hermanita que se regresara a la casa. Y sí, la verdad no me gustó que le haya hecho eso. Y el día que le estaba reclamando mi mamá a mi papá, que le estaba diciendo del problema, me iba a bajar y le iba a pegar porque estaba muy enojado, y ya, pues ya no le hice. Como en ese tiempo tenía mi celular y yo estaba escuchando música con un audífono, me puse los dos audífonos y me puse a escuchar música porque sabía que, si seguía escuchando la plática, tal vez me iba a bajar del taxi y le iba a pegar; entonces, para no seguir escuchando y alterarme, pues por eso me puse los dos auriculares. Antes de este problema sí convivía con él; iba a jugar a su casa con mi hermanito y el hijo de mi papá, y me llevaba bien con él. A veces me enojaba por ratos con él porque no me quería dar dinero, pero nos llevábamos bien. Pero después de lo que hizo no puedo tener un buen recuerdo de él [...] Cuando mi padrastro se enteró que mi papá había intentado abusar de mi hermanita, me dijo ese día en la noche: “No, güey, está mal lo que hizo tu papá, yo si me lo llegara a topar en la calle...”. Mi padrastro se podría decir que no es agresivo, pero de que nos toquen a mí, a mi mamá, a mi hermana o a mi hermanito, pues sí le enoja. Me dijo: “Soy capaz de hacerle algo, soy capaz de pasarle el taxi encima porque eso no se le debe hacer a una mujer y menos a su propia hija”. Cuando mi padrastro me dijo eso, al principio pensé que era buena idea, después dije, no, ¿para qué lo va a hacer? Me puse a pensar, ¿para qué hace eso si Dios lo va a castigar?, pero a él no parecía importarle (hombre, 14 años, Cancún, DIF).

La ausencia de límites simbólicos y objetivos en los jóvenes propicia el fracaso en los intentos paternos por construir discursos normativos, que suenan excesivos o faltos de sentido para los chicos, quienes privilegian sus juicios y experiencias para tomar decisiones. De este modo, en la mayoría de los casos la introyección de límites impuestos desde una relación asimétrica con el adulto —una de las condiciones “de la producción de un joven” (Duschatzky y Corea, 2002: 86-87)— resulta muy débil en la construcción de la subjetividad juvenil cancenense.

Mi hermana y yo nos fuimos de mi casa porque mi papá se enteró de que me había peleado con una chava, y esa vez me regañó y nunca me había regañado. Entonces, yo me enojé mucho y amenacé a mi papá que nos íbamos a ir. Entonces nos salimos, porque nunca nos había regañado, y nos fuimos a la casa de unos amigos de mi hermana, pero hasta allá nos fue a buscar la policía porque mi mamá puso una demanda. Y pues llegaron bien locos, me jalnearon, me empujaron y hasta le

pusieron la pistola a uno de mis amigos, como que era mucho, no era para tanto. Y ya nos trajeron al DIF, a la CAT [Casa de Asistencia Temporal]. Nos quedamos como once días y luego nos mandaron al DIF de Chetumal para que no nos vinieran a buscar nuestros amigos. Allá hice amigos rápido, y vi que mi problema era chiquito porque otros estaban ahí porque les pegaban sus padrastros. Me acuerdo de una chava a la que habían violado y así (mujer, 15 años, Cancún, DIF).

Lo peor es cuando mis papás me están gritando sus rollos mareadores. Yo les doy el avión, que digan lo que quieran. Una vez intenté hablar con ellos y no funcionó, entonces ya les doy el avión; no sé por qué me siguen gritando, a mí me da igual. A veces siento que exageran. Y mi abuela, con la que ahorita vivo, todo el dinero que yo gano, todo se lo quiere quedar. Me quiere manejar el dinero y no me gusta (hombre, 17 años, México D.F., DIF).

El vacío de “lo social” en los sujetos jóvenes también se relaciona con la dificultad que presentan para integrar nociones o juicios construidos colectivamente a sus actos y sentimientos. Un ejemplo elocuente se observa justamente en la forma normalizada en la que perciben prácticas que socialmente son censuradas o consideradas como violentas. En el caso de la violencia autoinfligida, tanto en las entrevistas como en las sesiones de terapia grupal del DIF, los jóvenes no reconocían como autoagresión el hacerse cortes en el cuerpo. Significaban este acto como liberador, relajante o incluso distractor, pero no como una expresión violenta o peligrosa. Lo mismo ocurre al analizar las narraciones que involucran a un otro herido, quien no es visto como víctima o como un semejante sufriente, sino como un ajeno y extraño a la mismidad.

Después de cortarme me sentía más tranquila, más relajada, como que empezaba a pensar, y no sólo a pensar en el coraje, sino que ya mi cerebro había pensado la situación y la analizaba. [¿No te dolía?] Para mí no era doloroso, era liberador. Yo no le he visto ninguna consecuencia negativa, siento que me relajaba, que me tranquilizaba. [¿Nunca sentiste que te estabas haciendo daño, lastimando?] Sí sé que está mal cortarme y todo, pero no lo veo como violencia. Sé que está mal [...] frente a la sociedad porque todos dicen: “tienes problemas”. Pues digo, algún problema he de tener, ¿no? Pero yo no lo veo mal, para mí no tengo problemas. Yo tengo una compañera que también lo hace y yo sé que ella sí tiene problemas, digo, pues es su forma de desahogarse, tampoco es que se quiera suicidar ni nada, o sea, yo ni la juzgo ni nada, es ella ¿no? (mujer, 19 años, Mérida, UTC, estudiante de Hotelería).

Lo chido de estar en una banda es que te llevas con varios. Una vez participé en un “refuego”. A mí me dieron un machete para defenderme pero no lo tuve que usar. Al

final me sentí chiveada [mal] porque hubo dos cuates a los que les tocó un rocazo, pero también sentí chido porque les dimos a muchos chavos de la otra banda. Quedaron bien lastimados. [¿Sólo te sentiste mal por tus amigos heridos o también por los otros chavos, los de la otra banda?] Pues por mis cuates ¿no? Los otros no me importaban, ¿por qué me importarían? (mujer, 14 años, Cancún, DIF).

Quizá la mayor consecuencia del proceso de desinstitucionalización es la individualización, es decir, un fenómeno institucionalizado socialmente según el cual las “regulaciones o pautas [...] deben ser suministradas por los individuos mismos, importadas a sus biografías mediante sus propias acciones” (Bauman, 2005: 39). La individualización, como ya se ha visto en el capítulo 1, implica que los sujetos sean capaces de autoproverse, “fuera de los viejos vínculos de la familia, la tribu, la religión, el origen y la clase”, de una identidad y una vida independiente, aunque “dentro de las directrices y normas marcadas por el Estado, el mercado de trabajo, la burocracia, etc.” (Beck y Beck, 2003: 54). A decir de los Beck, el ser humano deviene en un *homo optionis* que debe decidir sobre todos y cada uno de los aspectos de su vida. Este impulso institucionalizado de libertad y autonomía está presente en las narrativas de la mayoría de los jóvenes entrevistados.

Mi situación ideal es vivir solo con un amigo, ya sea que rentemos un departamento entre los dos. Tener una tele chiquita, un DVD, lo necesario, un radio, una grabadora que tenga para nuestros CD y unas hamacas, y ya. Lo que me llama la atención de vivir solo es prácticamente hacer lo que yo quiera sin que me estén diciendo nada. Desde chavito me he sentido asfixiado por mi papá, que en todo quiere mandar (hombre, 17 años, Cancún, DIF).

A Cancún llegué a estudiar Hotelería hace un año. Mis papás no querían que lo hiciera, decían que Cancún es muy peligroso, que iba a estar sola, que es muy caro, y sí hicieron lo posible por retenerme. Pero yo estaba decidida porque sí me gusta mucho mi carrera y pues Mérida a mí no, no encontraba una manera de estar o de qué trabajar, no me veía ahí, no me gusta. También pude elegir mi universidad; la UTC fue la universidad que me gustó, más que la Unicaribe, porque tiene más prácticas en el ramo de la hotelería (mujer, 20 años, Mérida, UTC, estudiante de Hotelería).

Cuando llegamos a Cancún, en lo familiar cambiaron muchas cosas; cambió mucho la unión familiar, se volvió muy independiente cada quien, por lo mismo que cada quien en su onda y trabajando. Porque en el D.F. sólo trabajaba mi papá y aquí trabajamos todos, entonces no nos reunimos tanto y sí hubo mucha desintegración de la familia, y aún hoy en día no ha podido ser como antes. Como que sacrificas bastantes cosas de la familia por las personales, pero también tienes más libertad

de hacer. La gente nos la vivimos en el trabajo, a la vez tenemos mejoría económica y libertad para tomar nuestras propias decisiones, y aquí cada miembro de la familia agarró sus amigos, su medio de convivencia, aunque bueno, si hay algún momento de convivencia en la familia (hombre, 17 años, D.F., contacto personal).

El ejercicio de esta libertad implica, al mismo tiempo, que los sujetos deban hacerse cargo de sí mismos. Esta responsabilidad entraña una gestión activa de la propia vida, la búsqueda de la autodeterminación y la autorrealización no fundada en los vínculos tradicionales. Esto no quiere decir que en la vida de los individuos no haya controles y restricciones de las grandes instituciones, como el Estado y el mercado; por el contrario, las directrices de éstas “contienen la exigencia de que el individuo tome las riendas de su propia vida so pena de sanción económica” (Beck y Beck, 2003: 72). Sin embargo, en los contextos en los que el proceso histórico del desarrollo y la consolidación del estado de bienestar no se llevó a cabo, como es el caso de México, el proceso de individualización es menos radical y, como se vio antes, instancias como la familia no están del todo desplazadas en su función de apoyo a los sujetos.

Pensé que en Cancún iba a tener más tiempo libre, pero con el trabajo y el estudio está complicado. La verdad es que nunca antes había trabajado, nada más estudiaba, yo no tenía necesidad de trabajar. Ahorita yo me pago la escuela porque quiero valerme por mí mismo y quiero empezar a sentir cómo va a ser mi vida futura. Mis papás sí me dicen que me mandan dinero pero yo no quiero; fue una decisión que yo tomé la de valerme por mí mismo. Nada más cuando lo de la influenza, que sí hubo poco trabajo y me descontaron unos días, mis papás me apoyaron con algo, pero fue mínimo (hombre, 20 años, Coatzacoalcos, estudiante de Hotelería y Turismo, UTC).

Idealmente, la individualización sería un extremo del ejercicio de la libertad en el que los sujetos se constituirían a sí mismos, sin la presión de la tradición o la imposición de las colectividades, eligiendo entre múltiples opciones de estilos de vida, metas, relaciones personales, objetivos, etcétera. Sin embargo, la reivindicación del poder personal que implica la individualización, especialmente en contextos sociohistóricos en los que la desinstitucionalización no ha sido acompañada de un proceso de reinstitucionalización, genera libertades precarias (Beck y Beck, 2003: 61), pues los individuos no cuentan con elementos objetivos para elegir entre varias opciones y hacerse a sí mismos. Si “las referencias que sostienen a un sujeto en el devenir de su existencia se han vuelto frágiles” y las posibilidades individuales para generar referencias propias también, se inicia un proceso de desobjetivación. “La desobjetivación hace referencia a una posición de impotencia, a la percepción de no poder hacer nada diferente con lo que se presenta [...] Se trata de un modo que despoja al sujeto de la posibilidad de decisión y de la

responsabilidad” (Duschatzky y Corea, 2002: 73 y 83). Dicho fenómeno es común entre los jóvenes con los que se trabajó.

Cuando me enojo, pues no saco el enojo. Antes me hacía cortes en el cuerpo, ahora ya no. Lo hacía dos o tres veces a la semana estando en México [D.F.] porque tenía muchos problemas, sobre todo los problemas que tenía en la escuela, que me mandaban mucho a Orientación, que reprobaba mucho las materias, no le echaba ganas. Ahorita sí voy bien, mucho mejor de lo que me iba allá. Tenía 14 años y no sé por qué no hacía las cosas, me saltaba las clases, no entraba. Me aislaba de todos, ya no estaba con nadie. Es lo que yo misma me he puesto a pensar, que qué me pasó ahí. Se me quitó el interés de todo. Me encerraba en mi cuarto, me cortaba y a veces hasta me quedaba dormida (mujer, 15 años, México D.F., DIF).

Las experiencias de violencia y maltrato, especialmente las transgeneracionales, aquellas en las que las diferentes generaciones de una familia heredaron el papel de victimarios tras haber sido víctimas en la infancia, refuerzan este sentido de la “desubjetivación”. La historia de Teresa, una chica que llegó al DIF pidiendo apoyo psicológico, ilustra de manera muy clara este proceso de desubjetivación que, de igual manera, se identifica con el de una “subjetividad perforada”, puesto que su “[...] déficit en las relaciones, recursos y espacios de integración” reproduce el aislamiento social y también “[...] despoja a los sujetos de su potencial de acción, así como los abandona a sus propios medios” (Saraví y Makowski, 2011: 17, traducción propia).

Teresa tiene 16 años y forma parte de las primeras generaciones de nacidos en Cancún. Sus padres son alcohólicos. Hasta que cumplió los 12 años, la relación entre ellos fue muy inestable; se separaban y juntaban continuamente ya que el padre golpeaba a la madre. Teresa recuerda que varias veces la vio con moretones en el cuerpo, y alguna vez con el ojo morado y heridas en el rostro. Por eso ella y su hermana, cinco años menor, fueron criadas por su abuela materna, con quien vivieron hasta que los padres estuvieron nuevamente juntos. Sin embargo, la abuela también pegaba a las niñas cuando no la obedecían o se portaban mal, especialmente cuando reñían con una de sus tías.

Volver a vivir con sus padres no representó un cambio significativo en la vida de Teresa, quien esperaba estar más tranquila, lejos de los palazos, los pellizcos, “los chancazos” y las maledicciones de su abuela. Aunque el padre ya no golpeaba a su esposa, el alcoholismo de ambos erosionaba significativamente la vida cotidiana familiar. Por lo general bebían durante la tarde y parte de la noche, pues ambos trabajaban. A veces lo hacían solos, pero otras invitaban a amigos, lo que aterrizzaba a las niñas, pues más de una vez soportaron el acoso sexual de los bebedores acompañantes de sus padres. Cuando Teresa cumplió 15 años decidió que no quería continuar viviendo con sus padres, pero tampoco le agradaba la idea de regresar con su abuela, así que decidió irse a vivir con su novio de entonces.

En su nuevo espacio habitacional, la casa de los padres de Ramón, su también joven novio de 18 años, tampoco encontró un hogar en el que se sintiera feliz. Al juntarse con Ramón la joven tuvo que abandonar la escuela, pues sus suegros no los apoyaron para que continuaran estudiando: él empezó a trabajar fuera y ella asumió el rol de ama de casa. Pero Teresa extraña la escuela y, con un deje de frustración en su voz, dice:

Ya estaba al final del segundo año de bachilleres, prácticamente sería pasar unos exámenes para poder estudiar el último año. Yo quiero hacerlo porque luego me gustaría estudiar una carrera técnica y así conseguir trabajo para salirnos de la casa de mis suegros. Ramón sí me apoya, a él también le gustaría que yo terminara una carrera para tener nuestro propio espacio. El problema es que es bien celoso, le gusta mangonearme y controlar mi vida, me ordena todo el tiempo qué hacer, y eso provoca muchas discusiones, peleas, gritos. Nunca nos hemos tocado, así de empujones o golpes, pero a veces pienso que, si las cosas continúan así, o él o yo nos vamos a faltar al respeto. A mí no me gustaría, pero tampoco quiero seguir en la misma situación.

Dibuja una sonrisa con un gesto irónico y comenta: “Según yo, estaba huyendo de una situación como la de mi madre, pero ahora me doy cuenta de que precisamente eso es lo que me está ocurriendo”.

Teresa llegó al área de psicología del DIF sola: “Pensé que aquí podían darme alguna orientación para saber qué hacer con mi vida, pues me gustaría encontrar otro camino a mi situación, necesito un consejo”. El psicólogo que la escuchaba la miró con el ceño fruncido y le dijo que el fin de una terapia psicológica no era dar consejos. Luego le señaló que ese “otro camino” que ella buscaba pudo haberlo encontrado trabajando y estudiando, tanto para concluir su bachillerato como para forjarse una vida económica independiente, por lo que era importante que hiciera un trabajo terapéutico que, a mediano plazo, la ayudaría a tomar conciencia del porqué de sus actos, para así ver con qué elementos contaba ella para modificar las situaciones que no le gustaban de su vida. Teresa miraba atenta y callada al psicólogo mientras su mirada se hacía un tanto acuosa por las lágrimas contenidas.

El psicólogo la canalizó al grupo de trabajo terapéutico de adolescentes y le entregó un carnet con el logo del DIF donde se especificaba que debía acudir todos los martes a las 8 de la mañana. Teresa, un tanto decepcionada, no dijo más, recibió el carnet y se marchó. Nunca acudió a su primera terapia.

El camino que eligió es un recurso común entre los adolescentes y jóvenes que asisten al DIF, donde es frecuente encontrar a chicos y chicas que se unen en pareja a edades tempranas, muchas de las veces escapando de sus familias y del maltrato o abandono que experimentaban en éstas. Así, la mayoría de los usuarios del DIF mayores de 20

años asiste a solicitar atención psicológica por conflictos con su pareja. Algunos incluso antes de esta edad son padres y madres, y su experiencia de vida es más bien de personas adultas,⁷⁹ una vida adulta, por cierto, que sigue patrones de inestabilidad emocional y financiera similar a la de sus padres.

En la mayoría de los casos la unión en pareja implica deserción escolar. Las posibilidades de obtener trabajo en la industria turística, relativamente bien remunerado y sin necesidad de una elevada capacitación, permiten que los jóvenes se empleen a temprana edad y tengan alguna participación en la economía familiar o bien funden sus propios hogares. En esta dirección, existe una clara diferencia entre los jóvenes con los que se trabajó en el DIF y los entrevistados en los espacios universitarios de la UTC y la Universidad del Caribe. Además de que los chicos en el DIF eran más jóvenes, la deserción escolar era muy común, en algunos casos planteada como una pausa y no como abandono definitivo.

En general, los jóvenes habían dejado la escuela por falta de interés, porque les resultaba aburrida o porque no le encontraban sentido. Otros espacios les interesaban más: el de las bandas en la calle o el del trabajo. A pesar de esto, muchos de los jóvenes que habían abandonado la educación formal, después de su paso por el DIF y la experiencia del trabajo terapéutico durante algunos meses, planeaban regresar a la escuela. Tanto en las narraciones que dan cuenta de la deserción escolar, como en aquellas en las que la escuela aparece como un espacio cotidiano o se menciona la posibilidad de regresar a ella, ésta excepcionalmente se enuncia como un espacio de aprendizaje o transformación que deje alguna enseñanza significativa para la vida. En general mencionan la escuela porque en ella se pelearon con un compañero o compañera, o bien porque ahí recibieron por primera vez el mote de “violento” o “agresiva”.

En cambio, entre los estudiantes de la UTC y la Universidad del Caribe entrevistados —todos ellos jóvenes que habían vivido alguna experiencia de violencia— se reconocía que la continuación de sus estudios había sido clave para superar, escapar o aminorar las condiciones adversas generadas en su vida por dicha experiencia.

Por lo que yo he visto aquí, los chavos se ponen de meta terminar la secundaria cuando mucho [...] pero yo veo aquí muchos excesos, entonces las chavas salen embarazadas. A los chavos, pues, no les interesa realmente el estudio, entonces lo dejan y obviamente necesitan un trabajo para solventar sus gastos, entonces sí, hay mucha gente joven trabajando aquí en Cancún y dejan mucho la escuela (hombre, 16 años, estado de México).

⁷⁹ En este sentido, para estos chicos el ser joven no se identifica con rasgos como la moratoria extendida en la transición a la vida adulta, que algunos autores como Carles Feixa (1998) subrayan como características propias de la juventud contemporánea.

Dejé la escuela a los 16, ya estaba en el primer año de bachilleres. Me enamoré de mi actual esposa, ella salió embarazada y nos juntamos. Yo estaba feliz y ella igual, pues desde antes quería salirse de su casa porque tenía muchos problemas con su padrastro y la familia de él. Yo la verdad es que tampoco era muy bueno en la escuela. Los dos nos pusimos a trabajar y hasta ahora hemos sacado adelante a nuestros hijos. Cancún da para eso. Tenemos dos: el primero de 7 años y una chiquita de 4. Todo estaba tranquilo, pero últimamente hemos tenido muchos problemas mi esposa y yo, nada grave, es sobre todo por celos de los dos, pero más míos (hombre, 24 años, Campeche, DIF).

Además, y por encima de la familia y la escuela, la institución por antonomasia de la modernidad y el capitalismo fordista, proclamada como rectora de todo ámbito de la vida social, es el Estado-nación. El debilitamiento del Estado como rector de lo social es ya un lugar común en la literatura que describe la modernidad tardía y su organización, lo mismo que en aquella que se ocupa de los jóvenes. Como señalan las autoras de *Chicos en banda*, “el desplazamiento de la promesa del Estado por la promesa del mercado” no sólo transforma el entramado social, también altera de modo fundamental “el suelo de constitución subjetiva [...] Ya no se trata de ciudadanos sino de consumidores” (Duschatzky y Corea, 2002: 21).

Esta pérdida de hegemonía estatal a favor del mercado ya ha sido mencionada en el capítulo 1, específicamente cuando se señaló que Bauman se refiere a que la cultura ha dejado de ser una “fábrica de orden” para convertirse en una “cooperativa de consumidores”. Mientras que en la concepción moderna clásica de la cultura ésta es entendida como un sistema coherente de normas, prescripciones y proscripciones, la cultura en la modernidad tardía es definida como una asociación de miembros que tienen en común la búsqueda por satisfacer sus deseos a través del consumo. En este contexto convergen la libertad de elección y la persecución de la individualidad —la posibilidad de elegir quién se es y durante cuánto tiempo— en la actividad del consumo (Bauman, 1997: 175).

Mi sueño es tener millones y millones de dólares, bueno, no es cierto, tener por lo menos para vivir lo suficientemente bien: tener mi casa de dos pisos con todas las comodidades del mundo: aparatos electrónicos de última tecnología, todo bien, lo que un ricachón quiere, ¿no? (hombre, 17 años, México D.F., DIF). Aquí Cancún es dinero, eso sí te lo puedo decir, no es tanto cómo te vistas o qué te guste o cómo te veas; el punto es el dinero. Aquí se ponen el apodo por el carro que traen y se conocen por eso. Aunque claro, entre más dinero tienes, más y mejores cosas que te dan estatus son las que te puedes comprar, por eso hay tantas plazas comerciales, siempre con gente (mujer, 18 años, México D.F.).

En Cancún es difícil que alguien te escuche, luego no le interesas a nadie. A lo mejor tienes buen trabajo, tienes dinero, pero nada más. A mí me da pena ver a los chavitos que tienen 16 años y ganan bien, y se gastan en un antro toda la quincena. Nada más ganan infecciones y demás y no crecen. O se lo gastan en cosas como un iPod, un Xbox, es como una competencia por tener y comprar entre ellos (mujer, 25 años, Veracruz, UTC, estudiante de Gastronomía).

Como ya se ha mencionado, en *El malestar en la cultura* Sigmund Freud ubica la etiología de las sociedades humanas en el marco de un conflicto entre la agresividad innata del individuo como parte de una especie biológica y el “Derecho” regulador y represivo de la colectividad organizada, que se resuelve a favor de este último (Freud 2007: 87-88). Este “Derecho” fundante y posibilitador de lo cultural es una institución violenta y a la vez reguladora de las múltiples violencias que, en términos freudianos, se pueden definir como aquellas acciones, encarnadas en sujetos individuales o colectivos, que intentan imponer el principio del placer sobre el principio de la realidad que dicta la moderación de la vida pulsional. Siguiendo la línea discursiva de Freud, el vasto dominio de la cultura sobre la regulación de las relaciones sociales es justamente la mayor de las fuentes de frustración y hostilidad de los individuos frente al orden que impone la cultura (Freud, 2007: 90).

Según Freud, la forma más refinada y efectiva de conjurar esta hostilidad es introyectarla en el individuo transformándola en una “conciencia” [moral], en el super-yo (2007: 114). Como expone Norbert Elias, quien de manera implícita recupera este presupuesto freudiano en *El proceso de la civilización*, en la medida en que la cultura, como orden regulador de lo social, lleva a un control creciente sobre los procesos naturales por parte del hombre, pero sobre todo dirige a los individuos hacia el mayor autocontrol y desarrollo del super-yo, se efectúa un proceso civilizatorio en el que la mayor de las coacciones sociales —dirigidas a la emotividad contenida y, por tanto, a la neutralización de las violencias— es la que el propio sujeto se impone desde dentro (Elias, 1994).

Tan sólo unas décadas más tarde, Michel Foucault abundaría sobre este proceso de autocontrol de los individuos a través de las “tecnologías del yo”, las cuales distingue de otras tecnologías de dominación social —las tecnologías de producción, las de poder y las de sistemas de signos— como altamente eficaces dado que a través de éstas el individuo ejerce “[...] cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismo con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad” (Foucault, 1990: 46). De manera similar a lo expuesto por Elias, Foucault considera que estas “tecnologías del yo” en la modernidad se constituyeron en el instrumento más importante de regulación de lo instintivo y de normalización de lo emocional y, por tanto, podría derivarse de autocontrol de las violencias.

A partir de lo formulado por los tres autores citados, podría deducirse que el autocontrol emocional de los individuos, como proceso histórico-social e incluso psíquico, ha corrido a la par del autodomínio del instinto agresivo innato que, socializado, se convierte en múltiples violencias. En esta dirección se podría postular la modernidad contemporánea o tardía como un estadio histórico en el que la dimensión emotiva de los seres humanos está fuertemente regulada desde el interior de los propios sujetos, de modo que las violencias, derivadas de un descontrol emotivo, son menos radicales que en el pasado.

Sin embargo, en la sociedad de consumo las “tecnologías del yo” parecen haberse modificado para que los individuos persigan la felicidad, cuya premisa es la búsqueda del principio del placer. Como señala Bauman, en la “cooperativa de consumidores” los deseos no son reprimidos, sino liberados, lo que se fomenta es el ejercicio paroxístico, más allá de todo límite, de la persona misma, de modo que se opera un mecanismo que identifica el principio del placer con el de realidad. Dado que la actividad que proporciona la satisfacción instantánea de los deseos es el consumo, el mercado promueve conductas como la impulsividad y el descontrol entre los compradores de toda clase de mercancías: bienes materiales, viajes, servicios, productos lícitos e ilícitos, cirugías para cambiar de cuerpo, sueños, respuestas y técnicas de cómo adelgazar o cómo conseguir trabajo, medicamentos milagrosos, bienestar espiritual, placer, entretenimiento, etcétera. Esta estructura del comportamiento respecto al consumo se ha extendido también a distintas dimensiones de lo social, incluyendo el plano de la economía emocional.

Cancún ha cambiado mucho. Sí es exagerado cómo ha crecido. En la sociedad, en los chavos en sí, he visto que hay mucha más libertad en el aspecto de la sexualidad, eso me tiene sorprendidísima porque antes no era así, y ahorita es como que muy, no sé, lo que es el alcohol, las drogas... tal vez por mi edad ya lo veo más, pero sí es impactante porque tengo primos, amigos en otros lados, y me dicen que no es así (mujer, 18 años, México D.F.).

Los chavos aquí son más adelantados, así como que tirando al libertinaje se van a cosas más extremas, como que vamos a reventarnos y todo eso, o sea, allá también lo hacen pero es diferente, como que son tranquilos. Aquí todo es, cómo decirlo, excesivo, se hace sin pensar (mujer, 17 años, México D.F., DIF).

En este sentido, el desenfreno y la impulsividad han sido normalizados entre los propios jóvenes como formas de enfrentar las contingencias cotidianas. Como ya se ha visto, aunque muchas veces dicho modelo proviene de las figuras adultas, los jóvenes se han apropiado de él para construirse un lugar social prototípico: el de las bandas. En Cancún, estas agrupaciones conformadas por amigos y parientes tienen una constitución muy

heterogénea tanto en su tamaño, como en el perfil de sus integrantes y sus objetivos, pero todas ellas comparten una característica común: la reproducción de las violencias.

Todos los jóvenes entrevistados que nacieron en Cancún o que llegaron a vivir a la ciudad antes de cumplir los cinco años, hombres y mujeres, han sido miembros de una o más bandas. Las hay mixtas, pero también integradas exclusivamente por hombres o por mujeres. El número de sus miembros es variable; existen pequeñas bandas de siete o diez integrantes, pero también, aunque menos comunes, se encuentran grandes agrupaciones de hasta sesenta individuos. Aunque el rango de edades de quienes constituyen las bandas es muy amplio, desde los 10 hasta los 25 años, los jóvenes con los que se trabajó pertenecieron a alguna banda entre los 13 y los 19 años, o todavía forman parte de ella si se encuentran en este rango. Todas tienen un nombre con el que son identificadas, como Los Sureños 13, Sólo Wuapos, Todos Chingones, Los Chetumalitos, etcétera. Comúnmente se usan abreviaturas para hacer referencia a estas bandas, así, Sólo Wuapos es mejor conocida como SW, y Los Sureños, como los S13.

No existe un censo que dé cuenta del número de bandas en Cancún, pero son muy numerosas pues en cada una de las regiones, que son las zonas de la ciudad donde se ubican, hay más de dos. Por otra parte, la organización interbandas tiene tal complejidad que ni siquiera todos los jóvenes logran explicarla. En términos generales, siguiendo un criterio asociativo hay tres clases de bandas: aquellas que están asociadas entre sí y pertenecen a la Asociación de Bandas (AB); aquellas que rechazan las alianzas y son conocidas como los Anti Asociación de Bandas (AAB) y, finalmente, aquellas que se asocian entre sí o con la AB sólo de manera coyuntural, conocidas como el grupo de los Neutros. Cuando se forma, los miembros de la banda deciden a qué tipo de grupo pertenecer, y sopesan ventajas y desventajas: las primeras se relacionan sobre todo con el apoyo en red que puedan recibir durante algún enfrentamiento y el derecho de asistir a ciertas fiestas organizadas de manera exclusiva para las AB; las segundas tienen que ver con los compromisos de reciprocidad que adquieren con otras bandas.

Los AAB aprecian su independencia pero, a decir de sus propios miembros, se sienten menos protegidos y se reconocen débiles en los enfrentamientos frente a las AB. Los Neutros generalmente son bandas más pequeñas, muchas de ellas conformadas de manera transitoria y que están en constante recomposición.

Como ocurre con cualquier otra banda del mundo, la calle es el lugar predilecto de reunión de las “banditas” cancuenses (Reguillo, 1991) —nombre que se emplea con mayor frecuencia entre los habitantes de la ciudad para referirse a éstas—: la esquina, los parques, las canchas deportivas, y en general cualquier calle de la región o el “territorio” del que forman parte, son sus puntos de encuentro. La mayoría de ellas se junta a diferentes horas del día y en esos momentos sus miembros deciden qué hacer: jugar un partido de fútbol, platicar o “echar relajo” en la calle, ir a la casa de alguno a ver una película, pasear por alguna plaza comercial cercana, comprar cerveza y beberla en el patio de alguna casa,

pintar grafitis o jugar con las patinetas; si es de noche, se organizan de antemano para ir a una de las múltiples tardeadas o *parties* que se organizan en las regiones; los que son mayores de edad ocasionalmente van a las discotecas o bares del centro de Cancún.

A diferencia de las pandillas, las prácticas criminales o delictivas no son el sello de las banditas cancenenses. Aunque las hay dedicadas al robo y al asalto, y en los últimos años a la distribución y venta de estupefacientes —cooptadas por Los Zetas—, la mayoría de estas bandas no están organizadas en torno a actividades delictivas ni funcionan como un espacio que provea ganancias monetarias ilícitas a sus integrantes. Su función central parece ser la socialización entre pares. En este sentido, las banditas se han convertido en toda una institución entre los jóvenes cancenenses, especialmente entre los originarios, los migrantes tempranos y aquellos que llegan en grupos a la ciudad para trabajar en la construcción sin sus familias. En ellas encuentran espacios de pertenencia, camaradería y apoyo. De igual modo, la banda representa una opción para ocupar el tiempo de ocio y recreación: es más sencillo ser invitado a fiestas y reuniones, o encontrar pareja, si se pertenece a una banda. La popularidad, el prestigio, hacerse de una identidad grupal, sentirse protegido y la curiosidad son otras de las motivaciones enunciadas por los jóvenes entrevistados para unirse a una banda. Así, representan un espacio de socialización privilegiado, mucho más importante que el espacio laboral e incluso escolar, especialmente entre los jóvenes preuniversitarios.

Estuve en una banda cuando estaba chavito, como de los 16 a los 17, 18. Estaba en la prepa, en el CECyTE [Centro de Estudios Científicos y Tecnológicos de Quintana Roo], que es técnica, ahí estudié turismo. Era una banda de por mi casa, porque de hecho, como yo siempre me he llevado superbien con mis primos, pues ellos se empezaron a llevar así con ellos y yo, cuando iba con ellos, poco a poco me empecé a llevar. En la banda, que todavía existe, son los Chilesfritos, hay hombres y mujeres. Pues es que ahí hay de todo; de hecho, con los que me llevaba nada más íbamos a tardeadas, íbamos a fiestas igual; si hay refuego, igual, así como que todos, pero entre ellos también hay otros que ya están bien caídos en las drogas y son los que asaltan, pues ellos buscan conseguir algo para lo de su vicio, pero los demás no le hacíamos daño a nadie (hombre, 20 años, Cancún, Unicaribe).

La banda en la que estaba era una *crew* de puras chavas, o sea, una banda donde pintábamos grafitis. A mí eso me gustaba, nunca fui muy buena pero mis amigas me enseñaban cómo y pinté dos o tres muñequitos que quedaron bien. En todos nuestros dibujos, abajo, pintábamos “State of Core”, así nos llamábamos. Eso fue como de los 14 a los 17 años. [¿Participaban en refuegos?] Híjole, sólo una vez, no nos quedó de otra, lo bueno es que nos apoyaron otros “neutros” porque nosotras no sabíamos bien ni qué, pero hay que entrarle (mujer, 21 años, Cancún, UTC).

Aún más, las bandas son espacios de integración y expresión en una ciudad que adolece de ellos. La capacidad que éstas tienen para hacer sentir a los jóvenes parte de un algo social es mucho mayor que la de las instituciones antes mencionadas. Una banda puede agrupar a jóvenes con distintos grados de escolaridad, edades, lugares de origen y residencia, aunque la mayoría viven en la misma región. En general, la heterogeneidad de sus miembros permite que sus rasgos y su constitución también sean variables: en muchas bandas algunos de sus integrantes ingieren drogas y bebidas alcohólicas, mientras que otros no; algunos de ellos trabajan, otros asisten a la escuela; en realidad, ninguno de ellos se dedica de tiempo completo a las actividades de la banda. Entre los entrevistados universitarios que habían pertenecido a una banda, todos narraron que su entrada a la universidad implicó el abandono de la misma. Quizá la única actividad obligada para todos sea el ejercicio de la violencia, específicamente la física. En este sentido, las bandas no parecen representar un riesgo mayor para los externos que para sus propios miembros, pues el grueso de los rituales y acontecimientos que implican violencia es practicado entre pares, al interior de la banda y en confrontaciones con otras bandas. Al mismo tiempo, estas prácticas violentas tienen como base tres nociones: el “descontrol”, los excesos y ganarse un lugar social de respeto vía “el aguante” y “el valor”.

Sesión de trabajo con el Grupo Psicoterapéutico de Pacientes Adolescentes, DIF Benito Juárez. 17 de febrero de 2009.

La propuesta de trabajo de la psicóloga para esta sesión fue la representación de una situación de conflicto en la vida de los chicos. Se formaron dos grupos de unos diez jóvenes cada uno, y se les pidió que se pusieran de acuerdo para escenificar dicha situación conflictiva.

El primer equipo representó un conflicto en el ámbito escolar, entre un profesor y dos alumnas. Mientras ellas aseguraban que el maestro no había dejado tarea, él les exigía que se la entregaran. Dado que ninguna de las dos partes reconocía estar equivocada, el profesor acudió al prefecto, a quien le explicó que las dos jóvenes eran incumplidas y no querían reconocer que se les olvidó la tarea. Frente al prefecto las chicas sostuvieron que el maestro exigía algo que nunca pidió. El prefecto las llevó con el director de la escuela quien, casi sin escucharlas, decidió citar a sus padres. La siguiente escena de esta representación fue el patio de la escuela. Ahí, las dos jóvenes reclamaron a sus respectivas hermanas por haberlas acusado con sus padres. La representación concluyó con la pelea a gritos y empujones entre las chicas y sus hermanas.

En la última escena los padres regañaron a las dos muchachas por incumplidas y las castigaron no dejándolas salir por una semana. Las jóvenes continuaron reclamando y protestando porque no las creían.

El equipo que llevó a cabo esta representación explicó que decidieron actuar una experiencia que alguna vez les había ocurrido a casi todos. Al final de este ejercicio, los integrantes de este primer grupo manifestaron haberse sentido contentos, colaborativos y en confianza.

El equipo dos tuvo problemas para organizar su representación y ponerse de acuerdo en cómo trabajar. Estuvo integrado por jóvenes, especialmente chicas, que competían por llamar la atención y tenían algunos conflictos entre sí. La representación resultó un tanto caótica y al final casi derivó en un enfrentamiento real.

La situación que presentaron fue la de una pelea entre dos bandas por el robo de una motocicleta. En la primera de las escenas se veía cómo una de las bandas le quitaba a la otra la moto; el despliegue de la violencia representada fue prolijo, especialmente entre las mujeres, mientras que los varones sólo gritaban u observaban. Entonces, los miembros de la banda asaltada discutían sobre cómo podían recuperar la moto. En esta discusión se habló de manera marcada con groserías. Finalmente decidieron ir a buscar a la banda enemiga y, armados con palos, piedras y botellas, recuperar la moto. En esta escena los golpes actuados dejaron de serlo, y dos chicas se jalonearon y rasguñaron con bastante fuerza.

La psicóloga a cargo las contuvo y paró la representación.

Este grupo no imaginó una solución distinta que no fuese regresar la agresión, vengarse y hacer justicia por cuenta propia; no se le ocurrió acudir a la policía o a alguna autoridad para recuperar la moto robada. Cuando se les preguntó por qué no habían considerado esta alternativa, en sus caras se dibujó la sorpresa. Para ellos la respuesta era más que evidente: la policía no sólo no les creería, sino que probablemente aprovecharía para extorsionarlos.

En las dos representaciones se hace evidente que los jóvenes vinculan el conflicto con conceptos tales como: malentendido, prepotencia, castigo, agresión, venganza y violencia, pero no con otros como diálogo, acuerdo o colaboración. Lo anterior arroja luz sobre las formas de resolución de conflictos —vinculadas a socializaciones atravesadas por la violencia— que los jóvenes despliegan en su vida cotidiana. Por otra parte, en las dos representaciones los chicos mostraron a las figuras de autoridad como sordas a sus reclamos, o en el peor de los casos, como en el de la policía, corruptas e incapaces de instituir orden.

Tanto el exceso como el descontrol aparecen en los espacios festivos y en el consumo de drogas y alcohol, así como en los enfrentamientos contra otras bandas, mejor conocidos como “refuegos”. En los espacios festivos, la aparición de la violencia no se explica con claridad. Los jóvenes narran que muchas fiestas terminan en peleas, aunque nunca se sabe por qué ni quién inició el conflicto; lo más importante es jalar con la propia banda. La celeridad y la reacción en la inmediatez son dos elementos centrales en estas

dinámicas de socialización. En tal sentido, para los propios jóvenes el actuar violento no tiene como causa una articulación racional, es más bien un impulso, un gesto que se imita de sus pares, un desahogo, “pura adrenalina”, incluso una manera de “hacer algo” con sus cuerpos, una “violencia expresiva” (Reguillo, 2005) por la que se exhalan los malestares sociales cotidianos.

En este contexto, los jóvenes despliegan una suerte de energía pulsional no controlable que los hace bailar, gritar, beber y, en algunos casos, consumir drogas, todo ello en un contexto, el festivo, que representa en sí mismo la trasgresión, el desdibujamiento de los límites y un intento de desafío al orden social: “El ‘descontrol’ aparece asociado además al consumo del alcohol y drogas, al mundo de la calle y a una efervescencia del instante en la cual prima sólo el goce del momento y la constante desviación que da pie tanto al juego y al goce como a la violencia y a la muerte” (Serrano en Ferrandiz y Feixa, 2005: 137-138).

Más adelante se abordará la cuestión de las adicciones como una forma de violencia autoinfligida que expresa el abismo que existe entre los jóvenes y lo social. Por ahora la atención se centrará en los llamados “refuegos”, como una práctica productora y reproductora de violencia característica de las bandas cancuenses. Los “refuegos”, en menor medida conocidos como “rocazos”, son peleas callejeras entre dos o más bandas. Generalmente ocurren por la tarde o por la noche. Las bandas, cada una agrupada en los extremos contrarios de una calle, se arrojan palos, piedras y latas desde la distancia. Mientras lo hacen se van aproximando, de manera que paulatinamente el enfrentamiento se convierte en frontal, cuerpo a cuerpo. En este último también se usan los puños, machetes, navajas y vidrios. En las bandas mixtas, casi siempre son los varones más fuertes los que se enfrentan cuerpo a cuerpo; las mujeres y otros chicos sólo participan en la primera parte del “refuego”, en la de los lanzamientos de objetos a la distancia. Luego se dispersan y se esconden.

La intensidad de los encuentros y el número de participantes varía. Generalmente en las peleas frontales intervienen pocos miembros de las bandas. A menos que haya alguna venganza concreta o se trate de “dar una lección” a alguien, se evitan las heridas de gravedad; lo que se persigue demostrar es, por un lado, que cuentan con el arrojo y el valor para no huir y, por el otro, que se tiene más fuerza y capacidad física para imponerse, como individuo y como banda, ante el otro. Sin embargo, en las narraciones de los jóvenes constantemente cuentan cómo la intensidad de la adrenalina sentida al momento de pelear es tal, que se pierde la noción del daño que se causa al contrincante. El otro como un límite al comportamiento propio se diluye.

Esa vez sí me pasé de la raya. De entrada yo no quería lastimar mucho al chavo, pero a los dos se nos fue la mano. Estábamos bien entrados y, como yo estaba más grande que él, pues... a él le fue peor. Los dos traíamos unas botellas rotas. Cuando le pegué

en la cabeza empezó a sangrar demasiado, la verdad, pero la adrenalina ya era mucha... [¿No te dio miedo que lo pudieras herir de muerte?] Pues, como le digo, en esos momentos uno no piensa en eso, es la pura adrenalina la que se siente, es puro descontrol (hombre, 17 años, Cancún, DIF).

La banda en la que yo estoy se llama SW, o sea, Sólo Wuapos. Los chavos son bien tranquilos, casi no toman ni nada ni se meten cosas, así, nada más platican. También nos cuidan mucho a las chavas porque no dejan que nos metamos en los “refuegos”. He estado en algunas bandas donde tratan muy mal a las mujeres y eso no me gusta. Pero mi hermana me platicó que en la banda en la que está las chavas sí se meten a los “refuegos”, y que su bautizo fue así, que pasara y que todos los chavos la agarraran a besos hasta dejarla toda marcada, y se tuvo que aguantar (mujer, 15 años, Cancún, DIF).

Los “refuegos” representan una suerte de graduación entre los jóvenes de las bandas, y quienes han participado en alguno cuentan con el respeto y el reconocimiento de sus pares. El entrenamiento para participar en ellos lo proporciona la vida familiar, la escolar, la callejera y la de la banda. En esta última, aunque no en todos los casos, hay ritos de iniciación que invariablemente implican agresiones físicas y verbales. En la convivencia entre pares, la lógica del “refuego” se impone y el respeto se gana a través del ejercicio de la violencia; ésta representa la forma de demostrar que se es alguien. Como señala Bourgois “[...] el papel de la violencia es fundamental en el desarrollo de la credibilidad callejera” (2010: 243) y, para el caso de los jóvenes cancenenses, también lo es en la construcción de su lugar social. La estructuración del yo sustentado en el ejercicio de la fuerza y la imposición sobre otro no está restringida a la edificación de la masculinidad; tal ejercicio se extiende al género femenino. Un porcentaje importante de las jóvenes entrevistadas, aproximadamente el 70%, mencionó haberse peleado al menos una vez en su vida, aunque también la mayoría de ellas comentó que no fue una experiencia grata y que se vio obligada a hacerlo para ganar prestigio y no perder respeto entre sus pares.

Me he peleado como cuatro veces en la calle. La mayoría ha sido porque llega una chava y me dice: “No, pues quiero el tiro contigo”. Y yo, “está bien”, porque si uno no lo hace te gritan cosas feas, porque la verdad no me gusta pelearme, pero sí me gusta que digan que soy muy verga porque eso es ser muy buena (mujer, 15 años, Cancún, DIF).

Me he peleado dos veces, una en la escuela, otra en la calle. La primera vez sentí feo, me dieron ganas de llorar cuando empecé a sentir los jalones de cabello y pensé: “¡Ay!, ¿en qué me metí?” Pero tuve que seguirle, eso fue en la escuela. Lo bueno

es que después de un rato llegó el prefecto y paró todo. La segunda vez fue por mi casa. Una chava me buscó pleito a fuerza porque no le caía bien y pues de nuevo... si me echaba para atrás ¿qué se iba a decir de mí? Luego cualquiera se iba a querer aprovechar (mujer, 16 años, Cancún, DIF).

Para muchos jóvenes los “refuegos” se han convertido en una forma natural de estar con los otros, de reafirmar lealtades y reforzar lazos, de adquirir prestigio y construirse un lugar social. Son los chicos nacidos en Cancún los que han integrado la pertenencia a las pandillas a su experiencia común de transición hacia la adultez. Al contrario de sus pares cancuenses, en su mayoría los chicos que migran siendo ya adolescentes a Cancún rechazan esta forma de asociación como un mecanismo legítimo de reproducción del vínculo social. Para los jóvenes nacidos en Cancún, en cambio, la pertenencia a una pandilla constituye una vivencia paradigmática del ser joven y de su identidad como tal.

En este sentido, la banda puede ser vista como un microcosmos de la violencia social ampliada en Cancún, en la que se reproduce como espejo la violencia vista y experimentada en la familia, la violencia sexual hacia las mujeres y el alcoholismo y la drogadicción, entendidos estos últimos como violencia autoinfligida. La subjetividad de los jóvenes en Cancún está así fuertemente marcada por un conjunto de violencias normalizadas e institucionalizadas en la familia, los espacios públicos y las bandas.

Ernesto llegó al área de psicología del DIF acompañado por una trabajadora social de PAMAR (Programa de Atención a Menores y Adolescentes en Riesgo). Acudió ahí porque, preguntando, le dijeron que en ese lugar le podían ayudar a retomar sus estudios. Su mamá lo acompañó y después se fue al trabajo. Al platicar con él, la trabajadora social le propuso una entrevista en el área de Psicología, pues podía integrarse al trabajo con el grupo de adolescentes y así ampliar sus actividades ocupacionales. Ernesto aceptó, pensó que era buena idea porque necesitaba platicar con alguien sobre “cosas de la vida”.

Ernesto, de 14 años, se veía seguro de sí mismo, con una actitud relajada e incluso alegre, aunque también se le notaba un tanto ansioso. Vestido con un pantalón de mezclilla amplio, camisa a cuadros encima de una playera negra de algodón y tenis, jugaba con unos lentes oscuros que traía en la frente y que se bajaba y subía constantemente. Su aspecto era el de un adolescente de clase media, muy empeñado en su arreglo personal.

A las preguntas de la psicóloga sobre su situación familiar, el joven contó: “Vivo con mi mamá, mi papá y mis dos hermanos. Yo soy el mediano, tengo un hermano mayor, de 16 años, y una hermanita de tres. Mi mamá trabaja en una secundaria técnica, como en la dirección. Mi papá ni sé, la verdad es que nuestra relación es muy distante, a veces nada más convivimos cuando tomamos o nos echamos un cigarro junto con mi hermano. [¿Por qué no te llevas bien con tu papá?] Pues es que cuando

éramos niños nos golpeaba a mí y a mi hermano, entonces de por sí no le veo caso acercarme a alguien como él, y él tampoco se acerca a nosotros. Mejor, pues lo único que aprendí de él es que los golpes deben servir para algo”.

Cuando la psicóloga le preguntó por qué había acudido al DIF, Ernesto contestó con seguridad: “Porque quiero cambiar. Yo estaba estudiando tercero de secundaria pero me gustó andar de vago y me salí. Pero pasó algo que me dio mucho miedo y pues ahora quiero regresar a estudiar y ser diferente. [¿Qué pasó, alguien te hizo daño?] No, pero es que yo vi cuando mataron al *mayita*. [¿Quién es el *mayita*, quién lo mató?] Era uno de una bandita, yo iba en el carro de otra banda, que eran sus enemigos, cuando lo arrollaron, bueno, en realidad lo prensaron con el carro en una pared, dos, tres veces, luego, como seguía vivo, se bajaron a patearlo”.

El joven cuenta esto con tranquilidad, como un espectador que ve una escena pero que no participa de ella, aunque cierto destello de horror aparece en sus ojos, y su voz se torna temblorosa cuando narra que, después de prensar al chico, se bajaron a ultimarlos a patadas.

Después de narrar esto, Ernesto da mucha información dispersa, como si no pudiera dar coherencia a lo ocurrido y narrar su situación con claridad. Va contando lo que ocurre por partes, de manera fragmentada. Así, a lo largo de la conversación, la psicóloga y yo vamos armando el rompecabezas y nos enteramos de que Ernesto pertenece a la banda de una región cercana a su casa, incluso tiene tatuado el número 1 en la parte superior de la mano, que es la forma en que se identifican los que pertenecen a su grupo. Ernesto sabe que corre riesgo, pues ya lo andan buscando, y tiene miedo de que lo maten, por ello quiere cambiar y salirse de la banda, regresar a estudiar.

Cuenta que su hermano mayor, quien también perteneció a una banda, ha cambiado un poco, “o al menos eso cree él, porque yo digo, quien pertenece a una banda es banda y no puede dejar de serlo nunca, se le nota, se le sale en las palabras. Pero como ahora mi hermano anda con una chava fresa, dizque él también se ha vuelto fresa. Ni él ni yo pensamos que realmente se pueda cambiar y dejar de ser banda, pero lo queremos intentar porque no nos gustaría que nuestra hermanita crezca en un ambiente de dos hermanos como nosotros. [Pero ¿por qué crees que no se puede cambiar?, además, tú nunca has matado a alguien]. No, matado no, pero sí he hecho cosas malas que yo sé que no están bien. [¿Cómo cuáles?] Pues he agarrado a machetazos a otros chavos como dos veces, y sí se han ido lastimados, y es que a veces es difícil detenerse por toda la adrenalina que se siente. Una vez también llevé un picahielos a la escuela para picar a un tipo que me molestaba, pero al final no lo usé, no me atreví”.

Ernesto entonces platica que no sólo conoce de machetes y cuchillos, también de armas de fuego, pues se ha relacionado con gente de La Hermandad, es decir, de

Los Zetas. El joven dice que un tío y un primo suyos son miembros de este grupo y en un par de ocasiones lo han llevado a practicar tiro. Adoptando una actitud más confiada frente a las sorprendidas caras de “las psicólogas”, Ernesto encuentra que puede causar una fuerte impresión en sus oyentes construyendo su lugar social desde el discurso de las violencias. Entonces comenta: “De hecho, yo sé cuándo van a matar a alguien, ellos me dicen y ya, al día siguiente, sale en los periódicos. Hasta una vez fui testigo de cómo balearon a uno”.

Entonces, yo le comento: “Pero eso es terrible, quiero decir, es justo de lo que tú tienes miedo, pues sabes que para ellos la vida de los demás no tiene valor”. El chico, pensativo, responde: “Pues sí, le tengo miedo a la venganza, por eso quiero cambiar y me vine aquí. En el día es difícil que me hagan algo los de la otra banda pues trabajan. Además, ya probé marihuana y, antes de que le siga con esa o con otra, quiero pararle. Como bien dice, para mí la vida sí tiene valor”.

La psicóloga anotó en el carnet de Ernesto dos citas: una para terapia grupal con los adolescentes, otra individual con uno de los psicólogos. También le aseguró que la voluntad personal lo puede todo, aunque no sería mala idea que se alejara de las bandas, tanto de la que pertenece, como de la banda enemiga. Igualmente le pidió que sus padres acudieran a una cita con ella pues era importante contar con su apoyo.

Antes de irse, sonriente como llegó, Ernesto nos dijo que difícilmente sus padres irían a la cita: “Mi mamá trabaja todo el día y a mi papá no le importa”. Luego nos dio las gracias por “la plática” y nos preguntó si en el DIF había clases de grafiti o hip-hop: “Me gustaría participar en alguna de ellas para entretener mi mente en otra cosa”.

Resulta importante anotar que, si bien la violencia tiene un fuerte poder en la construcción de la identidad y las trayectorias biográficas de los jóvenes, no determina la vida de éstos en todos los casos. En la neutralización de las experiencias de violencia resulta de vital importancia la educación, un miembro clave de la familia o un hecho que hace pensar al sujeto en el futuro, en su futuro y, por primera vez, lo obliga a evaluar sus posibilidades de continuar involucrado en la producción y reproducción de la violencia. En este sentido, algunos procesos que forman parte de la individualización, como la reflexividad, tienen una dimensión emancipadora de la estructuración de subjetividades por las violencias.

Una vez, hace poco, estuve platicando con mi papá de manera seria y me dijo que él sólo quería protegernos. Pero lo que yo veo es que él nos trataba como si fuésemos su propiedad, no como si fuéramos su familia. Hubo una vez una experiencia muy fuerte en mi familia porque mi mamá compró una puerta y la vendió, y se molestó porque la vendió, aunque no era de él. Mi hermano el mayor, que estaba comiendo

tranquilo, escuchó, se molestó y defendió a mi mamá. Mi papá argumentó que el problema era entre ellos, mi hermano le respondió que lo estaban haciendo frente a todos y a todos nos resultaba molesto, y que respetara a mi mamá, que nadie le daba derecho a gritarle. Entonces mi papá le respondió: “Oye, estás comiendo de mi mesa, estás comiendo bajo mi techo y yo puedo gritar y hacer lo que quiera, y si no te gusta, pues vete”. Entonces mi hermano se molestó pero fuerte, agarró un cuchillo y ahora te mato, ¿no? Entonces mi hermano se paró fuerte y él salió de la casa y nosotros detuvimos a mi hermano, y sí, estábamos llorando porque sí fue fuerte. Y entonces mi papá en lugar de, “hijo, tranquilízate, ok, veo mi error”, no, fue por un tubo y ahora sí nos damos, izas! Entonces, ¿dónde está el actuar con sabiduría?, nunca va a aceptar su error, la violencia genera más violencia. Mi hermano luego nos dijo que no pensaba hacerle nada, que nada más lo hizo para que no molestara ya a mi mamá, y fíjate que desde ahí mi papá ya no le volvió a hacer nada a mi madre, al menos cuando estábamos nosotros. Más bien ya fue violencia psicológica. Por ejemplo, mi papá le prohibía ir a ver a mis abuelos y ella se empezó a enfermar de depresión, y a ella la empezábamos a ver más agotada cada día, le reclamaba nuestros problemas y le decía que nos iba a sacar de la casa y mi mamá no nos contaba. Cuando dejamos a mi papá, en 2008, él se sintió muy triste. Mi hermano tenía 18 años y yo 17. Mi papá nos había dicho que cuando cumpliéramos 18 nos teníamos que ir de la casa y hacernos independientes. Mi hermano el mayor decidió irse de la casa. Mi mamá se iba a quedar sola porque él era el único que podía calmar a mi papá cuando se ponía agresivo, entonces decidimos irnos todos y él sí se puso muy triste. Pero mi mamá decidió irse, le tenía miedo, aunque sí le costó, le dolió mucho. Pero al final fue la mejor decisión porque mi mamá ya estaba deprimida, con el semblante muy caído. Ahora estamos rentando. Y al final mi mamá se enfocó a otras cosas y poco a poco se fue recuperando y ahora vive más tranquila. El que sí se quedó triste fue mi papá (hombre, 19 años, Yucatán, UTC).

El abismo del prójimo: violencia sexual y autoinfligida

En la modernidad tardía, la mayor exigencia para los individuos es la de hacerse responsables de la creación y del mantenimiento de su yo. Sin embargo, la construcción de la subjetividad no cuenta con anclajes externos a la propia individualidad lo suficientemente fuertes y estables como para asirse de ellos. En este contexto, los sujetos tienen la difícil labor de estructurarse de manera continua en soledad, sin acompañamiento del prójimo, cuya noción se difumina cada vez más.

Una de las paradojas de los tiempos líquidos es que, mientras existe una fuerte fiabilidad en los sistemas abstractos de cualquier naturaleza —el mercado, los *software*, la banca—, prima la desconfianza en las relaciones interpersonales próximas. De hecho, el

vínculo interpersonal se basa en una concepción del sujeto como mercancía, de manera que en algún momento todo consumidor se transforma, o bien en objeto de consumo o, en el peor de los casos, en objeto de desecho. Así:

El otro como espejo, como límite, como lugar de diferenciación y de deseo se opaca. Nuestros tiempos nos inundan con mandatos en los que el otro es prescindible. Para satisfacer el deseo de consumo necesito del objeto y no del sujeto [...] para estar integrado dependo de mi capacidad de gestionarme dado que es aquí, en la gestión del sí mismo y no en el lazo donde se fija la ilusión de la posibilidad [...] (Duschatzky y Corea, 2002: 21-22).

En su transición a la adultez, los jóvenes que habitan en Cancún experimentan de manera radical esta ausencia del prójimo, especialmente la de un otro instaurador de cierto orden. Dicha ausencia —física, simbólica o de ambos tipos— tiene como origen diversos procesos, como la individualización, la imposición de un régimen laboral de explotación, la recomposición de la institución familiar, el desdibujamiento de las fronteras generacionales, la dificultad de tener un presente estable y alguna certeza para el futuro, así como una dinámica perversa de corte narcisista que impide ver al otro, a menos que sea como medio para cumplir un deseo propio.

Una industria turística como la que se desarrolla en Cancún requiere del trabajo intensivo y permanente de un sector poblacional, así como reservas de mano de obra para su explotación temporal de las que también hace un uso intensivo cuando las necesita. Paralelamente, el turismo genera oportunidades en el ámbito de los servicios y el comercio para pequeños y medianos empresarios. La mayoría de los padres de los jóvenes entrevistados son empleados asalariados o trabajan por comisión en algún ámbito de la industria turística: hoteles, spas, discotecas, marinas, restaurantes, bares, promotoras de eventos o en el aeropuerto; otros de los oficios que indicaron con mayor frecuencia fueron el de taxista y el de policía —públicos y privados—. Un porcentaje menor trabaja como comerciante independiente, generalmente también de productos turísticos, como suvenires, artesanías, ropa típica o comida regional. Sólo se registraron dos casos en los que los padres ejercían una profesión universitaria. El contexto ocupacional de los padres de familia permite comprender mejor la ausencia física de varios de ellos.

La promesa de una suerte de El Dorado contemporáneo se ha hecho efectiva para muchas de las familias que han migrado a Cancún. En la ciudad, la economía familiar mejora considerablemente tanto por el monto de las ganancias, como por el número de integrantes del hogar que logran emplearse. Jóvenes y adultos reconocen que en Cancún han encontrado bienestar material y oportunidades que en sus lugares de origen no tenían. En este sentido, es importante señalar que ese bienestar material es establecido por los propios sujetos de manera comparativa con las condiciones que se tenían antes de migrar. Las familias valoran y ponderan esta mejoría por encima de las largas y esforzadas

jornadas laborales exigidas por una ciudad que vive del turismo y en la que no se han desarrollado otras industrias de forma paralela. La explotación impuesta por el mercado turístico, que ha devenido en autoexplotación, atraviesa prácticamente todos los sectores sociales. Así, aunque jóvenes y padres, o tutores como hermanos y tíos, habitan el mismo espacio, la sensación de desamparo entre los muchachos es frecuente.

Mirna es la madre de Carol, una joven de 15 años. Cuando Carol tenía 13 años sus padres se separaron. Entonces Mirna, que antes se dedicaba de manera exclusiva al trabajo en el hogar, ingresó al mercado laboral. Tenía estudios incompletos en Administración y la contrataron como auxiliar en esta área en un hotel del centro de Cancún. Con el tiempo y mucha dedicación, Mirna fue ascendiendo hasta ser una de las dos gerentes de administración. Como tal, sus responsabilidades son mayores y también el tiempo que debe dedicar al trabajo.

Desde que sus padres se divorciaron Carol empezó a comportarse de manera diferente. Mirna dice que su papá, después de un año de separados, dejó de ir a verla. Luego supimos que se juntó con otra mujer y prácticamente se desentendió de su hija en el aspecto económico, además de que dejó de visitarla. Carol estaba muy encariñada con su papá y se empezó a portar de forma más rebelde, cuando antes era muy tranquila. Ahora quiere dejar la escuela y se peleó con otra muchacha, pero no la expulsaron por sus buenos antecedentes y calificaciones. Mirna dice: “Yo la entiendo. Sé que quisiera que su papá y yo estuviéramos ahí, con ella, acompañándola más tiempo. Pero ella sabe que, en lo que a mí respecta, quiero, pero no puedo. Trabajo doble turno en el hotel, o sea, mi horario es de 8 a 8, con dos horas para comer, de lunes a sábado. Y dos veces al mes también trabajo los domingos en lugar del lunes. Entonces, pues sí la tengo un poco abandonada. Ella me ha dicho que así se siente”.

Esta sensación de desprotección es continuamente mencionada por los y las jóvenes, quienes no encuentran los espacios que, como escribe Veena Das, todo individuo requiere para “[...] comprender sus experiencias y trabajar para sanar en el marco de la vida colectiva” (Das, 2008b: 14).

En la escuela era muy rebelde. Muchas veces me decía la maestra: “compórtate”, pero yo no me comportaba. Luego me castigaba sin que yo hiciera nada y eso me enojaba, por eso a veces me portaba mal a propósito. De todas formas, la maestra me caía mal. Cuando mi mamá se fue de mi casa yo quise platicarle cómo me sentía, pero como que no le importó o pensó que le estaba echando mentiras, nada más me dijo: “¡Ay, chamaca!” Pues imagínese, yo que quería que alguien se preocupara un poquito por mí, que mandaran llamar a mi mamá de la dirección para decirle que

no nos podía dejar días y días olvidados a mí y a mis hermanos (mujer, 16 años, Veracruz, DIF).

En el capítulo 1 ya se señaló que, siguiendo al psicoanalista Joel Birman, la marca propia de la subjetividad contemporánea es que no consigue transformar el dolor en sufrimiento, es decir, que el dolor se queda instalado en el cuerpo individual y no se genera un proceso de transición hacia el cuerpo social. Así, dado que el dolor no se socializa, el otro no aparece para acompañar a la subjetividad sufriente, de manera que nunca aparece la alteridad en la dimensión solipsista del dolor; no hay, pues, interlocución con otros, sólo lamentos y pasividad. El propio Birman explica que este fenómeno de subjetividades desamparadas favorece prácticas autodestructivas en las que los individuos buscan protegerse o evadirse de la sensación de abandono a través de la enajenación del cuerpo y de la psique. El consumo de sustancias tóxicas, como las drogas y el alcohol, es un ejemplo (Birman, 1998 y 2006).⁸⁰

La droga es lo peor que a uno le puede pasar. Te saca lágrimas, te las saca por el arrepentimiento que ya gastaste todo tu dinero, que llegas a tu casa otra vez drogado; más que nada, lloras por la angustia de que no lo puedes dejar, por la desesperación de que estás cansado [...] en el fondo dices que ya no quieres más, pero es más fuerte la adicción. Te quita lo que valgas, te hace sentir menos, te quita tu voluntad de hacer algo [...] Pero para mí era muy difícil pedir ayuda porque mis papás, en sus líos propios, ni se enteraban, y me avergonzaba tener que decirles que necesitaba esa ayuda que yo no me podía dar (hombre, 22 años, Yucatán).

Mi novia, o sea, la mujer con la que vivía, me dejó. Hoy en la mañana fue a recoger sus cosas y a decirme que definitivamente se va. En el momento yo me mostré indiferente a ella y a lo que estaba haciendo, pero ya cuando se fue no pude soportar el dolor y me puse a tomar hasta que me emborraché, como una forma de desahogo. Yo prefiero tomar antes de llorar, soy muy orgulloso. Yo sé que el alcohol es malo, que destruye, pero te hace olvidar, aunque al otro día ya ves la realidad. Duele la cruda, duele la realidad (hombre, 23 años, Tabasco, DIF).

⁸⁰ En la mayoría de las experiencias de los jóvenes, el alcohol, las drogas o ambos son motivo y consecuencia del desamparo subjetivo, pues sus padres también son consumidores. De hecho, una constante en los expedientes clínicos del DIF es encontrar el alcoholismo como parte de los antecedentes patológicos familiares. Con esto no se está afirmando que el alcohol produzca por sí mismo actos de violencia, pero sí es un fuerte desinhibidor que favorece que los individuos desplieguen de manera eufórica comportamientos que derivan en múltiples violencias. En este sentido, el efecto puede ser biológico, pero el comportamiento es siempre cultural.

Junto con las toxicomanías, una práctica recurrente entre los jóvenes con los que se hizo trabajo de campo fue la autoflagelación a través del *cutting*. Ya sea acompañada del consumo de drogas o alcohol, o bien aislada, la práctica de “cortarse” se desarrolla entre los jóvenes de manera prolongada principalmente por su carácter clandestino, ya que los jóvenes consiguen ocultar sus heridas a los adultos durante largos periodos de tiempo. En general, quienes narran esta experiencia expresan que la primera vez lo hicieron de manera casi accidental y que, tras terminar de cortarse, sintieron un efecto liberador o de alivio por encima del dolor. En esta práctica parece operar una dinámica similar a la del “descontrol”, en la que el propio cuerpo es el principal agente y a la vez receptor de una violencia que no es siempre percibida como tal por los jóvenes, ni siquiera encarnada. En este sentido, la violencia aparece como una forma de resolver un estado anímico de tensión o enojo en uno mismo; como una forma de conjurar posibles agresiones hacia el otro, pero también como una expresión radical de la percepción de ser el único responsable frente a los fracasos o situaciones difíciles de la vida.

Aunque es un poco penoso, acepto que a veces me corto. Tal vez porque de esa forma mi enojo lo desquito en mi persona; pero no sólo el enojo, sino también la frustración, depresión, tristeza, ira, etcétera. Prefiero así porque siento que los demás no tienen la culpa de mis emociones o de lo que me sale mal, de mis fracasos, ni es justo que me desquite con otros (anónimo, UTC).

Ganas no me han faltado de gritarles a mis papás, pero nunca lo he hecho. Ya me echaron todo el choro [reprimenda], pues ya me voy a dar la vuelta, me compro dos cervezas y ya se me pasa. O empiezo a golpear la pared, que es de puro yeso, ya está toda cuarteada, pero, del coraje que tengo, hasta cositas leves, pero sí he sangrado así de los nudillos. Alguna vez me he cortado con cristales o agujas. Tengo un cristal guardado para cualquier cosa. No siento dolor, me sale la sangre pero no siento dolor, o un poco, pero es más que me siento como que estoy en otro mundo y que mis papás están en el suyo [...] una vez que ya me metí en mi cuarto, me encierro, cierro mis cortinas y todo está oscuro, pongo música, digamos puros violines, o Apocalíptica o Ramstein, y ya me corto. Hasta la fecha ya no lo he vuelto a hacer porque no me han regañado; sólo lo hice como seis veces, cuando me regañaron cañón, cañón. Yo en esos momentos no pensaba que me estaba haciendo daño, pero ahora sí pienso que pude haber valido, por eso ya no lo hago, nada más escucho música y me tomo dos o tres cervezas (hombre, 17 años, Cancún, DIF).

Desde que vivía en Mérida me cortaba las muñecas con lo que encontrara filoso. Llegué a agarrar tijeras, *cutter*, la rasuradora. Cuando lo empecé a hacer fue así como que, no sé. Estaba yo entrando a la secundaria, tenía como doce años más o menos cuando me empecé a cortar. Me sentía como aliviada una vez que lo hacía, me

gustaba cortarme. Generalmente lo hacía y esperaba hasta que se me curara y así. A veces era nada más por ocio, por cortarme así y nada más. Las últimas veces sí fue porque me sentía demasiado triste, como que impotente, con enojo, por los problemas que tenía [...], o sea, tenía problemas y mi mentalidad era de que todo me sale mal, hice esto mal, hice el otro mal y así, pero por lo de mi papá no, trato mucho de bloquear ese tema [recuerdo de abuso sexual], de no pensarlo. Después de hacerlo me sentía más tranquila, más relajada, ya como que empezaba a pensar, y no sólo pensar en el coraje, sino que ya mi cerebro había pensado la situación y la analizaba. Para mí no era doloroso, era liberador. Yo no le he visto ninguna consecuencia negativa, siento que me relajaba, que me tranquilizaba (mujer, 19 años, Mérida, UTC, estudiante de Hotelería).

La gravedad de estas autoagresiones a veces es tal que los jóvenes ponen en riesgo su vida sin siquiera percatarse de ello. Generalmente, cuando esto ocurre es cuando los padres se enteran de la situación, y también cuando, confrontados con las subjetividades adultas, los jóvenes se cuestionan y deciden abandonar esta práctica de manera definitiva, o bien iniciar una terapia psicológica para dejarla paulatinamente. Sin embargo, en algunos casos los cortes pueden estar acompañados o ser el preámbulo de prácticas más extremas, como intentos de suicidio, tema que se abordará con mayor detalle en una de las historias de vida del capítulo 5.

Y cuando fui a psicología de la Universidad lo hice porque la última vez que me corté lo hice muy fuerte y se me fue la mano. Yo me acosté a dormir y no me di cuenta que manché el baño, manché la cama y, sí, se dio cuenta mi mamá y me dijo: “quiero que vayas al psicólogo”. Fue en mi casa de Mérida, que fui un fin de semana y tuve un problema con mi novio y me corté, y pues manché todo. O sea, nunca me he cortado para matarme, sólo era así, me sangro un poco y ya. Pero ese día no me acuerdo, sólo que me empecé a cortar y cortar varias veces, y no me di cuenta de que empecé a sangrar mucho. Sólo abrí la llave, me enjuagué y me fui a dormir a mi cama. Entonces, cuando desperté, estaba mi mano pegada a la cama y tenía sangre pegada, y mi mamá, como entró en la noche a verme, se dio cuenta. Y no me dijo nada sino hasta la noche y ya fue que platicó, bueno, me regañó, y ya me dijo que quería que fuera al psicólogo. Esa vez sí vi muy triste a mi mamá, y muy mal, y yo dije: “no, no la quiero ver así, triste y preocupada”. Lo dejé de hacer por mi mamá, porque yo ya había pensado ir al psicólogo antes pero por otro motivo, pero ya al ver a mi mamá así, fue el empujoncito de sí, ya voy a ir (mujer, 19 años, Mérida, UTC, estudiante de Hotelería).

En muchos casos los chicos no pueden enunciar de manera clara los motivos que los

llevaron a cortarse, lo cual representa otro claro ejemplo de desubjetivación, a pesar de reconocer la existencia de un malestar un tanto difuso o vago en sus vidas. A decir de Wrigth Mills, esa dificultad para definir los problemas que aquejan a la propia subjetividad, que siente que “nada marcha bien”, es peligrosa en tanto entraña el germen de la indiferencia frente a lo social, ya que dicho malestar se percibe como algo particular, privado, que no se vincula con el todo social donde se produce (2005: 31).

La indiferencia frente a lo social en los jóvenes se genera en cierta medida por un proceso en el que la propia sociedad se muestra indiferente a ellos. Ambos fenómenos producen “subjetividades perforadas”, cuya principal característica, además de la integración y reproducción del aislamiento social, es, como ya se ha visto, la evaporación de lo social en las subjetividades (Saraví y Makowsky, 2011: 17). Esto a su vez favorece la fragmentación social reflejada en la espacial, así como el fortalecimiento de los prejuicios y la indiferencia entre los jóvenes de los diversos sectores sociales que viven en Cancún, de manera que la violencia estructural se reproduce y legitima en las relaciones interpersonales entre pares a través de estigmas y distanciamientos. Esta evaporación de lo social no sólo se traduce en relaciones distantes, sino que simultáneamente implica la erradicación de los anticuerpos y las barreras contra la violencia interpersonal. Aunque no necesariamente estimula las violencias, sí implica la difuminación del otro, así como de los posibles límites para convertirlo en objeto de alguna violencia.

Federico vive en la zona centro de Cancún, en la Supermanzana 29, muy cerca de una conocida plaza donde se venden artesanías a nacionales y extranjeros: el Mercado 28. Su papá es taxista y su mamá tiene su propio consultorio dental en casa.

El joven de 15 años vive en el Cancún de la clase media, en una de las primeras áreas residenciales construidas, considerada dentro del diseño urbano del “plato roto”. Es una zona arbolada, tranquila, con todos los servicios, cercana a varios supermercados y plazas comerciales. No se ven pandillas y la apariencia de los jóvenes es similar a la de cualquier chico estudiante de clase media: playera o camisa, jeans de mezclilla o, en el caluroso y húmedo Cancún, bermudas.

Francisco, en cambio, viste con playera y pantalones holgados que, al caminar, pareciera que van a caerse. Usa zapatos tenis y de su cuello cuelga una cadena larga y metálica que termina en una cruz. Tiene el cabello cortado a rape. Él mismo dice que se viste como un “cholo”, lo que su mamá le reprocha constantemente.

A Federico le gusta vivir en Cancún. Piensa que es un lugar divertido, aunque no sabe cómo es en otras ciudades, pues él nació aquí y nunca ha vivido en otro sitio.

Lo que más le gusta es andar en la calle con sus amigos de la banda. Él, asegura, no se mete en problemas, no le gusta pelearse y evade todo enfrentamiento. Sin embargo, tampoco le gustan las “injusticias”; no tolera que los maestros le griten o regañen y por ello continuamente tiene problemas en la escuela. De hecho se

encuentra preocupado porque su estancia en la escuela está condicionada y podrían expulsarlo. A él le gustaría estudiar algo como gastronomía, pero sus papás le advirtieron que, si lo sacan de la escuela, tendría que ponerse a trabajar mientras busca la admisión en otra.

Federico es un chico callado. Asegura que en su pandilla no se toma ni se fuma con frecuencia; les gusta reunirse para platicar y echar relajo juntos. Cuando le pregunto si Cancún es una ciudad violenta, me responde que sí, lo es: “pues aquí puedes ver cosas que no ocurren en otros lugares. [¿Cómo cuáles?] Pues yo he visto de todo. Lo más fuerte para mí fue ver cómo a un chavo le atravesaban en el corazón un machete”. Federico cuenta esta historia con un tono de voz plano, sin matices; tampoco hay gestos que expresen en su cara alguna emoción o sentimiento frente a este recuerdo.

El joven comenta que estaba en la calle con otros amigos cuando a lo lejos vieron que unos chavos se estaban peleando y, entonces, presenciaron cómo macheteaban al chico. Se alejaron del lugar pues temieron que al llegar la policía los pudiera confundir con los de la pelea.

Federico me cuenta un par de historias más sobre las peleas callejeras que le ha tocado ver en las que la violencia y jóvenes heridos aparecen en escena, pero él siempre se ubica fuera de estos espacios, como un simple espectador que no participa. Afirma que no se mete con nadie y por ello no teme que le vayan a hacer daño cuando camina en la calle con sus amigos.

En general, su actitud frente a los hechos de violencia parece ser la misma que, según pude notar a lo largo de la conversación, tiene ante la vida: de cierta indiferencia y apatía, de superficialidad e inexpresividad, con un mundo interior que protege a toda costa y que, aparentemente, tiene que ver poco con el mundo que le rodea.

Ante diferentes situaciones la respuesta de Federico es siempre la misma, “Me da igual”: que sus padres le llamen la atención, que asesinen en la calle a otro joven, que sus profesores lo evalúen mal o que su hermano, al que considera muy “fresa”, lo encuentre insoportable. Quizá ante lo único que mostró un poco de preocupación a lo largo de la conversación fue ante la posibilidad de que lo expulsaran de la escuela: “No quiero que me saquen de la escuela porque tendría que ponerme a trabajar, pero no, yo quiero estudiar para llegar a ser chef”.

Los casos más paradigmáticos de este proceso de ida y vuelta de indiferencia social están representados por los adolescentes y jóvenes internados en la Casa de Asistencia Temporal (CAT) del DIF. Esta experiencia de internamiento institucional, y la forma en que configura las subjetividades más desamparadas y precarias con las que se trabajó en campo, se abordará en el siguiente capítulo. Por ahora baste mencionar que el motivo más frecuente de internamiento entre los chicos mayores de 11 años —aunque también

se reportan casos de niños y niñas más pequeños— durante 2008 fue la violación.⁸¹ Esta tendencia, según funcionarios de la entonces administración del DIF, parece ser una constante a lo largo de la vida de esta institución en el municipio de Benito Juárez. Justamente la violencia sexual fue uno de los avatares del *continuum* de la violencia que apareció de manera constante, mucho más de lo previsto al inicio de la investigación. Esta alta incidencia de casos de violencia sexual se manifiesta con mayor frecuencia en los espacios del hogar y la familia, aunque también está presente en otros lugares y relaciones, como se verá en el siguiente capítulo.⁸²

Me identifico con la violencia, pues no es sexual, porque no fui violada, pero mi tío, cuando era pequeña, me agarraba mis partes, y la verdad nunca le dije a nadie por miedo. En esos momentos sentía mucho miedo y frustración de no poder hacer nada al respecto; sin embargo, cuando crecí y me hice una adolescente evitaba el acercamiento con él y dejó de hacerlo. Pero esto no lo sabe nadie de mi propia familia, siento que se enojarían conmigo o causaría una ruptura dentro de mi propia familia, y no quiero (anónimo, UTC).

Bueno, yo siempre le he tenido un cierto rencor hacia mi papá. Yo siento que es porque tengo un recuerdo de cuando era niña, tenía seis o siete años. Fuimos, creo que era casa de mi bisabuela, y él había llegado de Chihuahua, y mi mamá nos preguntó si queríamos pasar la noche con él, y mi hermanito no quiso pues estaba muy chiquito, y yo, como que fue la novedad estar con mi papá y decidí quedarme. Yo me acuerdo que ese día se fueron todos y mi abuelita dijo: “yo voy a ir a comprar”. Y nos acostamos en la hamaca y yo estoy segura de que me tocó. Entonces, después de eso yo me bajé, me metí al baño y me bañé. Ya me bañaba yo solita, y ya desde eso lo evité, y yo decía: “no lo voy a volver a ver”, hasta que me fui a vivir con mis primas. No me gusta hablarlo. Trato de no pensarlo y más ahorita que estamos como bien y mi mamá está bien de que me lleve yo con él. Entonces trato de evitar pensarlo y no tenerle ese rencor. Pero cuando veo a mis hermanitos y a mi hermanita, que es la más chiquita, pues me da miedo porque pienso que vive con él y no me gustaría que tuviera ese trauma, pero tampoco he sido capaz de hablarlo porque a lo mejor van a

⁸¹ Información estadística mostrada por trabajadores del DIF en una computadora. Se me permitió revisar esta información —estadísticas internas de la institución— y tomar nota, pero no pude obtener una copia electrónica o impresa.

⁸² La trata de personas con fines sexuales no se aborda en el presente trabajo principalmente porque no se presentó ningún caso de este tipo entre los jóvenes con los que se realizó el trabajo de campo. No obstante, como ya han denunciado periodistas como Lydia Cacho, este delito y otros con carácter de violencia sexual están extendidos en Cancún, que también acoge a consumidores de turismo sexual, tanto adulto como infantil.

decir que estaba muy chica y que lo soñé o que lo inventé, o no sé, no quiero hablarlo. Mi mamá yo creo que tiene un bonito recuerdo de él porque gracias a él vivimos mi hermanito y yo, y no me gustaría que se pelearan por eso, porque a pesar de todo ellos se llevan bien. Pero sí, tengo todavía coraje (mujer, 19 años, Mérida, UTC, estudiante de Hotelería).

Aunque menos referida entre los jóvenes varones, la violencia sexual también aparece en sus narraciones. En estas historias de abuso y violación el grado de afectación de las y los jóvenes víctimas depende de diversos factores: la persona que los violentó —generalmente es mayor el impacto traumático cuanto más cercana consanguínea o afectivamente—, la frecuencia con la que lo hizo, la intensidad de la fuerza física empleada, si las víctimas tuvieron algún apoyo o proceso de contención después de lo vivido, etcétera. Sin embargo, una constante es que la mayoría de los afectados, a pesar de ser conscientes de que no son responsables de lo sucedido, adoptan una suerte de postura sacrificial para que su abuso no tenga mayores consecuencias, especialmente en su núcleo familiar. Quienes en cambio deciden hablarlo, en general no corren con mejor suerte, pues son objeto de incredulidad e indiferencia, o bien de una nueva violencia que les exige silencio “por el bien de la familia”. De este modo, el violentador sexual es por lo general protegido, lo que puede conducir a que sus abusos se perpetúen por varias generaciones.

La naturalización de la violencia sexual en la sociedad cancenense, y por extensión en la mexicana, se hace evidente cuando las jóvenes narran cómo en el transporte público o al caminar por ciertas zonas de la ciudad son objeto de miradas y palabras lascivas —recuérdese el recorrido por El Crucero y El Parián con Brisa relatado en el capítulo 2—. Esta sociedad liberal y moderna preserva así en su seno violencias arcaicas que se sostienen tanto en excusas tradicionales —como que los cuerpos de los débiles (mujeres, niños, homosexuales) están al servicio de los fuertes para su explotación, incluso sexual—, como en justificaciones contemporáneas que podrían apelar al libertinaje y al hedonismo. Sólo en la medida en que la sociedad deje de construir teodiceas apoloéticas del sufrimiento de las víctimas de violencia sexual podrá concebirse la posibilidad de su erradicación.

Doña Hermelinda es originaria de Chiapas, pero hace treinta años que vive en Cancún. Llegó muy joven, recién cumplidos los 20 años. Ella nunca había salido de su estado natal. Fue su primer esposo quien la llevó a vivir a la ciudad caribeña junto con los tres hijos, de un total de cuatro, que entonces tenían. Su esposo murió cuando doña Hermelinda tenía 32 —él era 25 años mayor—. Dos años después ella empezó a vivir en unión libre con otro hombre, con quien tuvo tres hijos más.

La señora Hermelinda llegó al DIF remitida por el Hospital General de Cancún. Había intentado suicidarse de la manera más típica en la península de Yucatán:

colgándose de una hamaca. Uno de sus hijos llegó antes de que perdiera la conciencia y pudo salvarle la vida al llevarla al hospital.

En la entrevista con el psicólogo, doña Hermelinda dijo estar triste porque tenía muchos problemas con la familia de su pareja. Cuando se le preguntó, como parte del protocolo diagnóstico, si alguna vez había sufrido algún tipo de abuso sexual, de inmediato contestó que no, luego guardó silencio, se quedó pensativa unos segundos y, vacilante, contó: “Bueno, lo que pasa es que yo fui huérfana de padre, nunca lo conocí. Éramos entonces bastante humildes y cuando tenía 14 años, pues bueno, yo no sabía lo que ella había hecho, hasta después, pero mi madre me vendió con mi primer marido. Yo no sabía qué había pasado, era muy chiquita. Entonces, mis primeras relaciones sexuales fueron a la fuerza, sin que yo quisiera. Pero no tenía de otra, mi madre me había vendido, según me enteré después”.

A pesar de los 36 años transcurridos desde que la señora Hermelinda fue vendida y reiteradamente violada, rompió en un llanto estrepitoso que de inmediato acalló, pues se llevó las manos a la cara hasta que, en cuestión de segundos, los sollozos se escuchaban suavemente, apenas perceptibles. En menos de un minuto secó todas sus lágrimas, sólo sus ojos levemente enrojecidos delataban el dolor contenido en su llorar silenciado.

A lo largo de este capítulo se ha hecho un esfuerzo por mostrar los lazos de distintas longitudes, materiales, calidades y colores que unen los malestares sociales, las violencias cotidianas y la conformación de las subjetividades juveniles en Cancún. El siguiente capítulo constituye la continuación de este afán a través de un hilar más fino, es decir, con la presentación de algunas historias de vida de jóvenes. A través de sus narrativas etnográficas se podrá seguir descubriendo lazos y mirar desde cerca sus detalles, pero al mismo tiempo se revelarán otros elementos que legitiman, rechazan, normalizan y constituyen las violencias.

Capítulo 5

Historias de vida y etnografías de las violencias

Como ya se mencionó, uno de los mayores intereses de este trabajo consiste en entender el mundo social de los jóvenes que han vivido situaciones de violencias tal como ellos las han experimentado subjetivamente. Este afán de interpretación cultural, tan propio de la antropología desde sus orígenes, no puede llevarse a cabo sin la escucha atenta de aquellos a quienes se busca comprender, en este caso, los jóvenes cancenenses. De ese prestar oídos interesado y respetuoso emergieron diversas historias con rasgos comunes, algunas de las cuales resultaban especialmente elocuentes y ricas para conocer la complejidad de los vínculos entre la construcción de los jóvenes como sujetos, los malestares sociales y las violencias, en el contexto de una ciudad neoliberal de la modernidad tardía.

En este capítulo se presentan algunas de dichas historias de vida de manera detallada, tanto en la narración de los acontecimientos que conforman al *continuum* de las violencias que las configuran, como en el análisis *etic* de los significados que los propios jóvenes confieren a sus vivencias. La elección de los relatos de vida también tuvo como intención ofrecer casos de violencias paradigmáticas entre la juventud que vive en Cancún.

“Llegaste al límite”: el intento de suicidio de Ulises

Preámbulo

Cuando llegué a vivir a Cancún para desarrollar mi investigación de campo, casi de inmediato me percaté del desconcierto entre la población, los profesionales de la salud y las autoridades frente al número de suicidios registrados en los últimos años en el llamado “paraíso caribeño”. Este fenómeno, extendido en todo el estado de Quintana Roo, se presenta con mayor virulencia en los municipios de Benito Juárez y Othón P. Blanco, donde se ubican Cancún y Chetumal, respectivamente. En 2005, Quintana

Roo y Tabasco fueron las entidades federativas con la mayor tasa de mortalidad por suicidio en el país, ambas con 9.8 % (tasa por cada cien mil personas). La variación de esta tasa en Quintana Roo durante la década de 2000 ha sido poca, fluctuando entre 8 y, según datos prospectivos, 11.3 para 2010 (COESPO-QR, REDES y OBVSyG, 2007). En 2009, según la *Estadística de suicidios de los Estados Unidos Mexicanos* del INEGI (2011a), se registraron 152 suicidios en el estado, 123 de ellos cometidos por hombres y 29 por mujeres.

Tabla 4. Tasa de suicidios 2000-2010, Quintana Roo

Año	Población	Suicidas	Tasa ajustada
2000	874 963	80	9.1
2001	932 411	86	9.2
2002	951 462	76	8.0
2003	992 185	84	8.3
2004	1 091 958	74	6.8
2005	1 135 309	112	9.9
2006	1 180 422	121	10.3
2007	1 231 625	130	10.6
2008	1 283 863	139	10.8
2009	1 336 101	148	11.1
2010	1 388 340	157	11.3

Fuente: datos tomados del diagnóstico *Situación del suicidio en Quintana Roo* (2007).

Nota: los años y cifras en gris son prospectivos. Tasa por cada cien mil personas.

Desde una perspectiva que jerarquiza las violencias según sus efectos mortales, el suicidio puede considerarse como el acto de violencia autoinfligida más radical. Como se ha señalado en el capítulo 4, la gama de violencias autoejercidas, pese a ser mayoritariamente prácticas solitarias de individuos que se aíslan para llevarlas a cabo, no sólo da cuenta del vacío de lo social en los sujetos, sino también de la calidad de los vínculos y el grado de integración social existentes en donde se desarrollan. En este sentido, para Durkheim lo que el suicidio expresa de manera más pura, al ponerla en cuestión, es la relación individuo-sociedad, de modo que más allá de constituir un problema del ser, una afección psicológica o incluso una forma de expresión espiritual o artística, el suicidio es un problema social (Durkheim, 2004).

Tabla 5. Tasa de mortalidad por suicidios en los municipios de Quintana Roo, según sexo, 2000-2004

Año Municipio	2000		2001		2002		2003		2004	
	H	M	H	M	H	M	H	M	H	M
Quintana Roo	12.9	2.1	13.2	1.8	10.9	1.9	12	1.6	7.5	3.1
Benito Juárez	11.2	1.4	9.4	0.5	6.1	0.4	7.4	1.7	8.9	1.6
Cozumel	15.6	3.4	12.0	3.2	17.2	3.1	13.8	0.0	2.7	2.9
Felipe Carrillo P.	9.5	0.0	6.2	0.0	6.1	3.2	17.7	0.0	5.8	9.1
Isla Mujeres	0.0	0.0	15.8	0.0	0.0	0.0	29.5	0.0	0.0	0.0
José María M.	6.1	0.0	11.9	0.0	5.8	0.0	0.0	0.0	5.6	0.0
Lázaro Cárdenas	9.3	0.0	27.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	8.4	9.0
Othón P. Blanco	6.6	1.9	6.5	2.8	5.4	3.7	17.8	3.6	14	2.7
Solidaridad	16.3	3.2	12.3	0.0	20.2	5.3	22.6	0.0	5.7	4.5

Fuente: datos tomados del diagnóstico *Situación del suicidio en Quintana Roo* (2007).

Nota: tasa por cada cien mil personas.

El carácter social del suicidio, junto con un dato que leí en un diagnóstico sobre la *Situación del suicidio en Quintana Roo*, según el cual el porcentaje más elevado de suicidas está en la franja etaria de los 20 a los 39 años, me motivó a indagar el fenómeno entre los jóvenes cancuenses. Esta labor no resultó sencilla, debido sobre todo a la dificultad para entrar en contacto con quienes habían atravesado una experiencia de intento suicida.

Uno de los grupos de trabajo psicoterapéutico del DIF es justamente el de pacientes en riesgo suicida. No obstante, no pude estar presente en las sesiones sino durante el último mes y medio de mi estancia en el DIF por la confidencialidad requerida y lo delicado del trabajo. Entonces el grupo estaba conformado por nueve personas: tres varones y seis mujeres. Tres de ellas eran jóvenes, una de 16, otra de 17 y una más de 20 años. Esta última estaba casada y era madre. A la chica de 16 años la conocía porque también asistía al grupo de pacientes adolescentes; en su rostro siempre había una expresión de apatía, o bien de reto y desgano. Era muy complicado lograr que participara en las actividades y que se comunicara con sus compañeros. Conversando con las psicólogas que se hacían cargo del grupo, llegamos a la conclusión de que podría conversar con Magali, la joven de 17 años, dado que tenía casi nueve meses de trabajo terapéutico y habían notado una evolución lenta pero positiva en su desenvolvimiento.

Con Magali platicué en tres ocasiones, alrededor de 45 minutos. Es una chica delgada y bajita, de tez morena y rostro dulce e infantil, parece un par de años menor. A las conversaciones siempre asistía esmeradamente aseada y arreglada, con muchos broches de colores en el cabello recogido. Usaba un *piercing* cerca de los labios. Ocasionalmente sonreía y, aunque era tímida para hablar, siempre con un tono de voz disminuido, conseguía expresar con claridad sus pensamientos y sentimientos. La primera vez que conversamos hablamos de temas genéricos. Magali me platicó sobre su ciudad, su familia, sus gustos y sus intereses, pero no me aventuré a tocar el tema del intento de suicidio que había vivido.

En nuestro segundo encuentro, Magali hizo contacto visual conmigo prácticamente toda la sesión hasta que le pregunté el motivo por el que estaba tomando terapia en el DIF. Entonces bajó su rostro y no levantó más la mirada. Como absorta en otro tiempo y espacio, me empezó a contar que había intentado suicidarse tomando una sobredosis de un coctel de pastillas después de que su bebé había muerto. La narrativa de Magali empezó a llenarse de silencios prolongados. A mis preguntas, sus respuestas demoraban y se volvían un tanto vacilantes; su gesto, siempre suave, se volvió duro, como resistente a la expresión. Entonces, al mirarla recogida en sí misma, decidí llevar la conversación por otros derroteros para evitar el dolor que parecía aún sentir en su recuerdo. El resto de la conversación y el último encuentro con Magali los dedicamos a conocer sus emociones vitales y su proyecto de regresar a la escuela. La evocación que Magali hacía de su experiencia era siempre muy emotiva, de hecho era difícil discernir si el dolor que su cuerpo expresaba —ya que no lo hacía a través de la palabra— era por la muerte de su bebé, por su intento de suicidio o por la tristeza de “no volver a ser la misma”, como ella me dijo; todos esos sucesos estaban muy cercanamente conectados.

En la terapia de grupo de los pacientes en riesgo suicida, esta misma emotividad estaba presente de manera permanente, sobre todo cuando se abordaban las motivaciones de los actuares, en general vinculadas a situaciones problemáticas o de ruptura con los seres amados más próximos, como parejas e hijos, más que los relatos de los intentos suicidas. La mayoría de las experiencias narradas eran recientes, de manera que el trabajo era básicamente de desahogo y contención; la psicóloga a cargo estaba concentrada en encontrar los finos hilos que ataban a sus pacientes a la vida. Así, durante cinco sesiones fui escucha atenta de emotividades desbordadas, experiencias que, más que ser interpretadas como actos de violencia radical hacia uno mismo, eran enunciadas como impulsos desesperados para escapar al dolor, la angustia o la incomprensión.

Poco tiempo después conocí a Ulises en el gimnasio que frecuentaba en una de las regiones de Cancún. Él era instructor, un chico jovial y alegre, siempre dispuesto a explicar una rutina y a animar a los sudorosos deportistas a hacer un esfuerzo extra. Los temas de nuestras primeras conversaciones no variaban mucho: la importancia de la hidratación y

cómo mejorar la eficacia del entrenamiento. Pasadas algunas semanas Ulises me empezó a hacer las preguntas más comunes en una ciudad como Cancún: de dónde era, hacía cuánto tiempo que había llegado a la ciudad, a qué me dedicaba o por cuánto tiempo pensaba prolongar mi estadía. Cuando le platicué que estaba haciendo una investigación sobre las experiencias de violencias entre los jóvenes de Cancún, él se mostró interesado, por lo que le propuse una entrevista con grabadora en mano.

Ulises y yo nos encontramos cerca de Las Palapas una tarde de primavera. En un parque cercano conversamos casi dos horas. En esta plática, Ulises me contó su historia. La narración de su intento de suicidio llegó de manera inesperada para ambos, cuando hablábamos de los sueños y las metas que él tenía en su vida. Pensar en el futuro obligó a Ulises a hacerlo en el pasado, un pasado poco reconfortante. Mientras Ulises relataba en voz alta su experiencia, parecía que se contaba a sí mismo una versión de lo vivido que antes no había escuchado; en ella reconocía a un joven que, a pesar de las adversidades y, como él las llamaba, “fallas” o “cosas de chamacos tontos”, estaba decidido a trazarse un porvenir diferente.

A continuación presento la historia de Ulises narrada en segunda persona. Elegí esta estrategia narrativa porque, por un lado, permite escuchar el relato de Ulises como si se lo hiciera a sí mismo, percatándose de cómo las diferentes experiencias de violencia que él sitúa en su vida lo han marcado y, por otro, porque favorece una suerte de empatía, de colocarse en los zapatos de quien en algún momento resolvió que su vida —enmarcada en su pasado, su presente, su familia, su relación de pareja, su ciudad, es decir, su sociedad— no valía la pena.

Narrativa

Naciste hace veintiún años en la ciudad de Cancún, en una de las calles más conflictivas de tu región. Eres el más pequeño de tus tres hermanos, los dos mayores hombres, la mediana mujer. Creciste al lado de “chemos”, borrachos, drogadictos y vándalos de todo tipo. En tu región no había gente educada, en tu casa y en la calle lo único que se escuchaban eran gritos, pleitos y maledicencias. Supiste que el mundo era así, difícil y agresivo, porque la gente que te rodeaba y los lugares a los que ibas mostraban un rostro de amargura, enojo y desesperanza.

Cuando huías de tu casa, de las peleas diarias entre tus padres, te ibas a caminar por las polvorientas calles de la región, todavía sin pavimento. Te gustaba ir a otras calles que no fueran la propia; a veces, cansado de andar, te sentabas a la orilla del camino. Veías pasar a la gente y te preguntabas si en todas las casas el hombre le pegaba a su esposa. Concluías una y otra vez que sí porque habías visto cómo tu tío golpeaba a su mujer, y cómo el vecino una vez sacó a la calle a la suya, jalándola de los cabellos para luego sorrajarle la puerta en las narices.

Recuerdas la vez que tu padre azotaba tan fuerte el cinturón contra la espalda de tu madre que ya estaba enrojecida y sangrante. Su rostro también se había teñido de un color ajeno, una de sus mejillas estaba morada por los golpes recibidos. Entonces te lanzaste contra él gritándole que la dejara en paz, te colgaste cual koala de su cuello esperando derribarlo, pero él fue quien te aventó a ti. Lloriqueando, te colocaste enfrente de tu mamá y gritaste con todo el aire contenido en tus pulmones que mejor te pegara a ti. Tu padre se fue y tu mamá te abrazó y te dio las gracias por haberla defendido; un beso en tu frente, que quedó empapada por las lágrimas que le escurrían, es lo único grato de ese recuerdo.

Preferías estar en el pueblo de donde son tus padres, allá en Yucatán, un pueblito a una hora de Mérida, en medio del monte, tranquilo y sin tanta gente. Van para allá cuando hay fiesta. Disfrutabas mucho de ir a las corridas de toros, de ver a los mayores bailar. En esos días todo era felicidad, aunque el gesto duro de tu padre no desaparece y sus gritos no se agotan. Tu hermano mayor era igual a él: gritón, grosero, te maltrataba feo, y lo peor es que lo sigue haciendo con sus hijas. Pero a él también le tocó. Como era el más rebelde, le llovían las tundas, en cambio a ti, tu padre te supo respetar, sólo te pegó cuando de veras te portaste mal.

Un día le preguntaste a tu mamá por qué tu papá era así. Ella te respondió que tu abuelo había sido peor con él, que le había pegado hasta los veinte años con un cinturón de cuero mojado, y que también le quitaba todo el dinero que ganaba trabajando. Entonces entendiste que, si te pegan, pegas. Y pensaste que tú no querías esa herencia para ti, como tampoco querías la de tu madre: la bebida. Hasta la fecha tu mamá toma mucho alcohol después del trabajo. Es camarista en uno de los hoteles más antiguos de la zona hotelera. Ya casi la jubilan, pues ha trabajado ahí durante veintiocho años, el tiempo que tus padres llevan viviendo en Cancún. Tienes miedo de que al dejar de trabajar ella se tire más a la bebida.

No quieres pensar en eso. A veces tratas de olvidar para seguir adelante, pero también te pones a pensar que no se trata de olvidar, sino de sacar lo bueno de lo malo. Lo bueno de lo malo, te repites. Creciste en una casa donde tu mamá estaba trabajando todo el día, o tomando toda la noche, donde había golpes y gritos. Llegaste a odiar a tu papá cada vez que lo veías salir para trabajar en su taxi, pues en la adolescencia, cuando te veía tocar la guitarra, tu gran pasión, sólo lo escuchabas decir: "Deja esa porquería, pinches mamadas, son para niños, dedícate a algo".

Entonces, desanimado, te salías de nuevo a la calle con tus amigos de la cuadra. Con ellos creciste, con ellos te juntabas desde que eras chavito. Cuando te diste cuenta ya estaban unidos y poco a poco se volvieron tu banda. Pero tú no pensabas maldad, nada más querías jugar fútbol, ir al parque. Todos crecieron. Uno de la banda empezó a vender droga, todo el mundo lo sabe, tus papás, tus vecinos. Has visto cómo vienen los trabajadores de las obras y le pagan cincuenta o cien pesos;

él a cambio, como si fueran chocolates, les da un paquetito de piedra o de marihuana. Tú lo sabes, mas no quiere decir que seas malo, creciste con esa gente y la conoces, pero no eres como esos “chemos”, tú no sales con tus bermudas coloridas a darte de madrazos. Te juntabas con ellos pero para tocar la guitarra, te sentabas y te decían que tocaras una rola, y tú tocando nada más, mientras ellos cotorreaban y tomaban.

A veces te ponías a platicar con los borrachitos de la calle, eso te cambió mucho la vida, no querías terminar así. Te decían que habían vivido mucha violencia de chavitos, igual que tú, y que se habían ido de su casa por lo mismo. “Para ese camino voy”, pensaste. Decían que por dinero, por mujeres, por alcohol, por drogas, habían caído en ese estado de abandono. Y entonces dabas gracias a Dios porque aún tenías a tus papás y los habías tenido de chico, pues hay personas que nacen sin papás y sin nadie. Por eso pensabas que los tenías que valorar, fueran como fueran, malos, feos, como fueran, no importa, los tenías que querer, ellos te dieron la vida y sin ellos no estarías ni siquiera sufriendo. Hay que ver las cosas buenas de lo malo.

Estabas decidido a arreglar lo que tus padres no pudieron hacer bien. Pensabas que tú sí lo ibas a hacer mejor, aunque no fuera a la perfección, pero lo intentarías. No te desanimaste, armaste un grupo de música y te ibas a tocar con él a Las Palapas. La escuela nunca te gustó mucho. Querías ser músico, aprender a tocar la guitarra, y lo lograste sin ir nunca a una escuela o pagarle a un maestro; tus amigos y conocidos te ayudaron. Ahorrabas y comprabas libritos de guitarra que traían los acordes de las canciones. La música para ti fue una salida, una forma de escape. Fue la época en que te volviste darketo. Te gustaba vestir con tu gabardina larga y negra, tus botas y cadenas. Tenías las orejas llenas de púas y aretes, querías ser diferente a los “chemos” de tu región, siempre vestidos con bermudas y playeras holgadas, gorra en la cabeza, participando en “refuegos”.

Tú, en cambio, preferías platicar con tus amigos darketos sobre la vida, sobre qué querían hacer, a dónde querían ir, hasta dónde podían llegar con la banda. Lo que tus amigos de la banda platicaban eran puras tonterías, por eso te alejabas, aunque nunca has dejado de saludarlos, de platicar con ellos, pues con ellos creciste, los conoces desde que eras chamaco. Pero bien sabías que también a veces hay que meditar sobre la vida, no sólo es vivir, tienes que pensar a dónde vas. Y el tiempo te cambia, igual la vida te va cambiando.

Empezaste a trabajar, primero, en el Coco-Bongo, la superdisco. Tú controlabas las cuerdas de las que pendían los trapeceistas que, disfrazados de las más diversas fantasías, hacían sus malabares desde las alturas. Luego un amigo te ayudó a entrar como instalador de cocinas en Home Mart, y así tuviste varios trabajos, pero encontraste uno que te cambió la vida: entraste como promotor de productos de

supermercado y, en una tienda de ropa a la que fuiste a hacer promoción, la conociste. Ella era amable, te habló bien, te habló bonito, y se fueron llevando.

Fueron novios durante un año. Para entonces los dos habían cumplido 18 y ella te dijo: “vamos a juntarnos”. Tú no querías, le dijiste que estaban muy chavos. Pensabas: “voy a perder a mi familia, voy a perder a mis amigos, voy a perder oportunidades que tengo en la vida, como ser músico, ser lo que yo quiero”. Tú mamá te decía: “no lo hagas, hijo, te vas a arrepentir, no te juntes”. Tus amigos opinaban lo mismo, te decían que estabas loco y que no lo hicieras. Pero, a fin de cuentas, el amor es más fuerte a veces y ella te convenció. Pensaste que estabas con la chava indicada y que ella te quería, no te importó lo que los demás te decían. Les diste la espalda a todos por ella, los ignoraste. Dejaste tu banda de música y las tardes de toquín en Las Palapas.

Se fueron a vivir a una casita de interés social que tu mamá sacó por su trabajo. Sentiste que te merecías la oportunidad de ser feliz con ella, pero por su edad decidiste que no tendrían hijos. Te juntaste y diste lo mejor de ti, a ella la tratabas como a una reina. Llegabas lo más pronto posible del trabajo, cocinabas, limpiabas, lavabas la ropa, le ayudabas en todo. Cuando ella llegaba del trabajo, la casa estaba limpia y la cena lista. Lo hacías porque sentías que la querías un chingo.

Al principio todo iba bien, pero pasaron seis meses y ella fue cambiando. Ya no te hablaba como antes, empezaba a llegar más tarde del trabajo y cuando querías estar con ella te decía que estaba ocupada. Lo que más te dolió es que le diste mucha confianza, hasta chance de ir a bailar con sus amigas le dabas: “está bien, nada más trata de no venir tarde”. Pero a veces ni llegaba, se quedaba a dormir en la casa de su hermana, o eso te decía. Luego, si la ibas a ver al trabajo, se molestaba, te fue apartando.

Una vez discutieron, tú le dijiste que ella había cambiado. Ella te contradecía exaltada, te gritaba que tú eras quien la presionaba, insistía en que ya se estaba hartando. Entonces le respondiste que, si quería irse, podía hacerlo. Al día siguiente, después del trabajo, llegaste arrepentido a tu casa por haberle dicho eso, no hablabas en serio, la querías a tu lado. Hiciste la comida y la esperaste, pero no llegó sino hasta las nueve de la noche. Estabas descansando en el sillón viendo la tele y escuchaste que la puerta se abrió.

Ella entró, pero no iba sola; la acompañaban su hermana y su cuñado. Te dijo que ya se había hartado y que se iba. Viste cómo empezaron a llevarse los muebles. A ti, sacado de onda, lo único que te importó fue hablar con ella, rogarle que no se fuera, casi hincándote para que te escuchara. Mientras tanto, su hermana y su esposo cargaban en una camioneta todo lo que habían comprado juntos: los sillones, el comedor, la estufa, el refrigerador, la lavadora, pero ni eso te importó, ¿para qué lo querías si no estaba ella? Sin embargo, no la pudiste retener. Sólo te dejaron con un DVD, la tele y la cama. Y solo quedaste en aquella casa; vació todo, ni un cuadro te dejaron, nada.

Aun así, fuiste a buscarla al siguiente día a la casa de su hermana para rogarle que regresara, para decirle que la querías un chingo, que lo intentaran, que estabas dispuesto a hacer lo que fuera por ella. Pero ella te empujaba, te decía que no te quería, que ya no sentía nada, hasta que mató tu corazón cuando te gritó que nunca había sentido nada por ti, que nada más te quería para que le hicieras compañía un rato, pero que ya se había aburrido de ti. Al escuchar esto, te diste la vuelta y te quitaste,⁸³ ya no querías escucharla más.

Regresaste a la casa que habitaron juntos. Te sentiste solo y empezaste a tomar vodka. Tenías una botella sin abrir. Vaso a vaso fuiste recordando cuando eras chico, te empezó a entrar la amargura. “Pinche vida que he llevado”, te dijiste, “de chico puro sufrir, puro maltrato, y ahora me vienen a hacer esto, no vale la pena vivir, ¿para qué estoy acá?” Bebiste tanto, un vodka entero tú solo. Ya tomado no sabías lo que hacías, sólo sentías un fuerte rencor hacia el presente, hacia el pasado, hacia ella, hacia tus padres, hacia el mundo que no te acogía y no entendías. Llegaste al límite. Entonces hiciste la estupidez que muchos hacen, colgaste tu cinturón de un gancho que pendía del techo de tu cuarto, aquel donde amarrabas tu pera de box. Estabas ebrio, vacío —recordarlo aún te causa algo, piensas que quizá ya no estarías acá—, no lo pensaste, te subiste en una silla, ataste el cinturón a tu cuello y te lanzaste al vacío. Sentiste espantoso cuando estabas colgando y no podías hacer nada, sólo te agitabas con estertores débiles. En esos momentos de desesperación e impotencia, no sabes si Dios no quiso que te pasara nada, pero se rompió el cinturón. Caíste y te golpeaste la cabeza con la esquina de la cama. Empezaste a sangrar y te quedaste desmayado por horas. Sólo abriste los ojos en la madrugada. Viste sangre a tu lado, viste restos del cinturón colgando en el techo, te viste tirado ahí en el piso, y después de eso te agarró un rencor enorme hacia todo, hacia lo que te hicieron.

Así estuviste una semana, renegando del mundo. Pero lo ocurrido no terminó ahí. Te tuviste que enterar de la manera más fea, fue preciso que lo vieras con tus propios ojos para creerlo, pero también para reaccionar frente al dolor. Llegó el día en que fuiste a agarrar tu camión para el trabajo cerca de donde vivía la hermana de tu ex pareja, era temprano, como las siete de la mañana. Ibas a cruzar la avenida Portillo y la viste pasar abrazada con un chavo, como si fuera su esposo. Ella te vio, tú la miraste. Lo único que hiciste fue sonreír y seguir tu camino, no ibas a demostrar dolor, ¿para qué?

Como perro arrepentido y con la cola entre las patas, regresaste a la casa de tus papás. Hay quienes viven situaciones difíciles pero siempre tienen a alguien a su lado que los apoya y ayuda, pero hay quienes, como tú, están solos. Tú nunca

⁸³ En el español que se habla en la península de Yucatán, influido en su estructura gramatical y vocabulario por la lengua maya, el verbo “quitar” se emplea como sinónimo de “irse” o “retirarse” de algún lugar.

contaste con el apoyo de tu papá, nunca te preguntó siquiera por qué habías regresado, nunca te dio una palabra de ánimo. Al menos tu mamá te preguntó, pero tú nunca le echaste la culpa a quien te había abandonado. Le respondiste: “no, pues simplemente no nos entendimos y decidimos separarnos”. Desde que ella se fue, ya va a hacer dos años y medio, no la has visto ni buscado, haces como que nunca exististe para ella ni ella para ti.

A fin de cuentas, haberla visto con otro, y lo que pasó aquella noche cuando el cinturón roto te salvó la vida, te hizo cambiar mucho. Más que nada te hizo tener fe, creer en Dios, pero no en un altar, no en fotos, sino que a Dios lo ves como lo positivo. A veces estás en tu casa o en tu cuarto y sientes que en realidad no estás solo, es como una fuerza que no te deja caer, ya no es como antes, sientes que ya no puedes volver a caer te digan lo que te digan. Aunque no tienes quién te ayude en tu familia, no quieres tirarte a la perdición. Sabes muy bien lo que se siente sufrir cosas feas y lo difícil que es salir adelante, pero cuando te sientes desanimado, piensas que las cosas podrían estar peor, por eso te esfuerzas tanto y a las personas les dices: “mañana estás muerto y no lograste hacer lo que querías, por eso debes echarle ganas”. Pero también aprendiste que nunca hay que lastimar a las personas porque te lastimaron a ti.

Desafortunadamente tu mamá toma mucho y tu papá, puro gritarazo y muy colérico, nunca te pone atención, desde chico era así. A veces los papás descuidan a los hijos y éstos se van malencaminando. Tú no quieres que eso les pase a tus hijos; mejor te pones a pensar positivamente, pues no quieres terminar como tus papás, como perros y gatos, eso no es vida. Por eso te esfuerzas tanto: sólo se vive una vez. Por eso, a veces te da mucho coraje cuando a una persona no le interesa la vida o le dan igual las cosas.

El tiempo lo cura todo y ya te sientes feliz, das gracias a Dios por estar aquí. A veces sientes que platicas con él. Cuando ya estás muy desesperado o cansado, sientes que eso te da ánimos. Tienes mucha fe, aunque ninguna religión. Lo que ahora sí tienes son muchos planes: quieres montar un taller mecánico, así no estarás a la deriva del trabajo en los hoteles y serás tu propio jefe. Las cosas están difíciles en Cancún, conseguir un trabajo bien pagado no es fácil, la competencia es mucha. Además —y no lo dices por racismo, pues ellos también lo hacen por necesidad—, los tabasqueños y chiapanecos han venido a malbaratar la mano de obra. Cancún ya es una ciudad grande, por eso crees que el taller mecánico funcionaría. Estás aprendiendo en un tallercito con un señor que te está ayudando, él sí es bueno contigo, también ha sufrido mucho en su vida y te comprende. Quizá no es como tu padre, pero sí lo sientes como tu tío.

Además, quieres seguir como instructor en el gimnasio porque te costó mucho entrenarte. Llegabas a las seis de la mañana para tomar tus clases, de ahí te ibas a la

mecánica a trabajar, y luego de nuevo por la tarde al gimnasio para practicar. Estás muy agradecido con este trabajo. No importa si no ves con un ojo por la toxoplasmosis,⁸⁴ no importa si seis médicos ya te dijeron que no te pueden ayudar, que no hay nada por hacer, ni una cirugía. La vida sigue, aunque a veces te da coraje porque no ves bien por la noche. Pero la música te ha ayudado, es la voz del alma, como se dice, y te gusta mucho, te da vida. Con que escuches una nota de la guitarra, te sientes feliz. Para ti la música es como una pequeña meta, sabes que vas a volver a formar tu grupo, aunque no conoces qué es lo que te depara el destino, por eso tampoco te confías.

Desde tu experiencia de profundo desamor no has estado de nuevo con alguien. Sales con amigas, pero nada más para platicar. Sientes que ninguna coincide contigo, pero quizá aún estás receloso o, al menos, piensas que, si no eres feliz y no tienes nada en la vida, ¿qué puedes darle a la persona que esté contigo?, ¿qué puedes esperar sino que ella también sea infeliz y no esté bien? Por eso estás trabajando para el futuro; ya lo pasado, pasado. Si más adelante llega una chica que te quiera y te comprenda, no echarás a perder la relación con tu dolor del pasado. Pero ahorita quieres lo que te hace feliz y lo que te hará crecer para que en el futuro puedas estar con una mujer.

Ya no piensas como antes, como un chamaco. Quieres saber a dónde vas, quieres tener algo en la vida. Ya recuperaste la chispa; incluso has logrado que tu papá te trate como persona. Cuando empieza a gritarte, le dices: “no me grites, háblame bien”, y ya le cae el veinte y te habla sin gritos. Entonces ya sabes qué quieres y lo estás buscando, estás trabajando por ello. Tienes 21 años, vives en Cancún, trabajas en mecánica y en un gimnasio, amas la música y tocas la guitarra. El pasado ha sido duro pero te ha enseñado. Te llamas Ulises.

Epílogo

El suicidio de Émile Durkheim, publicado en 1897, constituye un referente ineludible para abordar la cuestión del suicidio desde una perspectiva social, tanto por su

⁸⁴ La toxoplasmosis es una enfermedad infecciosa ocasionada por un parásito. Puede causar infecciones leves y asintomáticas, así como infecciones mortales que afectan mayormente al feto, ocasionando la llamada toxoplasmosis congénita. También puede revestir gravedad cuando afecta a recién nacidos, ancianos y personas vulnerables por su condición de déficit de inmunidad. La enfermedad es considerada una zoonosis, lo que significa que se transmite habitualmente de los animales a los seres humanos a través de diferentes vías de contagio, siendo los hospedadores definitivos el gato y otras seis especies de felinos. La transmisión también puede darse por vía de los alimentos, especialmente carne cruda o agua contaminada.

metodología —fue el primer estudio en incorporar datos estadísticos al análisis sociológico—, como por su empeño en examinar este fenómeno como un hecho social. Durkheim hace una clasificación del suicidio basándose estrictamente en sus causas sociales, y desde esta perspectiva ubica tres tipos elementales: el suicidio egoísta, el altruista y el anómico.

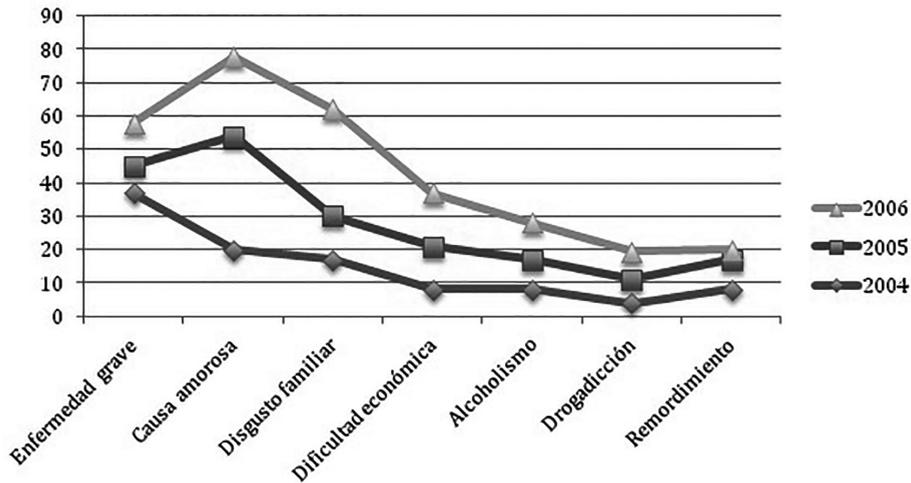
El primero ocurre cuando, en una sociedad que se desintegra, el individuo se separa de lo social, prioriza sus propios fines a los comunes y antepone la personalidad propia a la colectiva; este proceso de individuación —individuación desintegrada— tiene un carácter egoísta y da nombre a la primera categoría de suicidio. El de carácter altruista, por su parte, se da en sociedades muy integradas, como las tradicionales o el ejército, en las que el individuo actúa orientado por un deber ser social que construye y dirige el comportamiento de los sujetos y les exige hacer cosas por obligación, aunque no necesariamente de forma obligatoria. La personalidad individual en este caso es anulada, total o parcialmente, frente al grupo. Los tipos de suicidio egoísta y altruista pueden ser entendidos como una distinción que opera sobre la relación individuo/sociedad en la que se expresa el grado de cohesión social, alto o bajo, que dicha sociedad posee. En palabras de Durkheim (2004), el suicidio egoísta es resultado de una individuación excesiva, mientras que el suicidio altruista es el reflejo de una individuación insuficiente.

El tercer tipo de suicidio, el anómico, se refiere ya no al grado de cohesión de una sociedad, sino a su capacidad, o no, de regular las acciones de los individuos en ella. El suicidio anómico es el que se da en las sociedades cuyos mecanismos de control y coercitivos han perdido su eficacia al menos parcialmente, así como en aquellas en las que se ha debilitado la función social de las instituciones —la familia, la religión o el matrimonio— para persuadir a los individuos de tener tal o cual comportamiento. En su definición estricta, la anomia es la libre expresión y realización de las pasiones propiamente individuales debido a la falta de una norma, de regulación y de un orden social que las contenga y dirija (Durkheim, 2004: 273-274).

El caso de Ulises y los de otras personas cuyos testimonios escuché en el grupo de trabajo psicoterapéutico coinciden con las características del tipo de suicidio anómico. Esto aparece más claro al examinar el ejemplo que Durkheim presenta para explicar el comportamiento anómico a través del debilitamiento de la institución del matrimonio y el número de divorcios. Al establecer la relación entre suicidio y divorcios, Durkheim concluye que la tendencia al divorcio es la misma que la tendencia al suicidio, en el sentido de que ambas reflejan cierto estado de anomia en la sociedad: el divorcio implica un debilitamiento de la institución matrimonial y de su función social, la de garantizar la monogamia, entre otros aspectos. Al instituirse el divorcio, se debilita la institución matrimonial pues su desintegración se hace plausible: la función social del matrimonio se pierde o modifica. La coerción social que reprime los impulsos, ya sea de

infidelidad o de autoaniquilación, se debilita al punto que se hace sensible el aumento de divorcios y suicidios.

Gráfica 4. Causas de suicidios en Quintana Roo



Fuente: datos tomados del diagnóstico *Situación del suicidio en Quintana Roo* (2007).

Nota: el eje Y se refiere al porcentaje de suicidios.

En el diagnóstico *Situación del suicidio en Quintana Roo* (2007) se señala que la segunda causa de suicidio es la “amorosa”, seguida de “disgustos familiares”. Juntas, éstas suman el 58% del total de las causas de suicidio en el estado. Ambas se vinculan con el debilitamiento de las instituciones de la familia y el matrimonio, y con la pérdida de su potencialidad tanto cohesionadora, como normativa. Aunque en esta investigación no se cuenta con datos cuantitativos suficientes para realizar las correlaciones que estableció Durkheim entre el número de divorcios y el de suicidios,⁸⁵ la información cualitativa del trabajo de campo ofreció numerosos testimonios que dan cuenta de la transitoriedad y fragilidad de las uniones de pareja en Cancún, así como de la inestabilidad familiar que experimentan muchos de los jóvenes que han atravesado situaciones de violencias. Éste es el caso de Ulises, quien, si bien creció con sus padres juntos, narra la densidad violenta de su vida cotidiana en el seno familiar, tanto por el maltrato del padre hacia la madre, como por

⁸⁵ De hecho, según datos del INEGI en 2009 Quintana Roo ocupó el lugar número 30 de los estados de la República Mexicana por su baja tasa de divorcios: 20.7. La tasa más alta fue la de México D.F., de 35.7. Este dato, por otra parte, no necesariamente da cuenta de las separaciones tanto en matrimonios legales, como en uniones libres.

el abandono y la falta de apoyo de ambas figuras; del primero por su carácter hosco, sus descalificaciones continuas y su lejanía emocional, y de la segunda por sus largas jornadas laborales que la ausentaban de casa y por su alcoholismo.

El intento de suicidio de Ulises está motivado de manera directa por el desamor y el abandono de su pareja, ambos sentimientos experimentados antes en su relación con las figuras paternas, a quienes el joven nunca percibió como ejemplos paradigmáticos de cómo vivir. La acumulación de violencias y maltratos recibidos a lo largo de su vida sustentan la valoración negativa que Ulises hace cuando decide que “no vale la pena vivir”. En este sentido, su intento de suicidio se corresponde con lo que Durkheim denomina “carácter fundamental” y “variedades secundarias” del suicidio anómico: la irritación y el hastío, respecto al primero, y la “recriminación violenta contra la vida en general” o “contra una persona en particular”, en relación con las segundas (Durkheim, 2004: 322). Según este autor, la ira y la decepción juegan un papel fundamental —ausente en los suicidios egoísta y altruista— en el caso de los suicidas que actúan impulsados por la revolución de sus pasiones, que no se encuentran limitadas ni reguladas por las instituciones sociales pese a las expectativas de los propios sujetos por encontrar cierto orden del cual asirse.

Tabla 6. Número de suicidios y divorcios en Quintana Roo

Año	Suicidios	Divorcios
2005	112	999
2006	121	1189
2007	130	1448
2008	139	1704
2009	148	1793
2010	157	1560

Fuente: datos tomados del INEGI y del diagnóstico *Situación del suicidio en Quintana Roo* (2007).

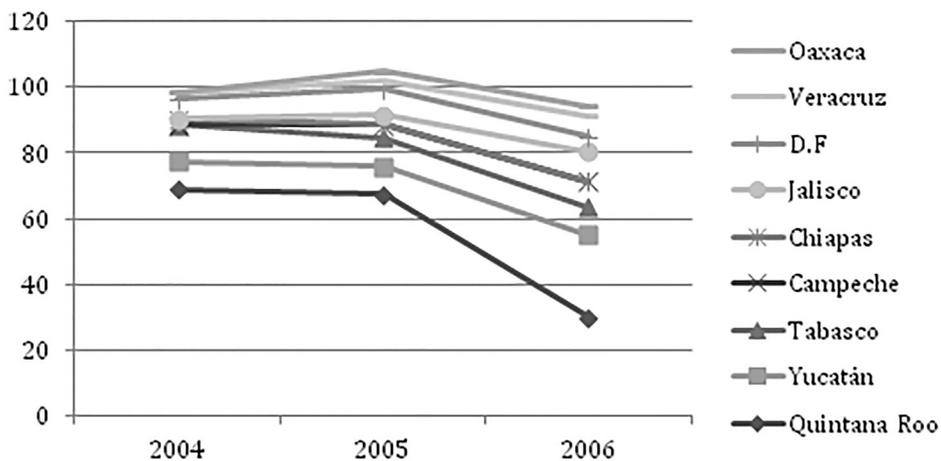
La anomia, la incapacidad normativa de la sociedad, se presenta cuando ésta se encuentra “agitada, ya sea por una crisis dolorosa o por felices pero demasiado repentinas transformaciones” (Durkheim, 2004: 272). Así, el sociólogo francés señala que las crisis sociales generadoras de anomia pueden provenir tanto de infortunios y adversidades, como de un “brusco aumento del poder y la fortuna”, de manera que la anomia puede desarrollarse lo mismo en sociedades económicamente pobres, como en aquellas ricas, pero que no consiguen regular ni equilibrar las fuerzas sociales liberadas, de modo que: “Ya no se sabe lo que es posible y lo que no lo es, lo que es justo y lo que es injusto, cuáles son las reivindicaciones y las esperanzas legítimas, cuáles son las que rebasan la

medida” (Durkheim, 2004: 273). En esta dirección, Ulises actuó determinado no sólo por la acumulación de maltrato, también lo hizo movido por su decepción de un mundo que lo hacía sentirse incapaz de hacer realidad un ideal de vida estable, diferente al que vivió en su hogar paterno, pues aunque él lo consideraba legítimo, no era una aspiración compartida con su pareja.

No obstante, aunque en su relato Ulises denuncia las violencias interpersonales experimentadas, no encuentra con tanta claridad en un orden, o desorden estructural, un elemento que explique por qué “en todas las casas el hombre le pegaba a su esposa”. De niño normalizó esa violencia de pareja, en la que la violencia estructural no aparece de manera visible como generadora de dinámicas de socialización destructivas.

Al igual que Ulises, los habitantes de Cancún con los que conversé sobre las altas tasas de suicidio en la ciudad, aunque encontraban en las dinámicas e interacciones sociales elementos para explicar las causas de los suicidios, no las enunciaban como productos de una violencia estructural general, sino como condiciones naturales de una sociedad frente a las cuales los individuos no siempre sabían responder de manera adecuada. En general, la explicación de los distintos sectores de la sociedad cancunense frente a este fenómeno coincide en una interpretación que integra elementos psicológicos y sociales, sobre todo centrados en la migración y la movilidad de sus habitantes, en la ausencia de una identidad local, en los sentimientos de soledad, abandono y nostalgia con los que no todos los nuevos vecindados logran lidiar, y en la ingesta indiscriminada de alcohol y drogas.

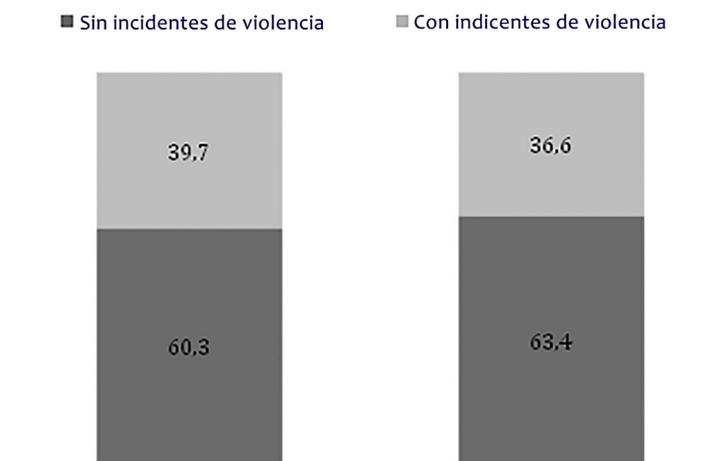
Gráfica 5. Lugares de origen de los suicidas potenciales



Fuente: datos tomados del diagnóstico *Situación del suicidio en Quintana Roo* (2007).

Sin embargo, al revisar las estadísticas y las historias de los sujetos que han intentado suicidarse con los que tuve contacto, se encuentra que la mayoría han nacido en Cancún, o bien en Quintana Roo, o tienen más de veinte años viviendo en la ciudad, es decir, que entre los suicidas potenciales la proporción de los individuos con arraigo es mucho mayor a la de los nuevos migrantes. Lo anterior indicaría que en el Cancún contemporáneo son más las condiciones locales de producción de sujetos, y no la incapacidad de adaptación a un nuevo contexto, las que generan sentimientos anómicos que impulsan a los individuos al suicidio. La historia de Ulises, quien nació y creció en Cancún, es un elocuente ejemplo de cómo se construye la subjetividad precaria de un joven en el contexto de una ciudad turística que, si bien no le niega cierto bienestar material, no le permite tener asideros emocionales, familiares y sociales fuertes.

Gráfica 6. Años de residencia en Quintana Roo de los suicidas potenciales



Fuente: datos tomados del diagnóstico *Situación del suicidio en Quintana Roo* (2007).

Como se ha visto antes, una de las características de la modernidad tardía es la de ser autorreferente y no necesitar una racionalidad que provenga de algún lugar “externo” en el tiempo, como la tradición, o en el espacio, como podría ser la idea de Dios: la realidad proviene de las múltiples e infinitas observaciones realizadas dentro de la sociedad misma. La realidad es, por lo tanto, contingente, y el individuo debe enfrentar y vivir esta contingencia también. Es en esta esfera de la autorreflexividad donde Ulises encuentra un asidero para reordenar su vulnerado mundo subjetivo: el fracaso de su intento de suicidio por una circunstancia fortuita —que el cinturón del que se colgó se rompiera— es interpretada por el joven como una señal trascendental, una fuerza de origen divino que le da optimismo y lo sostiene en los momentos difíciles. Sin embargo, Ulises no

adopta ninguna religión, sino un Dios personal que ve como “lo positivo”. El chico sólo puede rehacerse a partir de sí mismo y de sus proyectos, sueños y deseos, pues asume que no tiene nada mejor en que invertir con confianza que no sea él mismo.

En esta dirección, es necesario enfatizar que, al igual que en la época que Durkheim escribió *El suicidio*, actualmente la sociedad se encuentra frente a un proceso de transformación del orden social cuya característica principal es la indeterminación. Durkheim subraya que la anomia es fundamentalmente producto de una sociedad en acelerado cambio que no es capaz de formular un solo orden más o menos homogéneo y estable, y en la que los sujetos cuentan con escasos o nulos anclajes fijos para guiar su vida. Esto, como se ha visto a lo largo de la investigación, favorece procesos de individualización muchas veces precaria, dado que no todos los sujetos cuentan con las herramientas personales y sociales para enfrentarla y convertirla en una ventaja. En Cancún estos elementos anómicos están presentes con gran fuerza, ya que es un contexto en el que confluyen diferentes temporalidades, códigos y hábitos culturales. Dichos elementos anómicos explican en gran medida decisiones como la que Ulises alguna vez en su vida tomó.

Reflexionando sobre la acelerada multiplicación de los suicidios en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX, Émile Durkheim escribió:

Hay motivos para pensar que esta agravación no se debe a la naturaleza intrínseca del progreso, sino a las particulares condiciones en las que éste se lleva a cabo en nuestros días, y nada nos garantiza que éstas sean normales. Porque no hay que dejarse deslumbrar por el brillante desarrollo de las ciencias, de las artes y de la industria [...] es demasiado cierto que se lleva a cabo en medio de una efervescencia enfermiza de la que cada uno de nosotros sufre las dolorosas consecuencias. Por tanto, es muy posible, e incluso probable, que el movimiento ascendente en los suicidios tenga por origen un estado patológico que acompaña actualmente el desarrollo de la civilización, pero sin que sea su condición necesaria [...] lo que testimonia la creciente marea de muertes voluntarias, no es el deslumbramiento de nuestra civilización, sino un estado de crisis y de perturbación que no puede prolongarse sin peligro (Durkheim, 2004: 408).

Lo escrito por Durkheim no pierde fuerza ni vigencia para pensar el caso de Cancún, las condiciones que genera en la producción de subjetividades juveniles perforadas y su correlación con sus elevadas tasas de suicidio. Al leer a uno de los grandes fundadores de la sociología moderna, quien se preguntó por el devenir de una civilización en acelerada transformación, pero también en crisis continua, resulta inevitable cuestionarse los posibles derroteros de sociedades marcadas por la nueva y potente industria del turismo, privilegiada y promovida en la era del capitalismo flexible. La interrogante

no es tanto si el desarrollo de estos enclaves turísticos entraña de manera ineludible procesos de violentación estructural, y por tanto dinámicas en las que el vínculo social precario y la ausencia de una regulación institucional actúa contra lo propiamente social, sino la capacidad de los sujetos —no aislados, como Ulises, sino en conjunto— para considerar las violencias como elementos fundantes y creadores de esa vida social.

Individualización y normalización de las violencias: Armando, el joven hecho a sí mismo

Preámbulo

Armando asistía al grupo de trabajo psicoterapéutico de adolescentes en la Coordinación de Psicología del DIF. Era uno de los jóvenes más participativos y atentos. Tenía cierto liderazgo entre algunos de sus compañeros, especialmente entre aquellos con mayor antigüedad en el grupo. Sus intervenciones durante las sesiones de trabajo expresaban un discurso en el que se ponderaban “el poder de la palabra” y la negociación como medios para resolver los conflictos y problemas de todo tipo: entre padres e hijos, hermanos, profesores y estudiantes, amigos, vecinos, rivales de bandas, etcétera. Era también muy crítico frente a las manifestaciones y arrebatos violentos de sus compañeros; cuando ellos se conducían de ese modo, él aseguraba que lo hacían porque era “su realidad, lo que viven todos los días, por eso no saben comportarse de otro modo más que a golpes y groserías”.

No había pasado un mes de mi incorporación al grupo de adolescentes cuando, en una sesión, sentí la mirada retadora y agresiva de Armando. El joven me observaba mientras le daba algunas indicaciones a sus compañeros; en su mirar había una expresión de cuestionamiento hacia mis palabras y mi presencia en aquel lugar, hacia la autoridad que tenía para estar ahí. Sabía que yo era antropóloga quizá con mayor claridad que la mayoría de sus compañeros. Cuando me había presentado frente al grupo lo mencioné, pero algunos jóvenes no habían estado presentes ese día, sino que se habían incorporado después o bien tenían una imagen mía confusa que, reforzada por el uso de la bata blanca, con el paso de las semanas terminaron identificando con la de una psicóloga, de modo que no tuve mayores problemas para ser aceptada.

Sin embargo, ese día Armando me miró de forma recelosa, haciéndome sentir como una intrusa cuya presencia era ilegítima en aquel sitio donde se pretendía que los jóvenes expresaran su mundo íntimo y su sentir. El chico sostuvo esa mirada dirigida hacia mí por varios minutos; yo traté de ignorarla. Entonces desconocía por qué Armando estaba ahí, no sabía nada de su historia, sólo podía describir su personalidad decidida y segura, su discurso siempre a favor de la conciliación y su elocuencia para expresarse verbalmente. Pasados un par de meses, cuando realizaba las entrevistas individuales a los jóvenes, me

decidí a preguntarle si podíamos conversar. En parte persuadido por la psicóloga que estaba al frente del grupo, a la que respetaba y estimaba, aceptó.

A lo largo de nuestra plática, la revelación no llegó por la personalidad de Armando —quien siempre se presentó como un chico independiente, decidido y emprendedor, con un discurso que integraba ideologías como la autosuperación y el individualismo—, sino porque en su narrativa emergieron numerosas situaciones en las que diferentes violencias aparecían normalizadas, y por momentos legitimadas por el propio joven, quien, por otra parte, parecía estar muy familiarizado con sucesos, lugares y personajes violentos y delictivos en Cancún. Presento su relato narrado en primera persona, intentando imprimirle el acento firme, inequívoco y entusiasta que el joven nunca abandonó.

Narrativa

Ahorita tengo 17 años. Nací en Chetumal pero llegué a vivir a Cancún cuando tenía siete años por un cambio en el trabajo de mi papá. Él es comandante de sector de la policía y lo trasladaron para acá. Primero se vino él y luego nos mudamos nosotros: mi mamá y mis dos hermanos, yo soy el mayor de los tres, todos hombres.

Desde que llegué me adapté rápido a Cancún. Siento como si hubiera nacido aquí y me da risa que cuando llega un extranjero nada más le muestran la parte bonita de la ciudad, pero no se la muestran toda, o sea, las partes feas que, la verdad, son muy violentas. Si pasas por ahí en la noche, cuidado, porque no te dejan pasar tan fácil las banditas. El otro día iba en el taxi con mi papá y mi tío, era de madrugada, y vimos cómo asaltaban a un chavo y luego se subieron a un carro. Mi tío iba manejando el taxi, y los quisimos alcanzar porque mi tío traía arma —también trabaja en la policía—, pero ya no pudimos.

Me gusta que mi papá y mi tío sean así, como que les gusta hacer justicia. Mi papá siempre ha trabajado en Seguridad Pública de Quintana Roo. Hace poco tuvo un problema y lo suspendieron, provisionalmente se metió de taxista, pero ya va a regresar. Él es como yo; desde muy chico, a los 15 años, se metió a la Escuela de Policía. Como toda su vida ha trabajado en este ambiente de seguridad pública, su carácter es muy fuerte, no es de venir y hablar contigo, es de carácter rudo. Todos los policías son así por todo lo que hacen, su propia experiencia en el trabajo hace que se forjen ese carácter fuerte porque, como dicen, “sí te apendejas, te chingan”, o te chinga él o te lo chingas tú. Entonces forjan ese carácter, y esa misma forma de ser se la llevan a su casa, ya ahí es difícil que cambien.

A mí me gustaría ser policía, aunque también me llama la atención estudiar otras cosas, como mecánica automotriz. De hecho, quiero terminar una carrera. Como una opción he pensado en mercadotecnia, pero también puedo estudiar mecánica en aviación, aunque eso tendría que ser en el ejército y no sé si eso me llama tanto

ahora. Cuando pensé entrar a militar, me puse a investigar, porque yo no sabía, y es algo fuerte. Si le caes mal a alguno, te mata. Conocí a un amigo que fue soldado y tenía rencillas con un superior, y como le caía mal, lo mató. Entre ellos se protegen, porque dijeron que la pistola de ese amigo no tenía seguro y le había disparado por accidente, y nada más lo dieron de baja, aunque sabían que él lo había matado. Pero a mí no me asusta eso, la verdad, ¿por qué tenerle miedo a la muerte? Mejor hay que vivir al máximo cada día.

Por ejemplo, a mí siempre me ha gustado conocer de todo. En el trabajo me mudo a cada rato, siempre me ha gustado moverme en muchos lugares de trabajo; si me gusta, me quedo un tiempo, conozco, y luego me cambio a otro. Yo empecé a trabajar a los 12 años, como desde entonces me gusta mucho la cocina, yo era “hotdogquero”; en un carrito hacía *hotdogs*, hamburguesas y todo. Trabajaba con una señora, una vecina que sacaba su carrito. Entonces estaba en quinto de primaria, iba a la escuela en la mañana, regresaba a la una a mi casa, hacía mi tarea, me dormía un rato; entraba a las cinco de la tarde, trabajaba hasta las doce o una de la mañana, y me levantaba a las seis para ir de nuevo a la escuela. Al principio mi papá no quería, pero yo insistí porque nunca me ha gustado pedirles a mis papás y me gusta tener mi dinero.

En un inicio tuve que trabajar a escondidas porque mi papá decía: “¿qué te hace falta en la casa? Tienes todas las comodidades”. Y es verdad. Por ejemplo, en la casa tenemos dos cuartos, cada uno con su tele, uno con su *theather*, su DVD, su estéreo y todo, así cada quien escucha y ve lo que quiere sin problemas; si mi hermano quiere jugar su *playstation* y mi papá ver películas, cada uno puede hacerlo, uno en un cuarto, el otro en la otra habitación. Así que nunca nos faltó nada. Si necesitábamos algo, ahí estaba. Entonces mi papá decía que tampoco me hacía falta tenis o ropa, pero yo tenía un sentimiento de independencia. Al final aceptó, pero me puso condiciones: “si bajas de calificaciones, te sales del trabajo”, me dijo.

Desde esos años comencé a juntar mi dinero. Me compré ropa, zapatos y juegos. Desde los doce años, todo lo que tenía ya era mío, era propio, yo me lo había comprado. Me gustaba depender de mí, no de alguien más. Y hasta la fecha. Mi mamá cobra pensión porque mi papá biológico murió de cáncer cuando yo tenía cuatro años, y yo le digo que ese dinero es de ella, no mío, ella se lo queda. Ahorita soy promotor de ventas. Vendo enciclopedias, material didáctico y me toca andar de casa en casa ofreciéndolos. Este trabajo me ha gustado, como que la gente te ve como alguien educado. También estoy estudiando la secundaria abierta porque me salí de la normal. Pero sí quiero terminarla para sacar mi certificado y seguir con lo que escoja hacer.

Además de ver lo de la escuela y el trabajo, también me gusta divertirme. De los lugares chidos de Cancún, está la zona hotelera. Donde más me gusta ir es al Basí, un

antro que me late, nunca he tenido problemas para entrar. Como me veo más grande, ni me piden mi credencial. En Chetumal es muy diferente, no hay discos tan padres como acá, aunque allá puedes llegar de los antros a tu casa caminando, a las dos, tres de la mañana, y no pasa nada. En cambio aquí, ni madres, llegas en bóxer. A mí me han asaltado como tres veces. La primera vez tenía 15 años, fue en la región 228, camino a mi casa, iba solo. Me agarró una chava y luego sus amigos, pero yo no les di nada, pensé que me iban a matar porque me dieron con la pistola en una pierna, por la ingle. Vi la sangre y me espanté, pero yo solito me saqué la bala. Fui a la casa de un amigo y le pedí algodón y pinzas; lo había leído en un libro de primeros auxilios. Estuve como dos meses así, con pura venda, sin que se enterara mi mamá. De lo que hacía en la calle, mi mamá no se enteraba, nunca me gustó que supiera lo que hacía fuera, por eso, si algo me pasaba, no le platicaba y lo resolvía yo solo.

La primera vez que me metieron a la cárcel, cuando me llevó la policía preventiva, mi mamá no se enteró. Yo solito vi cómo salir moviendo mis influencias con conocidos. Siempre he tenido la ventaja de llevarme bien con la gente y que me ayude. Pero mi papá esa vez sí se enteró y me reclamó que cómo un hijo de un comandante estaba en la cárcel. Mi papá es de castigos, no de golpes. “Te castigo pero lo cumplo”, dice. Así que en esa ocasión me castigó haciendo trabajos manuales en la casa, pero tampoco le contó a mi mamá.

Yo, más joven, era una persona que estaba mucho en la calle, que hacía mucho desmadre. Como a los 14 o 15 años me junté con una banda. Jalé con ellos. Aunque ya antes, cuando tenía 13, había participado en un “refuego”. Esa primera vez que estuve en un “refuego” no es que tuviera miedo, sino que estaba dudoso de lo que iba a pasar y qué iba a hacer. Pero ya luego te acostumbras, hasta te vas adelante. Pero, eso sí, ya que entras en los “refuegos”, debes estar más rudo porque si te apendejas, te machetea. Una vez me dieron con un machete, me dieron un planazo en la espalda, me dejaron todo rojo ahí. Sentí bien feo en esos momentos. En ese entonces recuerdo que después de un “refuego” me sentía bien, tranquilo, relajado, como que liberaba toda la adrenalina. Incluso le entré a cosas más peligrosas. Por donde nos juntábamos había un señor que le apodaban El Topo, vendía piedra, marihuana, crack... Nosotros, mis amigos de la banda y yo, cuidábamos a ese bato, que nadie vendiera en su cuadra; si entraba alguien, que le hiciéramos el paro. Y él nos daba cosas: motos, pistolas, lo que necesitábamos. Le gustaba que nosotros hiciéramos ese trabajo porque nunca nos metimos drogas, estábamos limpios. Bueno, yo una vez sí usé aire comprimido, pero no me gustó y nunca volví a probar, ni eso, ni nada.

Pero mi chica, la chava con la que empecé a vivir, me convenció de que me saliera de ahí, de que me empezara a separar, como ella decía, de las malas influencias. La mayoría de los chavos en Cancún pasan por la etapa de las bandas. Es una etapa, porque también la mayoría madura y deja las bandas, aunque sí hay

unos que se quedan, son señores ya grandes, esos sí dan miedo porque no son chavos sino que ya están más gruesos. A veces no es fácil salirse de una banda porque te buscan, pero yo ya no volví con ellos. Sentí que ya estaba para otras cosas, no sé, ser un profesionista, y empecé a ver la vida de otro modo, ya te vas dando cuenta de que puedes encontrar otras cosas. Pero lo que más me motivó a dejar la banda fue mi chica.

Cuando tuve una relación seria, cuando me junté, fui cambiando. Me fui con mi chica cuando tenía 16 años. La conocí en la secundaria, desde primero era mi compañera, yo la quería mucho. Decidimos juntarnos pero tuvimos problemas con mis papás. Ellos nunca vieron bien que yo me fuera con ella y me demandaron. La policía me fue a sacar de la casa donde vivíamos. De hecho, el motivo por el que estoy acá, en el DIF, es porque estoy demandado. Mi papá me acusó de robo y de ahí me iban a trasladar al tutelar de Chetumal. Estoy como en libertad condicional; ya no me puedo ir a otra ciudad, no puedo hacer nada porque me tienen vigilado. Me dieron a escoger entre el tutelar o mi casa con libertad condicional, y elegí mi casa.

Entonces el DIF me vigila, yo tengo que estudiar, tener un buen comportamiento, debo estar en mi casa, con mis papás; aquí llevan un control de cómo me llevo con ellos. Todo esto hasta que cumpla la mayoría de edad. Ya no falta tanto pero, mientras, perdí a la que era mi chica. Luego de lo que pasó, su familia se la llevó a otra ciudad porque no querían tener más problemas. Mis papás hicieron eso, según ellos, porque me destrampé mucho y no les gustó pero, la verdad, yo pienso que se pasaron, fue mucha violencia. Con mi mamá me llevo bien, pero sí me enojó mucho lo que hizo, no me gustó, no venía al caso. Ellos querían que yo viviera bien, que esto y lo otro, pero estoy aprendiendo a vivir ¿no?, tengo que aprender a tropezarme para levantarme, no todo lo voy a hacer bien de la noche a la mañana si es la primera vez; tengo que pasar por eso para aprender porque no es lo mismo que te cuenten a que tú lo vivas.

A pesar de lo que me hicieron, yo quiero a mi mamá pues sé que no quiso lastimarme, nunca lo ha querido hacer. Por ejemplo, de niño sí me llegó a pegar cuando me portaba mal, pero no muy fuerte, unas nalgadas y ya. Cuando entró a la religión —está en un apostolado en la Iglesia católica— cambió mucho, ya no nos pegaba, se sentaba a hablar conmigo y con mis hermanos por horas. Ella es noble, muy inocente, en realidad. Mi papá, en cambio, es muy gruñón, muy cerrado. Hasta la fecha nos llevamos bien pero, ¿cómo decirlo?, todo con respeto. A veces incluso es muy insensible. No es que sea malo, pero le cuesta mucho expresarse, o sea, sus sentimientos y esas cosas. Supe que cuando él era chico mi abuelo también fue muy duro con él, y se hizo como una cadenita porque él es igual ahora pero, la verdad, tampoco sé mucho de sus historias.

Pero bueno, a mí no me gusta quejarme, finalmente todas las experiencias te ayudan a madurar, y yo prefiero aprender de todas las situaciones que paso, que

vivo, pues. Por ejemplo, hubo un tiempo en que mi papá se dedicó a vender botellas de whisky, de vodka y de otros licores. Eso lo hacía cuando le tocaba descansar en Seguridad Pública, porque trabajaba 24 por 24 horas. A mí me gustaba irme con él. Como íbamos por El Crucero, me enseñaba por dónde ir y por dónde meterme, y la gente que trabajaba o tenía sus negocios por la zona. No es que sea una zona bonita, pero es mejor conocerla bien y saber por dónde meterse y por dónde no. De hecho, desde entonces se me quedó que siempre que llego a un lugar veo con quién me puedo juntar para protegerme, dónde hay salidas y eso.

Mi hermano el más chico es igual a mí en ese sentido. Tiene 10 años y con él me llevo muy bien. Es bien desastroso, él me imita mucho, hace todo lo que yo hice en el pasado. Eso me gusta, pero no pienso que sea tan bueno porque yo tuve que vivir ciertas cosas para aprender, pero no sé si él lo hace sólo por imitarme o es auténtico, siento que podría aprender las cosas de otro modo a como yo lo hice, porque finalmente mucho de lo que hice fue peligroso. Aunque también tiene cosas buenas para aprender de mí, por ejemplo, que no me gustan las injusticias ni la gente engreída. Una vez le quité un celular a un chamaco y le puse una madriza. Me caía mal porque trataba muy mal a los demás, los rebajaba mucho porque tenía dinero y decía que no lo podías tocar porque te llevaba la chingada. Pero yo le rompí el celular y lo golpeé, pinche chamaco engreído, y no me llevó nadie.

Aunque esos fueron otros tiempos, ahora soy mucho más tranquilo. La verdad, yo me veo en el futuro con una casa, con mi familia, con un trabajo estable. No me preocupa porque sé que lo puedo hacer; yo sé que yo dependo de mí; pienso que tú haces tu propio campo, por ejemplo, dicen que cuando buscas algo, lo deseas, hasta el mundo se pone de tu parte; si tú lo tienes bien, fijo lo lograrás. Ya casi cumpla los 18 y con eso mis papás no me van a poder obligar a hacer nada más. Hasta cierto punto mi vida es mía, ¿no?

Epílogo

En *La individualización*, Ulrich Beck (2003) se refiere a la “cultura de la propia vida” o la “autocultura” como un concepto que define la aspiración a “vivir una vida propia” y autoorganizada. El propio Beck apunta que esta “cultura del yo” surge ahí donde se ha llevado a cabo el proceso de individualización, es decir, cuando existe una conciencia interiorizada y practicante de la libertad. Armando representa un caso paradigmático de un joven cuya mayor expectativa es justamente “vivir una vida propia” a partir de sus recursos, no sólo económicos o materiales, sino también éticos y experienciales.

A lo largo de su narrativa, se describe, desde su temprana adolescencia, como un individuo que persigue la independencia económica de sus padres. Sin embargo, para él dicha independencia está directamente vinculada con la libertad de consumo más que

con la necesidad de sustento. Como señala, en su casa no le hacía falta nada, su padre lo proveía incluso de bienes accesorios. No obstante, Armando se enorgullece al señalar que a los doce años, gracias al dinero ganado en su primera experiencia de trabajo, en el ámbito informal, “todo lo que tenía ya era mío, era propio, yo me lo había comprado”. Cuando el joven afirma: “me gustaba depender de mí, no de alguien más”, señala que para él la posibilidad de consumir con libertad es sinónimo de independencia.

Además de este “sentimiento de independencia”, que a ratos se expresa en vivencias insólitas o inverosímiles como la de la bala que se autoextrajo, Armando destaca su gusto por la movilidad laboral y se muestra entusiasmado frente a experiencias que implican cierto dinamismo y la exploración de nuevos espacios, actividades y aprendizajes para la vida. En este sentido, mucho del discurso del joven contiene un vocabulario que es propio, a decir de Žizek, de un “neolenguaje” creado por los irónicamente autodenominados “comunistas liberales”, empresarios como Bill Gates y George Soros,⁸⁶ quienes representan “la explotación financiera y especulativa más despiadada combinada con una opuesta preocupación humanitaria por las consecuencias sociales catastróficas de una economía de mercado desbocada” (Žizek, 2009: 33). Así, para el pragmático Armando el modo más inteligente de vivir consiste en ser dinámico, flexible y nómada; estar en constante autocreación.

Como ocurre con los “comunistas neoliberales”, que distribuyen aspirinas para calmar los infartos que provocan, y guardadas todas las proporciones en esta comparación, el discurso de Armando guarda varias inconsistencias, especialmente si se compara con su discurso público a lo largo de las sesiones en el grupo de adolescentes. Dichas inconsistencias están vinculadas a la forma en que percibe la cuestión de las violencias. En primer lugar, el joven reconoce que en Cancún hay espacios que son para mostrarse por su carácter turístico, y otros que buscan esconderse, a los que denomina “feos” y “muy violentos”. El joven, que nació en Chetumal, es capaz de reconocer que tal violencia no es inherente a toda ciudad ni a todas las zonas del propio Cancún, sino que está localizada en las regiones, donde es algo común. A pesar de las críticas que hacía a sus pares en el grupo de adolescentes respecto a que no podían actuar ni relacionarse sin incluir golpes, groserías y agresiones, Armando normaliza la existencia de las violencias en ciertos

⁸⁶ George Soros (1930) es un especulador financiero, inversionista y activista político, de origen húngaro y nacionalidad estadounidense. Actualmente es presidente del Soros Fund Management LLC y del Open Society Institute. Soros se hizo famoso como la persona que “quebró el Banco de Inglaterra el Miércoles Negro” —16 de septiembre de 1992—. Con una fortuna neta valorada en alrededor de catorce mil millones de dólares estadounidenses de 2010, fue calificado por la revista *Forbes* como la 35ª persona más rica en el mundo. Bill Gates es cofundador de la empresa de software Microsoft, productora del sistema operativo para computadoras personales más utilizado en el mundo, Microsoft Windows.

espacios, como las regiones. El sentido de esta normalización implica la aceptación, e incluso la legitimación, de que la regla de estos espacios sea las violencias. Al igual que para los jóvenes colombianos a los que se refiere Serrano en su estudio sobre las representaciones de la violencia, para Armando: “La costumbre de la violencia va a la par de aprender a vivir con ella” (Serrano, 2005: 132), pero no de una manera pasiva, sino activa.

Así como el chico ha naturalizado los espacios de violencias, también lo ha hecho respecto a la “etapa de las bandas”, al señalar que la mayoría de los jóvenes en Cancún tienen esta experiencia en su tránsito hacia la madurez. De hecho, no se explaya al narrar su papel de victimario en los “refuegos” o cuando trabaja para El Topo, pero en su relato se asoma que no sólo ejerció, y recibió, violencia física contra sus pares en los enfrentamientos callejeros, sino que también la desplegó contra todo aquel que El Topo le indicara. Al respecto, Armando no se muestra crítico, arrepentido o avergonzado, como ocurre con otros de los jóvenes entrevistados cuando miran hacia el pasado. Para él es normal haber transitado por ese tiempo y espacio en el que las violencias eran parte de su vida cotidiana.

Del mismo modo en que Armando naturaliza ciertos entornos violentos, lo hace también respecto a ciertas figuras, como los policías y los propios jóvenes y adolescentes. Para él, ser violento es propio de la condición de una “juventud inmadura”. Aunque esta relación juventud/violencia no la legitima de manera cabal, sí la naturaliza, pero subraya que es también una condición transitoria que muchos de sus pares superan al abandonar las bandas y madurar, como él mismo ha hecho. Lo anterior es diferente cuando se refiere a la policía y al ejército. En este sentido, Armando nunca emplea los términos “violencia” o “violento” para aludir a las actividades o al carácter de los policías y militares. En su lugar emplea términos como “carácter fuerte”, “carácter rudo”, y frases como “si te apendejas, te chingan”. Desde niño Armando ha convivido muy de cerca con policías porque su padre y su tío lo son. La percepción que tiene de ambos, especialmente del primero, es que hay una relación ineludible entre su ejercicio profesional y su desarrollo personal en todos los ámbitos, incluyendo el más íntimo y familiar. Armando dice que incluso su padre es “insensible” y, aunque nunca lo maltrató, sí lo agredió fuertemente al acusarlo de robo cuando se fue a vivir con su novia.

Como otros jóvenes, Armando explica el carácter distante de su padre como resultado de que su abuelo “también fue muy duro con él, y se hizo como una cadenita porque él es igual ahora”. Pero más que por la herencia de una cultura machista como resultado de una experiencia traumática como hijo, el joven piensa que su padre es duro y rígido debido a su formación policíaca. En esta dirección, lo que Armando parece admitir y justificar no es la legitimidad de la violencia del Estado encarnada en la institución policíaca, sino la posibilidad de que los individuos hagan “justicia” amparados en su uniforme o en su experiencia en “seguridad pública”. El propio Armando se asume como portador de justicia cuando narra cómo le puso “una madriza” a un compañero

de la escuela que actuaba de manera prepotente. Por otra parte, en el ejercicio de libre asociación que hizo al final de la entrevista relacionó la palabra “justicia” con “muerte” y con “enemigo”, lo cual revela que su concepción de justicia está más cerca de la venganza taliónica que de una acción de reparación de daño, reivindicación o legalidad.

Tabla 7. Respuestas de Armando al ejercicio de libre asociación

Paz: tranquilidad, armonía	Universidad: cárcel
Maestro: autoridad	Amigos: libertad
Escuela: cárcel	Vecinos: libertad
Futuro: ¡uy!, ¿futuro? Yo	Chicas: libertinaje
DIF: un lugar donde te puedes desahogar	Psicólogo: autoridad
Violencia: golpes	Arma: problemas fáciles
Cancún: delincuencia, vandalismo	Machete: ¡uy!, juguete
Playa: paz	Celular: juguete
Chetumal: tranquilidad	Enemigo: muerte
Familia: amor, ¿se puede? Amor	Justicia: muerte
Trabajo: familia	Felicidad: amor
Tenis: fácil	Tristeza: melancolía
Droga: salida fácil	Coraje: ira
Papá: autoridad	Cine: despeja tu mente
Mamá: autoridad	El Crucero: ¡uy!, muerte
Policía: autoridad	Las Palapas: despeja tu mente

Fuente: elaboración propia.

Así, en Armando la moralidad del individualismo liberal coexiste con una moralidad tradicional que legitima la venganza y la violencia interpersonal propia de una “modernidad irregular” en la que el individualismo no se sostiene gracias a las instituciones del Estado y sí, en cambio, promueve las “libertades precarias”. De igual modo, el joven reproduce muchas de las ideas y prácticas de las que ha sido víctima y que implican violencias como medio para alcanzar algún fin. Por ejemplo, al cuestionarle sobre cómo se siente respecto a lo que sus padres hicieron cuando se fue a vivir con su novia, responde que “fue mucha violencia”. No obstante, aun esta experiencia adversa es reformulada por él como una vivencia de la que puede aprender. A pesar de ello, admite la imposibilidad de modificar su relación con el padre. El “poder de la palabra” que promovía en el grupo de trabajo del

DIF como una forma de confrontar a la autoridad jerárquica, o al menos de negociar con ella, pierde toda efectividad cuando se trata del padre. La solución que encuentra frente a esta circunstancia es alcanzar la mayoría de edad para hacer efectivo que “su vida es suya”. Además de este afán, al joven lo mueven sus sueños, curiosamente de carácter más tradicional: tener un trabajo estable, una familia y una casa.

Al término de la entrevista, cuando salió del consultorio lo esperaba una muchacha de unos 15 años, delgada, morena, de cabello oscuro y ondulado, con un rostro infantil y sereno. Armando, el otrora legionario de El Topo, la abrazó de manera protectora y la besó con ternura desbordante, la tomó de la mano y juntos salieron del área de Psicología.

“No todo lo borra el tiempo”: la historia de Ilse como vivencia radical de violencia sexual

Preámbulo

La madre de Ilse asistía al grupo de pacientes en riesgo suicida. Había intentado suicidarse en un par de ocasiones, ambas colgándose en su recámara empleando una hamaca. La primera vez la encontró su esposo y logró cortar la hamaca a tiempo. La segunda vez fue su hija Ilse, de 17 años, quien la encontró colgando, pero aún viva. Le gritó a su papá y pudieron bajarla sin que las consecuencias fueran más allá de marcas y moretones en el cuello. Era la primera vez que la mamá de Ilse asistía a la terapia grupal, de manera que no se explayó mucho en su relato. Sólo dijo sentirse incomprendida por su pareja, de quien estaba separada hacía unos meses, y por su hija mayor, Ilse.

Yo ubicaba a Ilse en el grupo de adolescentes. Era una chica callada y un tanto abstraída, aunque también conseguía involucrarse en muchas de las actividades colectivas e individuales. Como a varios de sus compañeros, le pedí que conversáramos. Una calurosa mañana cancenense ella aceptó y dejamos por un rato al resto del grupo trabajando con la psicóloga a cargo, mientras nosotras nos dirigimos a uno de los consultorios. Mi interés por conocer mejor a Ilse provenía del intento de suicidio de su madre. Me interesaba indagar sobre cómo lo había experimentado la joven, si se había sentido violentada por ese incidente o si éste era producto de algún tipo de violencia experimentada en su hogar.

Durante la primera media hora la conversación trascurrió sin sobresaltos. El contenido de su relato tenía mucho en común con el de otros jóvenes con los que había platicado: maltrato del padre hacia la madre, la experiencia de un par de levantamientos arbitrarios por parte de la policía preventiva, la inhalación ocasional de marihuana para evadirse de los problemas con sus padres, la pertenencia a una pandilla y su participación en los “refuegos”, conflictos con la madre al pedirle mayor libertad para salir a fiestas o su relación de amistad con un joven delincuente menor. Al llegar a este tema, de manera inesperada me contó una de las vivencias más aterradoras que escuché a lo largo del

trabajo de campo: la de una violación múltiple.

Debo confesar que por unos segundos pensé en cambiar de tema pues sentí temor de una posible crisis de Ilse, especialmente porque, según me dijo la propia joven, no había elaborado este evento traumático con ayuda profesional. Por otra parte, mi temor también se debía a una suerte de resistencia a escuchar lo abominable. Esta reacción defensiva cedió rápidamente porque, después de todo, yo había insistido en que ella podía confiar en mi escucha atenta y empática.

Lejos del estereotipo social según el cual la imagen de una mujer que narra una experiencia de violación es llorosa e histriónica, Ilse se notaba contenida, aunque no tranquila. Su mirada a ratos se ausentaba, como dirigida a la nada. Pero lo que más llamó mi atención fue el modo en que narraba lo acontecido. Hacía aproximadamente ocho meses que había ocurrido la violación. Ciertamente, para entonces el impacto traumático más severo estaba diluido, y quizá por ello no interrumpía la narración con sollozos o lamentos. Sin embargo, el relato de la joven tampoco era totalmente claro. Había momentos en los que su habla resultaba ininteligible para mí, como si intentara decir y ocultar al mismo tiempo. Como se verá más adelante, este procedimiento, que supuse parcialmente inconsciente, puede vincularse tanto a la dificultad para representar una vivencia de violencia extrema, como a la vergüenza que comúnmente perdura en un gran porcentaje de víctimas de violencia sexual.

Decidí presentar el caso de Ilse recuperando las partes más significativas de la conversación que sostuve con ella, especialmente aquella en la que surgió su experiencia de violación tumultuaria, pero siempre atenta a evitar una suerte de “pornografía de la violencia” sin por ello expresar la crudeza de lo ocurrido. Me pareció conveniente hacerlo de este modo a pesar de que el formato obliga a reducir significativamente el contenido de la entrevista, porque considero que es en el diálogo con otros como el dolor de una experiencia tan liminal puede transitar a una experiencia de sufrimiento con algún sentido: el de la indignación de los otros.

Narrativa

Perla: ¿Hace cuánto tiempo que vives en Cancún, Ilse?

Ilse: ¿En Cancún?, creo que toda mi vida.

P.: ¿Cuántos años tienes?

I.: 17.

P.: ¿Aquí naciste?

I.: Sí, acá.

P.: ¿Te gusta vivir en Cancún?

I.: Sí.

P.: ¿Qué es lo que más te gusta de vivir acá?

I.: No sé, las discos, las fiestas...

P.: ¿Vas mucho a las discos?

I.: Sí, la verdad no, a las tardeadas, porque hasta diciembre cumplo los 18, entonces todavía no me dejan entrar a las discos de noche.

P.: ¿Qué tan seguido vas a la disco?

I.: Cada vez que puedo. Me gusta bailar, entonces, cada quince días, o al menos una vez al mes.

P.: ¿Qué les venden allá dentro?

I.: Dan refrescos nada más.

P.: ¿Y qué más hacen?

I.: Bailes, concursos.

P.: ¿Vas a la playa?

I.: Casi no.

P.: ¿Por qué, no te gusta?

I.: No sé, porque me quemo, no me gusta, prefiero ir a las piscinas, hay unas que están por Villas Otoch. Como no me quedan lejos, voy ahí.

P.: ¿Qué es lo que te gusta de ir a las piscinas?, ¿vas con tus cuates o cómo vas?

I.: A veces voy con mis amigos y a veces voy con mi mamá y mi hermana.

P.: ¿Te gusta salir con ellas también, o más o menos?

I.: Más o menos [risas].

P.: ¿Por qué?, ¿no es muy divertido?

I.: Ajá, no puedo hacer nada porque se enojan. Mi hermana todavía está muy chavita, tiene 12 años, y no sé, es muy castrosa, si hago algo se lo dice a mi mamá.

P.: Si haces algo, ¿cómo qué?

I.: Así, no sé, si me vienen a ver y nada más están diciendo groserías, así, y ya se lo dice a mi mamá.

P.: ¿Tienes muchos amigos aquí, en Cancún?

I.: Sí.

P.: ¿Vas a la escuela?

I.: Sí, voy en la prepa, en cuarto semestre, pero igual la dejo.

P.: ¿Por qué?, ¿no te gusta?

I.: No mucho, pues a veces me viene a la mente trabajar o hacer otras cosas, pero nada más me da vueltas y ya...

P.: ¿Y qué te dice tu mamá de eso, o no le has comentado que estás pensando dejar la escuela?

I.: Sí, pero me dice mi mamá, no sé tú, me dice, si tú no quieres seguir estudiando, pues ¿qué vas a hacer?, y si no, échale ganas también.

P.: ¿Tus papás están separados?

I.: Sí.

P.: ¿Hace cuánto tiempo?

I.: No tiene mucho, como dos meses, tres meses.

P.: ¿Y por qué se separaron?, ¿tú sabes?

I.: No, no sé a mi mamá qué le pasó, por los problemas que tenían ellos.

P.: ¿Qué problemas tenían ellos que tú supieras, Ilse?

I.: Pues... ¡ah!, porque mi papá llegaba borracho, siempre tomaba, eso a mi mamá le molestaba.

P.: Alguna vez, cuando tu papá llegó borracho ¿llegó a golpear a tu mamá o a gritarle?

I.: Eso sí ya tiene, ahorita ya no. Bueno, cuando vivían juntos, ahorita no. Cuando yo era niña sí me acuerdo que hasta me tocó verlo, yo nada más quería llorar pues estaba chiquita, creo que tenía cuatro años. No me acuerdo cómo empezó, pero llegó mi papá borracho... ¡ah!, creo que yo tenía varicela, creo que por eso no salía. Y mi mamá estaba de ese lado, donde estaba yo, y ahí como de ese lado había un retrato de la Virgen, y mi papá estaba aquí y mi mamá allá, y mi papá se enojó, le tiró un vaso de vidrio a mi mamá, pero mi mamá se agachó y se rompió el cuadro, y no sé, creo que le pegó, ya luego salió mi papá y mi mamá se quedó conmigo.

P.: ¿Te acordarás de cómo te sentías tú en esos momentos?

I.: Pues nada más me ponía a llorar.

P.: ¿Espantada?

I.: Sí, espantada.

P.: ¿Y nunca les llegó a pegar a ustedes tu papá?

I.: No.

P.: ¿Y tu mami?

I.: No.

P.: Cuando las castigaba, ¿cómo las castigaba?

I.: Nada más, bueno, a mí me decía que no iba a salir... Una vez sí me pegó, pero yo igual tuve la culpa porque le dije que me iba a ir de la casa y... me iba a la chingada.

P.: ¿Eso fue hace mucho?

I.: No, apenas.

P.: ¿Y realmente te querías ir de tu casa o fue para provocarla?

I.: No, sí me iba a ir de mi casa porque mi mamá no me dejaba salir, que porque ya era tarde, que después pasa el operativo... Pero yo quería ir a una fiesta, de hecho ese día me habían invitado a varias en casas de diferentes amigos.

P.: Me imagino que en esas fiestas de amigos hay alcohol... supongo que incluso a veces droga.

I.: Ajá, sí.

P.: ¿Tú has probado alguna vez alcohol?

I.: Sí, una vez, bueno, sí, una cerveza nada más.

P.: ¿Y alguna vez te han ofrecido drogas?

I.: Pues sí, la verdad que sí.

P.: ¿Marihuana?

I.: Ajá.

P.: ¿Quién te la ofreció?

I.: Unos amigos.

P.: ¿Cuántas veces la has consumido?

I.: Pues... las veces que me he peleado con mi mamá.

P.: ¿Quién te la regala, o la compras?

I.: Cuando salgo de mi casa, hay veces que me dicen que no, que si hay problemas en mi casa, que mejor no.

P.: ¿Y por qué exactamente cuando hay problemas en tu casa es cuando dices “me voy a fumar”?

I.: Para que se me olvide.

P.: ¿A tí te duele cuando te peleas con tu mamá?

I.: A veces es difícil..., es difícil. Me gustaría que no fuera tan..., no sé, que me deje tan siquiera salir.

P.: ¿Crees que es muy exigente contigo o que te prohíbe muchas cosas?

I.: No, bueno, sí me prohíbe tantas cosas, pero yo digo que es por mi bien, no vaya a caer en “la preventiva”. Bueno, de hecho ya dos veces caí, pero no se enteró mi mamá. La primera vez porque estábamos dormidos en una casa, ya nos fuimos caminando a una fiesta y, cuando pasa el operativo, que nos lleva... Éramos como veinte. Primero dijeron que qué hacíamos a esa hora, como ya era tarde, como las dos de la mañana. “No, es que vamos para mi casa”, dicen todos, pero uno, como estaba drogado, empezó a gritar y ya nos llevaron. Esa, la primera vez, me soltaron porque tiene un amigo mi mamá que es policía y les dijo: “no, déjenla”, a mí y a otra chamaca, pero el amigo nunca le contó a mi mamá.

P.: ¿Y los policías municipales son muy agresivos o son tranquilones?

I.: Bueno, los policías hombres, sí les tiran a los chavos, y las mujeres... igual, pero a las chavas. A mí no me tocó, pero a una de mis amigas sí, bueno, es que como estaba así agarrada, así afuera, y la vieron y le empezaron a pegar pero bien feo, pero ella igual, también les pegaba.

P.: Oye, ¿y tú qué piensas de que los policías sean agresivos?, ¿te parece normal?

I.: Ay, no sé, sí, porque igual tengo un amigo, como igual lo están buscando los judiciales y todo eso...

P.: ¿Por qué?

I.: Porque ha hecho muchas cosas.

P.: ¿Cosas cómo qué? ¿Está metido en las drogas?

I.: No, no se mete drogas ni nada, sino que, no sé, golpea, encierra a los chamacos y todo eso, y ya, por eso lo están buscando.

P.: ¿El chavo es de una pandilla?

I.: Ajá. Antes iba a mi casa y me contaba cosas, y ya me dice, no, me están buscando aquí y aquí, y una vez sí llegó y me dice, “no”, como a mí me dicen B, me dice: “no, B, los judiciales hicieron que me bajara mi pantalón y con una tabla gruesa me pegaron”.

P.: ¿Te dicen B? ¿Por qué te dicen así, es tu segundo nombre?

I.: Es mi apodo, de una banda en la que estoy, se llama BPT. Estoy ahí desde hace cuatro meses, es de puras chavas y algunos gays. Con ellas salimos a las fiestas y les hacemos el paro. A veces, cuando unas chamacas se pelean con otras.

P.: ¿A ti te ha tocado pelear?

I.: Sí, pero ya tiene, ya casi no. Estuve nada más en dos “refuegos”, a lo lejos. No me gustan, lo que me gusta de estar en una banda es que conoces a más gente, más amigos, más conocidos. Eso es bueno porque también tienes quien te cuide.

P.: ¿De qué?

I.: Pues no sé, cuando sales.

P.: Oye, ¿tú crees que Cancún es una ciudad violenta?

I.: Sí.

P.: ¿Por qué lo dices tan convencida?

I.: Yo digo que por los policías. Y a veces por las bandas.

P.: ¿Pero tú crees que las bandas se caracterizan por ser violentas o también hacen otras cosas?

I.: Hacen otras cosas.

P.: ¿Cómo qué cosas?

I.: Pues no sé, lastiman a las personas, las violan...

P.: Pero tú estás en una banda y no haces eso, ¿o sí?

I.: No.

P.: O sea que hay de bandas a bandas, ¿o cómo está el asunto?

I.: Sí, hay algunas que más que nada van a fiestas, hay otras que nada más van y roban a las personas y a las tiendas, hay otras que nada más los machetean o, si no, los matan...

P.: ¿Alguna vez te ha tocado ver algo así?

I.: Sí.

P.: ¿Me podrías platicar un poquito de eso?

I.: Ah, pues del chavo que estaba platicándole que lo estaban buscando, una vez había una fiesta, era temprano, eran como las 8:30, ya nos juntamos todos y me fui con ellos. Íbamos en una camioneta, yo era la única mujer con cinco hombres, uno que iba manejando, que iba adelante, dos que iban atrás, y uno que iba a mi lado, que era mi amigo. Yo no sabía qué iban a hacer. Nos paramos en el Oxxo, pero me di cuenta de que iban a hacer algo cuando el que iba manejando estaba agarrando muy duro el volante, y la puerta la dejaron abierta, y quitaron todo, todo, y veo que entra mi amigo con una caja de cigarros, tarjetas de cien, Sabritas y todo eso, y se me hizo

raro. Se subió rápido y cerraron la puerta y ya arrancaron. Ya cuando yo miré: “oye, ¿qué hiciste?, ¿compraste?”. “Sí, sí compré”, me dice. Ya, pues no le creí. A otro Oxxo fueron y lo mismo. Entonces veo que viene corriendo mi amigo otra vez con más cosas, y ya había otra patrulla a la vuelta, se subió y dice: “vámonos por la patrulla”. No tenía miedo ni nada, estaba tranquilo. Y ya se perdió la patrulla. Entonces vimos a un enemigo que tiene mi amigo. Él se bajó de la camioneta con el machete y empezó a machetear al chavo, pero bien feo.

P.: ¿Y qué pasó cuando viste que se bajó y lo empezó a machetear?, ¿qué sentiste tú?

I.: Pues miedo, porque ya había gente y todo. Y como las ventanas no tenían así unas bolsitas negras, estaban en blanco, y yo me veía.

P.: ¿Tenías miedo de que te reconocieran?

I.: Ajá.

P.: ¿Y qué pensaste del chavo que le estaban haciendo eso?

I.: Nada, sí, ya cuando se subió mi amigo, le digo: “te pasaste”. “Cállate”, me dice, “sí, ya vi que me pasé, pero...”.

P.: ¿Por qué se pasó, qué le hizo al chavo?

I.: Pues nada más vi que le salía sangre y ya, nada más eso. Sentí feo, un poco de lástima, pero ya, como ya estaba acostumbrada a ver eso.

P.: ¿Lo has visto muchas veces?

I.: Sí.

P.: ¿Y eso?

I.: Nada más, cuando me junto con otros van, pero no los machetean, sino que nada más les dan planazos.

P.: Oye, Ilse, por lo que tú me comentas, convives mucho con ellos, ¿Alguna vez te dio miedo que te fueran a hacer daño cuando ya estaban borrachos o drogados?

I.: No, ahorita ya no me junto con él porque ya no está. Como lo están buscando, no sé dónde está. Pero mi amigo siempre me cuidaba mucho y, como yo le platicué una cosa, me dice: “no, van a pagar los chamacos por lo que te hicieron”. Pero nunca tomaba nada, no se metía nada...

P.: ¿Qué cosas te hacían por las que iban a pagar ellos? ¿Te lastimaron a ti?

I.: No, ellos no, otros.

P.: ¿Qué te hicieron, Ilse?

I.: ¿No se lo va a decir a mi mamá?

P.: No, ¿te acuerdas cuál es una de las reglas en el trabajo de grupo? La confidencialidad, esa misma regla la aplicamos aquí. Yo no le contaré a tu mamá lo que me platicues. Mi intención no es acusarte, sino escucharte, quizá eso te pueda ayudar en algo. O quizá tu experiencia ayude a otras personas, como te conté, claro que siempre cuidando de que nadie te reconozca. Dime, ¿alguna vez se lo platicaste a alguien?

I.: Nada más a mi amigo y a una amiga. Igual, como hay psicóloga en la escuela, me dijeron que se lo platicara. Una vez que llegué tarde a la escuela y no me dejaban pasar, aproveché para hablar con ella de una vez, y hablé con ella, pero ya no seguí hablando con la psicóloga porque se lo iba a decir a mi mamá y yo no quería eso, lo que buscaba era que un adulto me escuchara, más bien.

P.: ¿Y tus amigos te ayudaron a sentirte mejor después de que se los platicaste o te seguiste sintiendo mal?

I.: Sí, porque cuando se lo dije a mi amiga, no paraba de llorar, la abrazaba. Ya llegó otra amiga, igual, como siempre ando con ella, ya le dijo, y a unos amigos igual, no eran tantos, como cuatro o cinco que saben.

P.: Y cuando te acuerdas de lo que pasó, ¿todavía te sientes triste, mal o enojada? O, como tú dices, ¿de veras ya se te olvidó?

I.: Pues sí, me siento muy... muy mal, cuando...sí, me siento mal...

P.: ¿Has escuchado la palabra impotencia? Impotencia es cuando a uno le da coraje o tristeza o rabia, y quisiera hacer algo pero...

I.: Es rabia, sí, es rabia, porque siempre cuando, bueno, no he visto a los chamacos pero, yo digo que sí, cuando los veo, le voy a decir a mi amigo que no sé, que le haga cosas, no sé...

P.: ¿Me puedes y quieres platicar qué pasó Ilse?

I.: Es que una vez mi mamá salió a trabajar ya tarde; yo me iba a ir a una fiesta, y yo, antes, me vestía así con mi short y mi blusa corta, y en la casa de mi tía —como yo vivía en la casa de mi tía—, en la avenida se juntaban unos chamacos y ya era tarde, igual salí. ¡Ah, no!, ese día me escapé. Salí a la una, y ya iba sola, ya iba a agarrar mi taxi...

P.: ¿Te escapaste de tu casa para ir a una fiesta?

I.: Ajá, y me encontré a los chamacos pero yo no me llevaba con ellos, nada más ellos sabían cómo me decían, ya me dicen: “no, tú eres la sobrinita de C”. Y se acercaron dos: “no, ¿qué, a dónde vas?”, “a una fiesta”, “¿con quién?”, ya les dije con quién. “¡Ah, con ellos!, va a estar tu tío C”. Entonces les digo: “pues quién sabe si está allá”. “¡Ah, no, ya valiste verga!” Y cuando el chamaco dijo así, me agarran, me cargan y me meten a la casa de uno, me suben a un cuarto, había dos señoras, una era la mamá del chavo que vive ahí, ella vende droga. Ya me suben al cuarto, nada más me dejaron ahí sola, y ya veo que los taxistas me estaban buscando... estaban pitando, pitando, pitando...

P.: Porque vieron que te habían secuestrado...

I.: Ajá. Y uno que era de esa banda me quería sacar, me quería ayudar. “No, sí te quiero ayudar, pero si me ven que te estoy ayudando, igual a mí me hacen lo mismo”. Y pues ya, me quedé ahí sentada. Mi celular, como me lo quitaron, no podía llamar. Y ya, veo que se suben tres, y me agarraron, me amarraron en la cama, y entraron todos, eran como veinte, veinticinco chamacos, y me empezaron así, a quitarme la

ropa y todo... y como quien dice todo... uno por uno. [Ilse narra que fue penetrada y manoseada por todos]. Me tuvieron así como, no sé, por una hora. Luego se fueron y me dejaron salir por ahí de las tres y media. Me dijeron: “ya te puedes ir”. Y ya así, asustada, me fui, y como cruzando la avenida vive una amiga, le toqué. “Oye, préstame tu celular”. Y me vieron cómo estaba, dicen: “¿qué te pasó?” Y yo: “nada”. Ya hablé a mi otra amiga, le digo, “oye, ¿por dónde estás?”, “no pues acá, con unos amigos”, “ven a buscarme”. Y dice “¿qué te pasó?”, como me escuchó así mal, y me dice, “ahorita voy, ¿dónde estás?”, “no, aquí con G”, le digo, “ahorita voy para allá”. Nada más cuando llegaron los chamacos, en motos, con mi amiga, los otros chamacos se metieron rápido y ya dejaron a mi amiga y se fueron, y me dice, “¿qué te pasó?”, y le dije: “no, pues me violaron unos chamacos”, “¿quién?” Y como mi amiga, como igual está loca, me dice: “no, ahorita me la van a pagar”, y ya le digo, “no les hagas nada, porque igual y te van a hacer lo mismo, como igual estaban drogados y todo”, y me dice, “¿qué vas a hacer?”, le dije, “no quiero, no voy a llegar a mi casa”. Y no llegué a mi casa por una semana, porque igual estaba así como *freakada*, toda tensa, toda. Me quedé en la casa de una amiga, y ya le conté, y la chamaca: “no, pues hay que ir a la policía”. “No”, le digo, “si voy a la policía, como los chamacos saben quién es mi tío y saben dónde viven mis tías y mis primas”. Además, me dijeron: “si dices algo, con tus primitas me voy a ir”, y estaban chicas todavía, y yo no dije nada, nada más a mi amigo, y ya me dice, “no, si logro ver a los chamacos, sí les voy a hacer la maldad”.

P.: Ilse, ¿y tu mamá no se preocupó porque no llegaste en una semana?, ¿le mandaste avisar que te ibas a quedar con alguien?

I.: No le dije nada, es que se quedaron con mi celular, y ya llegué a la casa de mi tía y estaba mi papá ahí. Sí me enteré que me estaban buscando, pero cuando llegué me subí al cuarto y me acosté así, me envolví en las sábanas y me acosté a llorar, y mi tío C estaba allí, luego él ya sospechaba...

P.: ¿Tu tío está joven?

I.: Sí.

P.: ¿Y también anda metido en una banda enemiga, digamos?

I.: Sí, en una banda que trabaja con drogas y todo eso, pero eso ya pasó porque él ya casi no se junta, como está yendo a la Iglesia...

P.: Entonces, ¿él te preguntó qué había pasado?

I.: Ajá, y yo nunca le dije nada, sino que no le hablaba, casi un mes no le hablaba pero igual se dio cuenta. Ya cuando me subí al cuarto, mi papá me dice: “¿dónde estabas?” Sacó su cinturón y me pegó acá y... no lloré por el dolor, sino por el coraje que tenía.

P.: Pues eso no se olvida tan fácil, ¿cómo te sientes ahora?

I.: Pues a veces, cuando unos amigos me dicen, “no, esa chamaca está buena y que no sé qué”, cuando lo dicen así de otras chamacas me da mucho coraje, como mucha rabia de nuevo...

P.: ¿Te da coraje que se expresen así de otras mujeres? ¿Por qué te da coraje eso?

I.: No sé, porque cuando yo estaba así, igual lo decían los chicos...

P.: Oye, Ilse, y esa vez que se lo platicaste a la psicóloga de la escuela, ¿no te dijo que fueras a terapia con ella?

I.: Ajá, me dijo que viniera aquí al DIF porque acá puedo decir muchas cosas. Le dije que no, y ya después, cuando tuve un problema con mi mamá, ese de que me iba a ir de mi casa, pues me trajeron aquí al DIF.

P.: Mmmm..., ya ves que cuando nos hacen una herida, primero se pone la carne así como rojita...

I.: Roja, sí,...

P.: Y arde, y con el tiempo va cicatrizando hasta que sale la costra, se cae la costra, dejamos de ver la costra y sólo vemos la cicatriz... en tu herida, no física, sino en tu herida emocional... tú me dices, me dio rabia, sentía coraje, me sentía triste, ¿cómo va esa herida por lo que pasó? Puse un ejemplo ahorita para darme a entender, esa herida que te hicieron estos chicos, ¿cómo la ves tú ahorita?, ¿está todavía roja, arde mucho, ya cicatrizó, cómo la ves, cómo la sientes, Ilse?

I.: Pues no sé, ahorita como en la escuela va uno de ellos, no le he dicho a nadie que fue él; nada más, cuando me ve, agacha su cabeza, porque yo digo, no porque ya cambió él, ¿para qué voy a decir que fue él?, pero hay algo, algo...

P.: Si tú pudieras hacer algo contra ellos y supieras que ellos no van a hacer nada contra ti o contra tu familia, ¿qué te gustaría hacerles?

I.: Pues no sé, bueno, yo no, sino que otros, que le hagan lo mismo para que vean cómo se siente.

P.: ¿Cómo te sentiste tú en esos momentos?

I.: Pues como pasaron primero dos, sí luchaba, pateaba y todo, pero ya cuando ya no podía, pues nada más como que me abandoné, nada más pensaba en mi mamá, pensaba que yo tenía la culpa por no decirle a mi mamá que iba a salir.

P.: ¿Y tú crees que si le hubieras avisado las cosas hubieran sido diferentes?

I.: Pues yo digo que sí porque ella me hubiera dicho, “no, pues si vas a ir, llévate un pantalón”.

P.: Entonces, ¿tú piensas que tuvo que ver la forma en que ibas vestida?

I.: Por una parte sí y otra la de mi tío, porque si él no fuera nada mío y no me hubieran reconocido, me hubieran dejado pasar. Igual nada más me gritaban cosas, pero no me hacían todo lo demás.

P.: La parte del vestido no tiene nada que ver. Las mujeres podemos vestirnos como sea y no por eso los hombres tienen que abusar de nosotras, entonces no es tu culpa, tú no los provocaste, tú en ese sentido no te tienes que sentir culpable. Pero tu tío sí tenía cierta responsabilidad contigo, al menos de apoyarte para tomar terapia.

I.: Él sospechaba pero yo nunca le conté nada. Me lo guardé.

P.: ¿Y alguna vez has sacado esa rabia que sientes por ellos de algún modo, o la guardaste ahí muy adentro?

I.: Sí la guardo pero ya no. Si me desquito cuando, con una chamaca que me cae mal, voy y le pego...

P.: Te desquitas con la chava, como si la chava fuera responsable de lo que te hicieron...

I.: Pues sí. Ni a mi novio, que duré con él como tres años, ni a él se lo conté.

P.: ¿Por qué?

I.: No, como que igual sabía cómo era su carácter y no le dije nada.

P.: ¿Te daba miedo o vergüenza, o las dos cosas? O sea, dices que te daba miedo que les fuera a hacer algo...

I.: O vergüenza, igual miedo...

P.: ¿Y vergüenza por qué?

I.: Porque ya así, me iba a ver con cara de ya... ya pasó por puro chamaco...

P.: Bueno, pero eso no te debe dar vergüenza, tú no dejas de tener valor por eso, uno vale por lo que piensa, por las cosas que hace, por los sentimientos, no porque abusaron de ti. ¿Tú sientes que vales menos después de lo que te hicieron?

I.: Yo digo que sí.

P.: Ilse, yo digo que no. Eres muy valiente y valiosa. Quiero decirte que lo que te hicieron merece un castigo legal, la ley lo castiga gravemente, porque te lastimaron y agredieron muy fuerte. Pero con independencia de que la ley lo castigue y tú no hayas denunciado, es importante que trabajes la experiencia con un profesional porque es una experiencia muy difícil, es una experiencia que uno quisiera olvidar pero, como te digo, si a esa herida no le pones un poco de alcohol y la desinfectas, si no la trabajas, en lugar de que la costra salga y un día se te caiga y digas, "ya eso no me duele, no me lastima", lo que puede pasar es que se te infecta la herida. En los grupos del DIF ha habido mujeres ya de cincuenta años que nos han contado que también tuvieron una experiencia de violación cuando jóvenes, que no han comentado con nadie, y que empiezan a sanar treinta años después, cuando lo cuentan, y entonces ya no les duele, pero tuvieron que esperar mucho tiempo, por ello tú lo debes trabajar pronto para que lo sanes y no se te infecte, y no te desquites con otras chavas... Tienes que llorarlo, tienes que patearlo, tienes que gritarlo para sacar ese coraje... ¿Sigues enojada con tu tío también?

I.: Pues no tanto, no porque igual él ya cambió mucho.

P.: Y también veo que disculpas mucho a los responsables, ¿verdad? Por ejemplo, este chavo que va a tu escuela dices, "ya cambió".

I.: Sí, porque ya se ve que ya no es, bueno sí, se sigue juntando con ellos, pero yo digo que, bueno, yo cuando lo veo en mi escuela ya cambió, no sé si cuando está con ellos...

P.: Y te dejaron muy lastimada también, dices que tenías moretones...

I.: Tenía moretones.

P.: La semana que estuviste con tu amiga, ¿cómo estuviste, comías?

I.: No comía, nada más me acostaba en la cama a llorar.

P.: ¿Y tu amiga te echó la mano?

I.: Sí, ella con su mamá. Me cuidaron, sí, porque igual con esa amiga fueron mis papás a ver si estaba allí, pero yo, como estaba hasta arriba, le dicen, “no, revisen el cuarto si quieren, no hay nadie”.

P.: ¿Y por qué nunca has tenido la confianza de platicarle a tu mamá?, ¿qué sientes que va a pasar si le cuentas?

I.: ¿Quién sabe?

P.: ¿Por qué no quieres platicarlo?, ¿te da pena o tienes miedo de que te regañe, de que no lo entienda o te culpe?

I.: No, yo digo que para evitarle el dolor que va a sentir. La violencia duele. No todo lo borra el tiempo. Cuando me pongo a pensar cómo fue, me duele más porque no puedo hacer nada.

P.: A eso se le llama impotencia, viene de no poder hacer nada y de sentir todavía con enojo y tristeza. Pero sí puedes hacer algo, Ilse, puedes hacer algo por ti, venir a las terapias, trabajar en una terapia individual y ayudarte a sacar la rabia y la tristeza. Yo creo que es muy difícil ponerse de pie y salir adelante después de esa experiencia, pero tú lo lograste y eso habla de que eres una chava muy valiente. Aunque ellos fueron unos cobardes, tú eres una chava valiente porque estás de pie y porque sigues adelante con tu vida. Ese valor que has tenido, yo te invito a que lo sigas teniendo para trabajarlo y para que cada vez te duela menos y sientas menos coraje y menos dolor. ¿Te molestaría que yo le pidiera a la psicóloga del grupo una terapia individual para ti?

I.: No quiero.

P.: Bueno, está bien, pero piénsalo, ¿va? Y si sientes la necesidad de platicar con alguien, tú sabes que estoy aquí, también te voy a dar mi celular para lo que necesites. Yo quiero decirte que a mí también me duele mucho lo que te hicieron, y también me da mucho coraje y mucha rabia porque nadie se merece eso. Ahora dime, Ilse, con tu mamá, ¿la relación ha mejorado?

I.: Yo digo que sí porque ya casi no salgo, nomás antier que salí, más o menos ya cambió.

P.: ¿Tú sientes que a raíz de que tu mamá ha venido a terapia también ha modificado un poco la forma de hablarte o es lo mismo?

I.: ¿Quién sabe?

P.: ¿Tú nunca pensaste quitarte la vida cuando pasó lo que pasó?

I.: Sí, sí lo pensé, pero no, pues no sé, porque yo digo que la muerte es... es fea. Igual me puse a pensar en mi primito de cuatro años, como mi primito siempre me dice:

“Ilse, Ilse!” Cuando me ve, viene y me abraza. Me da mucha ternura y lo quiero.

P.: ¿Tú estuviste el día que platicamos de los sueños?

I.: Sí.

P.: Tú dijiste que tu sueño era conocer a un grupo de reggae. Además de ese sueño, Ilse, ¿qué otros sueños tienes, como más personales?

I.: [Silencio].

P.: ¿No hay un sueño que te ayude a seguir viviendo, por ejemplo? ¿Nunca has pensado qué será de ti en tres, cuatro años?

I.: No lo he pensado.

P.: Si a ti te gustan los niños, ¿nunca has pensado en estudiar algo para cuidar a los niños? Para eso hay carreras especiales, para trabajar en una guardería, un kínder.

I.: Pues eso sí me gustaría, cuidar a niños, así, bebés.

P.: Puedes estudiar puericultura, todos tenemos una cualidad, algo que nos gusta hacer y eso nos hace sentirnos felices. ¿Qué cosas hacen felices a Ilse?, ¿qué cosas te dan felicidad a ti, Ilse?

I.: No sé.

P.: ¿Estar con tu familia te hace feliz?

I.: Estar con mi mamá.

P.: ¿Qué más te hace feliz, Ilse?

I.: ¿Feliz?, las fiestas.

P.: Bueno eso te pone contenta, pero la felicidad a veces es algo que nos llena el corazón, es algo que nos hace decir, sí, vamos a continuar porque eso me hace sentir feliz, ¿qué momentos disfrutas tú mucho, ir a las fiestas, estar con tu mamá, qué más?

I.: Una parte con mi mamá y otra parte con mi papá. A veces, cuando salgo de la escuela me va a ver y platicamos. Con mi mamá, me gusta estar a veces, nos quedamos a ver la tele o, si no, salimos.

P.: Oye, Ilse, creo que tu mamá alguna vez intentó colgarse, ¿verdad?, ¿tú qué piensas de eso, estás enojada con ella por eso?

I.: No, nada más un poco triste porque, si no hubiera llegado mi papá ... no estaría aquí, conmigo. Esa vez ella desapareció un rato y se me hizo raro. Le dije a mi papá: “¿y mi mamá?” “No sé”, me dice. Y ya nos pusimos a buscarla, y cuando veo que cierra la puerta mi papá, y ya mi papá estaba ahí, y ya cuando entré estaba colgada, pero ya estaba acostada.

P.: ¿Y tú qué pensaste en esos momentos?, ¿te sentiste triste?

I.: Sí, y nos pusimos a llorar. Mi hermana creo que nunca lo supo. Yo me puse triste porque sí necesito a mi mamá, aunque nunca se lo digo, pero sí... Por ejemplo, con lo que me pasó, no le conté, pero que esté cerca me aliviana.

P.: Por cierto, Ilse, después de lo ocurrido, ¿te hiciste alguna prueba de embarazo o de VIH?

E.: [Silencio] No, nunca me chequeé... pero no quedé embarazada, ni siquiera supe bien si, dentro de mí... de lo otro [guarda silencio un rato, su cara es de sorpresa, como si se hubiera percatado de algo].

P.: ¿En qué piensas, Ilse? Te quedaste muy pensativa, ¿nunca habías pensado en la posibilidad de una enfermedad?

I.: No.

La conversación con Ilse continúa. Yo me ofrezco a acompañarla a CHISPAS, una ONG de Cancún que trabaja sobre salud sexual y reproductiva con jóvenes. Le comento que ahí pueden orientarla y realizarle gratuitamente los exámenes médicos que necesite para cerciorarse de que no fue contagiada con alguna enfermedad de transmisión sexual. Cuando le comento esto, el semblante de Ilse se descompone. Para ella, la posibilidad de tener alguna enfermedad de transmisión sexual resulta desconcertante, pues no había imaginado que podría ser una consecuencia de su ya de por sí difícil experiencia. Sin embargo, acepta mi propuesta, pero me insiste en que no le cuente nada a su mamá ni a la psicóloga encargada del grupo. Lo primero no lo hice, lo segundo sí. Lo comenté además con la coordinadora del área, y a las dos les pedí que le dedicaran especial atención y la invitaran a tomar terapia individual.

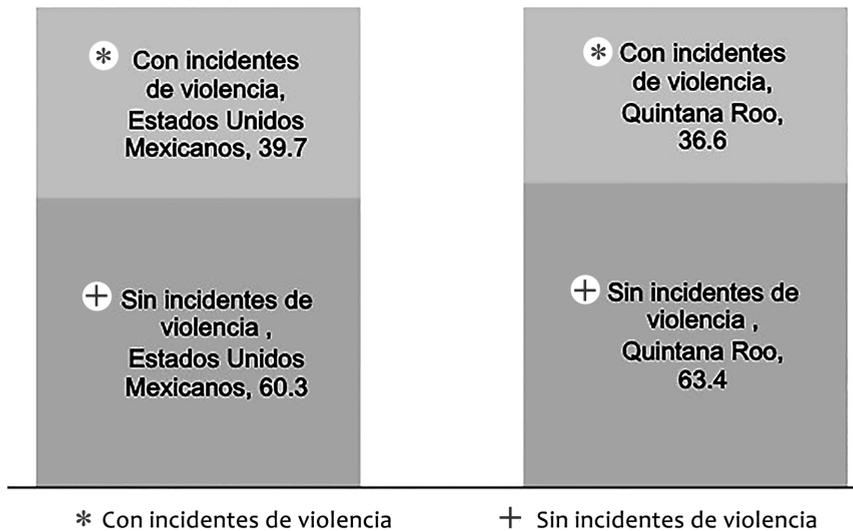
Cuando conversé con Ilse, mi trabajo de campo en el DIF estaba concluyendo. Permanecí sólo una semana más y, por tanto, no pude estar cerca de ella para saber cómo continuaba su proceso. Después de escuchar su historia estaba profundamente desconcertada e indignada, pero sobre todo me preocupaba cómo reaccionaría la joven después de haber relatado, una vez más, una vivencia que sólo quería olvidar. Al mismo tiempo, me tranquilizaba saber que la acompañaría a CHISPAS, pues al menos contaría con el apoyo profesional de quienes ahí trabajan. Sin embargo, Ilse no llegó a nuestra cita. Me llamó disculpándose, pues se le había hecho tarde. Le propuse una nueva fecha y hora y le dije incluso que me podría acercar más a su escuela para encontrarla y de ahí dirigirnos a CHISPAS. Así lo convenimos pero la joven tampoco llegó a la segunda cita, ni siquiera contestó el celular cuando reiteradas veces marqué su número.

Epílogo

Según la *Encuesta nacional sobre la dinámica de las relaciones en los hogares 2006* (ENDIREH), en Quintana Roo el 36.6% de las mujeres de 15 años y más han tenido incidentes de violencia comunitaria —ofensas, abuso, extorsión, hostigamiento, acoso u otras agresiones en espacios públicos por parte de conocidos o desconocidos—, y el 37.2%, también del total de las mujeres, sufrieron algún tipo de abuso sexual, como caricias o manoseos sin

consentimiento, violaciones e incluso prostitución forzada.⁸⁷ En esta misma dirección, la *Encuesta nacional sobre violencia contra las mujeres 2003* (ENVIM) señala que Quintana Roo ocupó el sexto lugar nacional —con el 21.2%— en cuanto a porcentaje de mujeres que sufrieron algún tipo de violencia sexual. De manera más concreta, en la *Encuesta nacional sobre inseguridad 2005* (ENSI-3) se ubicaba Cancún como la tercera ciudad a nivel nacional con mayor incidencia delictiva; en esta misma encuesta Cancún también ocupó el tercer lugar en lo que se refiere a violencia contra las mujeres.

Gráfica 7. Distribución porcentual de mujeres según condición de violencia en espacios comunitarios



Fuente: encuesta nacional sobre la dinámica de las relaciones en los hogares 2006 (ENDIREH).

Como se mencionó en el capítulo 4, en concordancia con los datos estadísticos, los casos de violencia sexual emergieron de manera significativa a lo largo del trabajo de campo. No obstante, las narraciones de abuso sexual y violaciones que escuché antes de platicar con Ilse habían tenido lugar en el espacio familiar o bien en el contexto de alguna reunión entre amigos. Pero la historia de Ilse revela una dimensión de la violencia sexual que se desarrolla en los espacios públicos con la misma impunidad, o quizá mayor aún, que aquella que se despliega en los íntimos. Resulta muy complicado conocer la frecuencia numérica de esta violencia pues, como lo muestra el caso de Ilse, las jóvenes que la sufren no la denuncian, ni por la vía legal ni por la familiar o social. Sin

⁸⁷ Si se suman ambos porcentajes, se deriva que el 70% de las mujeres sufrió algún tipo de violencia.

embargo, resulta muy dudoso el carácter excepcional de la historia de Ilse. Lo cierto es que esta forma de violencia sexual está invisibilizada en Cancún, quizá por su propia naturaleza, íntimamente vinculada a las redes de bandas criminales profesionales, y seguramente al narcotráfico.

Los rasgos de la agresión sexual hacia Ilse coinciden con aquellos que caracterizan a las guerras civiles y a las represiones de Estado, en las que los cuerpos de las mujeres se convierten en una suerte de botín de guerra, o bien en objetos ultrajados a través de los cuales se deshonra o se envía un mensaje amenazante al enemigo. En México, esta forma de violencia tiene una historia cercana: la de las esposas y familiares de líderes sociales y guerrilleros que, durante la “guerra sucia”, eran violadas, desaparecidas y asesinadas. Éste es un patrón que de manera evidente en los últimos años han adoptado el crimen organizado y los cárteles del narcotráfico en la región norte del país, en estados como Durango, Chihuahua y Coahuila. En el número 1726 de la revista *Proceso*,⁸⁸ Marisa Turati publica un artículo en el que escribe:

Feministas, académicas, médicas y funcionarias han detectado que en las zonas disputadas por los cárteles y por el Ejército no sólo han aumentado las extorsiones, los secuestros, robos, levantones, tiroteos o asesinatos. Debajo del estruendo general de la narcoviolencia se presentan otras modalidades de violencia contra las mujeres, más ocultas, menos ruidosas, casi imperceptibles y poco denunciadas: ocurren violaciones sexuales y asesinatos cometidos con la saña del crimen organizado, además de que repuntan las listas de desaparecidas. En esas zonas las mujeres lo están pasando especialmente mal. Dicen que son “botín de guerra”... La violencia contra las mujeres ha pasado inadvertida, se ha perdido en el conjunto de la expresión general de la violencia (Turati, 2009).

Al leer a Turati, la historia de Ilse cobra un sentido distinto, pues la interpretación de su probable excepcionalidad en la ciudad caribeña pierde fuerza. Los rasgos que comparte con los raptos y violaciones de las mujeres en el norte del país son varios. En su narración, la joven no da muchos detalles sobre la banda que la atacó, sólo menciona que, en la casa donde fue violentada, la madre de uno de los jóvenes vendía droga. De igual modo, se refiere a que su tío estaba involucrado con “una banda que trabaja con droga”. Los violadores le preguntaron a Ilse si en la fiesta a donde se dirigía estaría su tío, de modo que ella sirviera como una suerte de mensaje viviente al ser ultrajada. Como la propia Ilse señala, sus victimarios la amenazaron para que no dijera nada a nadie. No hacía falta porque, sin contarlo, el tío de la joven, por su desaparición temporal y el estado en que regresó al núcleo familiar, recibió el mensaje.

⁸⁸ 29 de noviembre de 2009.

La aberrante permanencia de estas violencias de género en los tiempos y espacios de la modernidad tardía nos muestra las continuidades históricas que subsisten junto con la reproducción de la explotación, la desigualdad y el dominio del poder capitalista. De igual modo se mantiene la cultura patriarcal que favorece el silencio de las víctimas. En este sentido, la cuestión de la honra y la vergüenza es fundamental. Como se puede leer en la transcripción, la joven se siente culpable de lo que le hicieron, y comenta que quizá si se hubiera vestido de otro modo no le habrían hecho nada. Pero las violencias no son siempre transparentes, e Ilse también señala como causa fundamental de su tragedia al tío y su vinculación con las bandas.

Sin embargo, Ilse también apunta que no le contó lo ocurrido a su novio de entonces, con quien llevaba una relación estable desde hacía tres años. El motivo: “Porque ya así, me iba a ver con cara de... ya pasó por puro chamaco”. Es decir, la joven se resta valor a sí misma por haber sido violada y, sin mencionar la palabra, asume que los hombres que lo sepan la considerarían una prostituta. Respecto a la introyección del sentimiento de vergüenza y su emergencia subyugante en las víctimas de violencia sexual, Paloma Escalante señala:

Quien vive a la sombra de la vergüenza se siente básicamente deficiente como persona, indigno como ser humano, ni importa si los demás lo saben o no, pero como hay también “vergüenza de la vergüenza” se tiende a la huida o al aislamiento para evitar que los demás se enteren [...] Quien experimenta en su cuerpo la impureza, o la suciedad, más allá de la racional inocencia del sujeto que ha sido víctima, en realidad carga la profunda vergüenza de ser parte del desorden y una amenaza para su sociedad. La sociedad, de hecho, trata de silenciar los eventos, como la violación, el incesto o el abuso de un menor, como algo que al ignorarse se pudiera negar [...] a quien se debe silenciar es a la víctima (Escalante, 2007: 76-79).

Por otra parte, como apunta la antropóloga Veena Das cuando escribe sobre los raptos masivos de mujeres para violarlas durante el proceso de Partición⁸⁹ en India y Pakistán, hay una especie de límite en la capacidad de representar ciertas violencias a través de las palabras, pues los actos que se busca describir cuestionan profundamente la vida humana y su naturaleza, pero también los límites de la propia cultura y la sociedad para abarcar y contener dichas violencias (Dass, 2008b: 39). En este sentido, el silencio de las mujeres se convierte en una especie de “conocimiento envenenado”, una suerte de saber oculto; para referirse a esto, Veena Das usa la metáfora de una mujer que bebe un veneno y lo mantiene dentro de sí; se trata de un saber envenenado que es guardado con un celo que

⁸⁹ La división territorial efectuada por India y Pakistán en 1947, poco después de lograr sus independencias políticas del Imperio británico.

jamás le permitirá nacer (2008b: 366). En el caso de Ilse, la vergüenza, el miedo al estigma y la imposibilidad de expresar la brutalidad de su experiencia a través de la palabra son elementos que silencian su denuncia e, incluso, le impiden contar lo ocurrido posicionada desde otro lugar, más allá de la culpa y la impotencia.

En este sentido, la vivencia de Ilse refuerza el vacío que se percibe en su habla a lo largo de la entrevista. La joven se siente poco impelida por lo que lo social le ofrece; además de las bandas, las fiestas y sus relaciones más próximas, Ilse no consigue interesarse por nada. Tampoco tiene claridad en lo que quiere hacer en un futuro cercano, y esa distancia del prójimo parece abrirse cuando hablamos de su familia. La joven sólo se refiere a sus padres cuando se le pregunta de manera explícita por ellos, y lo hace un tanto indiferente, como si lo que ocurriera dentro del escindido hogar no le incumbiera. Después de su violación, Ilse decidió no regresar con su familia de inmediato y, cuando finalmente lo hizo una semana después, el padre estaba más preocupado por castigarla y disciplinarla que por indagar sobre cómo estaba y a qué se debió su ausencia. La figura materna ni siquiera es mencionada en este episodio. La joven dijo que no quería que su madre se enterara de lo ocurrido para evitarle sufrimiento, pero sobre todo se mostró preocupada por el temor al castigo o a la imposición de una disciplina severa.

Por otra parte, y a pesar de conocer el sufrimiento como víctima de una violencia brutal, la joven se muestra poco empática con otros jóvenes que la han padecido. Comenta que está acostumbrada a ser testigo de cómo sus amigos golpean a otros, y ante la imagen de un muchacho macheteado no manifestó empatía por su dolor, sino que se confesó preocupada por la posibilidad de que alguien la reconociera. Es difícil establecer si esta especie de “congelación emocional” precede a su violación o es consecuencia de la misma. En todo caso, si es anterior se reforzó después de lo ocurrido, pues a lo largo de la conversación Ilse se resistió a manifestar dolor y a ser objeto de compasión.

Así, la violencia contra Ilse también puede interpretarse como consecuencia del proceso de indiferencia social e interpersonal que la convirtió en víctima. En este proceso el sujeto es deshumanizado, pero tal acción deshumanizante no está acompañada de descorporización, por el contrario, el blanco de la violencia es el propio cuerpo. En él se encarnan los mensajes y se corporiza el desprecio al otro cuyo cuerpo vejado deja de ser visto como el de un semejante —la cosmovisión occidental sostiene que animales y seres humanos tienen cuerpo, pero eso no los hace semejantes—. Sin embargo, pese a que en la violencia sexual los ataques van dirigidos al cuerpo, su sentido no permanece sólo en él porque, aunque hay un proceso de corporización, sus efectos y consecuencias lo trascienden y rebasan.

Por otra parte, si bien la experiencia de Ilse no es privativa de ningún territorio específico, Cancún representa un espacio que, por las dinámicas de permisividad, exceso y descontrol a las que se ha hecho referencia, el ámbito de la sexualidad está muy vinculado a la explotación de la misma, tanto legal como ilegal. Así, algunos de los jóvenes que habitan en Cancún experimentan esta dinámica perversa de corte narcisista que impide

ver al otro a menos que sea como medio para cumplir un deseo propio. En esta dirección, como se apuntó en el capítulo I, Bauman ha señalado la transformación de la función de las relaciones sexuales en la sociedad tardomoderna, donde nada resulta del encuentro sexual que no sean el propio sexo y las sensaciones que acompañan el encuentro. Cuando Bauman escribe, “O sexo está sendo completamente purificado de todas as ‘poluições’ e ‘corpos estranhos’ tais como obrigações assumidas, laços protegidos, direitos adquiridos” (2007), está haciendo énfasis en la instrumentalidad de los encuentros sexuales de un sector de la sociedad contemporánea. Esto puede aportar elementos explicativos a la violación multitudinaria de Ilse, ocurrida en un tiempo y un espacio en el que la dimensión instrumental del sexo prevalece sobre otras.

La historia de Ilse desprende un eco imposible de ignorar. Como afirma Veena Das: “O encontro com a dor não é algo que se possa enfrentar friamente [...] negar a afirmação de alguém de que sente dor não é um fracasso intelectual, é um fracasso espiritual”⁹⁰ (1996). Pero también constituye un fracaso social. Si bien el dolor llama a la compasión, también lo hace a la indignación y, en este sentido, históricamente el texto antropológico ha sido una forma de denuncia para no ignorar ese dolor. En México, en el último sexenio distintos movimientos ciudadanos han pugnado porque el dolor producido por la guerra contra el narcotráfico represente un argumento para cambiar la política gubernamental frente a esta lacra. Dar un sentido diferente al dolor de Ilse es negarse a instalarlo en teodiceas del poder, ya sea criminal o de Estado. Al respecto coincido con el investigador colombiano Francisco Ortega cuando escribe: “Por eso el sentido de la violencia no es ni mucho menos independiente de los modos en que el dolor es inmediatamente administrado, apropiado, distribuido y contestado por diversas instituciones, organizaciones y agentes” (2008). La historia de Ilse contiene así un eco de dolor transmutado en sufrimiento indignado.

De subjetividades e internamiento: los jóvenes de la Casa de Asistencia Temporal del DIF

La Casa de Asistencia Temporal (CAT) del DIF tiene como función resguardar a niños y jóvenes menores de 18 años mientras se define su situación jurídica o son reintegrados a sus familias. Los motivos por los que los menores ingresan a la CAT son diversos: depósito voluntario por parte de los tutores, extravío, maltrato, violación, robo, abandono, descuido, vagancia, estupro, ambulante, abusos deshonestos, abandono del hogar, delitos sexuales o resguardo. De igual modo, las vías a través de las cuales se interna a un menor en esta institución son distintas, aunque generalmente son canalizados por alguna institución, como hospitales, procuradurías o el propio DIF. La permanencia de los niños

⁹⁰ El encuentro con el dolor no es algo que se pueda enfrentar fríamente [...] negar la afirmación de que alguien siente dolor no es un fracaso intelectual, es un fracaso espiritual (traducción propia).

y jóvenes en la CAT varía en función de la problemática de cada uno, y puede ir desde semanas hasta dos años. A lo largo de su estancia en este espacio controlado, todos ellos reciben alimento, talleres, actividades recreativas y atención médica y psicológica, tanto por la CAT como por parte de la Coordinación de Psicología.

Fue precisamente en las terapias grupales impartidas por la Coordinación cuando tuve contacto con los adolescentes y jóvenes de la CAT, mayoritariamente mujeres —durante mi estancia en el DIF, en la CAT sólo había un joven varón, Gabriel—. ⁹¹ Únicamente pude acompañarlas en cuatro sesiones de trabajo que me dejaron profundamente impresionada. Su situación de internamiento, aun cuando fuese temporal, marcaba sus subjetividades de una manera especial; en la mayoría de los casos se percibía un malestar constante por vivir una circunstancia que visualizaban como de encierro y castigo; en algunos otros se observaba una melancolía crónica y una sensación de abandono, pues para algunas jóvenes estar ahí representaba el alejamiento de sus seres queridos y amigos. Sólo excepcionalmente, como ocurría con Marina, de la que hablaré adelante, las jóvenes se manifestaban tranquilas, e incluso contentas.

Resulta importante subrayar que en su mayoría estas jóvenes habían vivido alguna situación de violencia que, justamente, las llevó a la CAT. En una ocasión, conversando con Teresa, una chica de 14 años que fue violada por su cuñado, me percaté de que para ella estar en esta institución significaba una suerte de acentuación de la marca de su tragedia, pues, me decía: “estar aquí nada más me recuerda por qué me trajeron”. Pero, al mismo tiempo, la joven manifestaba miedo ante su próxima salida: “Cuando regrese con mi hermana, todos los vecinos me van a señalar porque saben que estuve aquí, igual y ni saben por qué, pero seguro van a inventar de todo, por eso, en parte, tampoco quiero regresar”.

Paradójicamente, se produce una institucionalización de la exclusión y de la desventaja cuyos efectos son poco favorables para los jóvenes (Gaulejac, 2005). En este sentido, las adolescentes y jóvenes de la CAT representan, de manera paradigmática, la experiencia del estigma, pero también, y sobre todo, la de construir su subjetividad en un contexto de desamparo. A pesar del apoyo institucional que se les brinda, las jóvenes reclaman asideros tradicionales en su constitución como sujetos que no provengan de una psicóloga o una trabajadora social, sino de alguna figura familiar cercana o de amigos y vecinos. Esto es comprensible porque las jóvenes sufren cierta discriminación en su internamiento. Recuerdo que, en una ocasión, una de las psicólogas se quejaba debido a que tenía que trabajar con las chicas de la CAT, a quienes calificó de “rebeldes, mañosas

⁹¹ En el grupo de los niños menores de 10 años, con quienes también conviví, la situación era diferente, tanto por la constitución mixta del grupo —nutrida casi por igual de niños y niñas—, como por la percepción que los pequeños tenían de su estancia en la CAT, así como por la excelente labor de las psicólogas a cargo.

y difíciles”. La marca de sus palabras se manifestó a lo largo de la terapia, en la que se mostraba menos paciente que con el grupo de adolescentes externos a la CAT.

A continuación transcribo unas hojas de mi diario de campo en las que relato una de las sesiones con las jóvenes de la CAT, en la cual la participación del único joven varón, Gabriel, me reveló con elocuencia el sentir de estas subjetividades en internamiento.

El trabajo con el grupo de adolescentes y jóvenes de la CAT estuvo basado en las pérdidas. Un par de semanas antes, la psicóloga pidió a las chicas que, como tarea, escribieran brevemente una carta en la que anotaran qué habían perdido al ingresar a la CAT, tanto cosas materiales como personas, e incluso hábitos, aptitudes o posibilidades, como andar por la calle con libertad.

Antes de iniciar la lectura de sus textos, la psicóloga preguntó a las jóvenes si confiaban unas en las otras, pues el ejercicio que se realizaría tenía mucho que ver con la confianza, especialmente para contar a sus compañeras emociones muy íntimas. La mayoría de las jóvenes contestó que sentía poca o ninguna confianza. Sus respuestas me sorprendieron, pues a pesar de que comparten una condición de internamiento y experiencias de violencias similares, además de que viven juntas, expresan desconfianza en sus compañeras y buscan proteger con todas sus fuerzas el motivo por el que están en la CAT y los sentimientos que ello les produce. En todas las sesiones fue difícil que alguna se animara a hablar al respecto, aunque esto también puede interpretarse como una negativa a su constante revictimización, o como una estrategia, un código para no develar la verdadera complicidad que han desarrollado en sus dinámicas cotidianas.

En primer lugar pasó Alejandra, quien al principio se negaba a leer la carta. Cuando finalmente se decidió, la psicóloga tuvo que pararse a su lado y animarla, diciéndole que le transmitiría las fuerzas necesarias para que pudiera compartir lo escrito. Alejandra repetía una y otra vez que no iba a llorar y que era fuerte. Después de varios intentos por empezar la lectura, y una vez que tomó fuerzas para evitar el llanto, Alejandra leyó el contenido de su hoja, en la que escribió que había perdido la confianza de su mamá y la de sus hermanos, a sus amigos, y la posibilidad de ir a la escuela y de vivir en su casa. En la misma hoja anotó cuáles eran sus metas: “Salir de la CAT, regresar a la escuela, en el futuro formar una familia y estudiar para ser bióloga marina o psicóloga”. Alejandra pudo contener el llanto a lo largo de la lectura, pero la psicóloga la invitó a dejarlo salir para quitarse la coraza que construía al rechazar toda demostración de cariño por parte de sus compañeras.

Entonces, Alejandra, esta joven de 15 años, de rostro infantil y gesto serio, cabello corto y actitud de fuerza, confesó sentirse muy triste, pues ya había pasado un mes y medio desde la última vez que la visitó su mamá. La psicóloga le prometió que

investigaría en el área jurídica si había algún tipo de restricción temporal para que su mamá la visitara, pues en ocasiones, especialmente en aquellas cercanas a la definición de la situación de los jóvenes internados, ésta se efectuaba. El motivo por el que Alejandra estaba en la CAT era estupro. Meses antes se había fugado con su novio, un joven de 25 años, a quien la mamá demandó.

Después de Alejandra se animó a participar Gabriel, el único hombre del grupo. Antes de iniciar la lectura de su texto, el joven de 16 años comentó que había meditado mucho al escribir y concluyó que en realidad no había perdido nada, sobre todo pensando en su familia, pues “¿cómo se puede perder algo que en realidad nunca se tuvo?” Respecto a lo material, el chico comentó que no había valido la pena tener cosas obtenidas con “dinero malhabido”. Una vez comentado esto, Gabriel pasó al centro del círculo formado por sus compañeras y empezó a leer en voz muy baja y con una dicción arrastrada; lo que decía era ininteligible. La psicóloga lo invitó a que nos compartiera su escrito con una voz más fuerte y clara, sin miedo a ser escuchado. Entonces el joven leyó: “Perdí mi casa, a mi familia, mi forma de ser, mi estilo de vida, mis carros, mi cuarto, todas mis cosas, como mi Xbox, mi libertad, mi lugar en la sociedad”.

Esta última aseveración revela de manera contundente la percepción que tiene Gabriel de estar fuera de la sociedad. La razón de ese sentimiento de exclusión se encuentra tanto en su estancia en la CAT, como en la causa que lo llevó ahí: sus padres estaban en prisión por traficar con narcóticos. Por lo que expresó Gabriel, su sensación de expulsión cuestionó profundamente la constitución de su propio yo, pues el joven comentó que no sabía quién era, ya que no se sentía alegre ni entusiasmado como antes; había perdido “su modo de ser”.

Dado que no tuve acceso a los expedientes de los jóvenes de la CAT ni pude conversar con Gabriel de manera individual, ignoro cuánto tiempo llevaba ahí el joven y cuál era su historia. Sin embargo, percibí que el chico estaba en la etapa inicial de un fuerte proceso de duelo que exigía una reestructuración de su subjetividad, tarea que se hacía más difícil por su sentimiento de haber sido expulsado del medio social. Cómo la reconstruiría en el seno de una institución como la CAT fue un proceso que lamentablemente no pude seguir ni conocer, pues mi trabajo de campo en el DIF finalizó poco después de esta sesión. Por otra parte, mi único contacto con este grupo fue a través de las psicoterapias grupales.

El caso de Marina lo conocí mejor porque ella salió de la CAT después de la primera sesión en la que estuve presente, de modo que empezó a asistir al grupo de pacientes adolescentes de la Coordinación de Psicología como parte de su proceso de seguimiento en su reintegración familiar. Marina estuvo internada en la CAT durante un año. Poco tiempo después de que saliera para ir a vivir con su papá y su madrastra, tuve una conversación con ella, luego de que me entregara una carta en la que expresaba su dolor,

impotencia y desesperación por la situación de desesperanza y maltrato que estaba viviendo en su nuevo contexto familiar. La transcripción de la carta es esta:

Yo no tengo el valor de decir lo que pasa en mi casa, por eso me decidí a apuntarlo. Ya no sé qué hacer para ganarme a mi madrastra, nada funciona, ni el por favor, ni disculpas, ni siquiera deja que le hable. Antier tiró mi ropa, se lo pasé y no dije nada, y ayer le dijo a mi papá que me comí el queso de sus hijas y no era cierto. Me aventó la escoba, me dijo loca, que me quitara los tenis que me dio mi papá porque dice que son suyos. Me los quité y no le dije nada, y en la noche para cenar me aventó el cuchillo y ya no aguanté y me puse a llorar, y se dio cuenta mi papá y me preguntó que qué tenía, y le dije y no hizo nada. Mi madrastra hasta a veces me hace cosas enfrente de mi papá y [él] no dice nada, y mi madrastra algunos días me ha dejado sin comer y mi papá no hace nada porque de ella estamos mantenidos, pero eso no quiere decir que me haga lo que quiera. A veces he pensado en escaparme o matarme porque siento regacho [sic] que me maltraten. Yo sé que no me van a creer todo esto, pero por lo menos ya lo saqué y me siento un poco más tranquila porque ya lo leyeron.

En la plática con Marina, que entonces acababa de cumplir 16 años, la joven me contó con más detalle su historia, enfatizando su añoranza por su estancia en la CAT, donde se había sentido escuchada y protegida. Esta experiencia la contrastaba con la situación que vivía en su nuevo núcleo familiar, donde era rechazada y maltratada. A continuación presento la narración de Marina a través de sus propias palabras.

Pues yo nací en Escárcega, Campeche; de ahí, al año de nacida me vine aquí, a Cancún, del año a los 5 años me fui a Coatzacoalcos, de los 5 a los 10 años me regresé aquí, a Cancún, y desde los 10 años estoy acá. A mí me crió mi abuelita; para mí, ella es mi mamá, así le digo, pues fue ella la que me cuidó. La que supuestamente es mi verdadera madre nunca la conocí; supe que me abandonó con mi papá cuando era muy chiquita. Entonces mi abuelita, o sea mi mamá, se quedó conmigo y me cuidó, yo crecí con ella.

Pues todo estaba normal en mi casa, pero desde chiquita mi tío me molestaba. Él es mucho mayor que yo, ahorita debe tener como 36 años, incluso tiene un hijo que es de mi edad. Yo tenía como 5 cuando empezó a hacerme cosas, se metía a mi recámara y me tocaba. Pero bueno, a mí ya no me gusta hablar de eso, pues ya lo he tenido que contar tantas veces y me hicieron tantas pruebas, que ya estoy cansada. Yo le conté a mi abuelita eso de que me molestaba cuando tenía 10 años. Pues me llevó a que me hicieran pruebas y le dijeron que sí, que había abusado de mí. Entonces, ya como que lo corrieron de la casa y no lo dejaron verme.

Y luego de nuevo todo normal, pues ya iba a la escuela y todo. Luego empecé a salir con un chavo, nos hicimos novios, yo tenía como 14 años. Éramos vecinos y yo me llevaba muy bien con él y con su familia, pero ni a mi mamá ni a mis tías les caía bien él, creo que porque una de mis tías se había agarrado con una de sus hermanas una vez. Entonces, nunca me dejaban salir con él, ni ir a fiestas ni nada de nada. Pero a veces me iba a su casa y ahí me trataban muy bien. Entonces decidí irme a vivir a su casa, pero no le dije nada a mi mamá. Yo me fui con la señora, con la mamá de mi novio, a Chetumal. Ya llevaba una semana desaparecida, mi mamá me estaba buscando, entonces fueron a hacer un cateo a su casa de la mamá de mi novio en Chetumal y ahí me encontraron. Me trajeron de vuelta a Cancún, y le preguntaron a mi mamá si quería que me regresara con ella o si quería que me quedara un tiempo aquí en la CAT. Ella no sabía y me preguntó a mí qué quería hacer, y yo le dije que no sabía, que ella era la mamá y debía decidir. Entonces mis tías la convencieron de que me trajera aquí, según ellas porque ya no debían soportarme más y para que aprendiera que no me debía escapar.

En la CAT estuve como dos meses, salí y regresé con mi mamá. Pero me volví a escapar, aunque nada más para irme a una fiesta, yo sí pensaba regresar. La cosa es que me pusieron algo en la bebida y me desmayé; la verdad yo no me acuerdo de nada, sólo que ya desperté en el hospital y me dijeron que me habían violado, pero tampoco me gusta hablar de eso, pues yo ni supe bien qué pasó. Después de unos días me trajeron de nuevo a la CAT, donde entonces estuve como ocho meses. Pero me mandaron a un convento de monjas, a Querétaro; ahí estuve como tres meses, según porque yo iba a estudiar para presentar unos exámenes que me faltaban para terminar la secundaria y entrar a la prepa, pero la verdad es que no me enseñaban nada, ni a rezar. En la CAT por lo menos teníamos actividades, nos ponían a coser, a bordar, hacíamos equis cosa, pero en el convento era puro encierro. Como no me gustó, agarré y me escapé, y ya fue que se enteraron los del DIF de que me había escapado, y me localizaron, y ya que me encontraron, me trajeron otra vez.

En lo que se decidía a dónde y con quién me iba, me quedé otros cuatro meses más o menos en la CAT. Al final no me dejaron regresar con mi abuelita porque dijeron que ya está muy grande, tiene 66 años, pero yo digo que parece más joven, no se le notan, es fuerte como un niño, pero como me escapé dos veces de su casa, dijeron que ella ya no podía cuidarme. Entonces me mandaron con mi papá. Él vive con su esposa y con las dos hijas de ella. Ahí llevo un mes, pero ya es una pesadilla. Desde que llegué mi madrastra me trata mal, siempre me grita, nunca me quiere hablar. Hasta me dijo que estoy loca porque vengo al psicólogo. Entonces, yo le pregunté a la abogada del DIF si eso era verdad y ella me contestó que no, que los locos estaban en el manicomio y los psicólogos eran para todas las personas que necesitaban apoyo o que buscaban vivir mejor y conocerse más.

Además de mi madrastra, pues sus hijas, bueno, sobre todo la mayor, también me tratan mal. Me dice que esa no es mi casa y me acusa con mi papá de cosas que no son ciertas. Como todo el tiempo me rechazan, mejor me salgo a la calle; ahí enfrente, en la banqueta, me siento a escribir. A veces, cuando no tengo nada que hacer, dibujo y me distraigo. Pero en otras ocasiones me cuesta más trabajo y me pongo a llorar y a llorar, como de desesperación.

Extraño mucho la CAT. Ahí estaba mejor incluso que en mi casa, de hecho ya no me quería salir. La primera vez que me sacaron, me encerré en la oficina de la licenciada y de ahí me tuvieron que sacar hasta con policías. Me gustaba porque, a pesar de que estaba encerrada, estaban las otras chicas, platicábamos, echábamos relajo, peleábamos, hacíamos de todo, ¿no? Y antes, en mi casa, mi mamá no dejaba que llevara amigas ni que me llevara con niñas, ni nada. Además, en la CAT me cuidaban, me regañaban por mi bien, me daban de comer, me trataban bien, con cariño. Se preocupaban porque comiera. Si veían que no quería comer, me mandaban al doctor, me preguntaban qué tenía y se sentaban a platicar conmigo, me escuchaban. Hasta me preguntaban cosas como qué quería para el futuro. Yo nunca había pensado en eso. En mi casa nunca hubo eso. Aunque mi mamá me quiere, nunca platicaba conmigo así. La verdad, no extrañaba nada de mi casa más que a mi mamá y a una prima más grande que sí platicaba conmigo.

Por eso a veces me dan ganas de escaparme de la casa de mi papá, pues ya me di cuenta de que sólo así, escapándome de donde no me gusta, sólo así puedo entrar a la CAT.

La narración de Marina da cuenta de la dificultad que muchos de los jóvenes tienen para encontrar un hogar estable en el que se sientan queridos y apoyados. Al mismo tiempo, su caso muestra las precarias condiciones en las que jóvenes como ella se construyen. Sólo después de su paso por la CAT, la propia Marina se percató de las condiciones precarias en las que vivía cuando habitaba en la casa de su abuela, a la que llama mamá. A pesar de que narró que ahí se sentía querida, expresó que nunca se había percibido tan cuidada como en la CAT, refiriéndose no de manera exclusiva a la atención alimentaria o médica que ahí recibía, sino a la posibilidad de ser escuchada y considerada como un sujeto con preocupaciones legítimas.

En este sentido, cuando Marina decidió continuar con sus estudios, la propia institución la apoyó y la envió a un convento donde teóricamente la asesorarían. Sin embargo, ella decidió escapar porque no recibió la instrucción prometida. Contó cómo entonces el DIF la buscó, dio con su paradero y así ella pudo volver al sitio donde, a lo largo de su vida, se había sentido más cuidada. La tragedia en su caso es que, fuera de la CAT, no parece contar con otra opción que signifique un verdadero hogar para ella. Esto a la vez revela la gran indiferencia del padre hacia la joven, de modo que la figura paterna

de autoridad y protección que reclama Marina simplemente no existe. Todo esto favorece que la interacción social fuera de la CAT no tenga ningún sentido para la joven porque identifica el mundo exterior con hostilidad, violencias y abusos.

Las historias de Marina y Gabriel resultan paradigmáticas para describir el actual desgaste del modelo de juventud centrado en el futuro. En ambos casos, el presente incierto y crítico no favorece que los jóvenes se perciban como sujetos en transición hacia una madurez prometedor. Como apunta Kevin McDonald: “Youth is no longer lived as a project defined in terms of the future, but more as a ‘condition’, no longer associated with images of the future” (1999: 3).

Tres jóvenes cancenenses: diversidades convergentes en violencias conjuradas

Preámbulo

A lo largo de este apartado se han abordado historias de jóvenes implicados en circunstancias y dinámicas de violencias múltiples y acumuladas. En la mayoría de los relatos, dichas violencias están presentes desde la infancia y atraviesan el proceso de estructuración de la subjetividad de los jóvenes, quienes reconocen cómo las “violencias recíprocas”, aquellas en las que los agentes están identificados y cuya acción de violencia es tanto ejercida como recibida, han marcado su vida. A pesar de que es menos común que identifiquen y señalen las violencias estructurales y simbólicas, muchos jóvenes reconocen los efectos de éstas en sus vidas, así como la dificultad que implica encontrar, citando a los Beck, “soluciones biográficas a problemas sistémicos” (2001).

Como señala Philippe Bourgois: “La gente no ‘sobrevive’ simplemente a la violencia como si ésta quedase de algún modo fuera de ellos”; en mayor o menor grado las experiencias de violencias marcan la constitución subjetiva de los jóvenes, y la diferencia entre qué tanto les determinan se relaciona sobre todo con los recursos personales con los que cuentan. Para trascender las violencias como destino, los jóvenes tienen que hacer un importante trabajo en la movilización de su subjetividad. En esta suerte de cruzada, los capitales social y simbólico juegan un papel fundamental, lo mismo que las figuras adultas cercanas y la influencia de otras experiencias vitales que resultan significativas para ellos.

En la última parte de este capítulo se presentan las historias de tres jóvenes que, en la producción de su subjetividad, comparten experiencias de malestares sociales y violencias en el peculiar espacio social donde se generan: Cancún. Por otra parte, estas tres trayectorias biográficas dan cuenta de un esfuerzo explícito por parte de los jóvenes para conjurar la potencia de las violencias, y los malestares a ellas asociados, en la configuración de su subjetividad, de su presente y de su futuro.

A dos de estos chicos, Ema e Iván, los conocí en el grupo de pacientes adolescentes del DIF. La empatía que establecí con ambos, y ellos conmigo, sumada a su esfuerzo por rehacerse lejos de las violencias, favorecieron que platicara con ellos sobre su vida y sus expectativas de manera profunda y en varias ocasiones. Por su parte, establecí contacto con Mauricio en la Universidad Tecnológica de Cancún (UTC). Después de la plática que di en su grupo, el joven anotó que se identificaba con la imagen que representaba a una pandilla peleando, pues le recordaba que él había estado en una banda e hizo “cosas malas” de las que se sentía arrepentido. En la hoja donde Mauricio escribió esto, me anotó su correo electrónico y aceptó mi invitación a platicar. Con él me encontré cuatro veces en la UTC, donde conversamos por poco más de una hora cada vez. A continuación presento las historias de Ema, Iván y Mauricio, acompañadas de observaciones sobre las conexiones entre violencias, malestares sociales, construcción de subjetividades y batallas emancipadoras de sus propias violencias.

Narrativas

1) *Ema*

Tiene 15 años pero su aspecto es el de una joven de mayor edad, quizá por su gesto duro acompañado de un profuso maquillaje. Nació en Cancún. Estamos sentadas en un polvoriento parque de una de las regiones de la ciudad, empieza a atardecer y el aire aligera un poco el sopor vespertino. Ema se describe a sí misma como una chica solitaria. Pese a que es muy “relajienta” y tiene muchos “cuates”⁹² con quienes va a fiestas y a las plazas comerciales, sólo cuenta entre sus amigos a su prima. Dice que en Cancún no es fácil confiar en alguien. Cuando le pregunto a quién acude cuando tiene un problema, me contesta que, como no quiere causarle preocupaciones a su mamá ni a su prima, “acudo conmigo misma”. “¿Contigo misma?”, le pregunto sorprendida:

Sí, con mi libreta, allí me pongo a escribir y a escribir sobre el problema y me desahogo, porque no lloro, ya no me salen las lágrimas, pues he llorado mucho durante toda mi vida, y pues, aunque esté muy triste, no me salen las lágrimas.

Lo que pasa es que lloraba desde que era muy niña. Mi papá nunca ha vivido bien con nosotros y mi mamá se iba a trabajar todo el día; cuando llegaba se iba con sus amigas a divertirse, era muy borracha. Ella me acostaba, estaba conmigo hasta que me dormía, me encerraba y se iba. Cuando yo despertaba y veía que estaba sola, me ponía a llorar y a gritar, luego me jalaba mucho el cabello y a veces hasta me pegaba en la pared, me desesperaba porque estaba sola y tenía miedo; entonces me rascaba

⁹² Palabra coloquial para referirse a los amigos.

y me rascaba hasta que me salía sangre y pensaba: “ya, ya basta, ya me estoy lastimando”, decía. Entonces me sentaba, así en el rincón, y me acurrucaba, y siempre veía una foto de mi mamá o de alguien para sentirme a gusto y, así, agarraba una almohada y una sábana, ponía la foto en mi pecho y me dormía.

La narración de Ema continúa en la línea de su infancia y la compleja relación con sus padres.

La escuela nunca me ha gustado porque soy muy burra. Nunca me salían bien las tareas, no entendía. Si me ayudaban mis papás, era lo mismo o peor, sacaba malas calificaciones. Mejor me salía a jugar. Además mis papás nunca estaban, y a veces eso era mejor que ver cómo mi papá le pegaba a mi mamá, o cómo él se drogaba. Por eso desde muy chiquita me escapaba de mi casa con mi prima, porque si estaba mi papá, venían los golpes. A mí nunca me tocó, sólo me gritaba, lo normal, pero con mi mamá sí era muy agresivo. Además se drogaba en la casa y yo odiaba verlo así. Él era así porque trabajaba en un bar, era el gerente y tenía que estar pendiente de todo; yo creo que por eso era así y se empezó a enviciar. A veces trabajaba en un bar de Playa del Carmen y se iba por meses.

Entonces yo empecé a juntarme con las bandas. Me invitaron primero a una fiesta y luego ya le entré a los “refuegos” y a los “rocazos”.⁹³ Desde los doce o trece años me gustaba aventar piedras con fuerza y pelearme con las chavas, les ganaba a todas, como que así me daba a respetar porque era la más chingona. Sentía cómo mis manos temblaban y me daban ganas de pegar y seguir pegando, como que así sacaba todo mi enojo y frustración por mi familia; para que nadie abusara de mí, como lo hizo una vez un primo que me tocó y, creo, me violó, no estoy segura, pues apenas tenía siete años y no entendía bien qué me pasó, pero sí sé que algo me hizo y yo no quería. Entonces vivíamos en la casa de mi tía, no sé por qué, pero nos hemos cambiado de casa muchísimas veces y eso también me harta, el no quedarnos en un lugar por más tiempo, siempre estar moviéndonos. Yo no sé por qué mi mamá no puede rentar un lugar y quedarse ahí por años, sino que es estar de un lado para otro todo el tiempo. Pero bueno, también por eso he conocido varias bandas y tengo tantos conocidos en diferentes lados.

Una época viví cerca del Cancún Mall.⁹⁴ Con mis cuates me gustaba ir allá. Como a veces no teníamos dinero, les quitábamos a otras personas su celular o sus

⁹³ Los “rocazos” generalmente preceden a los enfrentamientos callejeros entre bandas. Consisten en que una de ellas incursiona en “territorio enemigo”, donde avienta piedras desde la distancia a la banda que busca provocar.

⁹⁴ Centro comercial ubicado al norte de Cancún.

iPod y los vendíamos para comprarnos cosas, sobre todo tenis, o para ir al cine. Yo sé que eso no está bien, pero se me daba, como que asustaba a las chavas o chavos y me daban su celular cuando les decía; si no, los amenazaba con que unos cuates que estaban conmigo los iban a golpear.

Lo único que no me gustaba de las bandas era ver que otros chavos se drogaran, porque yo sabía, por mi papá, cómo esas cosas destruyen la vida de la gente. Eso me hacía sentir muy enojada y yo les decía que no lo hicieran porque destruirían sus vidas y las de otros, pero no me hacían caso, ¿y qué les decía si cada quien tiene derecho a hacer lo que quiera de su vida, no? Como mi papá, que ahora anda desaparecido. Me dijeron que estaba con Los Zetas, pero yo no quiero saber nada más de él.

Después de escuchar las experiencias de violencia que Ema vivió, le pregunté si se había acostumbrado a ésta. Muy segura, la joven respondió:

Pues yo no estoy acostumbrada sino que, como no me entienden en mi casa, pues me acomplejaba y me sentía bien con los golpes. El golpear a una persona me hacía sentir aliviada. Igual, platicando en la calle con mis amigos, pues siento que, no es que me entiendan, sino que me escuchan, lo que no hacen en mi casa, porque una vez, cuando me pasó algo feo, yo quise hablar con mi mamá, pero estaba bien borracha y sólo se durmió y ya no me hizo caso. Y desde ese día ya no le he contado nada a mi mamá [...]

La conversación continúa. Ema cuenta que entre las bandas es conocida como La Necia y tiene una imagen de rebelde y agresiva, intimidante:

Ya estoy cansada de esa vida, ahora quiero ser otra, diferente, ya me cansé del dolor y de que me tengan miedo, me gustaría dejar de ser La Necia y ser como antes, cuando era niña. Entonces era más ingenua y me gustaba imaginar que me casaba, tenía hijos y todo eso. Porque ahora ya no creo ni en el amor, de veras. Si me preguntan qué es el amor, digo, el amor no es nada, eso es lo que digo, porque para mí, si existiera el amor, los abuelitos ahorita estuvieran juntos, y hay unos que no, que ya están casados con otros, y otros, con otros, y ¿dónde quedó el amor? Bueno, sí creo en el amor de madre a hijo, pues sé que, pese a todo, mi mamá sí me quiere y yo a ella. Siempre la defiendo porque sé que también le tocó sufrir con mi papá.

Por eso ahora quiero ser diferente, pues sé que debo pensar mejor las cosas, no ser así, impulsiva, pero tampoco cerrarme a que, por ejemplo, mi mamá me abrace o me diga que me quiere. La psicóloga me dice que tengo que trabajar con lo que me ha ocurrido pero, la verdad, hay cosas que no quiero acordarme, y definitivamente

pienso en otras cosas, algo así como que, lo pienso y digo, no, no lo voy a decir, como que evado las cosas en realidad... porque me da pena cómo me verán, qué dirán, que soy una fracasada, y me quiero creer la chingona cuando en realidad no soy chingona.

La narración que Ema hace revela una emotividad fuertemente vinculada a una construcción individualizada del sujeto, en la que sus padres han vivido su propia vida y ella se ha visto obligada a construirse en el desamparo. Desde niña Ema se halló en un contexto de excesos: una madre alcohólica, un padre drogadicto, una soledad constante, episodios de intenso dolor y autoagresión, fiestas y peleas callejeras desbordantes y violencia hacia sus pares para sentirse valiosa y reconocida. En este sentido, la frontera entre el mundo adulto —que generalmente se concibe como el de la norma, la autoridad y el orden— y el mundo juvenil se diluye. Para Ema, la imagen del adulto encarnada en sus padres es más de permisividad que de orden.

Ema argumenta que su padre era drogadicto por su trabajo, pero no alcanza a explicar si esto motivaba su carácter violento; y aunque de cierto modo admite que de haber sido escuchada por alguno de sus progenitores quizá no hubiera sido tan rebelde, asume toda la responsabilidad de su “fracaso”. En su relato también se observa un complejo entramado en el que se confunden malestar y bienestar, deseo y autocastigo, o búsqueda de vivencias excitantes, en el marco de una sensibilidad lastimada y cansada; una doble identidad: La Necia y Ema, y la obligación de pensarse a sí misma para reconstruirse. De igual modo, interpreta su desencanto respecto al amor como resultado de su evolución personal al afirmar que de niña sentía diferente y, aunque basa parte de esta incredulidad en las observaciones que hace de su entorno, subraya este sentir como un hecho personal y no como parte de una crisis o transformación social extendida.

Ema ha crecido con una emotividad que, contenida en un plano íntimo, se desborda en múltiples vivencias de violencia, que a su vez se sustentan en una ética cuya base es la habilidad para sortear el riesgo y el peligro. La celeridad y la reacción inmediata son dos elementos centrales en las dinámicas de socialización de los jóvenes de las bandas a las que Ema ha pertenecido. En este sentido, para ella el actuar violento no tiene como causa una articulación racional, es más bien un impulso, un gesto que imita de sus pares, un desahogo, pura adrenalina.

Por otra parte, Ema se declara confundida y con frecuencia incapaz para lidiar con la inestabilidad de sus padres, con las continuas mudanzas de casa y con la necesidad de satisfacer deseos de esparcimiento y consumo que en más de una ocasión resolvió a través de la violencia hacia otros. Hace explícita esa sensación de malestar y confusión respecto a su vida, en la que abundan las experiencias desbordantes, cuando dice que prefiere evadir sus recuerdos, reforzando justamente la sensación de volatilidad de la que, por otra parte, se ha cansado.

El trabajo de reflexividad de Ema resulta, sin embargo, relevante. La joven se muestra decidida a transformar de manera contundente su vida cotidiana. Además de acudir a las terapias del DIF, cuando conversé con ella estaba asistiendo a un grupo de jóvenes que se reunían para estudiar, realizar actividades deportivas y recreativas e, incluso, algunas cívicas, como pintar las casas de los vecinos. La convicción de Ema de cambiar y alejar de su vida las violencias estaba, sobre todo, motivada por la posibilidad de reconciliarse con su mamá —pues recientemente habían tenido un problema y la joven incluso abandonó su casa—, quien también estaba asistiendo a un grupo de alcohólicos anónimos para superar su adicción. Madre e hija hicieron un trato: ambas harían un esfuerzo por modificar los hábitos que las acercaban a las peleas y a la autodestrucción.

Al final de la conversación los ojos de Ema brillaban. Estaba contenta de platicarme sus proyectos y las actividades que hacía con sus compañeros de grupo. La noche había caído y la luna resplandecía en el parque. Ema y yo nos fuimos caminando, las dos contentas y optimistas al pensar que las violencias en la vida de la joven podían ser conjuradas.

2) Iván

Es de origen veracruzano. Sus padres son de la región de Las Choapas, desde donde migraron a Cancún cuando Iván tenía once años. El joven, moreno, delgado y de pelo negro, tiene un gesto calmo a sus 16 años, que fácilmente podrían pasar por 18 o 20. Con él conversé en un par de ocasiones en los consultorios del DIF, y durante las sesiones del grupo de adolescentes, en las que era uno de los asistentes más constantes y atentos, nuestro contacto fue permanente y cercano.

El joven ignora la causa que motivó la migración de su familia a Cancún, pero comenta que quizá fue por trabajo y porque algunos parientes vivían en la ciudad antes de su llegada. Iván cuenta que su arribo a Cancún fue decepcionante:

Llegamos a la casa de mis abuelos en la región 510. Estábamos todos amontonados porque la casa era pequeña y nosotros muchos, pero lo peor es que nada cambió en mi familia. Yo pensaba que, al llegar a un nuevo lugar, los pleitos y los gritos se iban a acabar, que mis papás cambiarían, como que serían también otros, pero no fue así, por el contrario, las cosas empeoraron.

Iván recuerda que su padre golpeaba a su madre y a sus hermanos desde que eran pequeños. “Por eso mi mamá siempre andaba enojada, con coraje, y ella también se desquitaba con nosotros. A veces por los pleitos entre ellos ni comíamos, pues como todos estábamos de mal humor y enojados o sentidos, aunque la comida estuviera lista, nadie se sentaba en la mesa. Yo me desesperaba y pensaba: ¿qué voy a hacer, si esto es de todos los días?” El

joven comenta que su padre siempre tuvo mal carácter y nunca convivió ni jugó con sus hijos. Iván recuerda su infancia así:

Nos paraban a las tres de la mañana para ayudarle a mi papá en la venta. Él vendía comida en un puesto como de mercado; entonces se iba temprano y había que ayudarle a subir las cosas, los tanques de gas o lo que hiciera falta. Yo a veces en la escuela me quedaba dormido porque me cansaba, pero a la vez me gustaba ir porque descansaba un poco del relajo y las peleas de mi casa. Pero al final, sobre todo en la secundaria, yo creo que todo eso me afectó, como que andaba amargado con el mundo. No me gustaba que me dijeran nada y me desquitaba con el que me hablara. Pensaba: “sí a mí me gritan todo el tiempo, ¿yo por qué no puedo hacerlo también con otros?”

Iván fantaseaba con su familia sentada a la mesa, comiendo, platicando y riendo juntos, sin peleas ni reproches. El joven agrega: “en parte por eso agarré la droga cuando tenía como 14 años. Un primo que era más grande que yo me invitó a fumar piedra. Me gustó porque, cuando fumaba, se me olvidaba todo y también todos: los golpes, los insultos, mis papás gritando. Ellos ni se enteraron de lo que me pasaba. Mi papá al poco tiempo nos dejó y se fue con otra mujer. Mi mamá luego hizo lo mismo”. Entonces me siguió contando que, tras el abandono de sus padres, a él le quedó mucho tiempo libre para estar con la banda e irse a las fiestas, pero no siempre le gustaba estar en esos espacios pues, aunque a veces era divertido, otras terminaban en peleas, igual que en su casa, por lo que prefería irse a fumar piedra.

Cuando le pregunté a Iván si alguna vez había participado en un “refuego” o en alguna pelea con otras bandas, me respondió apenado que sí.

La verdad sí, pues era también como inevitable, y cuando estás golpeando a alguien no te pones a pensar, sólo sabes que te están viendo otros chavos y no te puedes echar para atrás. Pero cuando peor me sentí fue en una ocasión que actúe de forma violenta. Sin querer, un camarada y yo mandamos a un señor al hospital; creo que ahí estuvo dos días. Lo que pasa es que yo iba en la secundaria, pero faltaba mucho, me gustaba ir a la Plaza 21⁹⁵ con ese camarada, ahí tomábamos, jugábamos cartas y apostábamos. Yo me iba a trabajar en la mañana, cobraba, y en lugar de ir a la escuela, en la tarde me iba a la Plaza 21, ahí nos gustaba divertirnos. Pero en una ocasión se nos acabó el dinero y queríamos seguir otro rato. Entonces se me hizo fácil ir a la

⁹⁵ Plaza 21 es un conjunto comercial de centros nocturnos que ofrecen servicio de *striptease* público y privado. Está ubicada en el kilómetro 21 de la carretera libre a Mérida, de ahí su nombre. Fue promovida como una zona de tolerancia a las afueras de la ciudad, con el objetivo de “limpiar” la supermanzana 63, donde se ubican El Crucero y El Parián, en la intersección de las céntricas avenidas Tulum, Yaxchilán, Uxmal y López Portillo, zona en la que habían proliferado los negocios de bares, *striptease* y prostitución.

obra donde trabajaba para llevarnos lo de los pagos. Contratamos un taxi para que nos llevara y nos esperara. Yo conocía al velador de la obra, era un señor no tan joven y pensé que iba a ser más fácil, pero él quiso salir corriendo detrás de nosotros y tuvimos que golpearlo, entonces se cayó de las escaleras. Cuando regresé a mi casa, al día siguiente, me enteré que nos andaban buscando los judiciales porque el velador me reconoció. Yo me sentí muy asustado.

Como mi mamá no quería que fuera a dar a la cárcel, nos fuimos para Coatzacoalcos. Ahí me internó en un lugar que se conoce como Penal de Palma Sola.⁹⁶ Cuando llegué ahí, como venía de fuera, pensé que me iban a golpear, pero no. Mi mamá pagaba una cuota de trescientos pesos para que me mantuvieran. El director me dijo que tenía que estar al menos nueve meses para rehabilitarme. Yo tenía muchos privilegios a diferencia de la mayoría. Dormía en una cama, comía tres veces al día y hasta tenía tele. Nos mandaban a vender dulces y paletas a la calle; luego teníamos que asistir al servicio cristiano, donde se hacía predicación y alabanza.

Ahí adentro a veces estaba a gusto y otras no, porque tenía miedo de que me quitaran mis privilegios y me trataran como a los otros chavos, que los golpeaban si llegaban tarde, o los encerraban y los dejaban sin comer. A la vez, pensaba que de qué me servía tener tantos privilegios si estaba lejos de mi mamá y mis hermanitas. Cuando salí de ahí, lo hice arrepentido. Le fui a pedir disculpas al velador. Me sentía mal porque él y yo nos llevábamos bien y de pronto le hice eso. También me sentía arrepentido porque no pensé en las consecuencias. Ahorita a veces estoy sin trabajo y no puedo regresar con ellos porque ya todos me dieron la espalda, y los únicos que me pueden dar trabajo son ellos, pero no creo que me den... me cerré las puertas.

Pero todo fue por las drogas, porque cuando hice lo de robarle y golpear al señor estaba drogado y alcoholizado, no sabía lo que hacía. Para mí lo más difícil fue dejar las drogas, pero después de mucho sufrir lo logré, entendí que uno se hace mucho daño con eso, es como si te cortaras o peor, porque lastimas mucho tu cuerpo.

Además de la rehabilitación, me ayudó mucho ir al templo cristiano. Al principio no quería, pensé que iba a ser algo aburrido, pero la verdad es que no, que es algo bonito, y estoy yendo a la congregación con mi mamá. Entré al equipo de los jóvenes apoyando a la iglesia, y yo me pienso bautizar, porque no estoy bautizado por ninguna iglesia, y ya le prometí a mi jefa que voy a hacer todo lo posible por cambiar, porque ahorita en mi vida lo más importante es cambiar mi carácter y todo lo malo que he hecho, buscar una forma de olvidar y dejar eso atrás, esos insultos, esos gritos en mi casa. Es lo más importante por lo pronto.

⁹⁶ Centro de Rehabilitación Juvenil Palma Sola.

El compromiso de Iván con la modificación de su carácter se hacía evidente en las terapias grupales, donde siempre participaba e, incluso, intentaba servir de ejemplo a sus compañeros situándose como un líder conciliador. El afán del joven por desvincularse de lo que él mismo denominó “actuar de forma violenta” era tal que se negó rotundamente a participar en una dinámica de trabajo que implicaba conocer y expresar el lado agresivo de cada uno. La psicóloga colocó dos pilas de colchonetas y pidió a los jóvenes que, uno por uno, pasaran a golpearlas con manos y piernas con la mayor fuerza posible, al tiempo que gritaban, para así expresar su coraje respecto a alguna situación y, a la vez, explorar y reconocer su parte agresiva. Resultó imposible persuadir a Iván y a otros cuatro jóvenes varones de que realizaran el ejercicio. Ninguno explicó el porqué de su negativa, simplemente se resistieron y se mostraban pudorosos frente a la posibilidad de golpear las colchonetas mientras eran observados por las psicólogas, como si ello les provocara vergüenza.

Lo anterior puede interpretarse de distintas formas; en primer lugar, que los jóvenes no actúan de manera violenta indiscriminadamente, sino que ponderan el contexto y el modo en que la agresividad es valorada en él. Dado que en la terapia se habló en múltiples ocasiones de la importancia de ser ecuanímes y no agresivos, los jóvenes temían ser moralmente juzgados si se comportaban de ese modo, aun si era a petición de las psicólogas. En el caso de Iván esta negativa también puede relacionarse con su convicción de ser un joven diferente, rehabilitado, un buen chico que ha conseguido expulsar la violencia de su vida, de manera que rechaza cualquier comportamiento por el que se le pueda colocar una etiqueta impuesta en su pasado: de delincuente o agresor.

3) Mauricio

Estudia Gastronomía en la UTC. Tiene 19 años. Aunque nació en el Distrito Federal, de donde es originario su padre, desde los dos años vive en Cancún. Su madre es yucateca. Tiene un hermano un par de años más joven que él. Mauricio narra su historia dividiéndola claramente en etapas, cada una vinculada con una sensación de malestar y una experiencia concreta de violencia, o bien de reconciliación con alguna persona.

a) “Sentí que un pedazo de mí se me fue”.

Desde que yo me acuerdo vivíamos en Corales.⁹⁷ Ahí crecimos mi hermano y yo. Me gustaba vivir por allá porque teníamos muchos amigos, amigas, salíamos a jugar

⁹⁷ El Fraccionamiento Los Corales es una unidad habitacional popular ubicada al norte de Cancún, en la región 77. Mejor conocido como Corales, este conjunto habitacional, donde predominan los edificios de departamentos, es concebido por los habitantes de la ciudad como un espacio inseguro, en el que viven algunos criminales y abundan las bandas de jóvenes.

fútbol y todo. Los chavos de por allá eran muy alivianados, había mucha convivencia. Pero todo cambió cuando yo tenía como once, doce años, porque mi mamá se fue de la casa. Ella quería ser muy liberal, le gustaba salir con amigas y amigos. Como mi papá trabajaba todo el día, no se enteraba, pero mi hermano y yo sí. A nosotros nos enojaba ver que hacía eso, pero mi mamá agarraba y nos decía: “no, hijos, los voy a llevar a McDonald’s, y los voy a llevar aquí o allá”. Cuando le reprochábamos que nos dejaba solos por irse de fiesta, nos llevaba a un lugar donde podíamos jugar y comer chatarra, era como un centro para niños, nos daba dinero y nos dejaba en ese lugar y ella salía, y como éramos niños, pues nos divertíamos y todo, y luego pasaba ella con varios señores, nos pasaba a recoger, nos llevaba de vuelta a la casa y ella seguía. Además, tampoco nos tenía mucha paciencia. Por ejemplo, yo no era muy bueno para la escuela. Al principio me costó mucho aprender a leer y ella se desesperaba, me gritaba y una vez hasta me pegó con el cable de la plancha y me dejó todo marcado. Luego se disculpó y lloró conmigo. No volvió a pasar. Pero ella no dejaba de salir, hasta que un día hizo sus maletas, las metió debajo de la cama y se acercó a mí y mi hermano, nos sentó en la cama y nos dijo: “hijos, yo los quiero mucho, pero tengo que tomar esta decisión y espero que sea para bien, ¿se quieren ir conmigo?” Mi hermano se quedó callado, no dijo nada, yo agarré y le dije: “mamá, ¿sabes qué?, yo no, yo me quiero quedar con mi papá”. “¿Por qué, hijo?” “Porque él está solo acá y no tiene con quien estar”. Y mi mamá no siguió insistiendo y dijo: “ok”. Y le preguntó a mi hermano y le respondió que él también quería estar con mi papá y conmigo. Fue la última noche y la última vez. Al día siguiente nos despertamos y mi mamá no estaba, es lo único que me acuerdo, y luego nos cambiamos de casa.

b) “Tanto desmadre no era para nosotros”.

Llegamos a vivir a un fraccionamiento cerrado a la 515. A mí no me gustó porque el ambiente era de gente muy presumida, no me entendía con los niños de allá, como que eran muy cerrados. Pero cruzando la avenida estaba la región 96. Un día mi hermano y yo caminamos para allá y nos dijeron unos chicos: “Oye, ¿quieren jugar fútbol?” Y nosotros: “Órale, sí”. Los veíamos más como niños de barrio y empezamos a convivir con ellos; y así, ya nos juntábamos muchos, empezamos como tres a jugar fútbol en las tardes, y luego éramos como quince o veinte. Y empezábamos a convivir, nos juntábamos para ir a la playa, éramos niños. Por lo mismo, teníamos mucha libertad yo y mi hermano porque mi papá trabajaba, él sí nos hacía de comer, nos dejaba nuestra comida y se iba a trabajar. Poco a poco empezamos a formar nuestra banda, la llamamos ACG que quería decir “andamos chingando gente”, pero no de mala fe, todo salió de broma, porque cuando alguien pasaba le decíamos, por ejemplo, “sht, sht”, y luego, cuando volteaban, nos

hacíamos los desentendidos. O si pasaba un pelón, le gritábamos cosas como que su cabeza servía para que las moscas patinaran y así. Pero no hacíamos nada malo, éramos niños. Teníamos un líder que era el mayor, todos lo respetábamos porque, al menos a mí, me enseñaron que había que respetar a los mayores. Él nos cuidaba.

Una vez llegaron los de una nueva banda de la 96, eran mucho más grandes que nosotros, tenían 16 o 17 años, cuando el mayor de los nuestros tenía 15. Esos chavos sí estaban más gruesos porque le entraban al alcohol, y dos lacras de ellos también se drogaban. Igual le entraban a los golpes y a veces hasta asaltaban a las personas de otras regiones. Pero también tenían cosas chidas porque sabían hacer grafiti, de hecho se llamaban HGC, o sea, “haciendo del grafiti una cultura”. Nosotros nos hicimos como sus seguidores. Aunque yo siempre fui muy consciente y traté de no excederme nunca, tanto mi hermano como yo le entramos al alcohol, alguna vez a las drogas. También me tocó soltar planazos con el machete a otros chavos, como que por un tiempo sí me creí mucho, así, muy sacalepuntas, muy amachinado. Hasta que en una ocasión lastimaron muy feo a un amigo, en parte porque los nuestros lo abandonaron.

Yo me enteré y sentí muy feo por esa deslealtad. A mi amigo hasta le tuvieron que reconstruir la mano por sus heridas. Eso me marcó mucho, como que ya no nos gustaba tanto desmadre a mí y a mi hermano. Yo veía cómo mi papá trabajaba y se esforzaba por nosotros. Aunque no convivíamos mucho ni nos llevábamos muy bien con él porque no sabíamos comunicarnos y siempre gritábamos, sí lo queríamos y sentíamos como la necesidad de corresponderle, pues siempre nos dio el ejemplo de ser trabajador. Entonces hablamos con él y le dijimos que queríamos irnos a la ciudad de México un tiempo porque las cosas estaban muy feas en Cancún. Como él tiene a sus hermanos allá, nos llevó a vivir con uno de ellos.

c) “Me olvidé que existía la violencia”.

Su hermano era judicial y vivía en el Estado de México. Al principio fue difícil acostumbrarnos a él porque tenía un carácter muy recto y de disciplina, y nosotros, en cambio, teníamos muy malos hábitos, nos levantábamos tarde, no hacíamos la tarea, comíamos a la hora que fuera. Pero con él aprendimos a que todo tiene un horario, y que podíamos divertirnos los fines de semana si de lunes a viernes cumplíamos con nuestros deberes. Con su familia, su esposa y una prima, aprendimos a convivir y salir en plan familiar. Pero después de un tiempo nos cambiamos para Iztapalapa con otro hermano de mi papá.

Allí estudié el segundo año de prepa. Me gustaba porque conocí muchos chavos de mi edad. El vecindario era tranquilo y nunca nadie nos juzgó porque no nos conocían, como que en México la gente es más abierta. A mí me pusieron de apodo

Cancún y a mi hermano Cancuncito. Les gustaba que les contáramos de acá y ellos nos invitaban a fiestas. Ahí conocí la música rock y su ambiente, pero también los chavos conocieron mis gustos sin juzgarme. Íbamos a tocadas, estudiábamos, salíamos de paseo y yo me olvidé de los problemas de Cancún, de mi mamá, de las bandas, de las cosas feas. Algunos de mis tíos eran estudiados, arquitectos, maestros, y eso también me hizo pensar diferente.

Mi papá nos visitaba en las vacaciones y también nos empezamos a llevar mejor con él. Aunque mi hermano y yo nos acomodamos muy bien al D.F., un día le dijimos a mi papá que queríamos regresar a Cancún para estar con él, no tanto por la ciudad, sino porque uno se cansa de estar lejos de su papá y de su propio espacio de familia donde vivir.

d) “Sin estudios no eres nada en la vida”.

Cuando regresamos a Cancún, mi mamá nos empezó a buscar. Al principio mi hermano y yo la rechazábamos y le decíamos cosas feas, como que para nosotros ya no existía. Le teníamos coraje y resentimiento. Ella rehízo su vida y hasta tenía una hija. Pero con el tiempo nos fue ganando y la perdonamos. Yo pensaba que estaba mal guardar tanto odio, total, mi mamá se había casado muy joven, y también aprendí a comprender que entonces tenía otras necesidades. Además yo tenía otras preocupaciones, pues ya pasaba a tercero de prepa. Desde que regresé de México sabía que quería estudiar, pero no sabía qué. Una época quise ser judicial, como mi tío, pero mi familia de México me desanimó, me convencieron de que no porque era muy peligroso. Luego pensé estudiar para piloto aviador, pero es una carrera muy cara. Mi papá me recomendó que aprovechara que estábamos en un lugar turístico para estudiar algo por el estilo, que pudiera explotar luego. Me puse a investigar y gastronomía me convenció, es algo que disfruto y a lo que le veo futuro.

Pero mi plan de vida, finalmente, no es aquí en Cancún. Yo me quiero ir a un lugar como Pachuca pues no quiero que mis hijos vivan lo que yo viví, y en Cancún hay muchas tentaciones como para asegurarme de que no lo harán. Ahora pienso que hice muchas cosas que no debía, de las que me arrepiento, como golpear con el machete a otros chamacos, eso estuvo mal. Por eso quiero algo diferente para mis hijos. Me gustaría irme a Pachuca porque es tranquila y ahí pondría mi restaurante. Sí, me imagino un futuro bueno, feliz, esa esperanza me la transmitió mi papá.

Mi contacto con Mauricio aún continúa. Un par de veces al año me escribe correos electrónicos en los que me cuenta cómo le va en la escuela. Recientemente me escribió feliz porque había alcanzado el grado de Técnico Superior en Gastronomía y en dos años más se graduaría de la Licenciatura. La última vez que platicué personalmente con él me

pidió que lo recordara por sus esfuerzos presentes y no por la historia de violencias que había vivido.

El relato de Mauricio resulta muy rico porque el joven conoce y ha habitado dos espacios urbanos diferentes: la ciudad de México y Cancún. Esa experiencia le permitió contrastar dos formas de socialización, dos ambientes juveniles, otros modelos de familia y de escuela, así como bienestares y malestares distintos. Al mismo tiempo, el joven conoció ordenamientos de la vida cotidiana con los que no contó en su seno familiar más próximo. Su red familiar extensa fue clave en este sentido, pues le aportó estructura a su vida. En la misma dirección, la figura paterna tuvo un papel crucial, pues si bien distante afectivamente, proporcionó un ejemplo de trabajo a sus hijos. Sin embargo, la claridad del joven respecto a cuestiones como el estudio parece haberse forjado con su familia extensa en el Distrito Federal, una ciudad con una oferta educativa mucho mayor a la de Cancún.

A lo largo de nuestras conversaciones, Mauricio describió su experiencia universitaria como altamente gratificante, como el hilo de una caña de pescar que lo había terminado de jalar para no involucrarse nuevamente con su antigua banda a pesar de que, ocasionalmente, visitaba a sus antiguos compañeros de vecindario.

Los nuevos anclajes institucionales: potenciadores de malestares y violencias

A lo largo de este libro se ha subrayado la dificultad a la que se enfrentan los jóvenes cancenenses, personajes protagónicos de la modernidad tardía en un contexto urbano donde prevalecen, de manera paradigmática, malestares sociales como la incertidumbre, el desamparo y la individualización, para construirse subjetivamente alejados de las violencias que erosionan la calidad de los lazos sociales. En un tiempo en el que las instituciones tradicionales de la modernidad, como el Estado, la escuela y la familia, se encuentran en tensa crisis, incapaces de regular y dar sentido a las vidas de quienes teóricamente transitan hacia la adultez, una de las preguntas que surge de manera inmediata es si existen nuevos anclajes institucionales a los cuales se están asiendo los jóvenes en su proceso de subjetivación, y si éstos comparten con las instituciones modernas su interés por exorcizar las violencias o si, por el contrario, las incorporan y legitiman como necesarias para su desarrollo.

De una de estas instituciones, aquella que ha desplazado al Estado como el mayor ordenador de lo social, se ha tratado ya en diferentes momentos de esta investigación: el mercado, de manera más precisa el sistema de libre mercado autorregulado, aquel que, a decir de Karl Polanyi en *La gran transformación*, desarraiga la economía de la sociedad al perseguir que ésta se dirija “por los precios del mercado y nada más”, de modo tal que: “En lugar de que la economía se arraigue en las relaciones sociales, éstas se arraigan en el sistema económico” (Polanyi, 2003: 126).

Las dinámicas que este sistema produce y favorece están marcadas por la transitoriedad y la futilidad del consumo, así como por la incertidumbre y la exigencia de contar con la capacidad individual para enfrentar, sortear y adaptarse a la clase de riesgos que el llamado capitalismo flexible produce. Como se ha planteado antes, los valores y prácticas apreciadas en el libre mercado se extienden hacia otros espacios y hacia las relaciones sociales, tanto intercomunitarias como aquellas que establecen los jóvenes con sus pares. En este sentido, instalados en la contingencia de la vida diaria, los jóvenes difícilmente conciben compromisos de media y larga duración, y las nociones de proyecto y futuro prácticamente no aparecen en sus relatos, especialmente entre los más jóvenes y entre aquellos que han abandonado la escuela.

Al mismo tiempo, la economía de las emociones contemporáneas —de manera contraria a lo pensado por autores como Elias— está más regida por el principio del placer que por el de realidad, de manera que, así como el mercado promueve la satisfacción plena, inmediata y compulsiva de los deseos de consumo y posesión —se es por lo que se tiene—, las prácticas vinculadas al descontrol y a la impulsividad son frecuentes en las vidas de los jóvenes. El entorno urbano de Cancún refuerza aún más estas prácticas. En una ciudad que se ofrece como el espacio ideal para el consumo de sensaciones y estados de ánimo placenteros, los jóvenes que la habitan también demandan estas satisfacciones. Así, el exceso y los estados de euforia que muchos jóvenes turistas persiguen en su visita a Cancún, especialmente los *spring breakers*, son experimentados por los jóvenes cancenenses en espacios como las llamadas *parties*, en enfrentamientos rituales violentos al interior de las bandas, como los “refuegos” y los “rocazos” o en el consumo de alcohol y drogas.

Como plantea Giddens, las adicciones de cualquier tipo pueden ser interpretadas como una forma de curar el malestar provocado por la ausencia de tradición: en lugar de verse obligados a la elección constante de una multiplicidad de posibilidades, la opción repetitiva y compulsiva por una sola alternativa da al sujeto cierto sentido de una certeza que otorga lo tradicional (Giddens, 1993).

Sin embargo, estas prácticas compulsivas y de excesos están fuertemente ligadas al actuar violento. Si bien el hogar es donde la mayoría de los jóvenes durante la infancia experimentan por primera vez alguna de las violencias como víctimas, las bandas representan el *locus* donde se construyen como sujetos que incorporan, normalizan y legitiman la presencia de las violencias como parte estructural de lo social. Es también este espacio donde muchos jóvenes construyen su lugar social. Aunque las bandas son más que violencias reiteradas —pues también configuran solidaridades, acompañamientos, diversión y apoyo entre los jóvenes—, la “narcomáquina” (Reguillo, 2011) ha aprovechado esta dimensión de las bandas para atraer hacia sí a los jóvenes que las integran, convirtiéndolos en cuerpos anónimos que aceitan sus engranes y, al mismo tiempo, son aplastados por éstos.

No obstante, y esto es muy importante señalarlo, no es en los cárteles donde se ubica la etiología de las violencias, si bien ellos son sus principales potenciadores en la coyuntura social presente de México. Cuando Los Zetas arribaron a Cancún ya existían ciertas estructuras productoras de violencias que posibilitaron su rápida penetración: bases que se fundan tanto en la legitimidad y tolerancia frente al ser violentado y al ser violentador, como en el mantenimiento de la urbe cancenense como la Jauja⁹⁸ del placer y los excesos.

La “narcomáquina”, definida por Reguillo como ese dispositivo ubicuo, fantasmagórico y elusivo que actúa sobre el cuerpo social y los cuerpos individuales para desmembrarlos y diluir la noción de persona, aprovecha y luego refuerza esas estructuras ya instauradas en los hábitos de los jóvenes. Así, se opera una instrumentalización de las violencias para explotarlas a favor del negocio del narco, lo cual favorece su reproducción.

Uno de los elementos que forma parte de la subjetividad de muchos de los jóvenes con los que se trabajó es el de la incapacidad para generar empatía por el semejante sufriente. En varios de los relatos de los jóvenes que involucraban a un otro herido, muchos afirmaron no haber sentido compasión por él. Ante los cuestionamientos de su sentir cuando eran testigos de las golpizas o machetazos que sus amigos y conocidos infligían a otros, era común escuchar respuestas como estas: “Sí, lo estaban golpeando feo, pero no sentí nada porque ya estoy acostumbrado a ver esas madrizas” (hombre, 16 años, Chetumal, DIF); “Se les pasó la mano con el chavo, a mí me dio un poco de pena porque se parecía a un exnovio, pero ni tanta porque yo ni lo conocía” (mujer, 17 años, Cancún, DIF).

Cuando el otro es un sufriente desconocido, es visto como un ajeno y extraño a la mismidad, lo cual facilita su destrucción. Este proceso de normalización de las violencias parece entrañar subjetividades que, por un lado, se han vuelto más tolerantes a observar las violencias —a la pornografía de las mismas (Bourgois, 2005)— y, por el otro, tienen una noción de humanidad restringida en la que sólo caben los más próximos. Así, esta indiferencia frente al dolor del desconocido parece modificarse cuando se trata de un otro cercano, un amigo o un familiar; entonces sí se produce el mecanismo de identificación y empatía.

Cuando [mi papá] le pegaba a mi mamá era peor que cuando me pegaba a mí. Lo que sentía era miedo, más por ella. Cuando me pegaba a mí sentía tristeza [...] entonces es diferente, porque obviamente la percepción es diferente de cuando tú lo estás viendo a cuando tú lo estás viviendo. Es más feo cuando tú lo estás viendo,

⁹⁸ El país de Jauja, también conocido como Cucaña, es un lugar mitológico presente en el imaginario colectivo durante la Edad Media en el que la utopía campesina se reflejaba: la tierra era pródiga y el trabajo no era necesario, ya que de ésta brotaban los alimentos en abundancia; las montañas eran de queso, pan y miel, y los lagos de leche. La profusión de víveres permitía al ser humano el descanso y el ocio permanentes (Ginzburg, 1986: 123).

definitivamente, hay más daño psicológico que físico, pero como que te cala más (hombre, 19 años, Yucatán, UTC).

La primera vez que tuve miedo y pensé salirme de la banda fue cuando agarraron a un amigo los de otra banda y lo dejaron muy mal. Por los machetazos, hasta le tuvieron que hacer cirugía para rehacerle una oreja. Estuvo en el hospital como dos meses, mal. Yo pensé que lo que le hicieron no está bien. Pero lo peor es que me enteré que chavos de la propia banda se echaron a correr y lo dejaron solo; eso tampoco se hace, pues se suponía que entre todos debíamos cuidarnos. Pero al ver cómo dejaron a mi amigo, pobre chavo, pensé que estaba muy feo y empecé a alejarme de la banda (hombre, 20 años, Cancún, UTC).

Esta neutralización del dolor del otro que no es familiar, en su sentido de proximidad, implica la “abolición de la dimensión del prójimo” (Zizek, 2009: 61), que no sólo preocupa por ser muy útil al crimen organizado y sus modos de operación, sino porque puede consolidarse como un rasgo constitutivo de los jóvenes sujetos contemporáneos. Las derivaciones de tal fenómeno, más allá de las de por sí deplorables masacres ejecutadas por la narcoviolencia, pueden ser muy significativas para el modo en que se construyen los vínculos sociales. Como se ha revisado antes, para tener un lugar social cada vez es más necesario ganárselo; ya no basta con estar adscrito a una colectividad determinada, es preciso merecerlo a través de un trabajo individual. Con la “abolición de la dimensión del prójimo” se pone entonces en crisis la pertenencia a la propia humanidad en su acepción moderna, pues se ponen en cuestión sus rasgos más propios: la no compasión entraña el desconocimiento del sufrimiento y el dolor ajenos.

Junto con el mercado y el narco, poderes que se colocan por encima de lo social, se encuentran los *mass media* como instituyentes en la construcción de las subjetividades juveniles. La televisión, las producciones cinematográficas comerciales, los videojuegos y el internet están presentes en el día a día de los jóvenes no sólo como formas de entretenimiento o como medios de información y comunicación, también inciden en el modo en que perciben e imaginan dimensiones de la realidad, construyen sus aspiraciones, se proyectan en el futuro y se relacionan en su tiempo presente. Los *mass media* hacen difusa la realidad objetiva de los jóvenes y, en ocasiones, le restan densidad objetiva colocándole una especie de velo difuminador.

Me llama la atención ser policía, por las armas y porque me gusta andar así, no es que me guste que tenga que cerrar casos, como los policías de la tele, pero sí me gusta la violencia porque lo veo muy padre en las películas. Me gustan así, las armas y las balaceras que hay, como la emoción que te da. O sea, pienso que sí me daría miedo, pero al mismo tiempo me llama la atención (hombre, 14 años, Cancún, DIF).

En varias ocasiones, cuando los jóvenes narraban experiencias de violencias, sobre todo callejeras y entre pares, mencionaban excitados que se habían sentido como si estuvieran en alguna película o en la televisión. En estos casos, por momentos sus relatos se desplazaban del temor o la turbación que podían sentir, hacia la emoción exaltada de estar protagonizando una escena en la que ellos eran vencedores. Este recuerdo idealizado y romántico de un hecho que en principio narraban como difícil o desconcertante descolocaba esta experiencia como algo indeseable para su futuro. En este sentido, los *mass media* pertenecen al conjunto de instituciones que, de manera muy clara, normalizan y legitiman los usos de las violencias en diversos momentos y situaciones.

Por otro lado, éstos tienen una función señalada en el sostén o censura de manifestaciones emotivas, decisiones de vida y definiciones de respeto y éxito. En el capítulo 4, cuando se trató sobre los sueños y proyectos de las juventudes, se mencionó la dificultad que chicos y chicas tienen para imaginar y proponerse metas a mediano y largo plazo, que los motivaran para organizar su presente. La mayoría de los jóvenes expresó que su sueño radicaba en conocer a algún artista pop o de reguetón, ir a un concierto o comprar alguna mercancía, como los tenis más caros, una moto o un iPod. Como señala Jung-ah Choi: “In consumer popular culture, urban youths tend to fantasize about the entertainment industry. Apparently, media influence is so pervasive in these youths’ lives that they wear shoes and apparel that television stars wear and copy their hairstyles and even modes of speaking” (2005: 275).

Cuando se les cuestionaba sobre sus aspiraciones laborales y profesionales, muchas de las respuestas, especialmente las de los más jóvenes, que estudiaban la secundaria o el bachillerato o estaban en edad de hacerlo, también se referían a los ámbitos de la industria del entretenimiento masivo y del consumo como realización: ser modelos, deportistas o simplemente “un hombre con mucho dinero”, fueron respuestas comunes.

Mi sueño es que me caso con un chavo guapo y rico, y que entonces yo puedo comprar todo lo que quiera y no nada más ir a las plazas [comerciales] a ver, sino también a comprar lo que se me antoje (mujer, 15 años, Cancún, DIF).

Me comparo mucho con la vida, por ejemplo, en los programas de televisión, ¿no? Lo que hacen las chavas de ahora, cómo viven. Entonces pienso que me gustaría ser como ellas (mujer, 19 años, Mérida, UTC).

Este fenómeno parece común entre las juventudes contemporáneas del mundo, lo cual se explica precisamente por el alcance de los *mass media* para transmitir los mismos contenidos hegemónicos a escala global. Al respecto, escribe Choi refiriéndose a los jóvenes surcoreanos: “The meaning of social success is changing accordingly with the new generation. Dreams of being musicians, supermodels or venture capitalists

overshadow conventional futures in professional and academic careers [...] This trend may be fueled by the media, which has emphasized pop musicians' fame, acquired without schooling"⁹⁹ (2005: 271). No obstante, como también señala Choi, las posibilidades para realizar estas aspiraciones son prácticamente nulas en la inmensa mayoría de los casos, de modo que los jóvenes terminan empleándose en trabajos muy precarios y asumiendo que, por su escasa escolaridad, no pueden acceder a empleos mejor remunerados y en los que puedan desarrollarse y ascender. En el peor de los casos, debido a que Cancún también es un lugar atractivo para el llamado turismo sexual, algunas de las jóvenes, especialmente las migrantes, son reclutadas por empresas que se dedican a la industria sexual o incluso por traficantes de personas con fines de explotación sexual.

En contraste con las instituciones catalizadoras de las violencias, también se encuentran otras que, en su constitución tensa y paradójica, conservan elementos que atraen a los jóvenes a conformarse en colectivos que sancionan negativamente las violencias, aunque no siempre consiguen conjurarlas. Una de éstas es la familia. Como se ha visto a lo largo de la investigación, ésta es quizá la más ambigua y paradójica de las instituciones en transición porque, así como se ha destradicionalizado en su configuración, subsisten muchos rasgos de los roles tradicionales de género y jerarquía. Por ejemplo, si bien en el contexto de Cancún muchas de las mujeres migrantes rurales acceden al mercado de trabajo remunerado y consiguen autonomía económica, en el interior de su familia reconocen, y en ocasiones reproducen, el orden del patriarcalismo. Estas constituciones paralelas crean tensiones que derivan en violencias múltiples, tanto porque las resistencias son mayores frente al poder patriarcal, como porque éste hace uso de las violencias en su esfuerzo por perdurar.

En esta pugna, los jóvenes cuestionan el sistema patriarcal y su fundación en el ejercicio de la violencia masculina hacia la madre y los hijos, y muchas veces de la madre hacia los hijos. Pero, en su rechazo hacia este sistema, también buscan explicaciones que les permitan entender por qué sus padres, figuras ambivalentes a la vez protectoras y agresoras, son violentos. Generalmente la conclusión a la que llegan es la misma: los padres en su infancia o juventud habitaron contextos de violencias aún más agresivos. A este recurso acuden muchos de los chicos para sanar y perdonar, para construirse desde un lugar distinto al del rencor. En este proceso, las religiones juegan un papel central.

⁹⁹ "El significado del éxito social está cambiando en las nuevas generaciones. El sueño de ser músico, supermodelo o empresario capitalista eclipsa las aspiraciones convencionales de las carreras profesionales y académicas [...] Esta tendencia ha sido alimentada por los medios masivos de comunicación, que resaltan la fama de los músicos pop ganada sin estudios" (traducción propia).

Como en el resto de México, los habitantes de Quintana Roo se declaran mayoritariamente católicos: el 73.1% según datos del año 2000 (Higuera, 2007: 289). No obstante, se trata del cuarto estado con mayor porcentaje de población no católica. El 9.6% de sus habitantes dice no tener ninguna religión, mientras que el pentecostalismo y las religiones evangélicas constituyen el 8.6% del total de la población. Más allá de las cifras, la presencia de estas últimas religiones —principalmente la cristiana, además de otras como los Testigos de Jehová— se hizo evidente a lo largo del trabajo de campo, pues en los relatos de los jóvenes aparecieron constantemente. Varios de los chicos, como Iván, encuentran en estos espacios un recurso espiritual bien para alejarse de ciertas adicciones, de las bandas o de otros espacios y situaciones que involucran las violencias, o bien para superar rencores y experiencias traumáticas relacionadas con éstas.

El perdonar es un proceso. La religión fue muy importante para que yo pudiera sanar. Hay una regla que dice que nosotros no somos nadie para juzgar a nuestros padres, sino que hay que investigar por qué mi papá actúa así y qué vivió. Hay una parte de la Palabra que dice: “Dios no te dio una carga que tú no puedas llevar”. Yo siento que fue así, que me dieron una carga que sí pude llevar, y está bien así porque gracias a eso puedo ayudar a otros. Hubo una vez donde yo sentí que Dios me habló porque me dijo: “Yo te he puesto a esa persona [su padre golpeador] para que tú aprendas a perdonar”. Si yo no hubiese aprendido a perdonar, si yo no hubiese agarrado esa salida, el propósito de que mi papá estuviese en mi vida jamás se hubiese cumplido. Entonces yo digo que Dios sabe por qué me pasan las cosas, ¿no? Pero hay que trabajarlo mucho, porque yo mucho tiempo viví en ese martirio (hombre, 19 años, Yucatán, UTC).

Para los jóvenes, las religiones representan fuentes de sentido para el dolor causado por las violencias vividas, así como la posibilidad de expiar la propia culpa por las violencias ejercidas y de construir teodiceas¹⁰⁰ que permitan perdonar a quienes las infligieron sobre ellos. Como apunta Peter Berger, “la religión ha desempeñado un papel estratégico en la empresa humana de construcción del mundo” (1999: 50), y ha cobrado especial fuerza en periodos de anomia, pues resulta una excelente ordenadora del mundo. Como se apuntó en el capítulo 5 al hacer referencia al intento de suicidio de Ulises, en un cronotopos de transiciones aceleradas, de instituciones en declive y de la ausencia de un orden, de un *nomos* normativo más o menos común, las religiones resultan muy eficientes para otorgar

¹⁰⁰ Se retoma la definición bergeriana de teodicea, según la cual ésta es una explicación de los fenómenos y experiencias anómicas, o desnomizadoras, individuales y colectivas, en términos de legitimaciones religiosas, cualquiera que sea su nivel teórico. En la medida en que son convincentes, las teodiceas permiten al individuo “integrar las experiencias anómicas de su biografía en el *nomos* establecido socialmente y en el correlato subjetivo de su propia conciencia” (Berger, 1999: 83-90).

certezas y sentidos colectivos. De hecho, este carácter comunitario, necesario para el sostenimiento de toda religión, es otro de los elementos que los jóvenes valoran cuando adoptan una religión o deciden practicarla de manera efectiva y constante.

Yo voy mucho a la iglesia, o sea, somos católicos, pero de mi familia yo soy el único que va. Mis dos hermanos apenas empezaron a ir este sábado. Me habían invitado unos amigos, en el momento escuché y me pareció muy aburrido, luego pensé, pues voy a ver qué tal está. Me invitaron dos amigas, como son mis compañeras y me llevo bien con ellas, pensé eso, y me gustó y ya empecé a ir. Ahí vemos temas, jugamos. Temas como todo sobre Dios, las cosas que nos manda decir Dios y así (hombre, 14 años, Cancún, DIF).

A pesar de su carácter vinculante, la religión, manifestada en distintas Iglesias, constituye la imposición de un orden dogmático que difícilmente tolera espacios y prácticas heterodoxas. En la modernidad contemporánea, en la que los jóvenes exigen el reconocimiento de las identidades diversas, la religión también puede volverse expulsora de aquellos a quienes en principio atrajo y, con ello, productora de violencia. Un ejemplo de esto es la historia de Santiago, un joven que, al declarar abiertamente su homosexualidad, fue expulsado de los Testigos de Jehová y, paulatinamente, de su propia familia, que no pudo lidiar con la condición de género de su hijo. Es decir, la religión también puede normalizar prácticas e idiosincrasias que legitiman ciertas violencias.

Entre estos discursos normalizadores de las violencias construidos por los propios jóvenes, uno recurrente está ligado, justamente, a la violencia paterna, que algunos explican y justifican por el tipo de empleo que tienen sus padres, como el ser policía. Incluso, estos chicos se manifiestan atraídos por esta profesión —o alguna de tipo similar, como la militar—, aunque la mayoría de las veces tienen alguna alternativa vinculada a transitar de manera más rápida de la escuela al trabajo y empezar a ganar dinero. En esta dirección, fue posible percibir que la escuela, sobre todo en los niveles de secundaria y bachillerato, ha perdido mucha de su capacidad para hacer que los jóvenes permanezcan en este espacio y lo consideren significativo para su vida presente o futura.

Esto es diferente entre los jóvenes universitarios, para quienes estar cursando una licenciatura, incluso técnica, significa muchas veces haber superado momentos críticos personales en los que las violencias eran parte de su cotidiano y la posibilidad de construirse un futuro prometedor de bienestar económico y personal. Sin embargo, la escuela como institución formadora de subjetividades parece estar ausente en la adolescencia y la juventud temprana, etapa crítica en la definición de los jóvenes sobre qué desean para su porvenir. En esta fase, para muchos de los entrevistados la escuela sólo produce aburrimiento y desinterés, incluso sinsentido. El fracaso de la escuela como productora de sentidos colectivos también da cuenta de cómo las principales

instituciones encargadas del llamado proceso civilizatorio —cuya misión autoimpuesta fue en gran medida eliminar las violencias interpersonales— han perdido su potencial regulador de los malestares sociales y, por tanto, de las violencias.

Sin embargo, como se ha apuntado antes, resulta importante mencionar que, si bien las violencias tienen un influjo importante en la construcción de la subjetividad y las trayectorias biográficas de los jóvenes, no es determinante siempre ni en todas las situaciones su vida. Como se aprecia en las historias de vida de este último capítulo, existe otra clase de experiencias, elementos institucionales y personas de su entorno que inciden en la asimilación de las experiencias de violencias de un modo tal que los obliga a evaluar sus posibilidades de continuar involucrados en la producción y reproducción de las mismas. En este sentido, el estudio de tales mecanismos y sujetos que contribuyen a diluir los efectos nocivos de las violencias —la mayoría referidos a instituciones que dan cierto piso y contención a los sujetos— también adquiere una importancia mayúscula.

Consideraciones finales

“Si quieres paz, preocúpate por la justicia”, aseveraba la sabiduría antigua, y, a diferencia del conocimiento, la sabiduría no envejece.

Zygmunt Bauman, *Tiempos líquidos*

A principios del siglo XX, Freud estableció una estructura universal del malestar social en la que vincula lo psíquico individual con lo social colectivo. Según la teoría freudiana, el orden social entraña una singular dualidad que ofrece felicidad y seguridad, pero que al mismo tiempo implica represión y frustración. El malestar en la cultura se mantiene latente en la historia de la sociedad y se manifiesta en algunos individuos, pero sus expresiones varían según el carácter distintivo de cada orden social. No obstante, para Freud el carácter de la diversidad de manifestaciones del malestar social está fundado en la existencia de un claro conflicto entre el individuo y la cultura —la sociedad—, responsable de ese malestar que se expresa en el individuo pero que se origina más allá de él.

A lo largo de este libro se ha sostenido que las violencias no son malestares sociales en sí mismas, sino que constituyen una manera de expresión de las tensiones y los conflictos sociales en la vida cotidiana de los habitantes de la modernidad tardía. Su gestación es favorecida por una atmósfera en la que prevalecen como rasgos medulares la incertidumbre, la individualización y la indiferencia social. Su presencia constante da cuenta de una sociedad en transición, en la que subsisten diversos órdenes y, por tanto, rupturas, así como una necesidad de negociación constante entre individuos, e incluso consigo mismos, que excepcionalmente termina en felices acuerdos. Ahora bien, las violencias se constituyen en males sociales en la medida en que corroen y banalizan los vínculos y fundan sistemas que se sostienen en el dominio de los otros, perpetúan la desigualdad y legitiman la injusticia, muchas veces con la anuencia de los dominados.

En la vida de los jóvenes contemporáneos, la experiencia de las violencias parece estar más presente que nunca, tanto por el periodo transicional en el que han crecido, como por la sensibilidad que frente a ésta desarrolló en los sujetos el proceso civilizatorio. En tal sentido, la variedad de modos en que los jóvenes las experimentan

también revela cómo se han convertido en un mecanismo privilegiado de construcción de subjetividades juveniles durante la modernidad tardía. Las violencias se han colado en la configuración de las instituciones tradicionales y emergentes que moldean lo social, convirtiéndose en reproductoras de la subordinación y de una ilusoria resolución de los malestares sociales.

A lo largo de este libro se ha mostrado que existe una relación cercana entre el espacio social que se habita, los malestares socializados en las subjetividades que en él se construyen y las violencias producidas, reproducidas y socialmente legitimadas. Lo anterior ofrece una perspectiva que integra lo macrosocial con lo microsociales, y visibiliza la presencia de las violencias en la sociedad tardomoderna, en la que se pensaba que las violencias habrían desaparecido para dar paso a una civilidad casi total.

Desde este marco de interpretación, el estudio de las subjetividades en las juventudes cancanenses resultó fundamental para establecer distintos puentes entre la base objetiva que las sustenta, y los sentimientos, malestares y experiencias de violencias en este sector poblacional, pero que no son exclusivas del mismo. Si bien los jóvenes son el espejo más transparente donde se reflejan dichos fenómenos, algunas de las conclusiones de los jóvenes en Cancún pueden ser generalizadas para los jóvenes y adultos que vivimos en el mundo tardomoderno. En esta dirección, se detectaron de manera clara tres fenómenos enunciados como malestares sociales fuertemente relacionados con violencias de distintos tipos: 1) la incertidumbre particularmente fortalecida por la ambigüedad y la transitoriedad como sustentos de las relaciones sociales, 2) la individualización generada por la fragilidad de las instituciones, pero marcada por la precariedad en su realización debido a la imperante debilidad de las instituciones modernas tradicionales, y 3) la indiferencia social que favorece el desamparo de las subjetividades y el vacío de lo social en los individuos.

El campo de observación y análisis de tales fenómenos en esta investigación ha sido la ciudad de Cancún, una urbe que, como se expuso en el capítulo 2, fue planeada como un “espacio-mercancía”, una “ciudad-marca” que se gestó a través de procesos de acumulación por desposesión, como respuesta a la sobreacumulación de capital y a los intereses de élites nacionales e internacionales. Cancún, una ciudad concebida y erigida en un ciclo más de desposesión y acumulación, representa así una suerte de espacialización del reciclamiento de la violencia originaria, en una fase tardía, para preservar el ritmo de acumulación de capital. En esta ciudad neoliberal, fundada para la perpetuación del poder de los propietarios, y no del bienestar de sus ciudadanos, la violencia estructural enmascarada se extiende a diversos ámbitos del cotidiano de muchos de sus habitantes. A esto se suman las dificultades que entraña en sí misma una ciudad en la que la inmigración en grandes oleadas, la diversidad étnica y las nuevas configuraciones sociales favorecen una suerte de desorganización o, en términos durkheimianos, de anomia. Así, existe una profunda relación entre el espacio social que se habita, los malestares socializados

en las subjetividades que en él se construyen y las violencias producidas, reproducidas y socialmente legitimadas.

En los capítulos 4 y 5 se desarrolló cómo la incertidumbre, la transitoriedad y la ambigüedad propias del capitalismo flexible se extienden a las relaciones cotidianas, de manera que se convierten en la ideología que moldea y disciplina la fuerza laboral, así como la vida cotidiana misma. En este sentido, las fuentes de dichos malestares son dos modalidades de la violencia: la estructural y la simbólica. Lo anterior nos revela cómo las violencias gestadas desde el sistema reproducen otras modalidades de violencias que actúan sobre las relaciones sociales, de manera que favorecen los conflictos inter e intrapersonales y neutralizan posibles alianzas que combatan la fuente común del malestar y las violencias. La consecuencia más evidente de las violencias estructural y simbólica entre los jóvenes cancenenses es la configuración de relaciones sociales distantes que naturalizan la imposibilidad de comunicación y de vincularse con los otros de manera constante y duradera. La dificultad de gestionar la incertidumbre solitariamente se acentúa por la incapacidad de las instituciones modernas más paradigmáticas —el trabajo, la escuela, la familia y las relaciones horizontales de amistad y vecindad— para otorgar a los jóvenes un suelo estable y común a partir del cual crear relaciones sociales permanentes, justamente debido a que también las relaciones han sido permeadas por la incertidumbre, la ambigüedad y la transitoriedad que deberían contrarrestar.

Incluso la etiqueta de execrables que el proceso civilizatorio colocó a las violencias empieza a borrarse para algunos de los jóvenes, quienes no sólo las perciben como necesarias, sino como dignas de admiración. En este sentido, las violencias dejan de apreciarse como “males necesarios” y adquieren otros sentidos ligados al prestigio, al poder, a la autoridad y a la legitimidad. Otro proceso que explica esta transformación en el estatus de las violencias tiene que ver con el hecho de que la sociedad de consumo descalifica la represión de todo deseo y promueve su liberación. Lo que se fomenta es el ejercicio paroxístico, más allá de todo límite, de modo que se opera un mecanismo que identifica el principio del placer con el de realidad. Dado que la actividad que proporciona la satisfacción instantánea de los deseos es el consumo, el mercado promueve conductas como la impulsividad y el descontrol entre los compradores de toda clase de mercancías. Esta estructura del comportamiento respecto al consumo se ha extendido a distintas dimensiones de lo social, incluyendo el plano de la economía emocional.

Todo ello favorece la abolición de “lo social” y la institucionalización de la individualización, el segundo de los grandes malestares enunciados en esta investigación. La principal característica de este fenómeno es la disolución de lo social en los individuos, de manera que los sujetos jóvenes se ven obligados a construir sus propios referentes experienciales y éticos frente a la dificultad para integrar a sus actos y sentimientos, nociones o juicios construidos colectivamente. Un ejemplo elocuente se encuentra justamente en la forma, normalizada, en la que los jóvenes perciben prácticas que

socialmente son censuradas o consideradas como violentas, ya que no hay un límite impuesto desde el exterior que dé a los jóvenes marcos de interpretación consistentes sobre lo permitido y lo socialmente considerado adecuado. Así, al no percibirse como límites quebrantados, las violencias hacia los otros y hacia uno mismo aparecen con mayor naturalidad.

Por otra parte, en el contexto de la modernidad irregular la individualización generalmente se presenta como precaria, ya que su extensión no ha implicado el desarrollo de nuevos anclajes institucionales. Así, se generan subjetividades perforadas o precarias y procesos de subjetivación que agudizan la impotencia frente a las exigencias de una infinita autodeterminación. En esta dirección, la abolición de la dimensión de “lo social” refuerza otro proceso: el de la ausencia del otro como un espejo, como un límite y como lugar de diferenciación y deseo. A este tercer malestar social, que en el libro se ha nombrado “abismo del prójimo”, están asociadas de manera especial la violencia autoinfligida y la sexual.

La primera de estas modalidades se manifiesta tanto en las toxicomanías, como en el *cutting*, prácticas recurrentes entre los jóvenes con los que se trabajó. Ya sea acompañada del consumo de drogas o alcohol, o bien aislada, la práctica de cortarse se desarrolla entre los jóvenes de manera prolongada por su carácter clandestino. En esta práctica parece operar una dinámica similar a la del “descontrol”, en la que el propio cuerpo es el principal agente y a la vez receptor de una violencia que no es siempre percibida como tal por los jóvenes. En este sentido, la violencia aparece como una forma de resolver un estado anímico de tensión o enojo en uno mismo, como una forma de conjurar posibles agresiones hacia el otro, pero también como una expresión radical de la percepción de ser el único responsable frente a los fracasos o situaciones difíciles de la vida.

En este mismo sentido, tanto el abismo del prójimo como la evaporación de lo social no sólo se traducen en relaciones distantes, sino que simultáneamente implican la erradicación de los anticuerpos y las barreras contra la violencia interpersonal. Aunque no necesariamente estimulan las violencias, sí entrañan la evaporación del otro, así como de los posibles límites para convertirlo en objeto de alguna violencia ya que, al igual que el mercado, las violencias tienden a hacer de los otros cuerpos desechables.

En el capítulo 5 se presentaron varias historias de vida de jóvenes que han atravesado por experiencias de violencias. Los casos muestran con detalle y matices cómo las violencias construyen, destruyen y reconstruyen aquello que los hace conformarse como sujetos. En todos los casos se revisó cómo el espacio que habitan, la época que viven y sus circunstancias personales inciden en el modo en que son afectados y, en algunos casos, consiguen trascender sus experiencias de violencias, mientras que en otros permanecen empantanados en sus arenas movedizas, o bien seducidos por las ilusiones de poder y bienestar que éstas representan. Justamente éste es quizá el mayor peligro en la concepción y percepción de las violencias contemporáneas por parte de los jóvenes: su

banalización, la ausencia de una finalidad y un sentido más allá de las violencias mismas. No es que la violencia instrumental posea una calidad distinta que pueda ser evaluada como positiva, pero al menos su crítica resulta más sencilla, así como la búsqueda de su abolición en la construcción de los sujetos.

La investigación realizada en la ciudad de Cancún, que derivó en este libro y cuyos protagonistas son sus jóvenes habitantes, ha pretendido aportar algunas líneas de análisis válidas para pensar la cuestión de las violencias en diferentes espacios y sectores sociales en la modernidad tardía. Así, al estudiar las violencias en las juventudes cancenenses no se perdió de vista que muchas dinámicas de violencias interpersonales producidas en este espacio no se restringen al mismo ni a sus jóvenes, sino que se trasminan a toda la modernidad que está en construcción. En este sentido, la investigación tuvo un componente de reflexión histórica que Wright Mills sugiere como necesario para los estudios sociales. Al mismo tiempo, tuvo la pretensión de poder replicarse y compararse con otros estudios sobre las distintas modalidades de violencia en otros sectores sociales, pues las violencias experimentadas por los jóvenes tienen características en común y están asociadas a muchas otras, como la que viven las mujeres en situación de trata con fines de explotación sexual, o la que sufren los migrantes del mundo en su búsqueda de mejores condiciones de vida, o aquellas vividas por los niños que son obligados a trabajar, o incluso la que padecen las víctimas de la hambruna y la guerra en el orbe.

Todas estas violencias tienen como rasgo común más evidente que se han producido en el ámbito del proyecto tardomoderno neoliberal, en el cual el mercado tiene preeminencia como creador de realidades. Los dueños del capital, los banqueros y políticos que planearon e impulsaron la construcción de Cancún, son los mismos que están produciendo en otros territorios situaciones tardomodernas interconectadas que, como en Cancún, favorecen las dinámicas y relaciones violentas y de explotación. ¿Qué futuro puede pronosticarse con esta manufactura masiva de adultos educados y socializados en las violencias, abandonados por instituciones cuya misión “civilizatoria” y socializadora ha sido dejada al mercado y a su cultura del consumo?

Este libro deja abiertas muchas interrogantes y vetas de investigación cuyos hallazgos posibilitarían contar con un panorama más acabado de los procesos culturales en situaciones de tensión y en conflictos de distinta índole. En el caso concreto de Cancún, el estudio de las condiciones laborales y socioculturales de los progenitores de los jóvenes protagonistas de este libro constituye un desafío para comprender mucho de lo que narran en sus historias de vida: la migración, la recomposición de las parejas, los extendidos horarios de trabajo y su ausencia en sus hogares, la drogadicción y el alcoholismo, la cultura de los gritos y los golpes entre las parejas y con los hijos, y el desamparo y la indiferencia hacia el prójimo como una nueva configuración cultural de la sociabilidad. Otra línea de investigación que me parece relevante es el estudio comparativo de diferentes tipos

de ciudades, similares y diferentes a Cancún, para redescubrir patrones de malestares sociales correspondientes a los tipos de urbanismo.

A continuación se presentan algunas consideraciones que pretenden ser puntos de partida para reflexionar sobre la implementación de posibles procesos de prevención y desintoxicación de las violencias cotidianas en las vidas de las juventudes en general, pero de manera particular en Cancún. Estas propuestas principalmente se basan en la certeza de que, en la medida en que se destierren las violencias del espacio donde se produce la construcción de significados culturales, las tensiones y conflictos sociales encontrarán caminos de resolución que no impliquen sociabilidades que ignoran o deshumanizan a los otros:

1) Reconocer el papel activo de las mujeres y hombres jóvenes en sus procesos de desarrollo, de modo que, como sujetos que actúan en uso de sus capacidades, puedan participar en la formulación de políticas públicas que respondan a necesidades concretas de educación, trabajo, salud, recreación o construcción de espacios comunitarios sanos. Este sector de la población requiere de espacios de escucha y expresión en los que no sólo puedan exponer sus necesidades, sino contar con mecanismos efectivos para que dichas necesidades se traduzcan en programas que las atiendan.

2) Destinar recursos materiales y humanos para el desarrollo de este sector, redistribuyendo la riqueza social, que ellos también generan, de un modo más equitativo. En este sentido, debe modificarse la noción de joven como una inversión para el futuro, pues su porvenir se labra justo en el presente que ellos y ellas viven.

3) Impulsar programas en los que los adolescentes y jóvenes más privilegiados se sensibilicen respecto a sus pares que viven en condiciones de vulnerabilidad, pobreza o escaso acceso a oportunidades de estudio y trabajo, con el objeto de que se involucren de manera activa en la creación de programas que busquen subsanar estas condiciones de desigualdad. Todo ello impulsado tanto por el Estado, como por el capital privado que constantemente se beneficia del trabajo de los jóvenes.

4) Consolidar y fortalecer los espacios ya existentes de atención a la juventud. En la investigación se comprobó que, aun los espacios más modestos de atención a este sector poblacional, son fundamentales para iniciar procesos de transformación de las realidades violentas de jóvenes y adolescentes, por lo que es prioritario fortalecerlos.

5) Apoyar las investigaciones que, como ésta, se aproximan al conocimiento de este sector social, pues son necesarias para la creación de políticas públicas efectivas. Los resultados de la presente investigación, por ejemplo, fueron compartidos con el DIF municipal de Benito Juárez y con los psicólogos que ahí laboran. La recepción de la misma fue favorable, pues se reconoció que, al tener más información sobre los adolescentes y jóvenes, se trabaja mejor en la atención de sus necesidades.

Como se lee en el epígrafe que antecede a este apartado, resulta imposible pensar en la supresión de las violencias cotidianas si se ignora el principio de justicia social.

Como señala Amartya Sen, la riqueza no es sinónimo de desarrollo ya que éste implica el ejercicio de libertades fundamentales equitativamente repartidas. El hecho de que las condiciones materiales de vida de los habitantes de Cancún sean mejores que las que tendrían si hubieran permanecido en sus lugares de origen o vivieran en otras ciudades, no significa que ésta sea una sociedad en la que los males y los malestares sociales se diluyan. Por el contrario, la desigualdad es similar a la del resto del país, especialmente aquella que reparte certezas sobre el futuro. En el caso de los jóvenes, una suerte de “presente próspero” —pues, por ejemplo, pueden empezar a trabajar a temprana edad— no garantiza un “futuro prometedor”.

Las violencias cotidianas y estructurales presentes en la modernidad tardía forman parte del entramado que sostiene la injusticia y la desigualdad sociales. En esta dirección, es importante fijar una postura ética y política frente a las violencias, sacándolas del cajón de los peligrosos relativismos cuando se trata de fenómenos que favorecen y sostienen la construcción de, parafraseando a Pierre Bourdieu, “la miseria del mundo”. La investigación que aquí se ha desarrollado tampoco constituye una defensa de toda tradición frente al proyecto civilizatorio y opresor occidental o del Estado —institución que también ha dado clara muestras de su potencia autoritaria y represiva— y el uso sin reservas del ejercicio de su monopolio de la violencia. Lo que aquí se problematiza es cómo el debilitamiento de instituciones ancladas en lo social, cuya función central es construir sujetos y ciudadanos plenos, y el fortalecimiento de otras que no lo están, favorecen la emergencia de malestares sociales que están acompañados en su constitución y en sus derivaciones de múltiples violencias, tanto estructurales como interpersonales, que afectan sobre todo a “los vagabundos” de esta sociedad y favorecen el poder de “los turistas”. En los jóvenes, que viven una etapa crítica del curso de vida en la que se expresan tensiones claves y particulares de la sociedad contemporánea, es en quienes se manifiesta de manera más clara, aunque no exclusivamente, este proceso en el que las subjetividades se configuran de manera casi ineludible, marcadas por la presencia de las violencias, lo cual mengua la posibilidad de construir para el futuro poderes civiles alternativos a cualquier poder central.

Partiendo de la concepción de poder de Hannah Arendt, según la cual el “poder corresponde a la capacidad humana, no simplemente para actuar, sino para actuar concertadamente” (2005: 60), y la violencia es una suerte de ausencia o pérdida de poder, es posible pensar que difícilmente las violencias sociales pueden fundar o liberar sin cobrar un alto precio. Como escribe Philippe Bourgois: “La gente no ‘sobrevive’ simplemente a la violencia como si ésta quedase de algún modo fuera de ellos, y pocas veces, si es que alguna vez ha ocurrido, la violencia ennoblece” (2005: 32).

Referencias bibliográficas

- ACTI Consultores en Turismo (2009), *Barómetro turístico de Cancún (2008-2009)*, México, ACTI.
- Arendt, Hannah (2005), *Sobre la violencia*, Madrid, Alianza Editorial.
- Appadurai, Arjun (2001), *La modernidad desbordada: dimensiones culturales de la globalización*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Azaola, Elena (2004), "Presentación", en *Desacatos. Revista de Antropología Social*, primavera-verano, México, CIESAS.
- Azaola, Elena (2009), *Crimen, castigo y violencias en México*, México, CIESAS-FLACSO.
- Bauman, Zygmunt (1998), *O mal-estar da pós-modernidade*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar Editor.
- Bauman, Zygmunt (2005), *Modernidad y ambivalencia*, Barcelona, Anthropos.
- Bauman, Zygmunt (2007), *La sociedad sitiada*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Zygmunt (2009a), *Confiança e medo na cidade*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar Editor.
- Bauman, Zygmunt (2009b), *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*, México, Tusquets.
- Bauman, Zygmunt (2009c), *Modernidad líquida*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Beck, Ulrich y Elisabeth Beck-Gernsheim (2001), "Vivir nuestra propia vida en un mundo desbocado: individuación, globalización y política", en Anthony Giddens y Will Hutton (eds.), *En el límite: la vida en el capitalismo global*, Barcelona, Tusquets.
- Beck, Ulrich y Elisabeth Beck-Gernsheim (2003), *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Barcelona, Paidós.
- Berger, Peter (1999), *El dosel sagrado. Para una teoría sociológica de la religión*, Barcelona, Kairós.
- Birman, Joel (1998), *Mal-estar na atualidade. A psicanálise e as novas formas de subjetivação*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Birman, Joel (2006), *Arquivos do mal-estar e da resistência*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Blair, Elsa (2005), "La violencia frente a los nuevos lugares y/o los otros de la cultura", en *Nueva Antropología. Revista de Ciencias sociales*, núm. 65, pp. 13-28, IJ-UNAM.
- Blair, Elsa (2009), "Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición", en *Política y Cultura*, otoño, núm. 32, pp. 9-33, UAM Xochimilco.

- Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant (1995), *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo.
- Bourgois, Philippe (2005), “Más allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador”, en Francisco Ferrándiz y Carles Feixa (coords.), *Jóvenes sin tregua*, Barcelona, Anthropos.
- Bourgois, Philippe (2010), *En busca del respeto. Vendiendo crack en Harlem*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Cajas, Juan (2009), *Los desviados. Cartografía urbana y criminalización de la vida cotidiana*, México, UAQ-Porrúa.
- Calderón, Edith (2006), *Hacia una antropología de la dimensión afectiva*, tesis de doctorado en Ciencias Antropológicas, UAM Iztapalapa, México.
- Cardoso de Oliveira, Luis (2009), “Derechos, insulto y ciudadanía (¿Existe violencia sin agresión moral?)”, en Ruth Stanley (comp.), *Estado, violencia y ciudadanía en América Latina*, Madrid, Entimema-Instituto de Estudios Latinoamericanos, Universidad Libre de Berlín, pp. 159-178.
- COESPO-Quintana Roo, REDES y OBVSyG de Benito Juárez (2007), *Situación del suicidio en Quintana Roo*, Cancún, COESPO, REDES, OBVSyG.
- Choi, Jung-ah (2005), “New Generation’s Career Aspirations and New Ways of Marginalization in a Postindustrial Economy”, en *British Journal of Sociology of Education*, vol. 26, núm. 2, abril, pp. 269-283.
- Das, Veena (1996), “Fronteiras, violência e o trabalho do tempo”, Conferencia impartida en el XXII Encontro Anual da Anpocs, 27-31 de octubre, Caxambu, MG.
- Das, Veena (2008a), “Sufrimientos, teodiceas, prácticas disciplinarias y apropiaciones”, en Francisco A. Ortega (coord.), *Veena Das. Sujetos de dolor, agentes de dignidad*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia-Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales.
- Das, Veena (2008b), “El acto de presenciar. Violencia, conocimiento envenenado y subjetividad”, en Francisco A. Ortega (coord.), *Veena Das. Sujetos de dolor, agentes de dignidad*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia-Facultad de Ciencias Humanas-Centro de Estudios Sociales.
- De Certeau, Michel (1996), *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana.
- De Gaulejac, V. (2005), *Ser sujeto a pesar de todo*, París, Laboratoire de Changement Social, Universidad de París 7.
- Durkheim, Émile (2004), *El suicidio*, Buenos Aires, Losada.
- Duschatzky, Silvia y Cristina Corea (2006), *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*, Buenos Aires, Paidós.
- Eliás, Norbert (1987), *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogénéticas y psicogénéticas*, México, Fondo de Cultura Económica.

- Elias, Norbert (1990), *La sociedad de los individuos. Ensayos*, Barcelona, Península.
- Escalante Gonzalbo, María de la Paloma (2007), *Violencia, vergüenza y violación. ¿Cómo se construye el miedo en la ciudad?*, México, INAH.
- Espinosa Gamboa, Raúl (2010), “La verdadera historia de aquel 10 de agosto de 1971, cuando se fundó Cancún”, en *Quintana Roo al Día*, 10 de agosto. Disponible en: <http://www.quintanarooaldia.com>.
- Evans-Pritchard, Edward E. (1973), *Antropología social*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Feixa, Carles (1998), *El reloj de arena: culturas juveniles en México*, México, Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud.
- Feltrán, Gabriel (2008), *Fronteiras de tensão: um estudo sobre política e violência nas periferias de São Paulo*, tesis de doctorado, IFCH-Unicamp, México.
- Ferrándiz, Francisco y Carles Feixa (2004), “Una mirada antropológica sobre las violencias”, en *Alteridades*, enero-julio, año/vol. 14, núm. 27, Universidad Autónoma-Iztapalapa, México D.F., pp. 159-174.
- Ferrándiz, Francisco y Carles Feixa (eds.) (2005), *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*, Barcelona, Anthropos.
- Foucault, Michel (1979), *Microfísica del poder*, Madrid, Ediciones de La Piqueta.
- Foucault, Michel (1990), *Tecnologías del yo*, Barcelona, Paidós.
- Fragoso Lugo, Perla O. (2007), *La muerte santificada. La fe desde la vulnerabilidad: devoción y culto a la Santa Muerte en la ciudad de México*, tesis de Maestría en Antropología Social, México, CIESAS, pp. 36-43.
- Freud, Sigmund (2007), *El malestar en la cultura*, Madrid, Colofón.
- Galtung, Johan (2003), *Tras la violencia. 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*, Bilbao, Gernika: Bakeaz/Gernika Gogoratuz.
- García de Fuentes, Ana (1979), *Cancún: turismo y subdesarrollo regional*, México, UNAM.
- Giddens, Anthony (1992), *The Transformation of Intimacy: Sexuality, Love and Eroticism in Modern Societies*, Cambridge, Polity Press.
- Giddens, Anthony (1993), *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza Universidad.
- Giddens, Anthony (1997), *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona, Península.
- Giddens, Anthony (2000), *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Madrid, Santillana.
- Giddens, Anthony y Will Hutton (eds.) (2001), *En el límite. La vida en el capitalismo global*, Barcelona, Tusquets.
- Ginzburg, Carlo (1986), *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Mucnik.
- Goffman, Erving (1971), *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Buenos Aires, Amorrortu.

- Harvey, David (1998), *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Harvey, David (2006), “La acumulación por desposesión”, en Carmen Bueno y Margarita Pérez Negrete (coord.), *Espacios globales*, México, Plaza y Valdez-Universidad Iberoamericana.
- Harvey, David (2009), “La ciudad neoliberal”, en M. Alfie, I. Azuara y C. Bueno (eds.), *Sistema mundial y nuevas geografías*, México, UAM-Universidad Iberoamericana.
- Higuera, Antonio (2007), “Testigos de Jehová en Quintana Roo”, en Renée de la Torre y Cristina Gutiérrez Zúñiga (coords.), *Atlas de la diversidad religiosa en México (1950-2000)*, México, El Colegio de Jalisco-El COLEF-CIESAS-El COLMICH-UQROO y SEGOB.
- Instituto Ciudadano de Estudios sobre la Inseguridad A.C. (2005), *Encuesta Nacional sobre Inseguridad 2005 (ENSI-3)*, México, Instituto Ciudadano de Estudios sobre la Inseguridad.
- Instituto de Investigaciones Turísticas de la Universidad Lasalle Cancún (2005), *Estudio de Mercado Permanente para el estado de Quintana Roo como Destino Turístico (2003-2004)*, México, La Salle-Secretaría de Economía de Quintana Roo.
- INJUVE (Instituto Mexicano de la Juventud) y Carlos Macías Richard (2006), *Encuesta Nacional de Juventud 2005-Quintana Roo*, México, Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud-INJUVE.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía) (2006), *Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares 2006 (ENDIREH)*, México, INEGI.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía) (2011a), *Estadística de suicidios de los Estados Unidos Mexicanos 2009*, México, INEGI.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía) (2011b), *Perspectiva estadística Quintana Roo*, México, INEGI.
- INSP (Instituto Nacional de Salud Pública) (2003), *Encuesta nacional sobre violencia contra las mujeres 2003 (ENVIM)*, México, INSP.
- Jacorzynski, Witold (coord.) (2002), *Estudios sobre la violencia. Teoría y práctica*, México, CIESAS-Porrúa.
- Jackman, Mary R. (2002), “Violence in Social Life”, en *Annual Review of Sociology*, núm. 28, pp. 387-415.
- Jiménez, Marco A. (2007), *Subversión de la violencia*, México, Casa Juan Pablos-UNAM.
- Jimeno, Myriam (2004), *Crimen pasional. Contribución a una antropología de las emociones*, Universidad Nacional de Colombia-Centro de Estudios Sociales.
- Keane, John (2000), *Reflexiones sobre la violencia*, Madrid, Alianza Editorial.
- Latour, Bruno (2008), *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*, Buenos Aires, Manantial.
- Lefebvre, Henri (1991), *The Production of Space*, Oxford, Basil Blackwell.

- Lopes Júnior, Edmilson (1997), *A construção social da cidade do Prazer. Urbanização turística, Cultura e Meio Ambiente em Natal (RN)*, tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, IFCH-UNICAMP.
- López Santillán, Ángeles y Gustavo Marín Guardado (2010), “Turismo, capitalismo y producción de lo exótico: una perspectiva crítica para el estudio de la mercantilización del espacio y la cultura”, en *Relaciones*, núm. 123, verano, vol. XXXI, México, COLMICH.
- Macías Richard, Carlos y Raúl Aristides Pérez Aguilar (comps.) (2009), *Cancún. Los avatares de una marca turística global*, México, UQROO-CONACYT-Bonilla Artigas Editores.
- McDonald, Kevin (1999), *Struggles for Subjectivity. Identity, Action and Youth Experience*, Singapur, Cambridge University Press.
- Marín Guardado, Gustavo (2008), “Turismo, pobreza y dependencia global en situación de desastre. El huracán *Gilberto* en 1998 y la recuperación selectiva en Cancún, Quintana Roo”, en Virginia García Acosta (ed.), *Historia y desastres en América Latina*, t. III, México, CIESAS-Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina.
- Marín Guardado, Gustavo (2010), “Turismo, globalización y mercantilización del espacio y la cultura en la Riviera Maya: Un acercamiento a tres escenarios”, en Ricardo López Santillán (ed.), *Etnia, lengua y territorio. El sureste frente a la globalización*, México, UNAM.
- Martí, Fernando (1985), *Cancún, fantasía de Banqueros*, México, Editorial Uno.
- Marx, Karl (2000), *El capital*, Madrid, Akal.
- Menéndez, Eduardo y Renée Di Pardo (1998), “Violencia y alcohol. Las cotidianidades de las pequeñas muertes”, en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad. Salud, Experiencia y Enfermedad*, núm. 74, primavera, El Colegio de Michoacán.
- Mills, Wright C. (2005), *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Organización Mundial de la Salud y Organización Panamericana de la Salud (2003), *Informe mundial sobre la violencia y la salud*, Washington D.C., editado por Etienne G. Krug et al.
- Ortega, Francisco (ed.) (2008), “Introducción”, en *Veena Das. Sujetos de dolor, agentes de dignidad*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia-Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales.
- Perea Restrepo, Carlos Mario (2007), *Con el diablo adentro. Pandillas, tiempo paralelo y poder*, México, Siglo XXI.
- Platt, Thomas (1992), “La violencia como concepto descriptivo y polémico”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, vol. XLIV, núm. 132, junio, UNESCO.
- Polanyi, Karl (2003), *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Reguillo, Rossana (1991), *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*, México, ITESO.

- Reguillo, Rossana (2000), "Las culturas juveniles: un campo de estudio; breve agenda para la discusión", en G.M. Carrasco y Gabriel Medina (comps.), *Aproximaciones a la diversidad juvenil*. México, El Colegio de México-Centro de Estudios Sociológicos.
- Reguillo, Rossana (2005), "Ciudad, riesgo y malestares. Hacia una antropología del acontecimiento", en Néstor García Canclini (coord.), *La antropología urbana en México*, México, CONACULTA-UAM-FCE.
- Reguillo, Rossana (2006), "Los miedos contemporáneos. Sus laberintos, sus miedos, sus conjuros", en José Miguel Pereira y Mirla Villadiego (eds.), *Entre miedos y goces ciudadanos. Comunicación, vida pública ciudadanas*, Bogotá, Editorial Javeriana.
- Reguillo, Rossana (2008), "Las múltiples fronteras de la violencia: jóvenes latinoamericanos entre la precarización y el desencanto", en *Pensamiento Iberoamericano*, núm. 3, Nueva Época.
- Reguillo, Rossana (2011), "La narcomáquina y el trabajo de la violencia: Apuntes para su decodificación", en *E-Misférica*, núm. 802, "#narcomáquina".
- Ritzer, George (2002), *Teoría sociológica moderna*, Madrid, McGraw-Hill.
- Sánchez Vázquez, Adolfo (ed.) (1998), *El mundo de la violencia*, México, FCE-UNAM.
- Saraví, Gonzalo (2006), "Biografías de exclusión: desventajas y juventud en Argentina", en *Perfiles Latinoamericanos*, año 13, núm. 28, julio-diciembre, pp. 83-116, FLACSO-México.
- Saraví, Gonzalo (2009a), *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*, México, CIESAS.
- Saraví, Gonzalo (2009b), "Juventud y sentidos de pertenencia en América Latina: causas y riesgos de la fragmentación social", en *Revista Cepal*, núm. 98, agosto.
- Saraví, Gonzalo y Sara Makowski (2011), "Social Exclusion and Subjectivity: Youth Expressions in Latin America", en *Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, vol. 16, núm. 2, pp. 315-334.
- Sassen, Saskia (1998), "Ciudades en la economía global: enfoques teóricos y metodológicos", en *EURE*, vol. 24, núm. 71.
- Sassen, Saskia (2001), *The Global City. New York, London, Tokyo*, New Jersey, Princeton University Press.
- Scarry, Elaine (1987), *The Body in Pain: the Making and Unmaking of the World*, Nueva York, Oxford University Press US.
- Scheper-Hughes, Nancy (1997), *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*, Barcelona, Ariel.
- Scheper-Hughes, Nancy y Philippe Bourgois (2004), "Introduction: Making Sense of Violence", en Nancy Scheper-Hughes y Philippe Bourgois (eds.), *Violence in War and Peace. An Anthology*, Singapore, Blackwell.
- Segato, Rita Laura (2003), *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

- Segato, Rita Laura (2003), *Las estructuras elementales de la violencia*, ponencia presentada en la apertura del Curso de Verano sobre Violencia de Género, en la sede de San Lorenzo del Escorial de la Universidad Complutense de Madrid, 30 de junio de 2003.
- Sennet, Richard (2001), *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama.
- Serrano, José Fernando (2005), “La cotidianidad del exceso. Representaciones de la violencia en jóvenes colombianos”, en Francisco Ferrándiz y Carles Feixa (eds.), *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*, Barcelona, Anthropos, pp. 129-143.
- Sierra Sosa, Ligia Aurora (2007), *Mayas migrantes en Cancún, Quintana Roo*, México, Plaza y Valdés-UQROO.
- Soja, Edward (1996), *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real and Imagined Places*, Malden MA., Blackwell Publishing.
- Speek-Warnery, Violet (2006), *Diagnóstico de las Organizaciones Juveniles de las Zonas de Atención Prioritaria (ZAP) de Benito Juárez*, México, OVSyG de Benito Juárez, Q.R.
- Torres Maldonado, Eduardo (ed.) (2000), *Diacrónica del Caribe mexicano: una historia de Quintana Roo y Cancún*, México, UAM.
- Touraine, Alain (1997), *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Turati, Marcela (2009), “Botín de guerra”, en *Proceso*, núm. 1726, México.
- Wirth, Louis (2005), “El urbanismo como forma de vida”, trad. Víctor Sigal, en *Bifurcaciones*, núm. 2.
- Zizek, Slavoj (2009), *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, Buenos Aires, Paidós.

A PURO GOLPE

Violencias y malestares sociales en la juventud cancanense,
se terminó de imprimir en los talleres de
Ediciones Navarra, Van Ostade No. 7,
Col. Alfonso XIII. México, D.F.,
en el mes de octubre de 2016,
en tiro de 1000 ejemplares.

A puro golpe no es un libro sencillo de catalogar. El lector más ingenuo y apresurado podría decir que el tema central que aquí se aborda es el de la violencia en los jóvenes. Si aceptamos el valor de la síntesis diríamos que no está tan equivocado, pero el lector tiene entre sus manos una obra que va mucho más allá de un ensayo sobre violencia juvenil. Este texto nos plantea una serie de aspectos y dimensiones claves para entender la violencia contemporánea expresada entre los jóvenes. El libro no desarrolla un análisis puntual de la violencia criminal, de los suicidios, de las adicciones, del abuso sexual o de la violencia de género e intrafamiliar, ni tampoco de la violencia estructural, manifestaciones que en todos los casos tienen a los jóvenes como protagonistas y que emergen con particular crudeza a lo largo de estas páginas. Sin embargo, los planteamientos de la autora a lo largo de esta obra contribuyen a nuestra comprensión de esas y otras violencias contemporáneas. Perla Frago nos invita a adentrarnos en un análisis de las dimensiones sociales y culturales de la contemporaneidad mexicana que se asocian, en una interpretación plausible, con la expresión mínima, común y esencial de toda violencia como producción intencionada de daño a otro, que puede ser también uno mismo.

